

Historia d[omi]ni Alberti magistri Universitatis

A
29
324

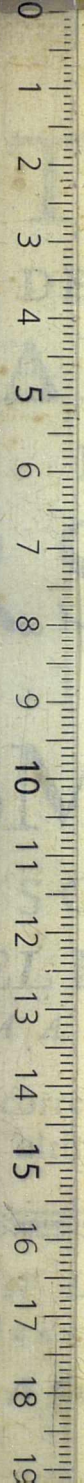
BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:	A
Estante:	29
Numero:	324

4 Hoj unho folida 328 foy. 3 Hoj

re

INGENIERIA
LOS
TRABAJO
DE
PERILES.
Y
SIGISMUNDA.
SCRITA
POR MIGUEL DE CERVANTES
DE LA VEGA
Imprenta
1788/3



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	A
Estante:	29
Numero:	324

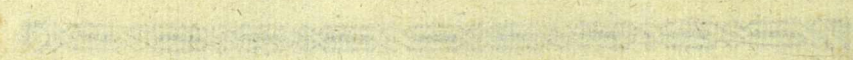
4 Hoj. unho foitda 328 foy. 3 Hoj.

RE

HISTORIA
DE LOS
TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.

ESCRITA
POR MIGUEL DE CERVANTES

SAVEDRA



EN LICENCIA

1789/3

Impreso en la imprenta de Juan de la Cruz

de San Sebastian de la Ciudad de la Coruña

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	A
Estante:	29
Numero:	324

4 Hoj. unho foliada 328 foy. 3 Hoj.
R.C.

HISTORIA
DE LOS
TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.
ESCRITA
POR MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA

Imprenta de los señores, y señoras
de la misma Imprenta

~~En Madrid en la Imprenta de los señores, y señoras de la misma Imprenta~~

En Madrid en la Imprenta de los señores, y señoras de la misma Imprenta

En Madrid en la Imprenta de los señores, y señoras de la misma Imprenta

1789/3

HISTORIA
DE LOS
TRABAJOS
DE
PERSILES,
Y
SIGISMUNDA.

ESCRITA
POR MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

Nuevamente corregida, y enmendada en
esta ultima Impression.



CON LICENCIA:
BARCELONA: Por JUAN NADAL Impressor, Año 1760.

Se hallará en su Casa à la calle de la Canúda.

APROBACION.

POR mandado de V. Alteza he visto el Libro de los Trabajos de Perfiles, de Miguel de Cervantes Saavedra, ilustre hijo de nuestra Nacion, y Padre ilustre de tantos buenos hijos, con que dichosamente la ennobleció: y no hallo en él cosa contra nuestra Santa Fè Catholica, y buenas costumbres, antes muchas de honesta, y apacible recreacion, y por él se podria decir lo que San Geronymo de Origenes por el comentario sobre los Cantàres: *Cum in omnibus omnes, in hoc se ipsum superavit Origenes*: pues de quantos nos dexò escritos, ninguno es mas ingenioso, mas culto, ni mas entretenido: en fin, cysne de su buena vejez, casi entre los aprietos de la muerte cantò este parto de su venerado ingenio. Este es mi parecer. Salvo, &c. En Madrid à nueve de Septiembre de mil y seiscientos y diez y seis años.

*El Maestro Joseph
de Valdivieso.*

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Juan de Peñuelas, Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Gobierno del Consejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon.

Certifico, que por los Señores de èl se ha concedido licencia à Pablo Nadal Impressor en la Ciudad de Barcelona, para que por una vez pueda reimprimir, y vender un Libro intitulado: *Los Trabajos de Persiles, y Sigismunda: Historia Septentrional; su Author Miguel de Cervantes Saavedra*: con tal, de que la reimpression se haga en papel fino por el impresso que sirve de Original que està firmado, y rubricado de mi mano, y antes que se venda, se trayga al Consejo junto con èl, y certificacion del Corrector General de hallarse conforme, para que se tasse el precio à que se ha de vender, guardando en su reimpression lo dispuesto por leyes, y pragmaticas de estos Reynos. Y para que conste doy esta certificacion en Madrid à treinta y uno de Marzo de mil setecientos cinquenta y nueve.

Don Juan de Peñuelas,

FEE DE ERRATAS.

PAg. 9. col. 2. linea 15. al Cielo, *lee* del Cielo. Pag. 56. col. 1. lin. 18. huspedes, *lee* huespedes. Pag. 78. col. 2. lin. 27. dixeran, *lee* dixeron. Pag. 87. col. 2. lin. 8. mezclada, *lee* mezcla. Pag. 107. col. 2. lin. 34. vuestra, *lee* nuestra. Pag. 257. col. 2. lin. 4. Esposo, *lee* Esposa. Pag. 284. col. 2. lin. 29. quanto, *lee* quando.

El Libro intitulado: *Trabajos de Persiles, y Sigismunda de Miguel de Cervantes*, para que estè conforme con el antiguo impresso que sirve de Original, se tendrà presentes las Erratas de esta fee, y así lo certifico en esta Villa, y Corte de Madrid à treinta y uno de Julio de mil setecientos, y sesenta.

Dr. D. Manuel Conzales Ollero,
Corrector General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

DON Juan de Peñuelas, Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Gobierno del Consejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon.

Certifico, que habiendose visto por los Señores de èl el Libro intitulado: *Historia de los Trabajos de Persiles, y Sigismunda, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra*, que con su licencia ha sido reimpresso, le tassaron à seis maravedis cada pliego, el qual parece tiene quarenta y uno, que à dicho respecto monta doscientos y quarenta y seis maravedis de vellòn, à cuyo precio, y no à mas mandaron se vendiesse, y que esta certificacion se ponga al principio de cada Libro, para que se sepa el precio à que se ha de vender. Y para que conste, la doy en Madrid à doce de Agosto de mil setecientos y sesenta.

Don Juan de Peñuelas.

DE DON FRANCISCO URBINA, A MIGUEL DE
Cervantes, Insigne, y Christiano Ingenio, à quien lle-
varon los Terceros de S. Francisco à enterrar con la
cara descubierta, como à Tercero que era.

EPITAPHIO.

CAminante, el Peregrino
Cervantes aquí se encierra,
Su cuerpo cubre la tierra,
No su nombre, que es divino:
En fin hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta
De que pudo à la partida
Desde esta à la eterna vida,
Ir la cara descubierta.

AL SEPULCRO DE MIGUEL DE CERVANTES
Saavedra, Ingenio Christiano. Por Luìs
Francisco Calderòn.

SONETO.

EN este (ò caminante) marmol breve
Urna funesta, sino excelsa Pira
Cenizas de un Ingenio santas mira,
Que olvido, y tiempo à despreciar se atreve.
No tantas en su orilla arenas mueve
Glorioso el Tajo, quantas oy admira
Lenguas la fuya, por quien grata aspira
A el lauro España que à su nombre debe.
Lucientes de sus libros gracias dieron,
Con dulce suspension su estilo grave,
Religiosa invencion, mortal decoro.
A cuyo Ingenio los de España dieron
La sòlida opinion, que el mundo sabe
Y à el cuerpo ofrenda de perpetuo lloro.

PRO-

PROLOGO

DE MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA.

SUcediò, pues, Lector amantísimo, que viniendo otros
dos amigos, y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil
causas famoso, una por sus ilustres linages, y otra por sus
ilustrísimos vinos: sentí que à mis espaldas venia picando con
gran priessa uno, que al parecer trahia deseo de alcanzarnos,
y àun lo mostrò, dandonos voces que no picassemos tanto. Es-
peramosle, y llegò sobre una borrica un Estudiante pardal,
porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redon-
do, y espada con contera, balona bruñida, y con trenzas iguales:
verdad es, no trahia mas de dos, porque se le venia à un lado
la balona por momentos, y èl trahia fumo trabajo, y cuenta
de enderezarla. Llegando à nosotros, dixo: Vuestras mercedes
vàn à alcanzar algun oficio, ò prebenda à la Corte: pues allà
està su Ilustrísima de Toledo, y su Magestad, ni mas, ni
menos, segun la priessa con que caminan: que en verdad
que à mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas
de una vez? A lo qual respondiò uno de mis compañeros:
El rocin del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de es-
to, porque es algo que passilargo. Apenas hubo oído el Es-
tudiante el nombre de Cervantes, quando apeandose de su
cavalgadura, cayendosele aquí el coxin, y allí el portaman-
teo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetiò à
mi; y acudiendo à afirmarme de la mano izquierda, dixo: Si,
si, este es el manco fano, el famoso todo, el escritor ale-
gre, y finalmente el regozijo de las Musas? Yo, que en tan
poco espacio ví el grande encomio de mis alabanzas, pareciò-
me ser descortesía no corresponder à ellas: y así abrazan-
dole por el cuello, donde le echè à perder de todo punto la
balona, le dixè: Esse es un error, donde han caído muchos
aficionados ignorantes. Yo, señor, soy Cervantes, pero no el
regozijo de las Musas, ni ninguna de las demás baratijas, que
ha

ha dicho vueſſa merced. Buelva à cobrar ſu burra, y ſuba, y caminemos en buena converſacion, lo poco que nos falta del camino. Hizolo aſſi el comedido Eſtudiante: tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paſſo aſſentado ſeguimos nueſtro camino, en el qual ſe tratò de mi enfermedad, y el buen Eſtudiante me deſhauciò al momento, diciendo: Eſta enfermedad es de hidropesía, que no la fanará toda el agua del Mar Oceano, que dulcemente ſe bebieſſe. Vueſſa merced, ſeñor Cervantes, ponga taſſa al beber, no olvidandofe de comer, que con eſto fanará, ſin otra medicina alguna. Eſo me han dicho muchos, reſpondí yo; pero aſſi puedo dexar de beber à todo mi beneplacito, como ſi para ſolo eſſo huviera nacido: mi vida ſe vâ acabando, y al paſſo de las efemeridas de mis pulſos, que à mas tardar acabaràn ſu carrera eſte Domingo, acabarè yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vueſſa merced à conocerme, pues no me queda eſpacio para moſtrarme agradecido à la voluntad que vueſſa merced me ha moſtrado. En eſto llegamos à la puente de Toledo, y yo entrè por ella, y èl ſe apartò à entrar por la de Segovia. Lo que ſe dirà de mi ſuceſſo, tendrà la fama cuydado, mis amigos gana de decirla, y yo mayor gana de eſcucharla. Tornele à abrazar, bolviòſeme à ofrecer, picò à ſu burra, y dexòme tan mal diſpuesto, como èl iba cavallero en ſu burra, quien avia dado gran ocaſion à mi pluma para eſcribir donayres, pero no ſon todos los tiempos unos: tiempo vendrà quizà, donde anudando eſte roto hilo, diga lo que aqui me falta, y lo que ſe convenia. A Dios gracias, à Dios donayres, à Dios regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y deſeando veros preſto contentos en la otra vida.



LIBRO



LIBRO PRIMERO,

DE LA HISTORIA

DE LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Sacan à Periandro de la priſtion: echanle al Mar en una balsa: corre tormenta, y es ſocorrido de un Navio.



OCES daba el bar-
baro Corſicurbo à
la eſtrecha boca de
una profunda maz-
morra, antes ſepul-
tura, que priſtion
de muchos cuerpos vivos, que en
ella eſtaban ſepultados; y aun que

ſu terrible, y eſpantofa eſtruendo
cerca, y lexos ſe eſcuchaba, de
nadie eran entendidas articulada-
mente las razones que pronuncia-
ba, ſino de la miſerable Cloelia,
à quien ſus deſventuras en aque-
lla profundidad tenian encerrada.
Haz, ò Cloelia (decia el barbaro)

A que

que así como está ligadas las manos atrás, salga acá arriba atado à esta cuerda que descuelgo, aquel mancebo, que avrá dos días que te entregamos: y mira bien si entre las mugeres de la passada presa hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro Cielo, que nos cubre, y del ayre saludable, que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cañamo, y de allí à poco espacio él, y otros quatro barbaros tiraron ácia arriba, en la qual cuerda ligado por debaxo de los brazos sacaron asido fuertemente à un mancebo, al parecer de hasta diez, y nueve, ò veinte años, vestido de lienzo basto, como marinero; pero hermoso sobre todo encarecimiento. Lo primero que hicieron los barbaros, fue requerir las espaldas, y cordeles con que à las espaldas trahia ligadas las manos. Luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrían: limpiaronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió, y enterneció los pechos de aquellos que para ser verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante genero de affliccion alguna, antes con ojos al parecer alegres alzó el rostro, y miró al Cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua, dixo: Gracias os

hago, ò inmensos, y piadosos Cielos, de que me aveis trahido à morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran. Bien queria yo no morir desesperado à lo menos, porque soy Christiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman, y casi fuerzan à desearlo. Ninguna de estas razones fue entendida de los barbaros, por ser dichas en diferente language que el suyo, y así cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarle, entre los quatro llegaron con él à la marina, donde tenian una balsa de maderos, atados unos con otros con fuertes bexucos, y flexibles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de baxel en que passaban à otra Isla, que no dos millas, ò tres de allí se parecia. Saltaron luego en los maderos, y puffieron en medio de ellos sentado al prisionero, y luego uno de los barbaros asió de un grandissimo arco, que en la balsa estaba; y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le echó, y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dando señales, y muestras de que ya le queria passar el pecho. Los barbaros que quedaban, asieron de tres palos gruesos,

fos, cortados à manera de remos, y el uno se puso à fer el timonero, y los dos à encaminar la balsa à la otra Isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba, y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogía los hombros, apretaba los labios, enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedía al Cielo, no que le librasse de aquel tan cercano, como cruel peligro, sino que le diese animo para sufrirlo. Viendo el qual el barbaro flechero, y sabiendo que no avia de ser aquel el genero de muerte con que le avian de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon, no quiso darle dilatada muerte, teniendole siempre encarada la flecha al pecho, y así arrojó de sí el arco, y llegando à él, por señas como mejor pudo, le dió à entender que no queria matarle. En esto estaban, quando los maderos llegaron à la mitad del estrecho, que las dos Islas formaban, en el qual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron, y dividieron en partes, quedando en la una (que sería de hasta seis maderos compuesta) el mancebo, que de otra muerte, que de ser anegado, tan poco avia que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los con-

trapuestos vientos, anegaronse los barbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto; passabanle las olas por cima, no solamente impidiendole ver el Cielo; pero negandole el poder pedirle tuviesse compasión de su desventura: y si tuvo, pues, las continuas, y furiosas ondas que à cada punto le cubrían, no le arrancaron de los leños, y se le llevaron consigo à su abismo, que como llevaba atadas las manos à las espaldas, ni podia asirse, ni usar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho salió à lo raso del mar, que se mostró algun tanto fosegado, y tranquilo, al volver una punta de la Isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado joven, y tendiendo la vista à todas partes, casi junto à él descubrió un navio, que en aquel redondo del alterado mar, como en seguro Puerto se reparaba. Descubrieron asimismo los del navio los maderos, y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse que podia ser aquello, echaron el esquite al agua, y llegaron à verlo: y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia, y lastima le passaron à su navio, dando con el nuevo hallazgo admiracion à quantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pu-

diendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque avia tres dias que no avia comido) y de puro molido, y mal tratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navio; el Capitan del qual, con animo generoso, y compasión natural, mandó que le socorriesen. Acudieron luego, unos à quitarle las ataduras, otros à traer conservas, y odoríferos vinos, con cuyos remedios bolvió en sí, como de muerte à vida el desmayado mozo, el qual poniendo los ojos en el Capitan, cuya gentileza, y rico trage le llevó tras sí la vista, y aún la lengua, y le dixo: Los piadosos Cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho, que mal se pueden llevar las tristezas del animo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo. Mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa de este beneficio, sino es con el agradecimiento: y si se sufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó à levantarse para ir à besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas bolvió à dar consigo en el suelo. Viendo lo qual el Capitan, mandó que le llevassen debaxo de cubierta, y le echassen en dos

transportines, y que quitandole los mojados vestidos, le vistiessen otros enjutos, y limpios, y le hiciesen descansar, y dormir. Hizose lo que el Capitan mandó, obedeció callando el mozo, y en el Capitan creció la admiracion de nuevo, viendolo levantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le comenzó à fatigar el deseo de saber de él lo mas presto que pudiesse, quien era, como se llamaba, y de que causas avia nacido el efecto que en tanta estrechez le avia puesto; pero excediendo su cortesía à su deseo, quiso que primero se acudiesse à su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO II.

Dase noticia de quien era el Capitan del Navio. Cuenta Taurisa à Periandro el robo de Auristela: ofresele él, para buscarla, ser vendido à los Barbaros.

REposando dexaron los ministros de la nave al mancebo, en cumplimiento de lo que su señor les avia mandado; pero como le acosavan varios, y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar possession de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congoxosos suspiros, y unas angustiadas lamentaciones, que à sus oídos llegaron, à su parecer

recer salidos de entre unas tablas de otro apartamiento, que junto al suyo estava, y poniendose con grande atencion à escucharlas, oyó que decian: En triste, y menaguado signo mis Padres me engendraron, y en no benigna Estrella mi Madré me arrojó à la luz del mundo, y bien digo, arrojó, porque nacimiento como el mio antes se puede decir arrojar, que nacer. Libre pensé yo que gozara de la luz del Sol en esta vida, pero engañóme mi pensamiento, pues me veo à pique de ser vendida por esclava: desventura, à quien ninguna puede compararse! O tu, quien quiera que seas, dixo à esta sazón el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias, y trabajos, quando se comunican, suelen aliviarse; llegate aquí, y por entre los espacios descubiertos de estas tablas cuentame los ruyos; que si en mi no halláres alivio, hallarás quien de ellos se compadezca. Escucha, pues, le fue respondido, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero à quien las cuento. Dieme si eres por ventura un mancebo, que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos, que dicen sirven de barcos à unos barbaros, que están en esta Isla, donde avemos dado fondo, reparandonos de la borrasca que se ha levantado? El

mismo soy, respondió el mancebo. Pues quien eres, preguntó, la persona que hablava? Dixerátele, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha que te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. A lo que le respondieron: Escucha, que en cifra te diré mis males. El Capitan, y señor de este navio se llama Arnaldo, es hijo heredero del Rey de Dinamarca, à cuyo poder vino por diferentes, y estraños acontecimientos una principal doncella, à quien yo tuve por señora, à mi parecer, de tanta hermosura, que entre las que oy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede llevar la ventaja: Su discrecion iguala à su belleza, y sus desdichas à su discrecion, y à su hermosura; su nombre es Auristela, sus Padres de linage de Reyes, y de riquísimo Estado. Esta, pues, à quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco, y con tantas veras la amó, y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiendola por su legitima Esposa, y esto con voluntad del Rey, Padre de Arnaldo, que juzgó, que las raras virtudes, y gentileza de Auristela mucho mas que ser Reyna merecian: Pero

ella se defendia, diciendo, no ser posible romper un voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitassen promessas, ò amenazassen muertes; pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudas imaginaciones, arrimandolas à la variacion de los tiempos, y à la mudable condicion de las mugeres: hasta que sucedió, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazandose, no como esclava, sino como Reyna, llegaron unos baxeles de cofarios, y la robaron, y llevaron, no se sabe adonde. El Principe Arnaldo imaginando que estos cofarios eran los mismos que la primera vez, se la vendieron: los quales cofarios andan por todos estos mares, Insulas, y riberas robando, ò comprando las mas hermosas doncellas que hallan para traerlas por grangeria à vender à esta Infula donde dicen que estamos; la qual es habitada de unos barbaros, gente idomita, y cruel: los quales tienen entre sí por cosa inviolable, y cierta (persuadidos, ò ya del demonio, ò ya de un antiguo hechizero, à quien ellos tienen por sapientissimo varon) que de entre ellos ha de salir un Rey, que conquiste, y gane gran parte del mundo. Este Rey que esperan, no saben quien ha de ser, y para

haberlo, aquel hechizero les dió esta orden: Que sacrificassen todos los hombres que à su Infula llegassen, de cuyos corazones, digo de cada uno de por sí hiciessen polvos, y los diessen à beber à los barbaros mas principales de la Infula, con expressa orden, que el que los passasse sin torcer el rostro, ni dar muestras de que le sabia mal, le alzassen por su Rey; pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó, que tuviessen en la Isla todas las doncellas que pudiesen, ò comprar, ò robar, y que la mas hermosa de ellas se la entregassen luego al barbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos. Estas doncellas compradas, ò robadas, son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran no ser barbaros; y las que compran, son à subidissimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosissimas perlas de que los mares de las riberas de estas Islas abundan: y à esta causa llevados de este interés, y ganancia, muchos se han hecho cofarios, y mercaderes. Arnaldo, pues, que como te he dicho, ha imaginado, que en esta Isla podria ser que estuviesse Auristela mitad de su alma, sin la qual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse de esta duda, de venderme à mi à los barbaros, porque quedando

yo entre ellos, sirva de espia de saber lo que desea; y no espera otra cosa, sino que el mar se amanse, y para hacer esclava, y concluir su venta. Mira, pues, si con razon me queixo, pues la ventura que me aguarda es venir à vivir entre barbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir à ser Reyna, especialmente si la corta fuerte huviesse trahido à esta tierra à mi señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oído, y de estos temores las queixas que me atormentan. Calló, en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un nudo en la garganta, pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lagrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos, de que Arnaldo huviesse gozado de Auristela, ò ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdenasse à Arnaldo, y no admitiesse tan gran dadora como la de un Reyno; porque à él le parecia que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de la Religion. Respondióle: Que aunque ella imaginaba, que el tiempo avia podido dar à Auristela ocasion de querer bien à un tal Periandro, que la avia sacado de su Patria, Cavallero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le cono-

ciessen, nunca se le avia oído nombrar en las continuas queixas, que de sus desgracias daba al Cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocia ella à aquel Periandro, que decia: Dixole que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó à su señora, à cuyo servicio ella avia venido, despues que Periandro por un extraño acontecimiento la avia dexado. En esto estaban, quando de arriba llamaron à Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias avia contado, la qual oyendose llamar, dixo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mi la desdichada entrega; à Dios te queda, quien quiera que seas, y los Cielos te libren de ser entregado, para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad, è impertinente profecia; que tambien estos insolentes moradores de esta Infula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar, para lo que procuran. Apartaronse, subió Taurisa à la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diessen de vestir, que queria levantarse; truxeronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él avia trahido de lienzo. Subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto à sí, vistieron à Taurisa rica, y gallardamente, al modo

que suelen vestirse las Ninfas de las aguas, ò las Amadriades de los montes. En tanto que esto se hacia con admiracion del mozo; Arnaldo le contó todos sus amores, y sus intentos, y aún le pidió consejo de lo que haria: y le preguntó, si los medios que ponía para saber de Auristela, iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que avia tenido con Taurisa, y de lo que Arnaldo le contaba, tenia el alma llena de mil imaginaciones, y sospedhas, discurrendo con velocissimo curso del entendimiento lo que podria suceder, si acaso Auristela entre aquellos barbaros se hallasse; le respondió: Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad que me mueve à servirte, que la vida que me has dado con el recibimiento, y mercedes que me has hecho, me obligan à emplearla en tu servicio. Mi nombre es Periandro, de nobilissimos Padres nacidos, y al par de mi nobleza corre mi desventura, y mis desgracias, las quales por ser tantas, no conceden lugar ahora para contarlas. Esta Auristela que buscas, es una hermana mia, que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos ha un año que nos perdimos. Por el nombre, y por la hermosura que me encareces, conozco sin duda que es mi pérdida hermana, que daria por hallarla, no solo la

vida que poseo, sino el contento que espero recibir de averla hallado, que es lo mas que puedo encarecer: Y así como tan interesado en este hallazgo, voy escogiendo entre muchos medios, que en la imaginacion fabrico este, que aunque venga à ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto, y mas breve. Tu, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella à estos barbaros, para que estando en su poder, vea si está en el suyo Auristela; de que te podrás informar; bolviendo otra vez à vender otra doncella à los mismos barbaros, y à Taurisa no le faltará modo, ò dará señales si está, ò no Auristela con las demás, que para el efecto que se sabe los barbaros guardan, y con tanta solitud compran. Así es la verdad, dixo Arnaldo, y he escogido antes à Taurisa, que à otra, de quatro que van en el navio para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce que ha sido su doncella. Todo esto está muy bien pensado, dixo Periandro; pero yo soy de parecer, que ninguna persona hará esta diligencia tan bien como yo, pues mi edad, mi rostro, el interés que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando à aconsejarme que tome sobre mis hombros esta empresa. Mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los

casos arduos, y dificultosos en un mismo punto han de andar el consejo, y la obra. Quadraronle à Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos, y ricos vestidos de que venia proveído por si hallaba à Auristela, vistió à Periandro, que quedó al parecer, la mas gallarda, y hermosa muger, que hasta entonces los ojos humanos avian visto, pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualarsele. Los del navio quedaron admirados, Taurisa atonita, el Principe confuso, el qual, à no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varon, le traspasara el alma con la dura lanza de los zelos, cuya punta se atreve à entrar por las de el mas agudo diamante: quiero decir, que los zelos rompen toda seguridad, y recato, aunque de él se armen los pechos enamorados. Finalmente hecho el metamorphosis de Periandro, se hicieron un poco à la mar, para que de todo en todo de los barbaros fuesen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela, no consintió en que preguntasse primero à Periandro, quien eran él, y su hermana, y por qué trances avian venido al miserable en que le avia hallado; que todo esto, segun buen discurso, avia de preceder à la confianza de él hacia: pero como es pro-

pria condicion de los amantes ocupar los pensamientos, antes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar à que preguntasse lo que fuera bien, que supiera, y lo que supo despues, quando no le estuvo bien el saberlo. Alongados, pues, un tanto de la Isla, como se ha dicho, adornaron la nave con flamulas, y gallardetes, que ellos azotando el ayre, y ellas besando las aguas hermosissima vista hacian. El mar tranquilo, al Cielo claro, el són de las chirimias, y de otros instrumentos, tan belicos, como alegres suspendian los animos: y los barbaros, que no de muy lejos lo miraban quedaron mas suspensos, y en un momento coronaron la ribera, armados de arcos, y factas, de la grandeza, que otra vez se ha dicho. Poco menos de una milla llegaba la nave à la Isla, quando disparando toda la artilleria, que trahia mucha, y gruessa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa, y Periandro, y otros seis marineros pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venian de paz, como es costumbre casi en todas las Naciones de la tierra: y lo que en esta les sucedió se cuenta en

el Capitulo que se sigue.

CAPITULO III.

Vende Arnaldo à Periandro en la Isla Barbara, vestido de muger.

COMO se iba acercando el barco à la ribera, se iban apiñando los barbaros, cada uno deseoso de saber primero que viesse lo que en él venia: y en señal que lo recibirian de paz, y no de guerra, facaron muchos lienzos, y los campearon por el ayre: tiraron infinitas flechas al viento, y con increíble ligereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco à abordar con la tierra, por ser la mar baxa, que en aquellas partes crece, y mengua como en las nuestras; pero los barbaros hasta cantidad de veinte se entraron à pie por la mojada arena, y llegaron à él casi à tocarse con las manos. Trahian sobre los hombros à una muger barbara, pero de mucha hermosura, la qual, antes que otro alguno hablasse, dixo en lengua Polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro Principe, ò por mejor decir nuestro Governador, que le digais quien sois, à que venís, y que es lo que buscáis: si por ventura trahéis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancías las vuestras no las hemos menef-

ter, porque en esta nuestra Isla, merced al Cielo, tenemos todo lo necessario para la vida humana, sin tener necesidad de salir à otra parte à buscarlo. Entendiola muy bien Arnaldo, y preguntóla, si era barbara de nacion, ò si acaso era de las compradas en aquella Isla? A lo que le respondió: Respondeme tu à lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo qual Arnaldo, respondió: Nosotros somos naturales del Reyno de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes, y de cofaríos, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos: y entre otras presas que à nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella (y señaló à Periandro) la qual, por ser una de las mas hermosas, ò por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la traemos à vender, que ya sabemos el efecto para que las compran en esta Isla. Y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros Sabios han dicho, bien podreis esperar de esta sin igual belleza, y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos, y valientes. Oyendo esto algunos de los barbaros, preguntaron à la barbara, les dixesse lo que decia: dixolo ella, y al momento se partieron quatro de ellos, y fueron (à lo que

pa-

pareció) à dar aviso à su Governador. En este espacio que bolvian, preguntó Arnaldo à la barbara, si tenian algunas mugeres compradas en la Isla, y si avia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiesse igualar à la que ellos trahian para vender? No, dixo la barbara, porque aunque hay muchas, ninguna de ellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas, para ser Reyna de estos barbaros, que feria la mayor desventura que me pudiesse venir. Bolvieron los que avian ido à la tierra, y con ellos otros muchos, y su Principe, que lo mostró ser en el rico adorno que trahia. Avíase echado sobre el rostro un delgado, y transparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos barbaros, que con grandísima atencion le estaban mirando. Habló el Governador con la barbara, de que resultó, que ella dixo à Arnaldo, que su Principe decia, que mandasse alzar el velo à su doncella. Hizose así, levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al Cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles à una, y otra parte, que encontrándose con los del barbara Capitan, dieron con él en tierra: à lo menos así lo dió à entender el hincarse de rodillas, como se hincó, adorando à su modo en la hermo-

sa imagen, que pensaba ser muger: y hablando con la barbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los barbaros à la Isla, en un instante bolvieron con infinitos pedazos de oro, y con luengas sartas de finísimas perlas, que sin cuenta, y à monton confuso se las entregaron à Arnaldo: el qual, luego tomando de la mano à Periandro, le entregó al barbara, y dixo à la interprete, dixesse à su dueño, que dentro de pocos dias bolveria à venderle otra doncella, si no tan hermosa, à lo menos tal, que pudiesse merecer ser comprada. Abrazó Periandro à todos los que en el barco venian, casi preñados los ojos de lagrimas, que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por él avian pasado. Hizo señal Arnaldo à la nave, que disparasse la artilleria, y el barbara à los suyos, que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el Cielo la artilleria, y la musica de los barbaros llenaron los ayres de confusos, y diferentes sonos. Con este aplauso llevado en hombros de los barbaros, puso los pies en tierra Periandro: llegó à su nave Arnaldo, y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro, y Arnaldo, que si el viento no le forzasse, procuraria no desviarse

de

de la Isla sino lo que bastasse, para no ser de ella descubierto, y bolver à ella à vender (si fuesse necesario) à Taurisa, que con la seña que Periandro le hiciesse, se sabia el si, ò el no del hallazgo de Auristela: y en caso que no estuviesse en la Isla, no faltaria traza para libertar à Periandro, aunque fuesse moviendo guerra à los barbaros con todo su poder, y el de sus amigos.

CAPITULO IV.

Trahen à Auristela de la prision en trage de varon, para sacrificarla: muere guerra entre los Barbaros, y ponese fuego à la Isla. Lleva un Barbaro Español à su cueva à Periandro, Auristela, Cloelia, y la Interprete.

Entre los que vinieron à concertar la compra de la doncella, vino con el Capitan un barbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes, y mas principales de toda la Isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este, pues, desde el punto que vió à Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo disgnio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar à que las leyes del vaticinio se probaf-

sen, ò cumpliesen. Así como puso los pies en la Infula Periandro, muchos barbaros à porfia le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegría le llevaron à una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible, y deleytoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domesticos, quales selvaticos. La barbara, que avia servido de interprete de la compra, y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras, y en lengua que él no entendía, le consolaba. Ordenó luego el Governador, que passassen à la Infula de la prision, y traxessen de ella algun varon, si le huviesse, para hacer la prueba de su engañosa esperanza: Fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias, y lisas de animales, para que de manteles sirviessen: sobre las quales arrojaron, y tendieron sin concierto, ni policia alguna diversos generos de frutas secas: y sentandose él, y algunos de los principales barbaros que allí estaban, comenzó à comer, y à combidar por señas à Periandro, que lo mismo hiciesse. Solo se quedó en pie Bradamiro, arrimado à su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser muger. Rogóle el Governador se sentasse, pero no quiso obedecerle; antes dando un gran suspiro, bolvió las espaldas, y se salió de la tienda. En

esto

esto llegó un barbaro, que dixo al Capitan, que al tiempo que avia llegado él, y otros quatro para passar à la prision, llegó à la marina una balsa, la qual trahia un varon, y à la muger guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin à la comida; y levantandose el Capitan con todos los que allí estaban, acudió à ver la balsa. Quiso acompañarle Periandro, de lo que él fue muy contento: quando llegaron ya estaban en tierra el prisionero, y la custodia. Miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocia al desdichado, à quien su corta suerte avia puesto en el mismo extremo en que él se avia visto; pero no pudo ver el rostro de lleno en lleno, à causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria parecia que no dexaba verse de nadie; pero no dexó de conocer à la muger, que decian ser guardiana de la prision, cuya vista, y conocimiento le suspendió el alma, y le alborotó los sentidos: porque claramente, y sin poner duda en ello conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela. Quisierala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaria, ò no en ello: y así reprimiendo su deseo, como sus labios, estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento. El Governador con deseo de apresurar sus pruebas, y dar felice compania à Periandro,

mandó que al momento se sacrificasse aquel mancebo, de cuyo corazon se hiciessen los polvos de la ridicula, y engañosa prueba. Afieron al momento del mancebo muchos barbaros, sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atandole por atrás las manos; el qual sin hablar palabra, como un manso cordero esperaba el golpe que le avia de quitar la vida. Visto lo qual por la antigua Cloelia, alzò la voz, y con mas aliento, que de sus muchos años se esperaba, comenzó à decir: Mira, ò gran Governador, lo que haces, porque esse varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar, ni servir en cosa alguna à tu intento, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tassa à la providencia de los Cielos, que te la pueden guardar, y conservar, para que felizmente la gozes. A estas razones los crueles barbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el Capitan desatarle, y dar libertad à las manos, y luz à los ojos: y mirandole con atencion, le pareció ver el mas hermoso rostro de muger que huviesse visto; y juzgó, aunque barbaro, que si no era.

era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podría igualarse. Qué lengua podrá decir, ó que pluma escribir lo que sintió Periandro, quando conoció ser Auristela la condenada, y la libre? Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazon, y con passos torcidos, y floxos fue à abrazarse con Auristela, à quien dixo, teniendola estrechamente entre sus brazos: O querida mitad de mi alma! ó firme columna de mis esperanzas! ó prenda, que no se si diga por mi bien, ó por mi mal hallada; aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! vés aquí à tu hermano Periandro (y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oída) y profugió diciendo: Vive señora, y hermana mia, que en esta Isla no hay muerte para las mugeres, y no quieras tu para contigo ser mas cruel que sus moradores: confia en los Cielos, que pues te han librado hasta aquí de los infinitos peligros en que te debes de aver visto, te librarán de los que se pueden temer de aquí adelante. Ay hermano! respondió Auristela (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada) ay hermano! replicó otra vez, y como creo que este, en que nos hallamos ha de ser el ultimo trance que de nuestras desventuras puede temerse! suerte dichosa ha sido el hallarte, pero des-

dichada ser en tal lugar, y en semejante trage. Lloraban entrambos, cuyas lagrimas vió el barbero Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel que pensó ser su conocido, pariente, ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pudiese à romper por todo inconveniente: y así llegandose à los dos, asió de la una mano à Auristela, y de la otra à Periandro, y con semblante amenazador, y ademán sobervio, en alta voz dixo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar à estos dos aún en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas hubo dicho esto, quando el barbero Governador indignado, è impaciente sobremana, puso una grande, y aguda flecha en el arco, y desviandole de sí, quanto pudo estenderse el brazo izquierdo, puso la en pulguera con el derecho junto al diestro oído, y disparó la flecha con tan buen tinó, y con tanta furia, que en un instante llegó à la boca de Bradamiro; y se la cerró, quitandole el movimiento de la lengua, y sacandole el Alma, con que dexó admirados, atonitos, y suspensos à quantos allí estaban; pero no hizo tan à su salvo el tiro tan atrevido, como certero, que no recibiese por el mismo estilo la

paga de su atrevimiento: porque un hijo de Corficurbo el barbero, que se ahogó en el passage de Periandro, pareciendole ser mas ligeros sus pies, que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al Capitan, y alzando el brazo le embaynó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte, y agudo, que si de acero forjado fuera. Cerró el Capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza à la de Bradamiro: alborotó los pechos, y los corazones de los parientes de entrambos: puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza, y colera, comenzaron à embiar muertes en las flechas de unas partes à otras. Acabadas las flechas, como no se acabaron las manos, ni los puñales, arremetieron los unos à los otros, sin respetar el hijo al Padre, ni el hermano al hermano, antes como si de muchos tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas: con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin aver quien los pudiese en paz. Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes, y entre estas muertes estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella interprete, Periandro, y Auristela todos apiñados, y todos llenos de confusion, y de miedo. En mitad de esta furia, llevados en buelo algunos barbaros, de los que debían de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron à poner fuego à una selva, que estaba allí cerca, como à hacienda del Governador. Comenzaron à arder los arboles, y à favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas, y el humo, todos temieron ser ciegos, y abrasados. Llegábase la noche, que aunque fuera clara, se obscureciera, quanto mas siendo obscura, y temerosa. Los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los barbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira, y la venganza; ponianle, si, en los de los miserables apiñados, que no sabian que hacerse, adonde irse, ó como valerse: y en esta sazon tan confusa, no se olvidó el Cielo de focorrerles por tan estraña novedad, que la tuvieron por milagro. Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, obscura, y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, quando un barbero mancebo se llegó à Periandro, y en lengua Castellana que de él fue bien entendida, le dixo: Sigüeme, hermosa doncella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los Cielos me ayudan. No le respondió.

dió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia, y la interprete, se animassen, y le significassen: y así pisando muertos, y hollando armas, siguieron al joven barbaro, que les guiaba. Llevaban las llamas de la ardiente selva à las espaldas, que les servían de viento, que el passo les aligerasse. Los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela no permitían que al passo de su guía tendiesen el suyo. Viendo lo qual el barbaro robusto, y de fuerzas, asió de Cloelia, y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la interprete menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguía. De esta manera cayendo, y levantando, como decirse fuele, llegaron à la marina: y aviendo andado como una milla por ella àcia la vanda del Norte, se entró el barbaro por una espaciosa cueva, en quien la faca del mar entraba, y salía. Pocos passos anduvieron por ella, torciendose à una, y otra parte, estrechandose en una, y alargandose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agoviados al suelo, y ya en pie, y derechos, hasta que salieron, à su parecer, à un campo raso, pues les pareció que podían libremente enderezarse, que así se lo dixo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la obscuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entonces

con mas rigor ardían, allí llegar no podían. Bendito sea Dios, dixo el barbaro en la misma lengua Castellana, que nos ha trahido à este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte. En esto vieron que àcia ellos venía corriendo una gran luz, bien así como cometa, ò por mejor decir, exhalacion que por el ayre caminaba: esperáranla con temor, si el barbaro no dixera: Este es mi Padre, que viene à recibirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente sabía hablar la lengua Castellana, le dixo: El Cielo te pague, ò Angel humano, ò quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro, que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz que la trahía uno, al parecer barbaro, cuyo aspecto la edad pocas de cinquenta años le señalaba. Llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y à brazos abiertos se fue à su hijo, à quien preguntó en Castellano: Qué le avía sucedido, que con tal compañía bolvia? Padre, respondió el mozo, vamos à nuestro rancho, que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar. La Isla se abraza, casi todos los moradores de esta quedan hechos ceniza, ò medio abrazados: estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del Cielo

lo las he hurtado à las llamas, y al silvo de los barbaros puñales. Vamos, señor, como tengo dicho, à nuestro rancho, para que la caridad de mi Madre, y de mi hermana se muestre, y exercite en acariciar à estos mis cansados, y temerosos huéspedes. Guió el Padre, siguieronle todos, animóse Cloelia, pues caminó à pie: no quiso dexar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela unico bien suyo en la tierra. Poco anduvieron, quando llegaron à una altísima Peña, al pie de la qual descubrieron un anchísimo espacio, ò cueva, à quien servían de techo, y de paredes las mismas peñas. Salieron con teas encendidas en las manos dos mugeres vestidas al trage barbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta; esta hermosa, pero la muchacha hermosísima. La una dixo: Ay Padre, y hermano mio! y la otra no dixo mas sino: Seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La interprete estaba admirada de oír hablar en aquella parte, y à mugeres que parecían barbaras, otra lengua de aquella que en la Isla se acostumbra; y quando les iba à preguntar: que mysterio tenía saber ellas aquel language, lo estorvó mandar el Padre à su esposa, y à su hija, que aderezassen con lanudas pieles el suelo de la inculta cue-

va: ellas le obedecieron, arriando à las paredes las teas. En un instante, solícitas, y diligentes, sacaron de otra cueva que mas adentro se hacia, pieles de cabras, y ovejas, y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio que comenzaba à fatigarles.

CAPITULO V.

De la cuenta que dió de sí el barbaro Español à sus nuevos huéspedes.

PREsta, y breve fue la cena; pero por cenarla sin sobrefalto la hizo sabrosa: renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente: las baxillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata, ni de pisa: las manos de la barbara, y barbaro pequeños fueron los platos, y unas cortezas de arboles un poco mas agradables, que de corcho fueron los vasos. Quedóse Candia lexos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia, y frigidísima: quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño, que de otra qualquiera conversacion, por gustosa que sea. Acomodóla la barbara grande en el segundo apartamiento, haciendole de pieles, así colchones, como frazadas. Bolvió à sentarse con las demás, à quien el Español dixo en len-

gua Castellana de esta manera: Puesto que estaba en razon que yo supiera primero, señores míos, algo de vuestra hacienda, y sucesos, antes que os dixera los míos, quiero, por obligaros, que los sepais, porque los vuestros no se me encubran, despues que los míos huvieredes oído. Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España en una de las mejores Provincias de ella: echaronme al mundo Padres medianamente nobles: criaronme como ricos, llegué à las puertas de la Grammatica, que son aquellas por donde se entra à las demás ciencias. Inclínome mi estrella, si bien en parte à las letras, mucho mas à las armas: no tuve amistad en mis verdes años, ni con Ceres, ni con Baco, y así en mi siempre estuvo Venus fria. Llevado, pues, de mi inclinacion natural, dexé mi Patria, y fuíme à la guerra, que entonces la Magestad del Cesar Carlos Quinto hacia en Alemania contra algunos Potentados de ella, fuíme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí à ser liberal, y bien criado: que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte Christiano. Bolví à mi Patria honrado, y rico, con proposito de estar en ella algunos dias gozando de mis Padres, que aun vivian, y de los ami-

gos que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, embidiosa de mi sosiego, bolviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbre, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo: tomando por instrumento para hacerlo, à un Cavallero, hijo segundo de un Titulo, que junto à mi lugar el de su Estado tenia. Este, pues, vino à mi Pueblo à ver unas fiestas: Estando en la plaza en una rueda, ó corro de Hidalgos, y Cavalleros, donde yo tambien hacia numero, bolviendose à mi, con ademàn arrogante, y risueño, me dixo: Bravo estais, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la Platica de Flandes, y de Italia, porque en verdad que está bizarro, y sepa el buen Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le respondí: Porque yo soy aquel Antonio, besé à vuestra Señoría las manos mil veces por la merced que me hace: en fin vuestra Señoría hace como quien es, en honrar à sus compatriotas, y servidores; pero con todo esso quiero que vuestra Señoría entienda, que las galas yo me las llevé de mi tierra à Flandes, y con la buena crianza nací del vientre de mi Madre, así que por esto, ni merezco ser alabado, ni vituperado; y con todo, bueno, ó ma-

lo que yo sea, soy muy servidor de vuestra Señoría, à quien suplico me honre como merecen mis buenos deseos. Un Hidalgo que estaba à mi lado, grande amigo mio, me dixo, y no tan baxo que no lo pudo oír el Cavallero: Mirad, amigo Antonio, como hablais, que al señor Don Fulano no le llamamos acà Señoría. A lo que respondió el Cavallero, antes que yo respondiese: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen Señoría. Bien sé, dixe yo, los usos, y las ceremonias de qualquiera buena crianza, y el llamar à vuestra Señoría, Señoría, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos, ha de ser señoría, al modo de España: y yo, por ser hijo de mis obras, y de Padres hidalgos, merezco el merced de qualquier Señoría, y quien otra cosa dixere (y esto echando mano à mi espada) está muy lexos de ser bien criado, y diciendo, y haciendo, le di dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera, que no supo lo que le avia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio, que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estandome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero passandosele la turbacion, puso mano à

su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria, mas yo no le dexé poner en efecto su honrada determinacion, ni à él la sangre que le corría de la cabeza de una de las dos heridas. Alborotaronse los circuntantes, pusieron mano contra mi: retiréme à la casa de mis Padres, contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros, y de buen cavallo, aconsejandome à que me pudiesse en cobro, porque me avian grangeado muchos, fuertes, y poderosos enemigos. Hicelo así, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priessa. En resolucion, con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde bolví à servir al Emperador. Allí me avifaron, que mi enemigo me buscaba con otros muchos, para matarme del modo que pudiesse. Temí este peligro, como era razon que lo temiese. Bolvíme à España, porque no hay mejor asylo que el que promete la casa del mismo enemigo: ví à mis Padres de noche, tornaronme à proveer de dineros, y joyas, con que vine à Lisboa, y me embarqué en una nave, que estaba con las velas en alto, para partirse à Inglaterra, en la qual iban algunos Cavalleros Ingleses, que avian venido llevados de su curiosidad à ver à España:

y aviendola visto toda, ó por lo menos las mejores Ciudades de ella, se bolvian à su Patria. Sucedió pues, que yo me rebolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero Inglés, à quien fue forzoso darle un bofetón: llamó este golpe la colera de los demás marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron à tirarme todos los instrumentos arrojadizos, que les vinieron à las manos. Retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa à uno de los Caballeros Ingleses, poniendome à sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida. Los demás Caballeros foflegaron la turba, pero fue con condicion, que me arrojasen à la mar, ó que me diesen el esquife, ó barquilla de la nave, en que me bolviéssse à España, ó adonde el Cielo me llevasse. Hizose así, dieronme la barca proveída con dos barriles de agua, uno de manteca, y alguna cantidad de bizcocho. Agradecí à mis valedores la merced que me hacian: entré en la barca con solos dos remos, alargóse la nave, vino la noche obscura, hallóme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino, que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas, ni contra el viento. Alcè los ojos al Cielo, encoméndeme à Dios con la mayor

devocion que pude: miré al Norte, por donde distinguí el camino que hacia; pero no supe el parage en que estaba. Seis dias, y seis noches anduve de esta manera, confiando mas en la benignidad de los Cielos, que en la fuerza de mis brazos: los quales ya cansados, y sin vigor alguno del continuo trabajo, abandonaron los remos, que quitè de los escalamos, y los puse dentro la barca, para servirme de ellos quando el mar lo consintiesse, ó las fuerzas me ayudasen. Tendíme de largo à largo de espaldas en la barca, cerrè los ojos, y en lo secreto de mi corazon no quedò Santo en el Cielo à quien no llamasse en mi ayuda: y en mitad de este aprieto, y en medio de esta necesidad, (cosa dura de creer) me sobrevino un sueño tan pesado, que horrandome de los sentidos el sentimiento, me quedè dormido, (tales son las fuerzas de lo que pide, y ha menester nuestra naturaleza) pero allà en el sueño me representaba la imaginacion mil generos de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas de ellas me parecia que me comian lobos, y despedazaban fieras; de modo, que dormido, y despier-to era una muerte dilatada mi vida. De este no apacible sueño me despertò con sobresalto una furiosa ola del mar, que passando por cima de la barca, la llenò de

agua; reconocí el peligro, bolví como mejor pude el mar al mar, tornè à valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon: ví que el mar se ensobervecia, azotado, y herido de un viento Abrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderio. Ví que era simpleza oponer mi debil barca à su furia, y con mis flacas, y desmayadas fuerzas à su rigor; y así tornè à recoger los remos, y à dexar correr la barca por donde las olas, y el viento quisiesen llevarla. Reiterè plegarias, añadí promessas, aumentè las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos; no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena, que mis malas obras merecian. Finalmente, no sé à cabo de quantos dias, y noches que anduve vagamundo por el mar, siempre mas inquieto, y alterado, me vine à hallar junto à una Isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella à manadas discurrían. Lleguème al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales que avia visto. Comí del bizcocho ya remojado; que la necesidad, y la hambre no repara en nada. Llegò la noche menos obscura, que avia sido la passada: pareció que el mar se foflegaba, y prometia mas

quietud el venidero dia. Miré al Cielo, ví las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas, y fofiego en el ayre. Estando en esto me pareció por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servia de puerto, se coronaba de los mismos lobos que en la marina avia visto, y que uno de ellos (como es la verdad) me dixo en voz clara, y distinta, y en mi propia lengua: Español, hazte à lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedazos por nuestras uñas, y dientes; y no preguntes quien es el que esto te dice, sino dà gracias al Cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedè espantado, ó no, à vuestra consideracion lo dexo; pero no fue bastante la turbacion mia, para dexar de poner en obra el consejo que se me avia dado. Apretè los escalamos, atè los remos, esforcè los brazos, y salí al mar descubierto. Mas como suele acontecer, que las desdichas, y afficciones turban la memoria de quien las padece, no os podrè decir quantos fueron los dias que anduve por aquellos mares, tragando, no una, sino mil muertes à cada passo: hasta que atrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallè en esta Isla, donde di al través con ella en la misma parte, y lugar adonde està

la boca de la cueva, por donde aquí entrasteis. Llegò la barca à dar casi en seco por la cueva adentro, pero bolvia à sacar la refaca: viendo yo lo qual me arrojè de ella, y clavando las uñas en la arena, no di lugar à que la refaca al mar me bolvièsse: y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holguè de mudar genero de muerte, y quedarme en tierra, que como se dilate la vida, no se defmaya la esperanza. A este punto llegaba el barbaro Español, que este titulo le daba su trage, quando en la estancia mas adentro, donde avian dexado à Cloèlia, se oyeron tiernos gemidos, y follozos. Acudieron al instante con luces Auristela, Periandro, y todos los demás à ver que sería, y hallaron que Cloèlia, arrojada las espaldas à la peña, sentada en las pieles, tenia los ojos clavados en el Cielo, y casi quebrados. Llegòse à ella Auristela, y à voces compasivas, y dolorosas le dixo: Qué es esto, ama mia? Como, y es posible que me quereis dexar en esta soledad, y à tiempo que mas he menester valarme de vuestros consejos? Bolvió en sí algun tanto Cloèlia, y tomando la mano de Auristela, le dixo: Ves ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo, yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera

en el fosiiego que merece; pero si no lo permite el Cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor, que es en mi mano, le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que quando la buena suerte quisiere (que si querrà) que te veas en tu Estado, y mis Padres aún fueren vivos, ò alguno de mis parientes, les digas, como yo muero Christiana en la Fè de Jesu-Christo, y en la que tiene, que es la misma, la Santa Iglesia Catholica Romana; y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el Nombre de JESUS, cerrò los ojos en tenebrosa noche, à cuyo espectáculo tambien cerrò los suyos Auristela con un profundo desmayo. Hicieronse fuentes los de Periandro, y rios los de los circunstantes. Acudiò Periandro à socorrer à Auristela, la qual buelta en sí acrecentò las lagrimas, y comenzò suspiros nuevos, y dixo razones, que movieran à lastima à las piedras. Ordenòse que otro dia le sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella barbara, y su hermano, los demás se fueron à reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPITULO VI.

Donde el barbaro Español prosigue su historia.

Tardò aquel dia en mostrarse al mundo, al parecer mas de lo acostumbrado, à causa que el humo, y pavesas del incendio de la Isla, que aún duraba, impedía que los rayos del Sol por aquella parte no passassen à la tierra. Mandò el barbaro Español à su hijo, que saliesse de aquel sitio, como otras veces solia, y se informasse de lo que en la Isla passaba. Con alborotado sueño passaron los demás aquella noche, porque el dolor, y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia, no consintió que Auristela durmiesse; y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia à Periandro, el qual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y viò que era hecho, y fabricado de la naturaleza, como si la industria, y el arte le huvieran compuesto. Era redondo, cercado de altísimas, y peladas peñas, y à su parecer tanteò que baxaba poco mas de una legua, todo lleno de arboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien asperos, comestibles à lo menos. Estaba crecida la hierba, porque las muchas aguas que de las peñas salian, la tenían en perpetua verdura, todo lo qual le admiraba, y suspendia;

y llegò en esto el barbaro Español, y dixo: Venid, señores, y daremos sepultura à la difunta, y fin à mi comenzada historia. Hizieronlo así, y enterraron à Cloelia en lo hueco de una peña, cubriendola con tierra, y con otras peñas menores. Auristela le rogò que le pusiesse una Cruz encima, para señal de que aquel cuerpo avia sido Christiano. El Español respondiò, que el trahe-ria una gran Cruz, que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura. Dieronle todos el ultimo vale: renovò el llanto Auristela, cuyas lagrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto, pues, que el mozo barbaro bolvia, se bolvieron todos à encerrar en el concavo de la peña, donde avian dormido por defenderse del frio, que con rigor amenazaba; y aviendose sentado en las blandas pieles, pidió el barbaro silencio, y prosiguiò su cuento en esta forma.

Quando me dexò la barca en que venia, en la arena, y la mar tornò à cobrarla, ya dixè que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aún ahora no la tengo de cobrarla. Entrè aquí dentro, vi este sitio, y parecióme que la naturaleza le avia hecho, y formado para ser teatro, donde se representasse la tragedia de mis desgracias. Admiròme el no ver gente alguna, sino algunas cabras mon-

teses, y animales pequeños de diversos generos: rodèe todo el sitio, hallè esta cueva cavada en estas peñas, y señalèla para mi morada. Finalmente, aviendolo rodeado todo, bolvi à la entrada que aqui me avia conducido: por ver si oia voz humana, ò descubria quien me dixesse en que parte estaba: y la buena fuerte, y los piadosos Cielos, que aùn del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha barbara, de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos, y escollos de la marina pintadas conchas, y apetitoso marisco andaba buscando. Pasmòse viendome, pegaronse los pies en la arena, soltò las cogidas conchuelas, y derramòsele el marisco: y cogiendola entre mis brazos, sin decirle palabra, ni ella à mi tampoco, me entre por la cueva adelante, y la truxe à este mismo lugar donde ahora estamos: pufela en el suelo, besele las manos, halaguèle el rostro con las mias, y hice todas las señales, y demostraciones que pude para mostrarme blando, y amoroso con ella. Ella, passada aquel primer espanto, con atentissimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo: y de quando en quando, ya perdido el miedo, se reia, y me abrazaba, y facando del seno una manera de pan hecho à su modo, que no era de trigo, me lo puso en la

boca, y en su lengua me hablò, y à lo que despues acà he sabido, en lo que decia me rogaba que comièsse: yo lo hice así, porque lo avia bien menester. Ella me asió de la mano, y me llevò à aquel arroyo que alli està donde así mismo por señas me rogò que bebiesse. Yo no me hartaba de mirarla, pareciendome antes Angel del Cielo, que barbara de la tierra. Bolvi à la entrada de la cueva, y alli con señas, y con palabras, que ella no entendia, le supliqué, como si ella las entendiera, que bolvièsse à verme. Con esto la abrazè de nuevo, y ella simple, y piadosa me besò en la frente, y me hizo claras, y ciertas señas de que bolveria à verme. Hecho esto, tornè à pisar este sitio, y à requerir, y probar la fruta, de que algunos arboles estaban cargados, y hallè nueces, y avellanas, y algunas peras silvestres: di gracias à Dios del hallazgo, y alentè las desmayadas esperanzas de mi remedio. Passè aquella noche en este mismo lugar, esperè el dia, y en èl esperè tambien la buelta de mi barbara hermosa, de quien comencè à temer, y à recelar, que me avia de descubrir, y entregarme à los barbaros, de quien imaginè estar llena esta Isla; pero facòme de este temor el verla bolver algo entrado el dia, bella como el Sol, mansa como una cordera, no acompañada de barba-

ros que me prendiessen, sino cargada de bastimentos que me sustentassen. Aqui llegaba de su historia el Español gallardo, quando llegò el que avia ido à saber lo que en la Isla passaba, el qual dixo, que casi toda estaba abrafada, y todos, ò los mas de los barbaros muertos, unos, à hierro, y otros à fuego, y que si algunos avia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se avian entrado en el mar, por huir en el agua el fuego de la tierra: que bien podian salir de alli, y passar la Isla por la parte que el fuego les dièsse licencia, y que cada uno pensasse que remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita, que por alli cerca avia otras Islas de gente menos barbara habitadas, que quizà mudando de lugar, mudarian de ventura. Sossiegate hijo un poco, que estoy dando cuenta à estos señores de mis sucesos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canfes, señor mio, dixo la barbara grande, en referirlos tan por extenso, que podrà ser que te canfes, ò que canfes: dexame à mi que cuente lo que queda à lo menos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondiò el Español, porque me le darà muy grande el ver como las relatas. Es, pues, el caso, replicò la barbara, que mis muchas entradas, y salidas, en este lugar le dieron bastante,

para que de mi, y de mi esposo naciessen esta muchacha, y este niño. Llamo esposo à este señor, porque antes que me conocièsse del todo, me diò palabra de serlo, al modo que èl dice que se usa entre verdaderos Christianos, hame enseñado su lengua, y yo à èl la mia, y en ella assimismo me enseñò la ley Catholica Christiana, diòme agua de Baptismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que èl me ha dicho que en su tierra se acostumbra: declaròme su Fè como èl la sabe, la qual yo asentè en mi alma, y en mi corazon, donde le he dado el credito que he podido darle. Creo en la Santissima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espiritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero: y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espiritu Santo, no son tres Dioses distintos, y apartados, sino un solo Dios verdadero. Finalmente creo todo lo que tiene, y cree la Santa Iglesia Catholica Romana, regida por el Espiritu Santo, y governada por el Summo Pontifice, Vicario, y Viceroy de Dios en la tierra, sucesor legitimo de San Pedro, su primer Pastor despues de Jesu-Christo, primero, y universal Pastor de su Esposa la Iglesia. Dixome grandezas de la siempre Virgen Maria, Reyna de los Cielos, y Señora de los Angeles, y nuestras

Theforo del Padre, Relicario del Hijo, y amor del Espiritu Santo, amparo, y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme que las dichas bastan para que entendais que soy Catholica Christiana. Yo simple, y compasiva le entregué una alma rustica, y él (merced à los Cielos) me la ha buuelto discreta, y Christiana. Entregúele mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia à nadie, y de este entrego resultò averle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el numero de los que alaban al Dios verdadero. En veces le truxe alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta Isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día que ha de ser tan dichoso que nos saque de esta prision, y nos lleve adonde con libertad, y certeza, y sin escrupulo seamos unos de los del rebaño de Christo, en quien adoro, en aquella Cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció à mí era lo que le faltaba por decir à mi señor Antonio (que así se llamaba el Español barbaro) el qual dixo: Dices verdad, Ricla mía (que este era el proprio nombre de la barbara) con cuya variable historia admiraron à los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron: especialmente Auristela, que quedó aficionadísima

à las dos barbaras Madre, è hija. El mozo barbaro, que tambien como su Padre se llamaba Antonio, dixo à esta sazón, no ser bien estar allí ociosos, sin dar traza, y orden como salir de aquel encerramiento: porque si el fuego de la Isla, que à mas andar ardía, sobrepujasse las altas sierras, ò trahidas del viento cayessen en aquel sitio, todos se abrafarian. Dices verdad, hijo, respondiò el Padre. Soy de parecer, dixo Ricla, que aguardemos dos días, porque de una Isla que està tan cerca de esta, que algunas veces, estando el Sol claro, y el mar tranquilo, alcanzò la vista à verla: de ella vienen à esta sus moradores à vender, y à trocar lo que tienen con lo que tenemos, y à trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche, ò que me impida, pues ni oyen, ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos, y mi marido, que encerrados en una cueva tengo, de la riguridad del fuego. Pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes à defender que no entre agua por los costados; pero à lo que he visto, y notado, nunca ellos navegan sino con mar folegado, y no trahen aquellos lien-

zos que he visto, que trahen otras barcas, que suelen llegar à nuestras riberas à vender doncellas, ò varones para la vana supersticion que avreis oído decir, que en esta Isla ha muchos tiempos que se acostumbra: por donde vengo à entender, que estas tales barcas no son buenas, para fiarlas del mar grande, y de las borrascas, y tormentas que dicen que suceden à cada passo. A lo que añadió Periandro: No ha usado el señor Antonio de este remedio en tantos años como ha que està aquí encerrado? No respondiò Ricla, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar escusa que dar para la compra. Así es, dixo Antonio, y no por no fiarme de la debilidad de los baxeles; pero ahora que me ha dado el Cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta à ver quando vengan los mercaderes de la otra Isla, y sin reparar en precio comprará una barca con todo el necessario matalotage, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho. En resolución, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego avia hecho, y las armas. Vieron mil diferentes generos de muertes, de quien la colera sinrazón, y enojo suelen ser inventores. Vieron así-

misimo, que los barbaros que avian quedado vivos, recogiendo à sus balsas, desde lexos estaban mirando el riguroso incendio de su Patria, y algunos se avian pasado à la Isla, que servía de prision à los Cautivos. Quisiera Auristela que passaran à la Isla à ver si en la obscura mazmorra quedaban algunos; pero no fue menester porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo trage diò à entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron à la marina, besaron la tierra, y casi dieron muestras de adorar el fuego, por averles dicho el barbaro, que los sacò del calabozo obscuro, que la Isla se abrafaba, y que ya no tenían que temer à los barbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fue posible: algunos contaron sus miserias, y otros las dexaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admirò de que huviesse avido barbaro tan piadoso, que los sacasse, y de que no huviesse pasado à la Isla de la prision parte de aquellos que à las balsas se avian recogido. Uno de los prisioneros dixo, que el barbaro que los avia libertado, en lengua Italiana les avia dicho todo el successo miserable de la abrafada Isla, aconsejandoles, que passassen à ella à satisfacerse de sus trabajos con el oro, y perlas que

en ella hallarian, y que èl vendria en otra balsa que allà quedaba à tenerles compania, y à dar traza en su libertad. Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan estraños, y tan desdichados, que unos les facaban las lagrimas à los ojos, y otros la rifa de el pecho. En esto vieron venir àcia la Isla hasta seis barcas de aquellas de quien Ricla avia dado noticia: hicieron escala, pero no facaron mercaderia alguna, por no parecer barbaro que la comprasse. Concertò Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas. No quisieron venderle sino las quatro, porque les quedassen dos para bolverse. Hizose el precio con liberalidad notable, sin que en èl huviesse tanto mas, quanto. Fue Ricla à su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagò todo lo que quisieron: dieron dos barcas à los que avian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron; en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con quatro personas de las recién libres; y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el Padre, y Antonio el hijo, con la hermosa Ricla, y la discreta Transila, y la gallarda Constanza, hija de Ricla, y de Antonio. Quiso Auristela ir à despedirse de los huesos de su querida Cloelia, acompañaronla todos, llorò sobre la se-

pultura, y entre lagrimas de tristeza, y entre muestras de alegría bolvieron à embarcarse, aviendo primero en la marina hincados de rodillas, y suplicado al Cielo con tierna, y devota oracion les diesse felice viage, y los enseñasse el camino que tomarian. Sirvió la barca de Periandro de Capitana, à quien siguieron los demás: y al tiempo que querian dar los remos al agua, (porque velas no las tenian) llegó à la orilla del mar un barbaro gallardo, que à grandes voces en lengua Toscana dixo: Si por ventura sois Christianos los que vais en essas barcas, recoged à este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Uno de las otras barcas dixo: Este barbaro, señores, es el que nos sacò de la mazmorra, si quereis corresponder à la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su platica à los de la barca primera) bien ferà que le pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis, recogiendole en nuestra compania. Oyendo lo qual Periandro, le mandò llegasse su barca à tierra, y le recogiesse en la que llevaba los bastimentos. Hecho esto, alzaron las voces con alegres acentos, y tomando los ramos en la mano, dieron alegre principio à su viage.



CAPITULO VII.

Navegan desde la Isla barbara, à otra Isla que descubrieron.

Quatro millas, poco mas, ò menos, avrian navegado las quatro barcas, quando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas, y viento en popa, parecia que venia à embestirles. Periandro dixo, aviendola visto: Sin duda este navio debe de ser el de Arnaldo, que buelve à saber de mi suceso, y tuvieralo yo por muy bueno ahora no verle. Avia ya contado Periandro à Auristela todo lo que con Arnaldo le avia pasado, y lo que entre los dos dexaron concertado. Turbòse Auristela, que no quisiera bolver al poder de Arnaldo, de quien avia dicho, aunque breve, y succintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le avia acontecido. No quisiera ver juntos à los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo, y de Periandro; todavia el temor de que podia ser descubierta el parentesco, la fatigaba, y mas que quien le quitaria à Periandro no estar zeloso, viendo à los ojos tan poderoso contrario: que no hay discrecion que valga, ni amorosa fé que asegure el enamorado pecho, quando por su desven-

tura entran en èl zelosas sospechas; pero de todas estas le aseguró el viento, que bvolvió en un instante al soplo que daba de lleno, y en popa à las velas en contrario, de modo, que à vista suya, y en un momento breve dexò la nave derribar las velas de alto à baxo, y en otro instante, casi invisible, las hizaron, y levantaron hasta las gaviás, y la nave comenzó à correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongandose de las barcas con toda priesa. Respirò Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demás que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrandose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas, y mas felice viage pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave à quien quisieran seguir, si pudieran, mas no les fue possible, ni pudieron hacer otra cosa, que encaminarse à una Isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaban cerca, distando de allí mas de seis leguas. Cerraba la noche algo obscura, picaba el viento largo, y en popa, que fue alivio à los brazos, que bvolviendo à tomar los remos, se dieron priesa à tomar la Isla. La media noche sería, segun el tanteo que el barbaro Antonio hizo del Norte, y de las guardas, quando llegaron à ella: y por herir blandamente las aguas en

la orilla, y ser la refaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra, y à fuerza de brazos las vararon. Era la noche fria de tal modo, que les obligò à buscar reparos para el hielo; pero no hallaron ninguno. Ordenò Perianbro, que todas las mugeres se entrassen en la barca Capitana, y apiñandose en ella con la compania, y estrechez templassen el frio. Hizose así, y los hombres hicieron cuerpo de guardia à la barca, passeandose como centinelas de una parte à otra, esperando el dia para descubrir en que parte estaban, porque no pudieron saber por entonces si era, ò no despoblada la Isla. Y como es cosa natural, que los cuydados destierran el sueño, ninguno de aquella cuydadosa compania pudo cerrar los ojos; lo qual, visto por el barbaro Antonio, dixo al barbaro Italiano: Que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche fuesse servido de entretenerles, contandoles los sucesos de su vida: porque no podian dexar de ser peregrinos, y raros, pues en tal traje, y en tal lugar le avian puesto. Harè yo esso de muy buena gana, respondió el barbaro Italiano, aunque temo que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas, y tan extraordinarias no me aveis de dar credito alguno. A lo que dixo Perianbro: En las que à nosotros

nos han sucedido, nos hemos enseñado, y dispuesto à creer quantas nos contàren, puesto que tengan mas de lo imposible, que de lo verdadero. Lleguèmonos aqui, respondió el barbaro, al borde de esta barca, donde están estas señoras, quizá alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva: que es alivio al que cuenta sus desventuras ver, u oír que hay quien se duela de ellas. A lo menos por mi, respondió Ricla de dentro de la barca, y à pesar del sueño tengo lagrimas que ofrecer à la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas. Casi lo mismo dixo Auristela: y así todos rodearon la barca, y con atento oído estuvieron escuchando lo que el que parecia barbaro, decia, el qual comenzó su historia de esta manera.

CAPITULO VIII.

Donde Rutilio dà cuenta de su vida.

MI nombre es Rutilio, mi Patria Sena, una de las mas famosas Ciudades de Italia: mi oficio Maestro de danzar, unico en èl, y venturoso, si yo quisiera. Avia en Sena un Cavallero rico, à quien el Cielo diò una hi-

ja mas hermosa, que discreta, à la qual tratò de casar su Padre con un Cavallero Florentin: y por entregarla adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñasse à danzar: que la gentileza, gallardia, y disposicion del cuerpo en los bayles honestos, mas que en otros passos se señalan, y à las Damas principales les està muy bien saberlos para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entrè à enseñarla los movimientos del cuerpo; pero movila los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindiò la suya à la mia: y la suerte, que de corriente larga trahia encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozassèmos, yo la sacasse de en casa de su Padre, y la llevasse à Roma; pero como el amor no dà baratos sus gustos, y los delitos llevan à las espaldas el castigo (pues siempre se teme) en el camino nos prendieron à los dos, por la diligencia que su Padre puso en buscarnos. Su confesion, y la mia (que fue decir, que yo llevaba à mi esposa, y ella se iba con su marido) no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto, que obligò al Juez, moviò, y convenció à sentenciarme à muerte. Apartaronme en la prision con los ya condenados à ella, por otros delitos no tan honrados como el mio. Visitòme en el cala-

bozo una muger, que decian estaba presa por fatucherie, que en Castellano se llaman hechizeras, que la Alcaydesa de la carcel avia hecho soltar de las prisiones, y llevandola à su aposento, à titulo de que con hierbas, y palabras avia de curar à una hija fuya de una enfermedad, que los Medicos no acertaban à curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento, que aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca. Viendome yo atado, y con el cordel à la garganta, sentenciado al suplicio, sin orden, ni esperanza de remedio, di el si à lo que la hechizera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Dixome, que no tuviesse pena, que aquella misma noche del dia que sucedió esta plastica, ella romperia las cadenas, y los cepos, y à pesar de otro qualquier impedimento me pondria en libertad, y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos, y poderosos. Tuvela no por hechizera, sino por Angel que embiaba el Cielo para mi remedio: esperè la noche, y en la mitad de su silencio llegó à mi, y me dixo, que asiesse de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciendome la siguiessè. Turbème algun tanto, pero como el interés era tan grande, movi los pies para seguirla, y hallèlos sin grillos, y sin cadenas, y las puertas de toda

toda la prision de par en par abiertas, y los prisioneros, y guardas en profundissimo sueño sepultados. En saliendo à la calle tendiò en el suelo mi guiadora un manto: y mandandome que pufesse los pies en el, me dixo: Que tuvièsse buen animo, que por entonces dexasse mis devociones. Luego vi mala señal, luego conocí que queria llevarme por los ayres: y aunque como Christiano bien enseñado, tenia por burla todas estas hechizeras, (como es razon que se tengan) todavia el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dexò atropellar por todo: y en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella, ni mas, ni menos murmurando unas razones, que yo no pude entender: y el manto comenzó à levantarse en el ayre, y yo comencè à temer poderosamente, y en mi corazon no tuvo Santo la Letanía à quien no llamasse en mi ayuda. Ella debiò de conocer mi miedo, y presentar mis rogativas, y bolviòme à mandar que las dexasse. Desdichado de mí, dixè, que bien puedo esperar, si se me niega, el pedirle à Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolución, cerrè los ojos, y dexème llevar de los diablos, que no son otras las postas de las hechizeras: y al parecer quatro horas, ò poco mas avia volado, quando me hallè al crepusculo del dia en una tierra no

conocida. Tocò el manto el suelo, y mi guiadora me dixo: En parte estàs, amigo Rutilio, que todo el genero humano no podrá ofenderte, y diciendo esto comenzó à abrazarme, no muy honestamente. Apartèla de mí con los brazos, y como mejor pude divisè que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me helò el alma, me turbò los sentidos, y diò con mí mucho animo al través; pero como suele acontecer, que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos, saca del animo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pufieron en la mano un cuchillo, que acafo en el seno traia, y con furia, y rabia se le hinqùe por el pecho à la que pensè ser loba, la qual cayendo en el suelo perdiò aquella fea figura, y hallè muerta, y corriendo fangre à la desventurada encantadora. Considerad, señores, qual quedaria en tierra no conocida, y sin persona que me guiasse. Estuve esperando el dia muchas horas; pero nunca acababa de llegar, ni por los Horizontes se descubria señal de que el Sol vinièsse. Apartème de aquèl cadaver, porque me causaba horror, y espanto el tenerle cerca de mí. Bolvia muy à menudo los ojos al Cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, y pareciamè, segun el curso que avian hecho, que ya avia de ser de dia. Estando en esta confusion, oi

que

que venia hablando, por junto de donde estava alguna gente, y así fue verdad: y saliendoles al encuentro, les preguntè en mi lengua Toscana, que me dixessen que tierra era aquella; y uno de ellos asimismo en Italiano me respondiò: Esta tierra es Noruega; pero quien eres tu que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondi, un miserable, que por huir de la muerte he venido à caer en sus manos, y en breves razones le di cuenta de mi viage, y àun de la muerte de la hechizera. Mostrò condolerse el que me hablaba, y dixome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al Cielo por averte librado del poder de estas maleficas hechizeras, de las quales hay mucha abundancia en estas septentrionales partes. Cuentase de ellas, que se convierten en lobos, así machos, como hembras, porque de entrambos generos hay maleficos, y encantadores. Como esto puede ser, yo lo ignoro, y como Christiano que soy Catholico no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcanzar es, que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permission de Dios, y castigo de los abominables pecados de este maldito genero de gente. Preguntèla, que hora podria ser, porque me parecia que la no-

che se alargaba, y el dia nunca venia. Respondiòme, que en aquellas partes remotas se repartia el año en quatro tiempos, tres meses avia de noche obscura, sin que el Sol pareciese en la tierra en manera alguna; y tres meses avia de crepusculo del dia, sin que bien fuesse noche, ni bien fuesse dia: otros tres meses avia de dia claro continuado, sin que el Sol se escondiesse; y otros tres de crepusculo de la noche: y que la sazón en que estaban era la del crepusculo del dia, así que esperar la claridad del Sol por entonces era esperanza vana, y que también lo seria esperar yo volver à mi tierra tan presto, sino fuesse quando llegasse la sazón del dia grande, en la qual parten navios de estas partes à Inglaterra, Francia, y España con algunas mercancias. Preguntòme si tenia algun oficio en que ganar de comer, mientras llegaba tiempo de volverme à mi tierra? Dixele, que era baylarin, y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilissimamente. Riòse de gana el hombre, y me dixo, que aquellos exercicios, ò officios (ò como llamarlos quisiesse) no corrian en Noruega, ni en todas aquellas partes. Preguntòme si sabia oficio de orife. Dixele que tenia habilidad para aprender lo que me enseñasse. Pues venios hermano conmigo, aunque primero ferà bien que demos sepultura à esta miserable. Hicimoslo así, y

C

llevò.

llevóme à una Ciudad, donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino, que como, ó quando avia venido à aquella tierra, y que si era verdaderamente Italiano? Respondió, que uno de sus passados Abuelos se avia casado en ella, viniendo de Italia à negocios que le importaban, y à los hijos que tuvo les enseñó su lengua, y de uno en otro se extendió por todo su linage hasta llegar à él, que era uno de sus quartos nietos; y así como vecino, y morador tan antiguo, llevado de la afición de mis hijos, y muger, me he quedado hecho carne, y fangre entre esta gente, sin acordarme de Italia, ni de los parientes que allá dixeron mis Padres que tenían. Contar yo ahora la casa donde entré, la muger, è hijos que hallé, y criados que tenía muchos, el gran caudal, el recibimiento, y agafajo que me hicieron, sería proceder en infinito: basta decir en suma, que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo. En este tiempo se llegó el de llegar el día grande, y mi Amo, y Maestro (que así le puedo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía à otras Islas por allí cercanas, y à otras bien apartadas. Fuíme con él, así por curiosidad, como por vender algo, que ya tenía de

caudal: en el qual viage ví cosas dignas de admiracion, y espanto, y otras de rifa, y contento. Noté costumbres, advertí ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente usadas. En fin, à cabo de dos meses corrimos una borrasca, que nos duró cerca de quarenta días, al cabo de los cuales dimos en esta Isla, de donde oy salimos entre unas peñas, donde nuestro baxel se hizo pedazos, y ningun de los que en él venian quedó vivo sino yo.

CAPITULO IX.

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

LO primero que se me ofreció à la vista antes que viesse otra cosa alguna, fue un barbero pendiente, y ahorcado de un árbol, por donde conocí que estaba en tierra de barbaros salvages: y luego el miedo me puso delante mil generos de muertes, y no sabiendo que hacerme, alguna, ó todas juntas las temia, y las esperaba. En fin, como la necesidad, segun se dice, es maestra de sutilizar el ingenio, di en un pensamiento harto extraordinario, y fue, que descolgué al barbero del árbol: y aviendome desnudado de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenían otra hechura

chura que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados à medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo aveis visto. Para disimular la lengua, y que por ella no fuesse conocido por extranjero, me fingí mudo, y sordo, y con esta industria me entré por la Isla adentro, saltando, y haciendo cabriolas en el ayre. A poco trecho descubrí una gran cantidad de barbaros, los cuales me rodearon, y en su lengua unos, y otros con gran priessa me preguntaron (à lo que despues acá he entendido) quien era, como me llamaba, de donde venia, y adonde iba. Respondiles con callar, y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reíteraba los saltos, y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos, que no me dexaban adonde quiera que iba. Con esta industria pasé por barbaro, y por mudo, y los muchachos por verme saltar, y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenían. De esta manera he pasado tres años entre ellos, y aún pasará todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion, y curiosidad noté su lengua, y aprendí mucha parte de ella: supe la profecía que de la duracion de su Reyno tenia profetizada un antiguo, y sabio barbero, à quien ellos daban gran crédito. He visto sacrificar algunos varones para hacer la expe-

riencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto, hasta que sucedió el incendio de la Isla, que vosotros señores aveis visto. Guardéme de las llamas, fui à dar aviso à los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda avreis estado. Ví estas barcas, acudí à la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogisteisme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y ahora espero en la del Cielo, que pues nos sacó de tanta miseria à todos, nos ha de dar en este que pretendemos, felicissimo viage. Aquí dió fin Rutilio à su platica, con que dexó admirados, y contentos à los oyentes. Llegóse el día aspero, turbio, y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela à Periandro lo que Cloelia le avia dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubria una Cruz de diamantes tan rica, que no acertaron à estimarla, por no agraviar su valor: y la otra dos perlas redondas, asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela, y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion, y agradable trato. El barbero Antonio, viniendo el día, se entró un poco en la Isla, pero no descubrió otra cosa que montañas, y sierras de nieve;

y bolviendo à la barca, dixo, que la Isla era despoblada, y que convenia partirse de alli luego à buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos, que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcaronse todos, y pusieron las proas en otra Isla, que no lexos de alli se descubria. En esto, yendo navegando con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que

Mar fefgo, viento largo, estrella clara;
Camino, aunque no usado, alegre, y cierto,
Al hermoso, al seguro, al capaz Puerto
Llevan la nave vuestra, unica, y rara.

En Scylas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro, que el mar tenga encubierto,
Siguiendo su derrota al descubierta,
Que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltare la esperanza
Del llegar à este Puerto, no por esso
Gireis las velas, que fera simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza:
Y nunca tuvo prospero sucesso,
El que no se quilata en la firmeza.

LA barbara Ricla dixo, en callando la voz: De espacio debe de estar, y ocioso el cantor que en semejante tiempo dà su voz à los vientos; pero no lo juzgaron asì Periandro, y Auristela, porque le tuvieron por

de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera, que les hizo estar atentos à escucharla. Notaron, especialmente el barbaro Antonio el Padre, que notò que lo que se cantaba era en lengua Portuguesa, que èl sabia muy bien. Callò la voz, y de alli à poco bolviò à cantar en Castellano, y no à otro tono de instrumentos que al de remos, que fefgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notò, que lo que cantaron, fue esto:

mas enamorado, que ocioso al que cantado avia: que los enamorados facilmente reconcilian los animos, y travan amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad: y asì con licencia de los demás que

que en su barca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se passasse à su barca, asì por gozar de cerca de su voz, como por saber de sus successos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ò sentia mucho, ò no tenia sentimiento alguno. Juntaronse las barcas, passò el musico à la de Periandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida. En entrando el musico, en medio Portuguès, y en medio Castellano, dixo: Al Cielo, y à vosotros señores, y à mi voz agradezco esta mudanza, y esta mejora de navio; aunque creo que con mucha brevedad le dexare libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que sienten en el alma, me van dando señales de que tengo la vida en sus ultimos terminos. Mejor lo harà el Cielo, respondiò Periandro, que pues yo soy vivo, no avrè trabajos que puedan matar à alguno. No seria esperanza aquella, dixo à esta fazon Auristela, à que pudiesen contrastar, y derribar infortunios: pues asì como la luz resplandece mas en las tinieblas, asì la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos, que el desesperarse en ellos, es accion de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad, ni baxeza, que entregarse el trabajado (por mas que lo sea) à la desesperacion. El alma ha de estar, dixo Periandro, el un pie en los labios, y el otro

en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dexar de esperar su remedio, porque seria agraviar à Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tassa, y coto à sus infinitas misericordias. Todo es asì, respondiò el musico, y yo lo creo à despecho, y pesar de las experiencias, que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas. No por estas plasticas dexaban de bogar, de modo, que antes de anoche con dos horas llegaron à una Isla tambien despoblada, aunque no de arboles, porque tenia muchos, y llenos de fruto, que aunque passado de fazon, y seco, se dexaba comer. Saltaron todos en tierra en la qual vararon las barcas, y con gran priessa se dieron à desgajar arboles, y hacer una gran barraca, para defenderse aquella noche del frio. Hicieron asimismo fuego, ludiendo dos secos palos el uno con el otro (artificio tan sabido, como usado) y como todos trabajaban, en un punto se viò levantada la pobre maquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciendoles aquella choza dilatado alcazar. Satisfacieron la hambre, y acomodàranse à dormir luego, si el deseo que Periandro tenia de saber el successo del musico, no lo estorvava, porque le rogò, si era possible, les hiciesse sabidores de sus desgracias,

pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le avian trahido. Era cortes el cantor, y assi sin hacerse de rogar, dixo:

CAPITULO X.

De lo que contò el enamorado Portuguès.

Con mas breves razones de las que sean posibles, darè fin à mi cuento con darle al de mi vida, si es que tengo de dar credito à cierto sueño, que la passada noche me turbò el alma. Yo, señores, foy Portuguès de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza. Mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi Patria Lisboa, y mi exercicio el de soldado. Junto à las casas de mis Padres casi pared en medio estaba la de otro Cavallero del antiguo linage de los Pereyras, el qual tenia sola una hija, unica heredera de sus bienes, que eran muchos, baculo, y esperanza de la prosperidad de sus Padres: la qual por el linage, por la riqueza, y por la hermosura era deseada de todos los mejores del Reyno de Portugal: y yo, que como mas vecino de su casa tenia mas comodidad de verla, la mirè, la conoci, y la adore con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podria ser vi- nièsse à ser mi esposa. Y por ahor-

rar de tiempo, y por entender que con ella avian de valer poco requiebros, promesas, ni dadi- vas, determinè de que un pa- riente mio se la pidiesse à sus Pa- dres para esposa mia: pues ni en el linage, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciabamos en nada. La respuesta que truxo, fue, que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dexasse passar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo, sin hacerme sabidor de ello. Lle- vè este primer golpe en los hom- bros de mi paciencia, y en el es- cudo de la esperanza; pero no dexè por esto de servirla publi- camente à sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la Ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su pru- dencia, y en los retretes de su recato, con honestidad, y licen- cia de sus Padres admitia mis ser- vicios, y daba à entender que si no los agradecia con otros, por lo menos no los defestimaba. Su- cediò, que en este tiempo mi Rey me embiò por Capitan General à una de las fuerzas que tiene en Berberia, officio de calidad, y de confianza. Llegòse el dia de mi partida: y pues en èl no llegò el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consume. Hablé à su Padre, hicle que me bolvièsse à dar la palabra de la espera de los dos años: tuvome lasti-

lastima, porque era discreto, y confintió que me despidiesse de su muger, y de su hija Leonora, la qual en compañía de su Ma- dre saliò à verme à una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardìa, y el silencio. Pas- mème quando vi tan cerca de mi tanta hermosura: quise hablar, y anudòseme la voz à la garganta; y pegòseme al paladar la lengua, y ni supe, ni pude hacer otra co- sa, que callar, y dar con mi si- lencio indicio de mi turbacion: la qual vista por el Padre, que era tan cortes como discreto, se abrazò conmigo, y dixo: Nun- ca, Señor Manuel de Sosa, los dias de partida dan licencia à la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su fa- vor de vuestra merced mas que al- guna otra Rhetorica. Vuestra mer- ced vaya à exercer su cargo, y buelva en buen punto, que yo no faltarè ninguno en lo que to- càre à servirle. Leonora mi hija es obediente, y mi muger desea darme gusto, y yo tengo el dese- o que he dicho, que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuestra merced buen suce- so en lo que deseo. Estas palabras todas me quedaron en la memo- ria, y en el alma impressas, de tal manera, que no se me han olvidado, ni se me olvidarán en tanto que la vida me duràre. Ni la hermosa Leonora, ni su Ma- dre, me dixeron palabra, ni yo

pude, como he dicho, decir al- guna. Partime à Berberia, exerci- tè mi cargo con satisfaccion de mi Rey dos años: bolvi à Lisboa, hallè que la fama, y hermosura de Leonora avia salido de los li- mites de la Ciudad, y del Rey- no, y extendiose por Castilla, y otras partes, de las quales venian embaxadas de Principes, y Seño- res, que la pretendian por espo- sa; pero como ella tenia la vo- luntad tan sujeta à la de sus Pa- dres, no miraba si era, ò no so- licitada. En fin, viendo yo passa- do el termino de los dos años, bolvi à suplicar à su Padre, me la dieffe por esposa. Ay de mi, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! Porque à las puertas de mi vida està llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis des- venturas, que si assi fuèsse, no las tendria yo por tales. Finalmente, un dia me avisaron, que para un Domingo venidero me entregari- an à mi deseada Leonora, cuya nueva faltò poco para no quitarme la vida de contento. Combide à mis parientes, llamè à mis ami- gos, hice galas, embiè presentes con todos los requisitos que pu- diessen mostrar ser yo el que me casaba, y Leonora la que avia de ser mi esposa. Llegòse este dia, y yo fui acompañado de todo lo mejor de la Ciudad à un Monas- terio de Monjas, que se llamaba de la Madre de Dios, adonde me

dixeron que mi esposa desde el dia de antes me esperaba, que avia sido su gusto que en aquel Monasterio se celebrasse su desposorio con licencia del Arzobispo de la Ciudad. Detuvo se algun tanto el lastimado Cavallero, como para tomar aliento de proseguir su platica; y luego dixo: Lleguè al Monasterio, que Real, y pomposamente estaba adornado: salieron à recibirme casi toda la gente principal del Reyno, que allí aguardandome estaba con infinitas señoras de la Ciudad de las mas principales: hundia se el Templo de musica, asì de voces, como de instrumentos: y en esto saliò por la puerta del Claustro la sin par Leonora, acompañada de la Priora, y de otras muchas Monjas, vestida de raso blanco acuchillado, con faya entera à lo Castellano, tomadas las cuchilladas con ricas, y gruesas perlas. Venia forrada la faya en tela de oro verde: trahia los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios, que deslumbraban los del Sol, y tan luengos, que casi besaban la tierra: la cintura, collar, y anillos que trahia, opiniones huvo que valian un Reyno. Torno à decir que saliò tan bella, tan costosa, tan gallarda, y tan ricamente compuesta, y adornada, que causò envidia en las mugeres, y admiracion en los hombres. De mi se decir, que quedè tal con su vista, que me hallè

indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el Emperador del Mundo. Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la Iglesia, donde defenfadadamente, y sin que nadie lo empachasse, se avia de celebrar nuestro desposorio. Subiò en el primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostrò su gallardia, y gentileza. Pareciò à todos los ojos que la miraban, lo que suele parecer la bella Aurora al despuntar del dia, ò lo que dicen las antiguas fabulas, que parecia la casta Diana en los bosques: y algunos, creo que huvo tan discretos, que no la acertaron à comparar fino à si misma. Subi yo al teatro, pensando que subia à mi Cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demonstracion de adorarla. Alzò se una voz en el Templo, procedida de otras muchas que decia: Vivid felices, y luengos años en el mundo, ò dichosos, y bellissimos amantes: coronen presto hermosissimos hijos vuestra mesa, y à largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos: no sepan los rabiosos zelos, ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos: rindase la envidia à vuestros pies, y la buena fortuna no acierte à salir de vuestra casa. Todas estas razones, y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con que gusto general llevaba el

Pueblo mi ventura. En esto la hermosa Leonora me tomò por la mano, y asì en pie como estabamos, alzando un poco la voz, me dixo: Bien sabeis, señor Manuel de Sofa, como mi Padre os diò palabra, que no dispondria de mi persona en dos años, que se avian de contar desde el dia que me pedisteis, fuesse yo vuestra esposa: y tambien, si mal no me acuerdo, os dixè yo, viendome acosada de vuestra sollicitud, y obligada de los infinitos beneficios que me aveis hecho, mas por vuestra cortesìa, que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra fino à vos. Esta palabra mi Padre os la ha cumplido, como aveis visto, y yo os quiero cumplir la mia, como vereis: y asì porque se que los engaños, aunque sean honrosos, y provechosos, tienen un no se que de traicion, quando se dilatan, y entretienen, quiero del que os parecerà que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, foy casada, y en ninguna manera, siendo mi Esposo vivo, puedo casarme con otro: yo no os dexo por ningun hombre de la tierra, sino por uno del Cielo, que es Jesu-Christo Dios, y Hombre verdadero: èl es mi Esposo, à èl le di la palabra primero que à vos: à èl fin engaño, y de toda mi voluntad, y à vos con disimulacion, y sin firmeza alguna.

Yo confieso, que para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar: pero aviendole de escoger en el Cielo, quien como Dios? Si esto os parece traicion, ò descomedido trato, dadme la pena que quisieredes, y el nombre que se os antojare, que no avrà muerte, promesa, ò amenaza, que me aparte del crucificado Esposo mio. Callò, y al mismo punto la Priora, y las otras Monjas, comenzaron à desnudarla, y à cortarla la preciosa madexa de sus cabellos. Yo enmudeci, y por no dar muestra de flaqueza, tuve cuenta con reprimir las lagrimas que me venian à los ojos, è hincandome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza le besè la mano, y ella Christianamente compasiva, me echò los brazos al cuello. Alcè me en pie, y alzando la voz de modo que todos me oyessen, dixè: *Maria optimam partem elegit*; y diciendo esto, me baxè del teatro, y acompañado de mis amigos, me bolvi à mi casa, adonde yendo, y viniendo con la imaginacion en este extraño suceso, vine casi à perder el juicio: y ahora por la misma causa vengo à perder la vida, y dando un gran suspiro, se le saliò el alma, y diò consigo en el suelo.



CAPITULO XI.

Llegan à otra Isla donde hallan buen acogimiento.

A Cudiò con presteza Perian-dro à verle, y hallò que avia espirado de todo punto, dexando à todos confusos, y admirados del triste, y no imaginado suceso. Con este sueño, dixo à esta fazon Auristela, se ha escuchado este Cavallero de contarnos que le sucediò en la passada noche, los trances por donde vino à tan defaistrado termino, y à la prisson de los barbaros, que sin duda debian de ser casos tan desesperados, como peregrinos. A lo que añadió el barbaro Antonio: Por maravilla hay desdichado solo que lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aqui, ò por allí siempre son grandes, y entonces lo dexan de ser, quando acaban con la vida del que las padece. Dieron luego orden de enterrarle como mejor pudieron: sirviòle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve, y de Cruz la que le hallaron en el pecho en un Escapulario, que era la de Christus, por ser Cavallero de su Habito; y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las avian dado bien claras su grave presencia, y razonar discreto. No faltaron

lagrimas que le acompañassen, porque la compasión hizo su oficio, y las facò de todos los ojos de los circunstantes. Amaneciò en esto: bolvieron las barcas al agua, pareciendoles que el mar les esperaba sossegado, y blando, y entre tristes, y alegres, entre temor, y esperanza figuieron su camino, sin llevar parte cierta adonde encaminarle. Estàn todos aquellos mares casi cubiertos de Islas, todas, ò las mas despobladas: y las que tienen gente, es rustica, y medio barbara, de poca urbanidad, y de corazones duros, è insolentes; y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiesse, porque imaginaban que no podian ser tan crueles sus moradores, que no lo fuesen mas las montañas de nieve, y los duros, y asperos riscos de las que atràs dexaban. Diez dias mas navegaron, sin tomar puerto, playa, ò abrigo, dexando à entrambas partes diestra, y siniestra Islas pequeñas, que no prometian estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña, que à la vista se les ofrecia, pugnaban con todas sus fuerzas llegar à ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacian agua, y los bastimentos à mas andar iban faltando. En fin, mas con la ayuda del Cielo, como se debe creer, que con la de sus brazos, llegaron à la deseada Isla, y vieron andar dos personas por la

marina, à quien con grandes voces preguntò Transila, que tierra era aquella, quien la governaba, y si era de Christianos Catholicos? Respondieronle en lengua que ella entendiò, que aquella Isla se llamaba Golandia, y que era de Catholicos puesto que estaba despoblada, por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaba mas de una casa, que servia de meson à la gente que llegaba à un Puerto detrás de un peñon que señalò con la mano: y si vosotros, quien quiera que seais, quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondremos en el Puerto. Dieron gracias à Dios los de las barcas, y siguieron por la mar à los que los guiaban por la tierra: y al bolver del peñon que les avian señalado vieron un abrigo, que podia llamarse Puerto, y en el hasta diez, ò doce baxeles, de ellos chicos, de ellos medianos, y de ellos grandes, y fue grande la alegría que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navios, y seguridad de caminar con certeza à otras partes. Llegaron à tierra, salieron así gente de los navios, como del meson à recibirles: saltò en tierra en hombros de Perian-dro, y de los dos barbaros Padre, è hijo, la hermosa Auristela vestida con el vestido, y adorno con que fue Perian-dro vendido à los barbaros por Arnaldo. Saliò con ella la gallarda Transila, y la bella

barbara Constanza con Riela su Madre, y todos los demás de las barcas acompañaron este esquadron gallardo. De tal manera causò admiracion, espanto, y asombro la bellissima esquadra en los de la mar, y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar à Auristela. Mirabanla callando, y con tanto respecto, que no acertaban à mover las lenguas por no ocuparse en otra cosa, que en mirar. La hermosa Transila, como ya avia hecho experiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompiò el silencio, diciendoles: A vuestro hospedage nos ha trahido la nuestra hasta oy contraria fortuna: en nuestro trage, y en nuestra mansedumbre echareis de ver, que antes buscamos paz, que guerra, porque no hacen batalla las mugeres, ni los varones afligidos. Acogednos, señores, en vuestro hospedage, y en vuestros navios, que las barcas que aqui nos han conducido, aqui dexan el atrevimiento, y la voluntad de tornar otra vez à entregarse à la instabilidad del mar. Si aqui se cambia por oro, ò por plata lo necessario que se busca, con facilidad, y abundancia seréis recompensados de lo que nos diereis, que por subidos precios que lo vendais, lo recibiremos como si fuesse dado. Uno (milagro extraño!) que parecia ser de la gente de los navios, en lengua

gua Española respondió: De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad dices, que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraza con la máscara de la verdad, y del bien, no es posible que aya tenido lugar de acogerse à tan gran belleza como la vuestra. El Patron de este hospedage es cortesísimo, y todos los de estas naves ni mas, ni menos: mirad si os dà mas gusto bolveros à ellas, ò entrar en el hospedage, que en ellas, y en el seréis recibidos, y tratados como vuestra presencia merece. Entonces viendo el barbaro Antonio, ò oyendo, por mejor decir, hablar su lengua, dixo: Pues el Cielo nos ha trahido à parte que fuere en mis oídos la dulce lengua de mi Nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias: vamos señores al hospedage, y en reposando algun tanto, daremos orden en bolver à nuestro camino con mas seguridad que la que hasta aqui hemos trahido. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gavia, dixo à voces en lengua Inglesa: Un navio se descubre, que con tendidas velas, y mar, y viento en popa viene la buelta de este abrigo. Alborotaronse todos, y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un passo, se pusieron à esperar el baxel, que tan cerca se descubria: y quando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas

las atravesaban unas Cruces roxas, y conocieron que en una verdadera que trahia en el peñolo de la mayor gavia, venian pintadas las armas de Inglaterra. Disparò en llegando dos piezas de gruesa artilleria, y luego hasta obra de veinte arcabuces: de la tierra les fue hecha señal de paz, y de alegres voces, porque no tenían artilleria con que responderle.

CAPITULO XII.

Donde se cuenta de que parte, y quien eran los que venian en el Navio.

HEcha, como se ha dicho, la salva de entrambas partes, así del navio, como de la tierra, al momento echaron anclas los de la nave, y arrojaron el esquife al agua: en el qual el primero que saltò, despues de quatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fue un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba à los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman colonias de seda. En la cabeza trahia un sombrero alto, y puntiagudo, afsimifino al parecer de felpa. Tras el baxò al esquife un gallardo, y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y quatro años, vestido à lo marinero de terciopelo

pelo negro, una espada dorada en las manos, y una daga en la cinta. Luego como si los arrojaran, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una muger con el enredada, y presa con las cadenas mismas: el de hasta quarenta años de edad, y ella de mas de cincuenta: el brioso, y despachado, y ella melancolica, y triste. Impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron à tierra, adonde en sus hombros, y en los de otros soldados arcabuceros, que en el barco venian, sacaron à tierra al viejo, y al mozo, y à los dos prisioneros. Transila, que como los demàs avia estado atentissima mirando los que en el esquife venian, bolviendose à Auristela, le dixo: Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con esse velo que trahes atado al brazo, porque, ò yo tengo poco conocimiento, ò son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco, y me conocen. Hizolo así Auristela, y en esto llegaron los de la barca à juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recibimientos. Fuèse derecho el anciano de la felpa à Transila, diciendo: Si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfavorece, prospera avrà sido la mia con este hallazgo: y diciendo, y haciendo, alzò el velo del rostro de Transila, y se quedò desmayado en sus brazos, que ella se los ofreciò, y se

los puso, porque no diese en tierra. Sin duda se puede creer, que este caso de tanta novedad, y tan no esperado, puso en admiracion à los circunstantes, y mas quando le oyeron decir à Transila: O Padre de mi alma! que venida es esta, quien trahe à vuestras venerables canas, y à vuestros cansados años, por tierras tan apartadas de la vuestra? Quien le ha de traher, dixo à esta fazon el brioso mancebo, fino el buscar la ventura, que sin vos le faltaba? El, y yo, dulcissima señora, y esposa mia, venimos buscando el Norte, que nos ha de guiar, adonde hallèmos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, (gracias sean dadas à los Cielos) le avemos hallado, haz, señora, que buelva en si tu Padre Mauricio, y consiente que de su alegria reciba yo parte, recibiendo à el como à Padre, y à mi como à tu legitimo esposo. Bolviò en si Mauricio, y sucediòle en su desmayo Transila. Acudiò Auristela à su remedio, pero no osò llegar à ella Ladislao (que este era el nombre de su esposo) por guardar el honesto decoro que à Transila se le debia; pero como los desmayos que suceden de alegres, y no pensados acontecimientos, ò quitan la vida en un instante, ò no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel meson, ò hospedage, dixo: Venid señores todos adonde con mas comodidad, y menos frio del

del que aqui hace, os deis cuenta de vuestros successos. Tomaron su consejo, y fueronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudandoles à llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venian. Acudieron à sus naves algunos, y con tanta priessa, como buena voluntad, truxeron de ellas los regalos que tenian: hizose lumbre, pusieronse las mesas, y sin tratar entonces de otra cosa, satisficieron todos la hambre, mas con muchos generos de pescados, que con carnes, porque no sirvió otra, que la de muchos paxaros que se crian en aquellas partes, de tan estraña manera, que por ser rara, y peregrina, me obliga à que aquí la cuente. Hincanse unos palos en la orilla de la mar, y entre los escollos donde las aguas llegan: los quales palos de allí à poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre, y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra un pequeño paxarillo, que volando à la tierra se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan: y donde hay mas abundancia de ellos, es en las Provincias de Hibernia, y de Irlanda, el qual paxaro se llama Barnaclàs. El deseo que tenian todos de saber los successos de los

recien llegados, les hacia parecer larga la comida, la qual acabada, el anciano Mauricio diò una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atencion le escuchassen. Enmudecieron todos, y el silencio les sellò los labios, y la curiosidad les abrió los oídos. Viendo lo qual Mauricio soltó la voz en tales razones. En una Isla, de siete que están circunvecinas à la de Hibernia, nací yo, y tuvo principio mi linage tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido le encarezco todo lo que puedo. Soy Christiano Catholico, y no de aquellos que andan mendigando la Fè verdadera entre opiniones. Mis Padres me criaron en los estudios, así de las armas, como de las letras, si se puede decir que las armas se estudian: he sido aficionado à la ciencia de la Astrologia judiciaria, en la qual he alcanzado famoso nombre. Casème, en teniendo edad, para tomar estado con una hermosa, y principal muger de mi Ciudad, de la qual tuve esta hija que està aqui presente. Seguí las costumbres de mi Patria, à lo menos en quanto à las que parecian ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguir las, que tal vez la dissimulacion es provechosa. Creció esta muchacha à mi sombra, porque le faltò la de su Madre, à dos años

años despues de nacida, y à mí me faltò el arrimo de mi vejez, y me sobró el cuydado de criar la hija: y por salir del que es carga difícil de llevar de cansados, y ancianos hombros, en llegando à casi edad de darle esposo en que le diessè arrimo, y compañía, lo puse en efecto, y el que le escogí fue este gallardo mancebo que tengo à mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado, y aún conveniente, que los Padres casen à sus hijas con su beneplacito, y gusto, pues no les dan compañía por un día, sino por todos aquellos que les durare la vida: y de no hacer esto así, se han seguido, figuen, y seguirán millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en defaistrados successos. Es pues de saber, que en mi Patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas, y es, que concertado el matrimonio, y llegado el dia de la boda, en una casa principal para esto diputada, se juntan los novios, y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el Regimiento de la Ciudad: los unos para testigos, y los otros para verdugos, que así los puedo, y debo llamar. Està la desposada en un rico apartamiento esperando lo que no se como puede decirlo, sin que la verguenza

no me turbe la lengua. Està esperando (digo) à que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno à coger las flores de su jardín, y à manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre barbara, y maldita, que vâ contra todas las leyes de la honestidad, y del buen decoro: porque que dote puede llevar mas rico una doncella que serlo? Ni que limpieza puede, ni debe agradecer mas al esposo, que la que su muger lleva à su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acompañada con la verguenza, y la verguenza con la honestidad: y si la una, ò la otra comienzan à desmoronarse, y à perderse todo el edificio de la hermosura darà en tierra, y ferà tenido en precio baxo, y asqueroso. Muchas veces avia yo intentado de persuadir à mi Pueblo dexasse esta perniciosa costumbre; pero apenas lo intentaba, quando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine à verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se dice: Que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerrò en el retrahimiento dicho, y estuvo esperando su perdicion: y quando queria ya entrar un hermano de su esposo à dar principio al torpe trato, veis aqui donde veo salir.

lir con una lanza terciada en las manos à la gran sala, donde toda la gente estaba, à Transila hermosa como el Sol, brava como una leona, airada como una tigre.

Aqui llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchandole todos con la atencion posible, quando revistiendosele à Transila el mismo espiritu que tuvo al tiempo que se viò en el mismo acto, y ocasion que su Padre contaba, levantandose en pie con lengua à quien suele turbar la colera, con el rostro hecho brasa, y los ojos fuego. En efecto, con ademàn que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitandole à su Padre las palabras de la boca, dixo las del siguiente Capitulo.

CAPITULO XIII.

Donde Transila prosigue la historia, à quien su Padre diò principio.

SAlì, dixo Transila, como mi Padre ha dicho, à la gran sala, y mirando à todas partes, en alta, y colerica voz, dixe: Hacedos adelante vosotros, aquellos, cuyas deshonestas, y barbaras costumbres van contra las que guarda qualquier bien ordenada Republica. Vosotros, digo, mas lascivos, que religiosos, que con

apariencia, y sombra de ceremonias vanas quereis cultivar los ajenos campos sin licencia de sus legitimos dueños. Veisne aqui, gente mal perdida, y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta de esta lanza, defenderà mi partido, y quitarà las fuerzas à vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad, y de la limpieza. Y en diciendo esto, saltè en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salì à la calle, acompañada de mi mismo enojo, y lleguè à la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hice en uno, me arroje en un pequeño barco, que sin duda me deparò el Cielo: y asiendo de dos pequeños remos, me alarguè de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priessa à seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados, y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solte los remos, y bolvi à tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y dexar llevarme à su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero en quien pudieffe mi agravio. Buelvo à decir otra vez, que el Cielo, commovido de mi desgracia, aviò el viento, y llevò el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegò à una corriente, ò raudal, que le arrebatò como con peso, y le llevò mas adentro, quitando la esperanza à

los que tras mi venian, de alcanzarme, que no se aventuraron à entrarfe en la desenfrenada corriente, que por aquella parte el mar llevaba. Así es verdad, dixo à esta fazon su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dexar de seguirte. Sobrevino la noche, y perdimosfe de vista, y àun perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomò à su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos. Es, pues, el caso, profuguiò Transila, que aquella noche un viento que de la mar soplaba me traxo à la tierra, y en la marina hallè unos Pescadores, que benignamente me recogieron, y alvergaron, y àun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo. Pero la codicia humana, que reyna, y tiene su señorio àun entre las peñas, y riscos del mar, y en los corazones duros, y campestres, se entrò aquella noche en los pechos de aquellos rusticos Pescadores, y acordaron entre si, que pues de todos era la presa que en mi tenían, y que no podia ser dividida en partes, para poder repartirme, que me vendiesfen à unos cosarios, que aquella tarde avian descubierto no le-xos de sus pesquerias. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir à los cosarios; pero no quise tomar

ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi barbara Patria: y así al amanecer, me vendieron, y allí los Piratas, me vendieron, no se por quanto, aviendome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada. Lo que se decir, es, que me trataron los cosarios con mejor termino, que mis Ciudadanos, y me dixeran, que no fuese melancolica, porque no me llevaban para esclava, sino para esperar ser Reyna, y àun señora de todo el Universo, si ya no mentian ciertas profecias de los barbaros de aquella Isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De como lleguè, del recibimiento que los barbaros me hicieron, de como aprendì su lengua, en este tiempo que ha que faltè de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias, y costumbres, del vano assumpto de sus profecias, y del hallazgo de estos señores con quien vengo, y del incendio de la Isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, dirè otra vez; que por ahora basta lo dicho, y quiero dar lugar à que mi Padre me diga que ventura le ha trahido, à darmela tan buena, quando menos la esperaba.

Aqui diò fin Transila à su platica, teniendo à todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del extremo de su hermosura, que despues de la de Auristela, ninguna se le igualaba. Mauricio su Padre, entonces dixo:

Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, como mis estudios, y ejercicios entre otros muchos, gustosos, y loables, me llevaron tras sí los de la Astrologia judiciaria, como aquellos que quando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber todo lo pasado, y presente, sino lo por venir. Viendote, pues, perdida, notè el punto, observè los astros, mirè el aspecto de los Planetas, señalè los sitios, y casas necessarias para que respondièsse mi trabajo à mi deseo; porque ninguna ciencia en quanto à ciencia engaña: el engaño està en quien no la sabe, principalmente la del Astrologia, por la velocidad de los Cielos que se lleva tras sí todas las Estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este: y así, el Astrologo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arriarse à lo mas probable, y à lo mas experimentado: y el mejor Astrologo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio: porque no solamente juzga de lo por venir, por la ciencia que sabe, sino tambien por las premisas, y congeturas: y como ha tanto tiempo que tienen experiencia de los casos passados, y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja à juzgar de los por venir: lo que no tenemos los apren-

dicen de esta ciencia, pues hemos de juzgar siempre à tiento, y con poca seguridad. Con todo esso alcancè que tu perdicion avia de durar dos años, y que te avia de cobrar este dia, y en esta parte, para remozar mis canas, y para dar gracias à los Cielos del hallazgo de mi thesoro, alegrando mi espiritu con tu presencia; puesto que sè que ha de ser à costa de algunos sobrefaltos: que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdiccion, y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucessos, dando à entender, que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los Cielos seràn servidos, dixo à esta sazón Auristela, que avia gran tiempo que callaba, de darnos prospero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo. La muger prisionera, que avia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pie à pesar de sus cadenas, y al de la fuerza que le hacia, para que no se vantassè el que con ella venia

presto, y con voz levantada dixo:

* * * * *
* * * * *
* * * * *

CAPITULO XIV.

Donde se declara quien eran los que tan aberrojados venian.

SI es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concedaseme à mi por esta vez, donde la brevedad de mis razones templarà el fastidio que tuvieredes de escucharlas. Hazte quejado (dixo bolviendose à Transila) señora doncella de la barbara costumbre de los de tu Ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo à los menesterosos, y quitar la carga à los flacos: si que no es error (por bueno que sea un cavallo) paslearle la carrera primero que se ponga en èl, ni vâ contra la honestidad el uso, y costumbre, si en èl no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: si, que mejor gobernarà el timon de una nave el que huviere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto. La experiencia en todas las cosas, es la mejor maestra de las artes: y así mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo, que rustica, è inculta. Apenas oyò esta razon ultima el hombre que consigo venia atado, quando dixo, poniendole el puño cerrado junto al rostro, amenazandola: O Rosamunda, ò por

mejor decir, Rosa inmunda! porque munda, ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo seràs en tu vida, si vivieresses mas años que los mismos tiempos, y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad, ni el buen recato, à que està obligadas las honradas doncellas. Sabed, señores (mirando à todos los circunstantes) prosiguiò, que esta muger que aqui veis atada como loca, y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina, y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impudicas costumbres hay largas historias, y longissimas memorias entre todas las gentes del mundo. Esta mandò al Rey, y por añadidura à todo el Reyno, puso leyes, quitò leyes, levantò caídos viciosos, y derribò levantados virtuosos: cumplió sus gustos tan torpe, como publicamente en menoscabo de la autoridad del Rey, y en muestra de sus torpes apetitos, fueron tantas las muestras, y tan torpes, y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamantes, y las redes de bronce, con que tenia ligado el corazon del Rey, le movieron à apartarla de sí, y à menospreciarla en el mismo grado que la avia tenido en precio. Quando esta estava en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedeja à la fortuna, vivia yo despechado, y con deseos de mostrar al mundo quan mal estaban

empleados los de mi Rey, y señor natural. Tengo un cierto espíritu satírico, y maldiciente, una pluma veloz, y una lengua libre: deleytanme las maliciosas agudezas, y por decir una, perdere yo no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos. Finalmente à entrambos à dos llegó el día de nuestra última paga: à esta mandò el Rey, que nadie en toda la Ciudad, ni en todos sus Reynos, y Señorios le diese, ni dado, ni por dineros, otro algun sustento que pan, y agua, y que à mí junto con ella nos traxessen à una de las muchas Islas que por aqui hay, que fuesse despoblada, y aqui nos dexassen: pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida; porque la que con ella passo, es peor que la muerte. Mira Clodio, dixo à esta fazon Rosamunda, quan mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar; y si lo he dexado de hacer, es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin ti, se me aliviàran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas; pero han caído sobre sugeto flaco, y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros, y sobre discrecion experimentada, sin sacar

de ellas otra ganancia que una delectacion mas ligera que la menuda paja, que en volubles remolinos rebuelve el viento. Tu has lastimado mil agenas honras, has aniquilado ilustres creditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linages claros: hazte atrevido à tu Rey, à tus Ciudadanos, à tus amigos, y à tus mismos parientes: y en són de decir gracias, te has desgraciado con todo el mundo. Bien quisiera yo, que quisiera el Rey que en pena de mis delitos acabàra con otro genero de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que à cada passo me dà tu lengua, de la qual tal vez no estàn seguros los Cielos, ni los Santos. Con todo esto, dixo Clodio, jamàs me ha acusado la conciencia de aver dicho alguna mentira. A tener tu conciencia, dixo Rosamunda, de las verdades que has dicho, tenias harto de que acusarte, que no todas las verdades han de salir en publico, ni à los ojos de todos. Si, dixo à esta fazon Mauricio, si, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto nadie ha de ser osado de sacarlas en publico, especialmente las de los Reyes, y Principes que nos gobiernan: si que no toca à un hombre particular reprehender à su Rey, y señor, ni sembrar en los oídos de sus vassallos las faltas de su Principe, porque esto no ferà cau-

sa de enmendarle, sino de que los suyos no le estimen. Y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, por qué no ha de gozar de este privilegio el Principe? Por qué le han de decir publicamente, y en el rostro sus defectos, que tal vez la reprehension publica, y mal considerada suele endurecer la condicion del que la recibe, y bolverle antes pertinaz, que blando? Y como es forzoso que la reprehension cayga sobre culpas verdaderas, ò imaginadas, nadie quiere que le reprehendan en publico: y así dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencionados son desterrados, y echados de sus casas sin honra, y con vituperio, sin que les quede otra alabanza, que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos: y es como lo que suele decirse: La traicion contenta, pero el traydor enfada. Y hay mas, que las honras que se quitan por escrito como buelan, y passan de gente en gente no se pueden reducir à restitucion, sin la qual no se perdonan los pecados. Todo lo se, respondió Clodio, pero si quieren que no hable, ò escriba, cortenme la lengua, y las manos; y aún entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del Rey Midas. Ahora bien, dixo à esta fazon Ladislao, haganse estas paces,

caemos à Rosamunda con Clodio, quizá con la bendicion del Sacramento del Matrimonio, y con la discrecion de entrambos, mudando de estado, mudaràn de vida. Aún bien, dixo Rosamunda, que tengo aqui un cuchillo con que podrè hacer una, ò dos puertas en mi pecho por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes, en solo aver oído este tan desastrado, y defatinado casamiento. Yo no me mataré, dixo Clodio, porque aunque soy murmurador, y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal quando lo digo bien, es tal, que quiero vivir, porque quiero decir mal. Verdad es, que pienso guardar la cara à los Principes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren, y à quien quieren: y ya la experiencia me ha mostrado, que no es bien ofender à los poderosos; y la caridad Christiana enseña, que por el Principe bueno se ha de rogar al Cielo por su vida, y por su salud, y por el malo, que le mejore, y enmiende. Quien todo esto sabe, dixo el barbaro Antonio, cerca està de enmendarse: no hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre, ò se quite del todo. La lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos, ò como rayo del Cielo, que sin romper la bayna, rompe, y desmenuza el

acero que cubre : y aunque las conversaciones, y entretenimientos se hacen sabrosos con la fal de la murmuracion todavia suelen tener los dexos las mas veces amargos, y defabridos. Es tan ligera la lengua como el pensamiento : y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua : y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar, ni bolver à la parte donde salieron hasta que han hecho su efecto, pocas veces el arrepentirse de averlas dicho, menoscaba la culpa del que las dixo; aunque ya tengo dicho, que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPITULO XV.

Llega Arnaldo à la Isla donde están Periandro, y Auristela.

EN esto estaban, quando entrò un marinero en el hospedage, diciendo à voces: Un baxel grande viene con las velas tendidas encaminado à este Puerto, y hasta ahora no he descubierto señal que me de à entender de que parte sea. Apenas dixo esto, quando llegó à sus oídos el són horrible de muchas piezas de artilleria, que el baxel disparò al entrar

del Puerto, todas limpias, y sin bala alguna, señal de paz, y no de guerra. De la misma manera le respondió el baxel de Mauricio, y toda la arcabuceria de los soldados que en él venian. Al momento todos los que estaban en el hospedage salieron à la marina, y en viendo Periandro el baxel recién llegado, conociò ser el de Arnaldo, Principe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno; antes se le rebolvieron las entrañas, y el corazon le comenzó à dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes, y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, como aquella que por larga experiencia sabia la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su corazon à pensar como podria ser, que las voluntades de Arnaldo, y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa, y desesperada flecha de los zelos no les atravesasse las almas. Ya estaba Arnaldo en el esquife de la nave, y ya llegaba à la orilla, quando se adelantò Periandro à recibirle; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pie, y aún quisiera, que allí se le hincaran en el suelo, y se bolvieran en torcidas raíces, como se bolvieron los de la hija de Penèo, quando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo que viò à Periandro le conociò, y sin esperar que los suyos le sacassen en hombros à tierra, de un salto que diò des-

de la popa del esquife se puso en ella, y en los brazos de Periandro, que con ellos abiertos le recibió, y Arnaldo le dixo: Si yo fuesse tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallasse à tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo està, valeroso señor, respondió Periandro, que los Cielos atentos à favorecer tus virtuosos, y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se avia comunicado por la nueva gente, y por la que en la tierra estaba, quien era el Principe que en la nave venia: y todavia estaba Auristela como estatua, sin voz, inmovible, y junto à ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer barbaras, Ricla, y Constanza. Llegò Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dixo: Seas bien hallado, Norte por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fixa, que me lleva al Puerto, donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron las lagrimas à los ojos, que comenzaron à bañar sus rosadas mexillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar, ò de alegria podia proceder semejante acontecimiento: mas Periandro, que todo lo notaba, y en qual-

quier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacò à Arnaldo de duda, diciendo: Señor, el silencio, y las lagrimas de mi hermana nacen de admiracion, y de gusto. La admiracion, de el verte en parte tan no esperada; y las lagrimas, del gusto de averte visto. Ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte, con las mercedes, y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fueronse con esto al hospedage, bolvieron à colmarse las mesas de manjares, llenaronse de regozijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos: que quando se trafiegan por la mar de un cabo à otro, se mejoran de manera, que no hay néctar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por respecto del Principe Arnaldo. Contò Periandro al Principe lo que le sucedió en la Isla barbara con la libertad de Auristela, con todos los sucesos, y puntos que hasta aqui se han contado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron, y admiraron todos los presentes.

* * * * *

CAPITULO XVI.

Determinan todos salir de la Isla prosiguiendo su viage.

EN esto el Patron del hospedage dixo: No se si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del Cielo. El Sol se pone claro, y limpio, cerca, ni lexos no se descubre zelage alguno, las olas hieren la tierra blanda, y suavemente, y las aves salen al mar à espaciarfe; que todos estos son indicios de serenidad firme, y duradera, cosa que ha de obligar à que me dexen solo tan honrados huéspedes como la fortuna à mi hospedage ha trahido. Afsi serà, dixo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable, y cara, el deseo de bolver à nuestras Patrias, no consiente que mucho tiempo la gozemos. De mi se decir, que esta noche à la primera guarda me pienso hacer à la vela, si con mi parecer viene el de mi Piloto, y el de estos señores Soldados, que en el navio vienen. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la que se pierde en la navegacion es irremediable. En efecto, entre todos los que en el Puerto estaban, quedó de acuerdo, que en aquella

noche fueren de partida la buelta de Inglaterra, à quien todos iban encaminados. Levantòse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano à Periandro, le sacò fuera del hospedage, donde à solas, y sin ser oïdo de nadie, le dixo: No es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te avrà dicho la voluntad, que en dos años que estuvo en poder del Rey mi Padre le mostrè, tan ajustada con sus honestos deseos, que jamás me salieron palabras à la boca que pudiesen turbar sus castos intentos: nunca quise saber mas de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintandola en mi imaginacion, no como persona ordinaria, y de baxo estado, sino como à Reyna de todo el mundo: porque su honestidad, su gravedad, su discrecion, tan en extremo extremada, no me daba lugar à que otra cosa pensasse. Mil veces me le ofreci por su esposo, y esto con voluntad de mi Padre, y aún me parecia que era corto mi ofrecimiento: respondiome siempre, que hasta verfe en la Ciudad de Roma, adonde iba à cumplir un voto, no podia disponer de su persona. Jamàs me quiso decir su calidad, ni la de sus Padres; ni yo, como ya he dicho, le importunè me la dixesse, pues ella sola por si misma, sin que trayga dependencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la Corona de Dinamarca, sino

de toda la Monarquia de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varon de discurso, y entendimiento consideres que no es muy baxa la ventura, que està llamando à las puertas de tu comodidad; y la de tu hermana, à quien desde aqui me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento, quando ella quisiere, y adonde quisiere, aqui debaxo de estos pobres techos, ò en los dorados de la famosa Roma: y asimismo te ofrezco de contenerme en los limites de la honestidad, y buen decoro, si bien viesse consumirme en los ahincos, y deseos que trahe consigo la concupiscencia defrenada, y la esperanza propinqua, que suele fatigar mas que la apartada. Aqui diò fin à su platica Arnaldo, y estuvo atentissimo à lo que Periandro avia de responderle, que fue: Bien conozco, valeroso Principe Arnaldo, la obligacion en que yo, y mi hermana te estamos, por las mercedes que hasta aqui nos has hecho, y por la que ahora de nuevo nos haces; à mi por ofrecerte por mi hermano; y à ella por esposo; pero aunque parezca locura, que dos miserables Peregrinos, desterrados de su Patria, no admitan luego, luego el bien que se les ofrece, te se decir, no ser posible el recibirle, como es posible el agradecerle. Mi hermana, y yo vamos llevados del destino, y de la eleccion à la San-

ta Ciudad de Roma: y hasta vernos en ella parece que no tenemos ser alguno, ni libertad para usar de nuestro alvedrio. Si el Cielo nos llevare à pisar la Santissima tierra, y adorar sus Reliquias Santas, quedaremos en disposicion de disponer de nuestras, hasta ahora impedidas voluntades: y entonces serà la mia toda empleada en servirte. Sete decir tambien, que si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegaràs à tener una esposa de ilustrissimo linage nacida, y un hermano que lo sea mejor que cuñado: y entre las muchas mercedes que entrambos à dos hemos recibido, te suplico me hagas à mi una, y es, que no me preguntes mas de nuestra hacienda, y de nuestra vida, porque no me obligues à que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte, mentirofas, y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mi, respondió Arnaldo, hermano mio, à toda tu voluntad, y gusto, haciendo cuenta que yo foy cera, y tu el sello, que has de imprimir en mi lo que quisieres: y si te parece, sea nuestra partida esta noche à Inglaterra, que de allí facilmente passaremos à Francia, y à Roma, en cuyo viage, y del modo que quisieredes, pienso acompañaros, si de ello gustaredes. Aunque le pesò à Periandro de este ultimo ofrecimiento,

le admitió, esperando en el tiempo, y en la dilacion, que tal vez mejora los successos: y abrazandose los dos cuñados en esperanza, se bolvieron al hospedage à dar traza en su partida. Avia visto Auristela, como Arnaldo, y Periandro avian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podía tener el de su platica, y razonamiento; y puesto que conocía la modestia en el Principe Arnaldo, y la mucha discrecion de Periandro, mil generos de temores la sobrefaltaban, pareciendole, que como el amor de Arnaldo igualaba à su poder, podía remitir à la fuerza sus ruegos: que tal vez en los pechos de los desdénados amantes se convierte la paciencia en rabia, y la cortesía en descomedimientos; pero quando los vió venir tan fofegados, y pacíficos, cobró casi los perdidos espiritus. Clodio el maldiciente, que ya avia sabido quien era Arnaldo, se le echó à los pies, y le suplicó le mandasse quitar la cadena, y apartar de la compañía de Rosamunda. Mauricio le contó luego la condicion, la culpa, y la pena de Clodio, y la de Rosamunda. Movido à compasión de ellos, hizo por un Capitan que los trahia à su cargo, que los desherrasen, y se los entregassen, que él tomaba à su cargo alcanzarles perdon de su Rey, por ser su grande amigo. Viendo lo qual el maldiciente

Clodio, dixo: Si todos los señores se ocupassen en hacer buenas obras, no avria quien se ocupasse en decir mal de ellos; pero porque ha de esperar el que obra mal, que digan bien de él? Y si las obras virtuosas, y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, por qué no lo harán las malas? Por qué ha de esperar, el que siembra zizaña, y maldad, de buen fruto su cosecha? Llevame contigo, ó Principe, y verás como pongo sobre el cerco de la Luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mi son naturales: y mas, que la alabanza tanto es buena, quanto es bueno el que la dice, y tanto es mala, quanto es vicioso, y malo el que alaba: que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza; y si vicioso, vituperio.

CAPITULO XVII.

Dà cuenta Arnaldo del successo de Taurisa.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo, y Periandro passaron en la platica que tuvieron fuera del hospedage, y aguardaba comodidad para preguntarselo à Periandro, y para saber de Arnaldo, que se avia hecho su doncella Taurisa:

y como si Arnaldo le adivinara los pensamientos, le dixo: Las desgracias que has passado, hermosa Auristela, te avrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte de ellas: entre las quales querria que huviesse borrado de ella à mi mismo, que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado en ella, viviria contento: pues no puede aver olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo. El olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo passado; pero como quiera que sea, acuerdese de mi, ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento: que los Cielos que me han destinado para ser tuyo, no me dexan hacer otra cosa: mi alvedrio lo es para obedecer. Tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas, que despues que te robaron de mi Reyno, te han sucedido; unas me han admirado, otras suspendido, y estas, y aquellas espantado. Veo asimismo, que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones, que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi Padre, ni por Taurisa tu doncella: à él dexé yo bueno, y con deseo de que te buscasse, y te hallasse: à ella la traxe conmigo, con intencion de venderla à los barbaros, para que sirviesse de espia, y viesse si la fortuna te avia

llevado à su poder. De como vino al mio tu hermano Periandro, ya él te lo avrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos: y aunque muchas veces he probado bolver à la Isla barbara, los vientos contrarios no me han dexado, y ahora bolvia con la misma intencion, y con el mismo deseo: el qual me ha cumplido el Cielo con bienes de tantas ventajas, como son de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuydados. Taurisa tu doncella, avrá dos dias que la entregué à dos Cavalleros amigos míos, que encontré en medio de este mar, que en un poderoso navio iban à Irlanda, à causa que Taurisa iba muy mala, y con poca seguridad de la vida: y como este navio en que yo ando, mas se puede llamar de cofario, que de hijo de Rey, viendo que en él no avia regalos, ni medicinas que piden los enfermos, se la entregué, para que la llevassen à Irlanda, y la entregassen à su Principe, que la regalasse, curasse, y guardasse, hasta que yo mismo fuesse por ella. Oy he dexado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, ó ya para Inglaterra, ó ya para España, ó Francia, que à do quiera que arribemos tendremos segura comodidad para poner en efecto los honestos pensamientos, que tu hermano me ha dicho que tienes: y yo en este entretanto llevaré sobre los hombros

bros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento. Con todo esto te ruego, señora, y te suplico, que mires, si con nuestro parecer viene, y ajusta el tuyo, que si algun tanto disfiuca no le pondremos en execucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auristela, sino la de mi hermano Periandro, ni el, pues es discreto, querrà salir un punto de la tuya. Pues si así es, replicò Arnaldo, no quiero mandar, sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando à mayores. Esto fue lo que pasó à Arnaldo con Auristela, la qual se lo contó todo à Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao, y los dos Capitanes, y el navio Inglés, con todos los que salieron de la Isla barbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente:

CAPITULO XVIII.

Donde Mauricio sabe por la Astrologia un mal suceso que les avino en el mar.

EN la nave donde vinieron Mauricio, y Ladislao, los Capitanes, y Soldados que traxeron à Rosamunda, y à Clodio se embarcaron todos aquellos que

salieron de la mazmorra, y prision de la Isla barbara: y en el navio de Arnaldo se acomodaron Mauricio, Transila, Riela, y Constantza, y los dos Antonios Padre, è hijo, Ladislao, Mauricio, y Transila; sin consentir Arnaldo que se quedassen en tierra Clodio, y Rosamunda. Rutilio se acomodò con Arnaldo: hicieron agua aquella noche, recogiendo, y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron: y aviendo mirado los puntos mas convenientes para su partida; dixo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propinqua, tendria buen suceso su viage, y que el tal peligro, puesto que era de agua, no avia de suceder (si sucediesse) por borrasca, ni tormenta del mar, ni de tierra, sino por una traicion mezclada, y aún forjada del todo de deshonestos, y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobrefaltado con la compañía de Arnaldo, vino à temer, si aquella traicion avia de ser fabricada por el Principe, para alzarse con la hermosa Auristela, pues la avia de llevar en su navio; pero opusose à todo este mal pensamiento la generosidad de su animo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos Principes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dexò de pedir, y rogar à Mauricio,

cio, mirasse muy bien de que parte les podía venir el daño que les amenazaba. Mauricio respondió, que no lo sabia, puesto que le tenia por cierto, aunque templaba su rigor, con que ninguno de los que en él se hallassen, avia de perder la vida, sino el sosiego, y la quietud, y avian de ver rompidos la mitad de sus designios sus mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicò, que detuviessen algunos dias la partida, quizá con la tardanza del tiempo se mudarian, ò se templarian los influxos rigurosos de las estrellas. No, replicò Mauricio, mejor es arrojarnos en las manos de este peligro, pues no llega à quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve à perderla. Ea, pues, dixo Periandro: echada està la suerte, partamos en buen hora, y haga el Cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede escusar. Satisfizo Arnaldo al huésped magníficamente con muchos dones el buen hospedage, y unos en unos navios, y otros en otros, cada qual segun, y como viò que mas le convenia, dexò el Puerto desembarazado, y se hizo à la vela. Saliò el navio de Arnaldo adornado de ligeras flamulas, y banderetas, y de pintados, y vistosos gallardetes. Al zarpar los hierros, y tirar las anclas, disparò así la gruessa, como la menuda artilleria: rompieron los

ayres los sones de las chirimias, y los de otros instrumentos musicos, y alegres: oyeronse las voces de los que decian, reiterandolo à menudo: buen viage, buen viage. A todo esto no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como presaga del mal que le avia de venir, iba pensativa. Mirabala Periandro, y remirabala Arnaldo, teniendola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos, y principio de sus alegrías. Acabòse el dia, entròse la noche clara, y serena, despojando un ayre blando los zelagos, que parece que se iban à juntar si los dexaran. Puso los ojos en el Cielo Mauricio, y de nuevo tornò à mirar en su imaginacion las señales de la figura que avia levantado, y de nuevo confirmò el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de que parte les vendria. Con esta confusión, y sobrefalto se quedò dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí à poco despertò desfavorido, diciendo à grandes voces: Traicion, traicion, traicion, despierta Principe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantò Arnaldo, que no dormia, puesto que estava echado junto à Periandro en la misma cubierta, y dixo: Qué has amigo Mauricio? quien nos ofende, ò quien nos mata? todos los que en este na-

vio vamos no somos amigos? no son todos los mas vassallos, y criados míos? el Cielo está claro, y sereno? el mar tranquilo, y blando, y el baxel sin tocar en escollo, ni en baxio no navega? hay alguna remora, que nos detenga? pues si no hay nada de esto, de que temes, que así con tus sobrefaltos nos atemorizas? no sé, replicó Mauricio, haz, Señor, que baxen los buzanos à la sentina, que si no es sueño, à mi me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acabado esta razon, quando quatro, ò seis marineros se dexaron calar al fondo del navio, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrasse agua al navio: y bueltos à la cubierta, dixeron, que el navio iba sano, y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia, y hedionda, señal clara de que no entraba

agua nueva en la nave. Así debe de ser, dixo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan: y plega à Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, antes que verdadero judiciario. Arnaldo le dixo: Sossiegaos buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan à estas señoras. Yo lo haré así, si puedo, respondió Mauricio, y tornandose à echar sobre la cubierta, quedó el navio lleno de muy sossegado silencio: en el qual Rutilio que iba sentado al pie del arbol mayor, combidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ò de la voz, que la tenia estremada, al són del viento, que dulcemente heria en las velas, en su propria lengua Toscana comenzó à cantar esto que buelto en lengua Española, así decia:

Huye el rigor de la invencible mano
Advertido, y encierrase en el arca,
De todo el mundo el general Monarca,
Con las reliquias del linage humano.

El dilatado azylo, el soberano
Lugar rompe los fueros de la Parca,
Que entonces fiera, y licenciada abarca,
Quanto alienta, y respira el ayre vano.

Vense en la excelsa maquina encerrarse
El Leon, y el Cordero, y en segura
Paz la Paloma al fiero Alcon unida.

Sin ser milagro lo discorde amarse:
Que en el comun peligro, y desventura,
La natural inclinacion se olvida.

EL que mejor entendió lo que cantó Rutilio, fue el barbaro Antonio, el qual le dixo así mismo: Bien canta Rutilio, y si por ventura es fuyo el foneto que ha cantado, no es mal Poeta; aunque como lo puede ser bueno un oficial? Pero no digo bien, que yo me acuerdo aver visto en mi Patria, España, Poetas de todos los officios. Esto dixo en voz que la oyó Mauricio, el Principe, y Periandro, que no dormian, y Mauricio dixo: Posible cosa es que un oficial sea Poeta, porque la Poesia no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del Sastre para ser Poeta, como la de un Maestre de Campo: porque las almas todas son iguales, y de una misma masa en sus principios criadas, y formadas por su hacedor: y segun la caja, y temperamento del cuerpo, donde las encierra, así parecen ellas mas, ò menos discretas, y atienden, y se aficionan à saber las ciencias, artes, ò habilidades à que las estrellas mas las inclinan: pero mas principalmente, y propria se dice, que el Poeta nalcitur. Así que no hay que admirar de que Rutilio sea Poeta, aunque aya sido Maestro de danzar. Y tan grande, replicó Anto-

nio, que ha hecho cabriolas en el ayre mas arriba de las nubes. Así es, respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al Cielo quando me traxo cavallero en el manto aquella hechizera desde Toscana, mi Patria, hasta Noruega, donde la maté, que se avia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Esto de convertirse en lobas, y lobos algunas gentes de estas Septentrionales, es un error grandissimo, dixo Mauricio, aunque admitido de muchos. Pues como es esto, dixo Arnaldo, que comunmente se dice, y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Esto, respondió Mauricio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella Isla templada, fertilissima, no solo no se crian lobos, pero ninguno otro animal nocivo, como si dixessemos, serpientes, viboras, fapos, arañas, y escorpiones; antes es cosa llana, y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso trahen de otras partes à Inglaterra, en llegando à ella muere, y si de la tierra de esta Isla llevan à otra parte alguna tierra, y cercan con

con ella à alguna vibora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona, y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de convertirse en lobos, es, que hay una enfermedad, à quien llaman los Medicos, *Mania lupina*, que es de calidad que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo, y ahulla como lobo, y se juntan con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos, y los montes, ladrando ya como perros, ò ya ahullando como lobos; despedazan los arboles, matan à quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos; y oy dia sè yo que hay en la Isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterraneo, gentes de este genero, à quien los Sicilianos llaman lobos menares: los quales antes que les dè tan pestifera enfermedad lo sienten, y dicen à los que estàn junto à ellos, que se aparten, y huyan de ellos, ò que los aten, ò encierren, porque si no se guardan los hacen pedazos à bocados, y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles, y espantosos lardidos: y esto es tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace informacion bastante, de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad: y si despues, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es

opinion de Plinio, segun lo escribe en el Libro 8. Capitulo 22. que entre los Arcades hay un genero de gente, la qual passando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que alli halla de su linage en figura de lobos, y està con ellos nueve años: al cabo de los quales buelve à passar el lago, y cobra su perdida figura: pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, passa en la imaginacion, y no realmente. No sè, dixo Rutilio: lo que sè es, que matè la loba, y hallè muerta à mis pies la hechizera. Todo esto puede ser, replicò Mauricio, porque la fuerza de los hechizos de los maleficos, y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aqui asentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primera naturaleza. Gusto me ha dado grande, dixo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los credulos de este error: y lo mismo debe de ser lo que las fabulas cuentan de la conversion en cuervo de el Rey Artus de Inglaterra, tan creida de aquella discreta Nacion, que se abstienen de matar cuervos en toda la Isla. No sè, respondió Mauricio, de donde tomò principio essa fabula tan creida, como mal imaginada. En esto fueron razonando casi toda la noche,

y al despuntar del dia, dixo Clodio, que hasta alli avia estado oyendo, y callando: Yo soy un hombre, à quien no se le dà por averiguar estas cosas un dinero: que se me dà à mi que aya lobos hombres, ò no; ò que los Reyes anden en figuras de cuervos, ò de aguilas; aunque si se huviessem de convertir en aves, antes querria que fuessem en palomas, que en milanos. Passò, Clodio, no digas mal de los Reyes, que me parece que te quieres dar algun filo à la lengua, para cortarles el credito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ò por mejor decir en la lengua, que no consienta que la mueva; y assi antes pienso de aqui adelante rebenatar callando, que alegrarme hablando. Los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si à unos alegran, à otros entristecen: contra el callar no hay castigo, ni respuesta: vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida à la sombra de tu generoso amparo; puesto que por momentos me fatigan ciertos impetus maliciosos, que me hacen baylar la lengua en la boca, à malograrfeme entre los dientes mas de quatro verdades, que andan por salir à la plaza del mundo, sirvase Dios con todo. A lo que dixo Auristela: De estimar es, ò Clodio, el sacrificio que haces al Cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una

de las llegadas à la conversacion, bolviendose à Auristela, dixo: El dia que Clodio fuere callado, serè yo buena; porque en mi la torpeza, y en èl la murmuracion son naturales; puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme, que no èl, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdiccion el tiempo: y assi los ancianos murmuradores hablan mas quanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado, y recogido à la lengua. Todo es malo, dixo Transila, cada qual por su camino va à parar à su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dixo Ladislao, prospero, y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable, y el mar tranquilo. Assi se mostraba esta passada noche, dixo la barbara Constanza; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion, y alboroto, tanto, que ya yo pensè que nos avia forbido el mar à todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad Catholica, y me acordara de lo que dice Dios en el Levitico: No seais agoreros, ni deis credito à los sueños, porque no à todos es dado el entenderlos, que me atreviera à juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto: el qual,

segun à mi parecer no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños; que quando no son revelaciones Divinas, ò ilusiones del demonio, proceden, ù de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ò ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que à mi me turbò cae debaxo de la observacion de la Astrologia; porque sin guardar puntos, ni observar astros, señalar rumbos, ni mirar imagenes, me pareció ver visiblemente que en un gran Palacio de madera, donde estabamos todos los que aqui vamos, llovian rayos del Cielo, que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua: de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencè à dar voces, y à hacer los mismos ademanes que fuele hacer el que se anega; y àun no estoy tan libre de este temor, que no me queden algunas reliquias en el alma: y como sè que no hay mas cierta Astrologia que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, que mucho que yendo navegando en un navio de madera, tema rayos del Cielo, nubes del ayre, y aguas de la mar; pero lo que mas me confunde, y suspende, es, que si algun daño nos amenaza, no ha de fer de ningun elemento, que destinada,

y precisamente se disponga à ello, sino de una traiciou forjada, como yo otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dixo à esta fazon Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando pueden entremeterse las blanduras de Venus nidos apetitos de su torpe hijo. Al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardandose para mejor vida. Esto dixo Arnaldo, por dar à entender à Auristela, y à Periandro, y à todos aquellos que sus deseos conocian, quan ajustados iban sus movimientos con los de la razon; y prosiguiò diciendo: El Principe justa razon es que viva seguro entre sus vassallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del Principe. Asi es, respondiò Mauricio, y àun es bien que asi sea; pero dexemos passar este dia, que si èl dà lugar à que llegue la noche sin sobrefaltarnos, yo pedirè, y las darè albricias del buen suceso. Iba el Sol à esta fazon à ponerse en los brazos de Thetis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta alli se avia tenido: soplabá favorable el viento: por parte ninguna se descubrian zelajes, que turbassen los marineros: el Cielo, la mar, el viento, todos juntos, y cada uno de por sí prometian felicissimo viage, quando el prudente Mauricio dixo en voz turbada, y alta: Sin

duda

duda nos anegamos, anegamos sin duda.

CAPITULO XIX.

Donde se dà cuenta de lo que dos Soldados hicieron; y la division de Periandro, y Auristela.

A Cuyas voces respondiò Arnaldo: Como es esto, (ò gran Mauricio) que aguas nos forben, ò que mares nos tragan, que olas nos embisten? La respuesta que le dieron à Arnaldo, fue ver salir debaxo de la cubierta à un marinero despavorido, echando agua por la boca, y por los ojos, diciendo con palabras turbadas, y mal compuestas: Todo este navio se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en èl tan à rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada uno atienda à su salud, y à la conservacion de la vida. Acogete, ò Principe Arnaldo, al esquife, ò à la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, antes que tomen entera possession de ellas estas amargas aguas. Estancò en esto el navio poderse mover por el peso de las aguas, de quien ya estaba lleno: amaynò el Piloto todas las velas de golpe, y todos sobrefaltados, y temerosos acudieron à buscar su remedio. El Principe, y Periandro fueron

al esquife, y arrojandole al mar, pusieron en èl à Auristela, Transila, Ricla, y à la barbara Constantza, entre las quales, viendo que no se acordaban de ella, se arrojò Rosamunda, y tras ella mandò Arnaldo entrasse Mauricio. En este tiempo andaban dos Soldados descolgando la barca, que al costado del navio venia asida, y el uno de ellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrasse dentro, sacando un puñal de la cinta, se le embaynò en el pecho, diciendo à voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva à ti de castigo, y à mi de escarmiento, à lo menos el poco tiempo que me queda de vida: y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca les ofrecia, desesperadamente se arrojò al mar, diciendo à voces, y con mal articuladas palabras: Oye, ò Arnaldo, la verdad que te dice este traydor, que en tal punto es bien que la diga. Yo, y aquel à quien me viste passar el pecho, por muchas partes abrimos, y taladramos este navio, con intencion de gozar de Auristela, y de Transila, recogendolas en el esquife; pero aviendo visto yo aver salido mi designio contrario de mi pensamiento, à mi compañero quitè la vida, y à mi me doy la muerte: y con esta ultima palabra se dexò ir al fondo de las aguas, que le es-

E 2

tor-

torvaron la respiracion del ayre, y le sepultaron en perpetuo silencio; y aunque todos andaban confusos, y ocupados buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dexò de oir las razones Arnaldo del desesperado, y èl, y Periandro acudieron à la barca: y aviendo antes que entrasse en ella ordenado que entrasse en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento. El, Ladislao, Antonio el Padre, Periandro, y Clodio se entraron en la barca, y fueron à abordar con el esquife, que algun tanto se avia apartado del navio, sobre el qual ya passaban las aguas, y no se parecia de èl sino el arbol mayor, como en señal que alli estava sepultado. Llegòse en esto la noche, sin que la barca pudiesse alcanzar al esquife, desde el qual daba voces Auristela, llamando à su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su (para èl) dulcissimo nombre. Tranfila, y Ladislao, hacian lo mismo, y encontrabanse en los ayres las voces de dulcissimo esposo mio, y amada esposa mia, donde se rompian sus designios, y se deshacian sus esperanzas con la imposibilidad de no poder juntarse, à causa que la noche se cubria de obscuridad, y los vientos comenzaron à soplar de partes diferentes. En resolucion, la barca se apartò del es-

quife, y como mas ligera, y menos cargada volò por donde el mar, y el viento quisieron llevarla. El esquife, mas con la pesadumbre que con la carga de los que en èl iban, se quedò, como si apostá quisieran que no navegàra; pero quando la noche cerrò con mas obscuridad que al principio, comenzaron à sentir de nuevo la desgracia sucedida. Vieronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del Cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra: el esquife sin remos, y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron. Mauricio, que avia quedado por Patron, y por Marinero del esquife, ni tenia con que, ni sabia como guiarle; antes segun los llantos, gemidos, y suspiros de los que en èl iban, podia temer que ellos mismos le anegarian. Miraba las Estrellas, y aunque no parecian de todo en todo, algunas que por entre la obscuridad se mostraban, le daban indicio de venidera serenidad; pero no le mostraban en que parte se hallaban. No consintió el sentimiento que el sueño aliviassè su angustia, porque se les passò la noche velando, y se vino el dia, no à mas andar, como dicen, sino para mas pena: porque con èl descubrieron por todas partes el mar cerca, y lexos, por ver si topaban los ojos con la barca que les lleva-

ba las almas, ò algun otro baxel que les prometiesse ayuda, y focorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una Isla à su mano izquierda, que juntamente los alegrò, y los entristeciò. Nació la alegria de ver cerca la tierra; y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar à ella, si ya el viento no los llevasse. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos, por aver hallado, como se ha dicho, en la figura, que como judiciario avia levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el favor de los Cielos se mezclò con los vientos, que poco à poco llevaron el esquife à la Isla, y les diò lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve, que toda la cubria. Miserables son, y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrecen. La nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron: el mozo Antonio fue el Atlante de Auristela, y de Tranfila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda, y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon, que no lexos de la playa se mostraba, aviendo antes, co-

mo mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en èl (despues de Dios) su esperanza. Antonio considerando que la hambre avia de hacer su oficio, y que ella avia de ser bastante à quitarles las vidas, aprestò su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dixo, que èl queria ir à descubrir la tierra, por ver si hallaba gente en ella, ò alguna caza que focorriessè su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entrò con ligero passo por la Isla, pisando, no tierra, sino nieve, tan dura, por estar helada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguiòle, sin que èl lo echasse de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demàs, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba à dexarlos. Bolvió la cabeza Antonio à tiempo, y en lugar donde nadie los podia ver; y viendo junto à si à Rosamunda, le dixo: La cosa de que menos necesidad tengo en esta que ahora padecemos es la de tu compañía: que quieres, Rosamunda? Buelvete, que ni tu tienes armas con que matar genero de caza alguna, ni yo podrè acomodar el passo à esperarte que me sigas. O inexperto mozo (respondió la muger torpe) y quan lexos estás de conocer la intencion con que te figo, y la deuda que me debes! Y en esto se llegó junto à èl, y prosiguiò, diciendo: Ves aqui, ò

nuevo cazador, mas hermoso que Apolo, otra nueva Daphne, que no te huye, sino que te sigue: no mires, que ya à mi belleza la marchita el rigor de edad ligera siempre: sino considera en mi à la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los Reyes, y de la libertad de los mas essentos hombres. Yo te adoro, generoso joven, y aquí entre estos hielos, y nieves el amoroso fuego me està haciendo ceniza el corazon: gozemonos, y tenme por tuya, que yo te llevarè à parte donde llenes las manos de thesoros, para ti sin duda alguna de mi recogidos, y guardados, si llegamos à Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida: Escondido te llevarè adonde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que acumulò Creso. Aquí diò fin à su platica, pero no al movimiento de sus manos, que arremetieron à detener las de Antonio, que de sì las apartaba: y entre esta tan honesta, como torpe contienda, decia Antonio: Detente, ò harpia! no turbes, ni afées las limpias mesas de Fineo; no fuerces, (ò barbara Egypcia!) ni incites la castidad, y limpieza de este que no es tu esclavo: tarazate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras, lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira

el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte, que nos està amenazando con la hambre, y con la incertidumbre de la salida de este lugar; que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañara, que con la que me has descubierto. Desvíate de mi, y no me sigas, que castigarè tu atrevimiento, y publicarè tu locura: si te vuelves mudarè proposito, y pondrè en silencio tu desvergüenza: si no me dexas, te quitarè la vida: oyendo lo qual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera, que no diò lugar à suspiros, à ruegos, ni à lagrimas: dexòla Antonio sagaz, y advertido. Bolvióse Rosamunda, y el siguiò su camino; pero no hallò en èl cosa que le asegurasse: porque las nieves eran muchas, y los caminos asperos, y la gente ninguna: y advirtiéndole que si adelante passaba, podia perder el camino de buelta, se bolvió à juntar con la compañía. Alzaron todos las manos al Cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura. A Mauricio dixeron, que bolvieran al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad, y soledad de la Isla.



CAPITULO XX.

De un notable caso que sucedió en la Isla nevada.

A Poco tiempo que passò el dia desde lexos vieron venir una nave gruesa, que les levantò las esperanzas de tener remedio. Amaynò las velas, y pareció que se dexaba detener las ancoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife à la mar, y se vinieron à la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dixo, que sería bien que aguardassen los que venian, por saber quien eran. Llegò el esquife de la nave, y encallò en la fria nieve, y saltaron en ella dos, al parecer, gallardos, y fuertes mancebos, de estremada disposicion, y brio: los quales sacaron encima de sus hombros à una hermosísima doncella, tan sin fuerzas, y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar à tocar la tierra. Llamaron à voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcassen à ser testigos de un suceso, que era menester que los tuviese. Respondió Mauricio, que no avia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y bolvieron à pisar la nieve. Luego los valientes

jovenes asieron de dos tablachinas, con que cubrieron los pechos; y con dos cortadoras espadas en los brazos saltaron de nuevo en tierra. Auristela llena de sobrefalto, y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudiò à ver la desmayada, y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demás. Los Cavalleros dixeron: Esperad, señores, y estad atentos à lo que queremos deciros: este Cavallero, y yo, dixo el uno, tenemos concertado de pelear por la possession de esta enferma doncella, que ahí veis: la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que aya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia; si ya no es, que ella de su voluntad ha de escoger qual de nosotros dos ha de ser su esposo, con que harà embaynar nuestras espadas, y fofsegar nuestros espíritus. Lo que pedimos, es, que no estorveis en manera alguna nuestra porfia, la qual lleváramos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorvára, si no os hubieramos menester para que mirádes, si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar, siquiera, la vida de esta doncella, que es tan poderosa para acabar las nueltras. La priessa que nos obliga à dar conclusion à nuestro negocio, no nos dà lugar para preguntaros por ahora, quien sois, ni como estais en este lugar

tan solo, y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros de esta Isla tan sola, que aùn de animales no es habitada. Mauricio les respondió, que no faldrian un punto de lo que querian; y luego echaron los dos mano à las espadas, sin querer que la enferma doncella declarasse primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia à las armas, que à los deseos de la Dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas, y compases, à los primeros golpes el uno quedò pasado el corazon de parte à parte, y el otro abierta la cabeza por medio. Este le concediò el Cielo tanto espacio de vida, que le tuvo de llegar à la doncella, y juntar su rostro con el suyo, diciendole: Venci, señora, mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, el pensar que un solo instante te podrè tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo. Recibe, señora, esta alma, que embuelta en estos ultimos alientos te embiò: dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia à tu honestidad, pues el nombre de esposo à todo esto dà licencia. La sangre de la herida bañò el rostro de la Dama, la qual estava tan sin sentido, que no respondió palabra. Los dos marineros que avian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra, y

fueron con presteza à requerir, así al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza: el qual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, embiò su alma à los ayres, y dexò caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones avia estado mirando antes de descubrir, y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de proposito à mirarla, y limpiandole la sangre que avia llovido del muerto enamorado, conociò ser su doncella Taurisa la que lo avia sido al tiempo que ella estuvo en poder del Principe Arnaldo, que le avia dicho la dexaba en poder de dos Cavalleros, que la llevassen à Irlanda, como queda dicho. Auristela quedò suspensa, quedò atonita, quedò mas triste que la misma tristeza: y mas quando vino à conocer, que la hermosa Taurisa estava sin vida. Ay! dixo à esta fazon, con que prodigiosas señales me và mostrando el Cielo mi desventura, que si se rematàra con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten, y entretengan, hacen dichosa la vida. Què red barredera es esta, con que cogen los Cielos todos los caminos de mi descanso? Què imposibles son estos, que descubro à cada passo de mi remedio? Mas pues aqui son escusados

los llantos, y son de ningun provecho los gemidos, demos el tiempo, que he de gastar en ellos por ahora, à la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos: y luego pidiò à Mauricio, pidiessè à los marineros del esquife, bolviessen al navio por instrumentos para hacer las sepulturas. Hizolo así Mauricio, y fue à la nave con intencion de concertarse con el Piloto, ò Capitan que huviesse, para que los sacasse de aquella Isla, y los llevasse adonde quiera que fuesen. En este entretanto tuvieron lugar Auristela, y Transila de acomodar à Taurisa para enterrarla, y la piedad, y honestidad Christiana no consintió que la desnudassen. Bolvió Mauricio con los instrumentos, aviendo negociado todo aquello que quiso. Hizose la sepultura de Taurisa; pero los marineros no quisieron, como Catholicos, que se hiciesse ninguna à los muertos en el desafío. Rosamunda, que despues que bolvió de aver declarado su mal pensamiento al barbero Antonio, nunca avia atzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que iban à sepultar à Taurisa, levantando el rostro, dixo: Si os preciais, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia, y la misericordia, usad de estas dos virtudes conmigo. Yo desde el

punto que tuve uso de razon, no la tuve, porque siempre fui mala: con los años verdes, y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mi los vicios de tal manera, que han sido, y son en mi como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los Reyes, y he trahido à la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo saltador, y robador de la humana belleza de las mugeres, se entrò por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea, que desengañada. Mas como los vicios tienen asiento en el alma, que no envejece, no quieren dexarme: y como yo no les hago resistencia, sino que me dexo ir con la corriente de mis gustos, heme ido ahora con el que me dà el ver si quiera à este barbaro muchacho, el qual, aunque le he descubierta mi voluntad, no corresponde à la mia, que es de fuego, con la fuya, que es de helada nieve. Veome despreciada, y aborrecida, en lugar de estimada, y bien querida: golpes que no se pueden resistir con poca paciencia, y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me và pisando las faldas, y estiende la mano para alcanzarme de la vida: por lo que veis que debe

debe la bondad del pecho que la tiene, al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esta sepultura; que puesto que mezeleis mis lascivos huesos con los de esta casta doncella, no los contaminarán: que las reliquias buenas siempre lo son, donde quiera que esten: y bolviendose al mozo Antonio, prosiguió. Y tu, arrogante mozo, que ahora tocas, ó estás para tocar los margenes, y rayas del deleyte, pide al Cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza: y si yo he ofendido tus recientes oídos (que así los puedo llamar) con mis inadvertidas, y no castas palabras, perdoname, que los que piden perdon en este trance, por cortesía siquiera, merecen ser, si no perdonados, á lo menos escuchados. Esto diciendo, dió un suspiro embuelto en un mortal desmayo.

CAPITULO XXI.

Salen de la Isla nevada en el navio de los cosarios.

YO no sé, dixo Mauricio á esta fazon, que quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades, y riscos, por entre estas nieves, y yelos, dexandose allá los Pafos

Noydos, las Chiprés, los Eliséos campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna. En el corazon sossegado, en el animo quieto tiene el amor deleytable su morada, que no en las lagrimas, ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constanza, y Ricla quedaron atonitas del suceso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lagrimas enterraron á Taurisa: y despues de aver buuelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron, y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recibidos, y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre, que les aquejaba: solo Rosamunda, que estaba tal, que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos dos Capitanes muertos, é instituyeron luego uno, que lo fuesse de todos, y siguieron su viage, sin llevar parte conocida donde le encaminassen, porque era de cosarios, y no Irlandeses, como á Arnaldo le avian dicho, sino de una Isla revelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañía, siempre iba temiéndolo algun revés de su acelerada costumbre, y mal modo de vivir: y como viejo, y experimentado en las cosas del mundo, no le cabía el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardía, y buen parecer de

de su hija Transila, los pocos años, y nuevo trage de Constanza no despertassen en aquellos cosarios algun mal pensamiento. Serviales de Argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el Pastor de Anfriso. Eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus quartos la hacían á las manfas, y hermosas ovejuelas que debaxo de su sollicitud, y vigilancia se amparaban. Rosamunda, con los continuos desdenes vino á enflaquecer de manera, que una noche la hallaron en una camara del navio sepultada en perpetuo silencio. Harto avian llorado, mas no dexaron de sentir su muerte compasiva, y Christianamente. Sirvióla el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio: el qual, y todos rogaron muchas veces á los cosarios, que los llevassen de una vez á Irlanda, ó á Hibernia, si ya no quisiessen á Inglaterra, ó Escocia; pero ellos respondian, que hasta aver hecho una buena, y rica presa, no avian de tocar en tierra alguna, si ya no fuesse á hacer agua, ó á tomar bastimentos necessarios. La barbara Ricla bien comprara á pedazos de oro, que los llevarán á Inglaterra; pero no osaba descubrirlos, porque no se los robassen, antes que se los pidiesse. Dióles el Capitan estancia á parte, y acomodóles de manera, que les

asseguró de la insolencia que podían temer de los Soldados. De esta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes á otras, ya tocaban en una Isla, ya en otra, y ya se salían al mar descubierta (propria costumbre de cosarios, que buscan su ganancia) las veces que avía calma, y el mar sossegado no les dexaba navegar. El nuevo Capitan del navio se iba á entretener á la estancia de sus pasajeros, y con pláticas discretas, y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenía, y Mauricio hacía lo mismo. Auristela, Transila, Ricla, y Constanza, mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al Capitan, ni á Mauricio: con todo esto estuvieron un día atentas á la historia, que en este siguiente Capitulo se cuenta, que el Capitan les dixo.

CAPITULO XXII.

Donde el Capitan dá cuenta de las grandes fiestas que acostumbra á hacer en su Reyno el Rey Policarpo.

UNa de las Islas que están junto á la de Hibernia, me dió el Cielo por Patria: es tan grande, que toma nombre de Reyno, el qual no se hereda, ni viene por sucesion de Padre á hijos: sus moradores le eligen á su beneplá-

placito, procurando siempre que sea el mas virtuoso, y mejor hombre que en él se hallare, y sin intervenir de por medio ruegos, ò negociaciones, y sin que los solliciten promesas, ni dadas, de comun consentimiento de todos sale el Rey, y toma el Cetro absoluto del mando, el qual le dura mientras le dura la vida, ò mientras no se empeora en ella: y con esto los que no son Reyes, procuran ser virtuosos, para serlo, y los que lo son, pugnan serlo mas, para no dexar de ser Reyes. Con esto se cortan las alas à la ambicion, se aterra la codicia; y aunque la hypocresia suele andar lista, à largo andar se le cae la mascara, y queda sin el alcanzado premio. Con esto los Pueblos viven quietos, campea la justicia, y resplandece la misericordia; despachanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan ricos, no por serlo, son mejor despachados. No agovian la vara de la justicia las dadas, ni la carne, y sangre de los parentescos: todas las negociaciones guardan sus puntos, y andan en sus quicios. Finalmente, Reyno es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre, à mi parecer justa, y santa, puso el Cetro del Reyno en las manos de Policarpo, varon insigne, y famoso, así en las armas, como en las letras: el

qual tenia quando vino à ser Rey dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa: no tenian Madre, que no les hizo falta quando murió, sino en la compañía: que sus virtudes, y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso exemplo à todo el Reyno. Con estas buenas partes, así ellas, como el Padre se hacian amables, se estimaban de todos. Los Reyes por parecerles que la melancolia en los vassallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el Pueblo, y entretenido con fiestas publicas, y à veces con ordinarias comedias. Principalmente solemnizaban el dia, que fueron assumptos al Reyno, con hacer que se renovassen los juegos, que los Gentiles llamaban Olímpicos, en el mejor modo que podian. Señalaban premio à los corredores, honraban à los diestros, coronaban à los tiradores, y subian al cielo de la alabanza à los que derribaban à otros en la tierra. Hacíase este espectáculo junto à la marina en una espaciosa playa, à quien quitaban el Sol infinita cantidad de ramos entretexidos, que la dexaban à la sombra. Ponian en la mitad un sumptuoso theatro, en el qual sentado el Rey, y la Real familia miraban los apacibles juegos. Llegóse un dia de estos, y Policarpo procuró aventajarse en mag-

magnificencia, y grandeza, en solemnizarle sobre todos quantos hasta allí se avian hecho: y quando ya el theatro estaba ocupado con su persona, y con los mejores del Reyno, y quando ya los instrumentos belicos, y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzassen: y quando ya quatro corredores, mancebos agiles, y sueltos, tenian los pies izquierdos delante, y los derechos alzados, que no les impedía otra cosa el soltarse à la carrera, sino soltar una cuerda, que les servia de raya, y de señal, que en soltandola avian de bolver à un termino señalado, donde avian de dar fin à su carrera. Digo que en este tiempo vieron venir por la mar un barco, que le blanqueaban los costados por ser recién despalmado, y le facilitaban el romper de el agua seis remos, que de cada banda trahia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas, y pechos, y de nervudos brazos. Venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon, que venia de encarnado como marinero. Llegó con furia el barco à la orilla, y el encallar en ella, y el saltar todos los que en él venian en tierra, fue una misma cosa. Mandó Policarpo, que no salíessen à la carrera hasta saber que gente era aquella, y à lo que venian; puesto que imaginó que debian de venir à hallarse en las

fiestas, y à probar su gallardia en los juegos. El primero que se adelantó à hablar al Rey, fue el que servia de Timonero, mancebo de poca edad, cuyas mexillas desfebarazadas, y limpias mostraban ser de nieve, y de grana: los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable. Luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista, y aún los corazones de quantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Lo que dixo al Rey: Señor, estos mis compañeros, y yo, aviendo tenido noticia de estos juegos, venimos à servirte, y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave, que dexamos en la Isla Scinta, que no está lejos de aqui, y como el viento no hizo à nuestro proposito para encaminar aqui la nave, nos aprovechamos de esta barca, y de los remos, y de la fuerza de nuestros brazos. Todos somos nobles, y deseosos de ganar honra, y por la que debes hacer como Rey que eres à los estrangeros que à tu presencia llegan, te supplicamos, nos concedas licencia para mostrar, ò nuestras fuerzas, ò nuestros ingenios en honra, y provecho nuestro, y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agradecido joven, que vos pedis lo que quereis con tanta gracia, y cortesia, que sería cosa injusta

al negaroslo. Honrad mis fiestas en lo que quisieredes, dexadme à mi el cargo de premiaroslo: que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dexais à ninguno de alcanzar los primeros premios. Doblò la rodilla el hermoso mancebo, è inclinò la cabeza en señal de crianza, y agradecimiento, y en dos brinco se puso ante la cuerda, que detenia à los quatro ligeros corredores. Sus doce compañeros se pusieron à un lado à ser expectatores de la carrera. Sonò una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojaronse al vuelo los cinco; pero aun no avria dado veinte pasos, quando con mas de seis se les aventajò el recién venido, y à los treinta, ya los llevaba de ventaja mas de quince. Finalmente se los dexò à poco mas de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmovibles, con admiracion de todos los circunstantes: especialmente de Sinforosa, que le seguia con la vista, asì corriendo, como estando quedo: porque la belleza, y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no solo de los ojos de quantos le miraban. Notè yo esto porque tenia los mios atentos à mirar à Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa. Comenzò luego la embidia à apoderarse de los pechos de los que se avian de probar en los juegos, viendo con quanta facilidad se

avia llevado el estrangero el precio de la carrera. Fue el segundo certamen el de la esgrima: tomò el ganancioso la espada negra, con la qual à seis que le salieron cada uno de por sí, les cerrò las bocas, mosqueò las narices, les sellò los ojos, y les fantiguò las cabezas, sin que à él le tocassen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzò la voz el Pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero. Luego se acomodaron otros seis à la lucha, donde con mayor gallardia diò de sí muestra el mozo: descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos fortísimos pechos, y los nervios, y musculos de sus fuertes brazos, con los quales, y con destreza, y maña increíble hizo que las espaldas de los seis luchadores, à despecho, y pesar suyo, quedassen impressas en la tierra. Asíò luego de una pesada barra, que estaba hincada en el suelo, porque le dixeran, que era el tirarla el quarto certamen. Sompesòla, y haciendo de señas à la gente que estaba delante para que le diessen lugar donde el tiro cupiesse, tomando la barra por la una punta sin bolver el brazo atràs la impeliò con tanta fuerza, que passandò los limites de la marina, fue menester que el mar se los diese, en el qual bien adentro quedò sepultada la barra. Esta monstruosidad notada de sus contrarios desmayò los brios, y no osaron probarse en la contienda. Pusieronle

ronle luego la ballesta en las manos, y algunas flechas, y mostraronle un arbol muy alto, y muy liso, al cabo del qual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, à la qual avian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certamen quisiessen probarse. Uno que presumia de certero, se adelantò, y tomò la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes que otro. Tirò, y clavò su flecha casi en el fin de la lanza, del qual golpe azotada la paloma, se levantò en el ayre: y luego otro no menos presumido que el primero, tirò con tal gentil certeria, que rompiò el hilo donde estaba asida la paloma, que suelta, y libre del lazo que la detenia entregò su libertad al viento, y batiò las alas con priessa; pero el ya acostumbrado à ganar los primeros premios, disparò su flecha, y como si mandara lo que avia de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle, asíò lo hizo: pues dividiendole el ayre con un rasgado, y tendido silvo, llegò à la paloma, y le passò el corazon de parte à parte: quitandole à un mismo punto el vuelo, y la vida. Renovaronse con esto las voces de los presentes, y las alabanzas del estrangero: la qual en la carrera, en la esquina, en la lucha, en la barra, y en el tirar de la ballesta, y entre otras muchas pruebas que no cuento, con grandísimas ventajas se llevó los primeros pre-

mios, quitando el trabajo à sus compañeros de probarse en ellas. Quando se acabaron los juegos, sería el crepusculo de la noche, y quando el Rey Policarpo queria levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban, para premiar al vencedor mancebo, viò que puesto de rodillas ante él, le dixo: Nuestra nave quedò sola, y desamparada, la noche cierra algo obscura, los premios que puedo esperar, (que por ser de tu mano, se deben estimar en lo posible) quiero, ò gran Señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio, y comodidad pienso bolver à servirte. Abrazòle el Rey, preguntòle su nombre, y dixo que se llamaba Periandro. Quitòse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores, con que adornaba su hermosísima cabeza; y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dixo al ponerfela: Quando mi Padre sea tan venturoso de que bolvais à verle, vereis como no vendreis à servirle, sino à ser servido.

CAPITULO XXIII.

De lo que sucedió à la zelosa Auristela, quando supo que su hermano Periandro era el que avia ganado los premios del certamen.

O Poderosa fuerza de los zelos! ò enfermedad, que te pegas al alma de tal manera, que solo

solo te despegas con la vida! O hermosísima Auristela, detente, no te precipites à dar lugar en tu imaginacion à esta rabiosa dolencia! Pero quien podrá tener à raya los pensamientos que suelen ser tan ligeros, y sutiles, que como no tienen cuerpo pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro su hermano; y aviendo oïdo antes las alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le avia hecho, rindiò el sufrimiento à las sospechas, y entregò la paciencia à los gemidos, y dando un gran suspiro, y abrazandose con Transila, dixo: Querida amiga mia, ruego al Cielo, que sin averse perdido tu Esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro: no le ves en la boca de este valeroso Capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas à los fervores de una doncella, que à los cuydados que le debian dar los destierros, y pasos de esta su hermana? Andase buscando palmas, y trofeos por las tierras ajenas, y dexasse entre los riscos, y entre las peñas, y entre las montañas, que suele levantar la mar alterada, à esta su hermana, que por su consejo, y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle. Estas razones escuchaba atentísimamente el Capitan del navio, y no

fabia que conclusion sacar de ellas, solo parò en decir, pero no dixo nada, porque en un instante, y en un momentaneo punto le arrebatò la palabra de la boca un viento, que se levantò tan subito, y tan recio, que le hizo poner en pie, sin responder à Auristela, y dando voces à los marineros, que amaynassen las velas, y las templassen, y asegurassen. Acudiò toda la gente à la faena, comenzò la nave à volar en popa con mar tendido, y largo, por donde el viento quiso llevarla. Recogiòse Mauricio con los de su compañía à su estancia, por dexar hacer libremente su oficio à los marineros. Allí preguntò Transila à Auristela, que sobrefalto era aquel que tal le avia puesto, que à ella le avia parecido averle causado el aver oïdo nombrar el nombre de Periandro, y no sabia por què las alabanzas, y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre? Ay amiga! respondiò Auristela, de tal manera estoy obligada à tener en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy forzada à guardarle. En sabiendo quien soy: que si sabrás, si el Cielo quiere, veràs las dificultades de mis sobrefaltos, sabiendo la causa de do nacen: veràs castos pensamientos acomedidos, pero no turbados: veràs desdichas sin ser buscadas, y labirintos, que por venturas no

ima-

imaginadas han tenido salida de sus enredos. Ves quan grande es el nudo del parentesco de un hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro. Ves asimismo quan proprio es de los enamorados ser zelosos; pues con mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. Este Capitan, amiga, no exagerò la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienas de Periandro no le mirò? Si, sin duda; y mi hermano no es del valor, y de la belleza que tu has visto? Pues què mucho que aya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno, que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondiò Transila, que todo quanto el Capitan ha contado sucediò antes de la prision de la Infula barbara, y que despues acá os aveis visto, y comunicado, donde avràs hallado, que ni el tiene amor à nadie, ni cuydado de otra cosa, que de darte gusto; y no creo yo, que las fuerzas de los zelos lleguen à tanto, que alcancen à tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dixo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes, como injustas, y sus leyes tan muchas, como variables: procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos ajenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte. La curiosidad en los negocios propios se puede su-

tilizar, y atildar; pero en los ajenos, que no nos importa, ni por pensamiento. Esto que oyò Auristela à Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion, y con su lengua, porque la de Transila poco necia llevaba camino de hacerle sacar à plaza toda su historia. Amansò en tanto el viento, sin aver dado lugar à que los marineros temiessen, ni los pasajeros se alborotassen. Bolviò el Capitan à verlos, y à proseguir su historia, por aver quedado cuydado del sobrefalto que Auristela tomò, oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela bolver à la platica pasada, y saber del Capitan, si los favores que Sinforosa avia hecho à Periandro, se extendieron à mas que coronarle: y así se lo preguntò modestamente, y con recato, de no dar à entender su pensamiento. Respondiò el Capitan, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced (que así se han de llamar los favores de las Damas) à Periandro; aunque à pesar de la bondad de Sinforosa à el le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia, de que no estaba muy libre de tener en la suya à Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia, y las levantaba sobre los Cielos: y por averle ella mandado que falliese en un navio à buscar à Periandro, y le hiciesse bolver à ver

F

à

à su Padre, confirmaba mas sus sospechas. Como, y es posible, dixo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los Reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna se han de humillar à dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sujetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la Grandeza, y Magestad no se aviene bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor, y la Grandeza, hàse de seguir, que Sinforosa Reyna hermosa, y libre no se avia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo: cuyo estado no prometia ser Grande, el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que gobiernan los remos. Calla, hija Auristela, dixo Mauricio, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se ven mayores milagros, ni mas continuos, que en las del amor, que por ser tantos, y tales los milagros, se pasan en silencio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean. El amor junta los Centros con los cayados, la Grandeza con la baxeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene à ser poderoso como la muerte. Ya sabes tu, señora, y sè yo muy bien la gentileza, la gallardìa, y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de

singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los corazones de quantos la conocen: y quanto la hermosura es mayor, y mas conocida es mas amada, y estimada. Así que no seria milagro, que Sinforosa, por principal que sea, ame à tu hermano: porque no le amaria como à Periandro à secas, sino como à hermoso, como à valiente, como à diestro, como à ligero, como à fugeto donde todas las virtudes estàn recogidas, y cifradas. Què, Periandro es hermano de esta señora, dixo el Capitan? Si, respondió Transila, por cuya ausencia ella vive en perpetua tristeza, y todos nosotros, que la queremos bien, y à èl le conocimos, en llanto, y amargura. Luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife, y de la barca, con todo aquello que fue bastante para darle à entender lo sucedido hasta el punto en que estaban: en el qual punto dexa el Autor el primer libro de esta grande historia; y passa al segundo, donde se contaràn cosas, que aunque no pasan de la verdad, sobrepujan à la imaginacion: pues apenas pueden caber en la

mas sutil, y dilatada

sus acontecimientos.

LI-



LIBRO SEGUNDO,

DE LA
HISTORIA

DE
LOS TRABAJOS DE PERSILES,
Y SIGISMUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se cuenta, como el navio se volcò con todos los que dentro de èl iban.



ARECE que el Autor de esta historia habla mas de enamorado, que de historiador: porque casi este primer capitulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una definicion de zelos, ocasionados de los que mostrò tener

Auristela, por lo que contó el Capitan del navio; pero en esta traduccion, que lo es, se quita por prolixa, y por cosa en muchas partes referida, y ventilada: y se viene à la verdad del caso, que fue, que cambiandose el viento, y enmarañandose las nubes, cerrò la noche obscura, y tenebrosa, y los truenos dando

por mensageros à los relampagos, tras quien se figuen, comenzaron à turbar los Marineros, y à deslumbrar la vista de todos los de la nave: y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia, y arte de los Marineros, y así à un mismo tiempo les cogió la turbación, y la tormenta; pero no por esto dexò cada uno de acudir à su officio: y à hacer la faena, que vieron ser necessaria, fino para escusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan quanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavò de la nave, con el qual se abrazan, y tienen à gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazò con Transfila su hija; Antonio con Ricla, y con Constanza su Madre, y hermana: sola la desgraciada Auristela quedò sin arrimo, fino el que le ofrecia su congoxa, que era el de la muerte, à quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la Christiana, y Catholica Religion, que con muchas veras procuraba guardar: y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo, ò por mejor decir un ovillo, se dexaron calar casi hasta la postrera parte del navio por escusar el ruido espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relampagos, y el confuso estruendo de los Marine-

ros: y en aquella semejanza de el Limbo se escusaron de no verse unas veces tocar el Cielo con las manos, levantandose el navio sobre las mismas nubes, y otras veces barrar la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos, ò por mejor decir, la temian sin verla: que la figura de la muerte, en qualquier trage que venga, es espantosa, y la que coge à un desapercebido en todas sus fuerzas, y salud, es formidable. La tormenta creció de manera, que agotò la ciencia de los Marineros, la solitud del Capitan, y finalmente, la esperanza de remedio en todos. Ya no se oían voces, que mandaban, hagase esto, ò aquello, fino gritos de plegarias, y votos que se hacían, y à los Cielos se embiaban, y llegó à tanto esta miseria, y estrechez, que Transfila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro: que uno de los efectos poderosos de la muerte, es borrar de la memoria todas las cosas de la vida: y pues llega à hacer que no se sienta la passion zelosa, tengase por dicho, que puede lo imposible. No avia allí relox de arena que distinguiese las horas, ni aguja, que señalasse el viento, ni buen tino, que atinasse el lugar donde estaban: todo era confusion, todo era grita, todo suspiros, y todo plegarias. Desmayò el Capitan, abandonaronse los Marineros, rindieronse las hu-

humanas fuerzas, y poco à poco el desmayo llamó al silencio, que ocupò las voces de los mas de los miseros que se quexaban. Atrevióse el mar insolente à pasearse por cima de la cubierta del navio, y aún à visitar las mas altas gaviyas, las quales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad. Finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia, el que no trae consigo claridad alguna: la nave se estuvo queda, y estancò, sin moverse à parte alguna, que es uno de los peligros fuera del de anegarse, que le puede suceder à un baxel. Finalmente, combatida de un huracán furioso, como si la bolvieran con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubrió à los Cielos, quedando hecha sepultura de quantos en ella estaban. A Dios castos pensamientos de Auristela, à Dios bien fundados disignios, fosegaos passos tan honrados, como santos, no espereys otros Mausoleos, ni otras pyramides, ni agujas, que las que os ofrecen estas mal breadas tablas. Y vos, ò Transfila! exemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto, y anciano Padre podeys celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, à lo menos con la esperanza que ya os avrà conducido à mejor thalamo. Y tu, ò Ricla, cuyos deseos te llevaban

à tu descanso, recoge en tus brazos à Antonio, y à Constanza tus hijos, y ponlos en la presencia del que ahora te ha quitado la vida, para mejorartela en el Cielo. En resolucion, el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban puso las razones referidas en la pluma del Autor de esta grande, y lastimosa historia, y assimismo puso las que se oirán en el siguiente Capitulo.

CAPITULO II.

Donde se cuenta un extraño suceso.

PArece que el volcar de la nave volcò, ò por mejor decir, turbò el juicio del Autor de esta historia, porque à este segundo Capitulo le diò quatro, ò cinco principios, casi como dudando que fin en el tomara. En fin, resolvió diciendo, que las dichas, y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida. Andan el pesar, y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera, y el alegre que se confia, como lo dà facilmente à entender este extraño suceso. Sepultòse la nave, como queda dicho, en las aguas: quedaron los muertos sepultados sin tierra: deshicieronse sus esperanzas, quedando impossibilitado su remedio.

dio; pero los piadosos Cielos, que de muy atrás, toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave llevada poco à poco de las olas ya manfas, y recogidas à la orilla del mar en una playa, que por entonces fué apacibilidad, y mansedumbre podia servir de seguro Puerto: y no dexos estaba un Puerto capacissimo de muchos baxeles, en cuyas aguas, como en espejos claros se estaba mirando una Ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba: Vieron los de la Ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena, ù de otro gran pescado, que con la borrasca pasada avia dado al través. Salio infinita gente à verlo, y certificandose ser navio, lo dixeron al Rey Policarpo, que era el señor de aquella Ciudad, el qual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa, y Sinforosa, salio tambien, y ordenó, que con cabestrantes, con tornos, y con batidas, con que hizo rodear toda la nave, la tirassen, y encaminassen al Puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dixeron al Rey, que dentro de él sonaban golpes, y aun casi se oian voces de vivos. Un anciano Cavallero, que se halló junto al Rey, le dixo: Yo me acuerdo, señor, aver visto en el mar Mediterraneo, en la ribera de Genova una

galera de España, que por hacer el cur con la vela, se volcó, como está ahora este baxel, quedando la gavia en la arena, y la quilla al Cielo, y antes que la bolviessen, ò enderezassen (aviendo primero oido rumor, como en este se oye) afferraron el baxel por la quilla, haciendo un buco capaz de verlo que dentro estaba, y el entrar la luz dentro, y el salir por él el Capitan de la misma galera, y otros quatro compañeros suyos, fue todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podria ser viñiesen ahora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre de esta galera, y si aqui sucediese lo mismo, no se ha de tener à milagro, sino à mysterio: que los milagros suceden fuera del orden de la naturaleza, y los mysterios son aquellos que parecen milagros, y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. Pues à que aguardamos, dixo el Rey, si me se dugo el buco, y veamos este mysterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro. Grande fue la priessa que se dieron à ferrar el baxel, y grande el deseo que todos tenían de ver el parto. Abrióse en fin, una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos, y que lo parecían. Metió uno el brazo, y afió de una doncella, que el palparle el corazón quidaba seña-

les de tener vida: otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa; y algunos pensando sacar vivos, sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos. Finalmente, dandoles el ayre la luz à los medio vivos, respiraron, y cobraron aliento: limpiaronse los rostros, fregaronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron à todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Tranfila en los de Clodio, Riela, y Constantza en los de Rutilio, Antonio el Padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se falló por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio. Arnaldo quedó mas atonito, y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociendole, la primera palabra que le dixo, fue, que ella fue la primera que rompió el silencio de todos. Por ventura, hermano, está entre esta gente la bellissima Sinforosa? Santos Cielos, que es esto, dixo entre sí Arnaldo, que memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al Cielo por las recibidas mercedes; pero con todo esto la respondió, y dixo, que si estaba: y le preguntó, que como la conocía, porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el Capitan del na-

vio, que le contó los triunfos de Perianдро, avia pasado, y no pudo alcanzar la causa, por la qual Auristela preguntaba por Sinforosa; que si la alcanzara, quizá dixera, que la fuerza de los zelos es tan poderosa, y tan sutil que se entra, y mezclada con el cuchillo de la misma muerte, y va à buscar el alma tenamorada en los últimos trances de la vida. Ya despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que asis pueden llamarse, y la admiracion en los vivos, que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar à la razon, confusamente unos à otros se preguntaban, como los de la tierra estaban allí, y los del navio venian allí? Policarpa en esto, viendo que el navio al abrirse la boca se le avia llenado de agua, en el lugar del ayre que tenía, mandó llevarle ajorro al Puerto, y que con artificios le sacassen à tierra, lo qual se hizo con mucha presteza. Salieron asimismo à tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navio, que fueron recibidos del Rey Policarpo, y de sus hijas, y de todos los principales Ciudadanos con tanto gusto, como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente à Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela. Fue tambien à la parte de esta admiracion la belleza de Tranfila, y el gallardo, y

nuevo traje, pocos años, y gallardía de la barbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer, y donayre de Riela su Madre: y por estar la Ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos à pie à ella. Ya en este tiempo avia llegado Periandro à hablar à su hermana Auristela, Ladislao à Transila, y el barbaro Padre à su Muger, y à su hija, y los unos à los otros se fueron dando cuenta de sus sucesos, sola Auristela ocupada toda en mirar à Sinforosa, callaba; pero en fin habló à Periandro, y le dixo: Por ventura, hermano, esta hermosísima doncella, que aqui và, es Sinforosa, la hija del Rey Policarpo? Ella es, respondió Periandro, sugeto donde tienen su asiento la belleza, y la cortesía. Muy cortés debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo me obligaran (ò querida hermana mia!) à que me lo pareciera. Si por obligaciones và, y vos por ellas encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas Divinas, replicò Periandro, no se han de comparar las humanas, las hyperbolicas alabanzas, por más que lo sean, han de parar en puntos limitados. Decir que una muger es mas hermosa que un An-

gel, es encarecimiento de cortesía, pero no de obligación: solo en ti, dulcísima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos, que se dan à tu hermosura. Si mis trabajos, y mis defassosiegos, ò hermano mio, no turbàran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices; pero yo espero en los piadosos Cielos, que algun dia han de reducir à fassiego mi defassosiego, y à bonanza mi tormenta; y en este entretanto con el encarecimiento que puedo, te suplico, que no te quiten, ni borren de la memoria lo que me debes otras agenas hermosuras, ni otras obligaciones; que en la mia, y en las mias podràs satisfacer el deseo, y llenar el vacío de tu voluntad: Si miras que juntado la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, à la de mi alma, hallaràs un compuesto de hermosura, que te satisfaga. Confuso iba Periandro, oyendo las razones de Auristela: juzgaba zelosa, cosa nueva para el, por tener por larga experiencia conocida, que la discrecion de Auristela jamás se atrevió à salir de los limites de la honestidad, jamás su lengua se movió à declarar sino honestos, y castos pensamientos, jamás le dixo palabra, que no fuese digna de decirse à un hermano en publico, y en secreto. Iba Arn-

naldo embidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija, y yerno, Antonio el grande con su muger, è hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio, con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallasse, la grandeza de tan estraño suceso. Llegaron à la Ciudad, y el liberal Policarpo honró à sus huespedes real, y magníficamente, y à todos los mandò alojar en su Palacio, aventajandose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le avian facado de su Reyno: y assi como viò la belleza de Auristela, hallò su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo quarto Policarpo, y Sinforosa alojaron à Auristela, de la qual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al Cielo de averla hecho, no amante, sino hermana de Periandro: y assi por su extremada belleza, como por el parentesco tan estrecho, que con Periandro tenia, la adoraba, y no sabia un punto desviarse de ella. Desmenuzabale sus acciones, notabale las palabras, ponderaba su donayre: hasta el sonido, y organo de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraba à Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las in-

tenciones. Auristela miraba con zelos, y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos dias estuvieron en la Ciudad descansando de los trabajos passados: y dando traza de bolver Arnaldo à Dinamarca, ò adonde Auristela, y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad, y vista curiosa avia mirado los movimientos de Arnaldo, y quan oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, un dia que se hallò solo con el le dixo: Yo que siempre los vicios de los Príncipes he reprehendido en publico, sin guardar el debido decoro que à su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal: quiero ahora sin tu licencia decirte en secreto, lo que te suplico, con paciencia me escuches, que lo que se dice aconsejando, en la intencion halla disculpa lo que no agrada. Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en que iban à parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo, determinò de escucharle, y assi le dixo, que dixesse lo que quisiese, y Clodio con este salvo conducto prosiguiò, diciendo: Tu, señor, amas à Auristela; mal dixes amas, adoras dixera mejor: y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quien es, que aquello que ella ha querido de-

decirte; que no te ha dicho nada. Mas la tenido en tu poder, mas de dos años, en los quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor, y rendir su voluntad à la tuya por los medios honestissimos, y eficaces del Matrimonio: y en la misma entereza se està oy que el primero dia que la sollicitaste: de donde arguyo, que quanto à ti te sobra de paciencia, le falta à ella de conocimiento: y has de considerar que algun gran mysterio encierra, desechar una muger un Reyno, y un Principe que merece ser amado. Mysterio tambien encierra, ver una doncella vagamunda, llenà de recato de encubrir su linage; acompañada de un mozo (que como dice que lo es, podria no ser su hermano) de tierra en tierra, de Isla en Isla, sujeta à las inclemencias del Cielo, y à las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado. De los bienes que repartèn los Cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar, son los de la honra, à quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aqui llegaba Clodio, mostrando querer profeguir con un philosopho; y grave razonamiento quando entrò Perianandro, y le hizo callar con su llegada à pesar de su deseo, y aun

del de Arnaldo, que quisiera escucharle. Entraron asimismo Mauricio, Ladislao, y Tránfila, y con ellos Auristela, atrimada al hombro de Sinforosa mal dispuesta, de modo, que fue menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos, y temores en los pechos de Perianandro, y Arnaldo, que à no encubrirlos con discrecion, tambien tuvieran necesidad de los Medicos como Auristela.

CAPITULO III.

Sinforosa cuenta sus amores à Auristela.

A Penas supo Policarpo la inclinacion de Auristela, quando mandò llamar sus Medicos que la visitassen: y como los pulsos son lenguas, que declaran la enfermedad que se padece: hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conoció su enfermedad Perianandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los Medicos, que en ninguna manera la dexasse sola, y que procurassen entretenerla, y divertirle con musica, si ella quisiese, ò con otros algunos alegres entretenimientos. Tomò Sinforosa à su cargo su salud, y ofreciòle su compañía à todas horas: ofrecimiento no de mucho gulto para

para Auristela, porque quisiera no tener tan à la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la qual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decirlo, que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia à su deseo. Finalmente despejaron todos la estancia donde estava, y quedò confe solas con ella Sinforosa, y Policarpo, à quien con ocasion bastante despidió Sinforosa, y apenas se vió sola con Auristela, quando poniendo su boca con la suya, y apretandole reciamente las manos con ardientes suspiros, pareció queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela, y afectos que de nuevo la turbaron, y assi le dixo: Que es esto, señora mia, que estas amuestras me dan à entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia: mirad si los puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque està la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, quanto puedo agradezco yo ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas, te respondo, sin que en esta parte tenga algunos comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro, dixelo? no, que la verguenza, y el ser quien soy, son mordazas de mi lengua; pero tengo de morir

callando à las de sanar mi enfermedad por milagro? es por ventura capaz de palabras, el silencio? han de tener dos recatados, y vergonzosos ojos, virtud, y fuerzas para declarar los pensamientos infinitos de una alma tenamorada? Esto iba diciendo Sinforosa, con tantas lagrimas, y con tantos suspiros, que movieron à Auristela à chugarle los ojos, y à abrazarla, y à decirle: No se te mueran, ò apasionada señora, las palabras en la boca, despide de ti por algun pequeño espacio la confusion, y el ampecho, y hazme tu secretaria: que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio. Si tu passion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien se que eres de carne, aunque pareces de alabastro: y bien se que nuestras almas están siempre en continuo movimiento, sin que puedan dexar de estar atentas à querer bien à algun spgeto, à quien las estrellas las inclinan; que no se ha de decir que das fuerza. Dime, señora, à quien quieres, à quien amas, y à quien adoras? que como no desden el disparate de amar à un toro, ni en el que diò, el que adorò el platano, como sea hombre, el que segun tu dices, adoras, no me causará espanto, ni maravilla. Muger foy como tu, mis defectos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido à la boca, que bien pudieran, como señales de la calen-

lentura; pero al fin avrán de romper por inconvenientes, y por imposibles, y siquiera en mi testamento procurarè que se sepa la causa de mi muerte. Estabala mirando Sinforosa, cada palabra que decia, la estimaba como si fuera sentencia salida por la boca de un Oraculo. Ay, señora! dixo, y como creo que los Cielos te han trahido por tan estraño rodeo, que parece milagro, à esta tierra, condolidos de mi dolor, y lastimados de mi lastima: del vientre obscuro de la nave te bolvieron à la luz del mundo, para que mi obscuridad tuviesse luz, y mis deseos salida de la confusion en que estàn. Y assi por no tenerme, ni tenerte mas suspenso, fabràs que à esta Isla llegó tu hermano Periandro; y successivamente le contò del modo que avia llegado, los triunfos que alcanzò, los contrarios que venció, y los premios que ganò, del modo que ya queda contado. Dixole tambien como las gracias de su hermano Periandro avian despertado

en ella un modo de deseo, que no llegaba à ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad, y ociosidad, yendo, y viniendo el pensamiento à contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como à un Principe, que si no lo era, merecia serlo. Esta pintura me la gravò en el alma, y yo inadvertida dexè que me la gravasse, sin hacerle resistencia alguna: y assi poco à poco vine à quererle, à amarle, y aùn à adorarle, como he dicho. Mas dixera Sinforosa, si no bolviera Policarpa deseosa de entretenir à Auristela, cantando al són de un harpa, que en las manos trahia. Enmudeció Sinforosa, quedò perdida Auristela; pero el silencio de la una, y el perdimiento de la otra, no fueron parte para que dexassen de prestar atentos oídos à la fin par en musica Policarpa, que de esta manera comenzó à cantar en su lengua, lo que despues dixo el barbaro Antonio, que en la Castellana decia.

Cintia, si defengaños no son parte,

Para cobrar la libertad perdida,

Dà riendas al dolor suelta la vida,

Que no es valor, ni es honra el no quejarte;

Y el generoso ardor, que parte à parte

Tiene tu libre voluntad rendida,

Serà de tu silencio el homicida,

Quando pienses, por el enternizarte.

Salga con la doliente anima fuera

La enferma voz, que es fuerza, y es cordura;

Decir la lengua lo que al alma toca.

Quexandote, fabrà el mundo, siquiera,

Quan grande fue de amor tu calentura,

Pues salieron señales à la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus deseos; y puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo Auristela sus pensamientos, como ya se los avia comenzado à decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando à entender, que mas por cortès, que por su gutto proprio la acompañaba. En fin, una vez, tornando à anudar la plática passada, le dixo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma, no dexan fosegar la lengua: rebentarè si no las digo, y este temor, à pesar de mi crédito, harà que sepas, que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mi conocidas, llevaron tras si mis enamorados deseos: y sin entremeterme en saber quien son sus Padres, la Patria, ò riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiende à la mano liberal con que la naturaleza le ha enrique-

cido. Por si solo le quiero, por si solo le amo, y por si solo le adoro: y por ti sola, y por quien eres, te suplico, que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudierès. Innumerables riquezas me dexò mi Madre en su muerte, sin sabiduria de mi Padre, hija foy de un Rey, que puesto que sea por eleccion, en fin es Rey: la edad ya la vès, la hermosura no se te encubre, que tal qual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida. Dame, señora, à tu hermano por esposo, dárte yo à mi misma por hermana, repartirè contigo mis riquezas, procurarè darte esposo, que despues, y aùn antes de los dias de mi Padre, le elijan por Rey los de este Reyno; y quando esto no pueda ser, mis thesoros podrán comprar otros Reynos. Teniale à Auristela de las manos Sinforosa, bañandofelas en lagrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañabale en ellas Auristela, juzgando en si misma quales, y quantos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado:

do: y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lastima, que un generoso pecho no quiere vengarse quando puede; quanto mas que Sinforosa no la avia ofendido en cosa alguna, que la obligasse à venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que à ella trahia desatinada. Finalmente no podia culparla, sin que ella primero no quedasse convencida del mismo delito. Lo que procurò apurar fue, si le avia favorecido alguna vez, aunque fuesse en cosas leves, ò si con la lengua, ò con los ojos avia descubierto su amorosa voluntad à su hermano. Sinforosa la respondiò, que jamàs avia tenido atrevimiento de alzar los ojos à mirar à Perianthro, sino con el recato que à ser quien era debia, y que al passo de sus ojos avia andado al recato de su lengua. Bien creo esso, respondiò Auristela; pero es posible que èl no ha dado muestras de quererte? si avrà, porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca, y ablande una belleza tal como la tuya: y assi soy de parecer, que antes que yo rompa esta dificultad, procures tu hablarle, dando le ocasion para ello con algun honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan, y encienden los mas tibios, y descuydados pechos, que si una vez èl responde à tu deseo, serà me facil

à mi hacerle, que de todo en todo le satisfaga. Todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos. No te aconsejo yo, que te deshonestes, ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas à los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion, y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos: à los mas turbados ofrece lugar, y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su credito.

CAPITULO IV.

Donde se prosigue la historia, y amores de Sinforosa.

ATenta estaba la enamorada Sinforosa à las discretas razones de Auristela, y no respondiendole à ellas, sino bolviendo à anudar las del pasado razonamiento, le dixo: Mira amiga mia, y señora, hasta donde llegò el amor, que engendrò en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un Capitan de la guarda de mi Padre le fuesse à buscar, y le traxesse por fuerza, ù de grado à mi presencia: y el navio en que se embarcò es el mismo en que tu llegaste, porque en èl entre los muertos le han hallado sin vida. Assi debe de ser, respondiò Auristela, que èl me contó gran par-

parte de lo que tu me has dicho, de modo, que yo ya tenia noticia, aunque algo confusa de tus pensamientos: los quales, si es posible, quiero que fossiegues, hasta que se los descubras à mi hermano, ò hasta que yo tome à cargo tu remedio, que serà luego que me descubras lo que con èl te huviere sucedido: que ni à ti te faltará lugar para hablarle, ni à mi tampoco. De nuevo bolvió Sinforosa à agradecer à Auristela su ofrecimiento, y de nuevo bolvió Auristela à tenerla lastima. En tanto que entre las dos esto passaba, se las avia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar, ò por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallandole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dixo: El otro dia te dixes, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de las mugeres, y que Auristela en efecto es muger, aunque parece un Angel, y que Perianthro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir, que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que críes algun discreto recato: y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quien eres, la soledad de tu Padre, la falta que haces à tus vassallos, la contingencia en que te pones de perder tu Reyno, que es la misma en que es-

tà la nave, donde falta el Piloto que la gobierna. Mira que los Reyes estan obligados à casarse, no con la hermosura, sino con el linage, no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores à sus Reynos. Desmengua, y apoca el respeto que se debe al Principe el verle coxear en la sangre, y no basta decir, que la Grandeza de Rey es en sí tan poderosa, que iguala consigo mismo la baxeza de la muger, que escogiere. El cavallo, y la yegua de casta generosa, y conocida prometen crias de valor admirable, mas que las no conocidas, y de baxa estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto; pero no le ha de tener entre la noble. Assi que, (ò señor mio!) ò tu buelve à tu Reyno, ò procura con el recato no dexar engañarte: y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente, y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado. Debaxo de tu amparo me trahes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del Cielo, que ya con mejor estrella parece que va mejorando mi condicion hasta aqui depravada. Yo te agradezco, (ò Clodio!) dixo Arnaldo, el buen consejo que me has dado; pero no confiente, ni permite el Cielo que le reciba. Auristela es buena, Perianthro es su hermano, y yo no quie-

quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es: que para mi qualquiera cosa que dixere ha de ser verdad. Yo la adoro sin disputas, que el abysmo casi infinito de su hermosura lleva tràs sí el de mis deseos, que no pueden parar fino en ella, y por ella he tenido, tengo, y he de tener vida; así que Clodio no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán quan vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, baxó la cabeza, y apartóse de su presencia, con propósito de no fervir mas de consejero, porque el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades. La primera, autoridad; la segunda, prudencia; y la tercera ser llamado. Estas revoluciones, trazas, y maquinias amorosas andaban en el Palacio de Policarpo, y en los pechos de los confusos amantes, Auristela zelosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, y Arnaldo pertinaz. Mauricio haciendo designios de bolver à su Patria contra la voluntad de Transila, que no queria bolver à la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao su esposo no ofaba, ni queria contradecirla: Antonio el Padre moria por verse con sus hijos, y muger en España, y Rutilio en Italia su Patria. Todos deseaban, pero à ninguno se le cumplian sus deseos, condicion de la naturaleza

humana; que puesto que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la qual falta siempre la ha de aver, mientras no dexáremos de desear. Sucedió, pues, que casi de industria dió lugar Sinforosa, à que Periandro se viesse solo con Auristela, deseosa que se diese principio à tratar de su causa, y à la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida, ò muerte. Las primeras palabras que Auristela dixo à Periandro, fueron: Esta nuestra peregrinacion, hermano, y señor mio, tan llena de trabajos, y sobrefaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia, y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diésemos traza de asegurar la vida, fosegandola en una parte: y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aqui se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, fino en verdad, y muger noble, y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, fino de que tu la ruegues, la pidas, y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos: corria muy aprisfa con el discurso de su entendimiento, para hallar adonde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero passando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: Digo, herma-

no,

no, que con este nombre te he de llamar en qualquier estado que tomes, digo que Sinforosa te adore, y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increíbles, y yo digo, que tiene creible hermosura: digo creible, porque es tal, que no ha menester que exageraciones la levanten, ni hyperboles la engrandezcan: y en lo que he echado de ver, es de condicion blanda, de ingenio agudo, y de proceder tan discreto, como honesto. Con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compania. Fuera estamos de nuestra Patria, tu perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte: nuestro camino à Roma, quanto mas le procuramos, mas se dificulta, y alarga: mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores, y peligros me salteasse la muerte, y así pienso acabar la vida en Religion, y querria que tu la acabasses en buen estado. Aqui dió fin Auristela à su razonamiento, y principio à unas lagrimas, que desdecian, y borran todo quanto avia dicho. Sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiéndolos por el lecho, y bolverió la cabeza à la parte contraria, de donde estaba Periandro: el qual viendo estos estremos, y aviendo oido sus palabras, sin ser pode-

roso à otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le añadió la garganta, y se le travó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho: bolverió Auristela la suya, y viendole desmayado, le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lagrimas, que sin que él lo sintiese, hilo à hilo le bañaban las mexillas.

CAPITULO V.

De lo que passò entre el Rey Policarpo, y su hija Sinforosa.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas. Adormecense, ò entorpecense à uno los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño: tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rabano, y à otro he visto levantarse de una mesa de respeto, por ver poner unas aceytunas. Si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas piensan que aciertan à decirla, es decir, que las estrellas tienen cierta antipatia con la complexion de aquel hombre, que le inclina, ò mueve à hacer aquellas acciones, temores, y espantos, viendo las cosas sobredichas, y otras semejantes, que à cada passo vemos. Una de las definiciones del hombre es decir, que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro

G

nin-

ningun animal: y yo digo, que tambien se puede decir, que es animal llorable, animal que llora, y así como por la mucha rifa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar, el poco discurso. Por tres cosas es lícito que llore el varon prudente: la una, por aver pecado: la segunda, por alcanzar perdon de él: la tercera, por estar zeloso: las demás lagrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos, pues, desmayado à Periandro, y ya que no llore de pecador, ni arrepentido, llore de zeloso, que no faltará quien disculpe sus lagrimas, y aún las enjague, como hizo Auristela, la qual con mas artificio, que verdad le puso en aquel estado. Bolvió en fin en sí, y fingiendo passos en la estancia bolvió la cabeza, y vió à sus espaldas à Ricla, y à Constanza, que entraban à ver à Auristela, que lo tuvo à buena suerte; que à dexarle solo, no hallara palabras con que responder à su señora, y así se fue à pensarlas, y à confiderar en los consejos que le avia dado. Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber que auto se avia proveído en la Audiencia de Amor, en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera que entrara à ver à Auristela, y no Ricla, y Constanza; pero estorvòselo llegar un recado de su Padre el Rey, que la mandaba ir à su presencia luego, y sin excusa alguna. Obedecióle: fue à verle, y hallòle retira-

do, y solo. Hizola Policarpo sentar junto à sí, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baxa, como que se recataba de que no le oyessen, la dixo: Hija, puesto que tus pocos años no están obligados à sentir que cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estèn ya sujetos à su jurisdiccion: todavia tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan, y consumen los viejos ancianos. Quando esto oyò Sinforosa, imaginò sin duda, que su Padre sabia sus deseos; pero con todo esso callò, y no quiso interrumpirle, hasta que mas se declarasse, y en tanto que él se declaraba, à ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió, pues, su Padre, diciendo: Despues, ó hija mia, que me faltò tu Madre, me acogí à la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, governeme por tus consejos, y he guardado, como has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad, y recato, tanto por el credito de mi persona, como por guardar la Fè Católica que professo; pero despues que han venido estos nuevos huespedes à nuestra Ciudad, se ha desconcertado el reloj de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caído desde la cumbre de mi presuncion discreta, hasta el abyfmo baxo de no sé que deseos, que si los callo, me matan, y si los digo, me deshonoran. No mas suspension, hija:

no mas silencio, amiga; no mas, y si quieres que mas aya, sea el decirte, que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya escuros, la gallardia de su persona ha alentado la floxedad de la mia. Querria, si fuesse posible, à ti, y à tu hermana daros una Madrastra, que su valor disculpe el darosla. Si tu vienes con mi parecer, no se me dará nada del que dirán, y quanto por esta, si pareciere locura, me quitaren el Reyno, reyne yo en los brazos de Auristela, que no avrá Monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tu se lo digas, y alcances de ella el sí que tanto me importa, que à lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa, y contrapone mi autoridad à mis años, y mi riqueza à los suyos. Bueno es ser Reyna, bueno es mandar, gusto dàn las honras, y no todos los passatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí que me has de traer de esta embaxada que llevas, te mando una mejora en tu fuerte; que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar à desearla mejor. Mira, quatro cosas ha de procurar tener, y sustentar el hombre principal, y son: Buena muger, buena casa, buen cavallo, y buenas armas: las dos primeras, tan obligada està la muger à procurarlas

como el varon, y aún mas, porque no ha de levantar la muger al marido, sino el marido à la muger. Las Magestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casandose, igualan consigo à sus mugeres: así que, sease Auristela quien fuere, que siendo mi esposa, será Reyna, y su hermano Periandro mi cuñado, el qual dandotelo yo por esposo, y honrandole con titulo de mi cuñado, vendràs tu tambien à ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija. Pues como sabes tu, señor, dixo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea quiera serlo conmigo? De que no lo sea, respondió el Rey, me lo dà à entender el verle andar peregrinando por estrañas tierras, cosa que lo estorvan los casamientos grandes: de que lo quiera ser tu yo, me lo certifica, y asegura su discrecion, que es mucha, y caerà en la cuenta de lo que contigo gana: y pues la hermosura de su hermana la hace ser Reyna, no será mucho que la tuya le haga tu esposa. Con estas últimas palabras, y con esta grande promesa paladeó el Rey la esperanza de Sinforosa, y favoreóle el gusto de sus deseos: y así sin ir contra los de su Padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias, de lo que no tenia negociado: solo le dixo, que mirasse lo que hacia en darle por esposo à Periandro; que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, to-

davia sería bueno no arrojarfe, sin que primero la experiencia, y el trato de algunos dias le asegurasse: y diera ella, porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertara à desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida; que las doncellas virtuosas, y principales uno dice la lengua, y otro piensa el corazon. Esto passaron Policarpo, y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion, y platica entre Rutilio, y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida, y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente, que el tonto, y simple, ni sabe murmurar, ni maldecir; y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto, que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto, y de sabor como la sal à los manjares: y por lo menos al maldiciente agudo, si le vituperan, y condenan por perjudicial, no dexan de absolverle, y alabarle por discreto. Este, pues, nuestro murmurador, à quien su lengua desterrò de su Patria en compania de la torpe, y viciosa Rosamunda, aviendo dado igual pena el Rey de Inglaterra à su maliciosa lengua, como à la torpeza de Rosamunda, hallandose solo con Rutilio, le dixo: Mira Rutilio, necio es, y muy necio el que descubriendo un secreto à

otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida, en que lo que le dice no se sepa. Digo yo ahora: ven acá, descubridor de tus pensamientos, y derramador de tus secretos, si à ti con importarte la vida, como dices, los descubres al otro à quien se los dices, que no le importa nada el descubrirlos, como quieres que los cierre, y recoja debaxo de la llave del silencio? Qué mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no decirlo? Todo esto se, Rutilio, y con todo esto me salen à la lengua, y à la boca ciertos pensamientos que rabian, porque los ponga en voz, y los arroje en las plazas, antes que se me pudran en el pecho, ò rebiente con ellos. Ven acá Rutilio, que hace aqui este Arnaldo siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuesse su misma sombra, dexando su Reyno à la discrecion de su Padre viejo, y quizá caduco, perdiendose aqui, anegandose alli, llorando acá, suspirando acullà, lamentandose amargamente de la fortuna, que el mismo se fabrica? Qué diremos de esta Auristela, y de este su hermano, mozos vagamundos, encubridores de su linage, quizá por poner en duda si son, ò no Principales: que el que està ausente de su Patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los Padres que quisiere, y con la discrecion, y artificio parecer en sus costumbres, que

que son hijos del Sol, y de la Luna. No niego yo, que no sea virtud digna de alabanza, mejorarfe cada uno; pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor, y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme, y sólida, se le deben, mas no se le debe à la ficticia, è hypocrita. Quien puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor, y saltador? este Ganymedes, este lindo, este aqui vendido, acullà comprado; este Argos de esta ternera de Auristela, que apenas nos las dexa mirar por bruxula, que ni sabemos, ni hemos podido saber de este par, tan fin par en hermosura, de donde vienen, ni à do van; pero lo que mas me fatiga de ellos, es, que por los once Cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos; y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedages, y mesones. Lo que gastan sale de las alforjas, faquillos, y repuestos llenos de pedazos de oro de los barbaros Ricla, y Constanza. Bien veo que aquella Cruz de diamantes, y aquellas dos perlas que trahe Auristela, valen un gran thesoro, pero no son prendas que se cambian, ni truecan por menudo: pues pensar que siempre han de hallar Reyes que los hospeden, y Principes que los favorezcan, es hablar en lo

excusado. Pues que diremos, Rutilio, ahora de la fantasia de Tranfila, y de la Astrologia de su Padre, ella que rebienta de valiente, y el que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostarè, que Ladislao, su esposo de Tranfila, tomara ahora estar en su Patria, en su casa, y en su reposo, aunque passara por el estatus, y condicion de los de su tierra, y no verfe en la agena à la discrecion del que quisiere darles lo que han menester: y este nuestro barbaro Español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentia del Orbe: yo pondrè, que si el Cielo le lleva à su Patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando à su muger, y à sus hijos embueltos en sus pellejos, pintando la Isla barbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quinze años, la mazmorra de los prisioneros, y la esperanza inutil, y ridicula de los barbaros, y el incendio no pensado de la Isla, bien así como hacen los que libres de la esclavitud Turquesca con las cadenas al hombro aviendolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con laltimeras voces, y de humildes plegarias en tierra de Christianos: pero esto passe, que aunque parezca que cuentan impossibles, à mayores peligros està sujeta la condicion humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden

den ser crederos. Adonde vâs à parar, ò Clodio, dixo Rutilio? Voy à parar, respondió Clodio en decir de ti, que mal podrás usar tu oficio en estas Regiones, donde sus moradores no danzan, ni tienen otros passatiempos, sino los que les ofrece Baco en sus razas risueño, y en sus bebidas lascivo. Pararé tambien en mi, que aviendo escapado de la muerte por la benignidad del Cielo, y por la cortesía de Arnaldo, ni al Cielo doy gracias, ni à Arnaldo tampoco; antes querria procurar, que aunque fuesse à costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura. Entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos, y los pobres no puede aver amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza, y la pobreza. Filosofo estâs, Clodio, replicò Rutilio; pero yo no puedo imaginar que medio podemos tomar para mejorar, como dices, nuestra fuerte, si ella comenzò à no ser buena desde nuestro nacimiento. Yo no soy tan Letrado como tu; pero bien alcanzo, que los que nacen de Padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el Cielo, ellos por si solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les dà la mano; pero à ti quien te la ha de dar, si la ma-

yor que tienes, es decir mal de la misma virtud? Y à mi, quien me ha de levantar, pues quando mas lo procure, no podrá subir mas de lo que se alza una cabriola: yo danzador, tu murmurador; yo condenado à la horca en mi Patria, tu desterrado de la tuya por maldiciente: mira que bien podremos esperar que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension diò fin à este capitulo el Autor de esta grande historia.

CAPITULO VI.

Declara Sinforosa à Auristela los amores de su Padre.

Todos tenían con quien comunicar sus pensamientos, Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio, solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tantos las razones de Auristela, que no sabia à qual acudir, que le aliviassse su pesadumbre. Valgame Dios, que es esto (decia entre si mismo) ha perdido el juicio Auristela? Ella mi Casamentera! Como es posible que ayà dado al olvido nuestros conciertos? Qué tengo yo que ver con Sinforosa? Qué Reynos, ni qué riquezas me pueden à mi obligar à que dexé à mi hermana Sigismunda, sino es dexando de ser yo Perfíles?

En

En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y mirò à todas partes à ver si alguno le escuchaba, y assegurandose que no, profiguiò, diciendo: Sin duda Auristela està zelosa, que los zelos se engendran entre los que bien se quieren, del ayre que passa, del Sol que toca, y aun de la tierra que pisa. O Señora mia, mira lo que haces, no hagas agravio à tu valor ni à tu belleza, ni me quites à mi la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad, y firmeza me vâ labrando una inestimable corona de verdadero amante. Hermosa, rica, y bien nacida es Sinforosa, pero en tu comparacion es fea, es pobre, y de linage humilde. Confidera, señora, que el amor nace, y se engendra en nuestros pechos, ò por leccion, ò por destino: el que por destino siempre està en su punto: el que por eleccion puede crecer, ò menguar, segun pueden menguar, ò crecer las causas que nos obligan, y mueven à quererlos: y siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene terminos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir, que desde las mantillas, y faxas de mi niñez te quise bien, y aqui pongo yo la razon del destino. Con la edad, y con el uso de la razon fue creciendo en mi el conocimiento, y fueron creciendo en ti las partes que te hicieron

amable: vilas, contemplélas, conocilas, gravelas en mi alma, y de la tuya, y la mia hice un compuesto tan uno, y tan solo, que estoy por decir, que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirlle: dexa, pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me combides con Imperios, ni Monarquias, ni dexes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano, con que me llamas. Todo esto que estoy diciendo entre mi, quisiera decírtelo à ti por los mismos terminos, con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran ayrados, ha de turbar mi vista, y enmudecer mi lengua: mejor será escribirte-lo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fé confirmada, y un deseo loable, y digno de ser creído, y así determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciendole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma, que en la lengua. Dexemos escribiendo à Periandro, y vamos à oír lo que dice Sinforosa à Auristela: la qual Sinforosa, con deseo de saber lo que Periandro avia respondido à Auristela procurò verse con ella à solas, y darle de camino noticia de la intencion de su Padre, cre-

G 4 yendo

yendo que apenas se le avria declarado, quando alcanzasse el fin de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas, ni los señorios especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son altivas, y sobervias. Quando Auristela vió à Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenia que responderle, por no aver visto mas à Periandro; pero Sinforosa, antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su Padre, imaginandose, que con aquellas nuevas que Auristela llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y así le dixo: Sin duda alguna, bellissima Auristela, que los Cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre ti venturas, y mas venturas. Mi Padre el Rey te adora, y conmigo te embia à decir, que quiere ser tu esposo, y en albricias del fin que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido à Periandro por esposo. Ya, señora, eres Reyna, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran; y si tus gustos en las canas de mi Padre no te sobrasen, sobrate han en los de el mundo, y en los de los vassallos, que estarán continuo atentos à tu servicio. Mucho te he dicho, amiga, y señora mia, y mucho has de hacer por mí, que de un gran valor no se pue-

de esperar menos que un grande agradecimiento: Comience en nosotras à verse en el mundo dos cuñadas, que se quieren bien, y dos amigas, que sin doblez se amen, que si verán si tu discrecion no se olvida de si misma: y dime ahora, que es lo que respondiò tu hermano à lo que de mi le dixiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple seña el que no recibiesse tus consejos como de un Oraculo. A lo que respondiò Auristela: Mi hermano Periandro es agradecido como principal Cavallero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho, y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres. Mis trabajos, y los de mi hermano nos van leyendo, en quanto debemos estimar el fosiago: y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino, que le avremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondiò nada Periandro, ni se de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza, ni desmayarla. Dà (ò bella Sinforosa!) algun tiempo al tiempo, y dexanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra, sepamos estimarlas. Las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el castigamiento es una de estas acciones: y así es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que

los terminos de esta consideracion los doy por passados, y hallo que tu alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas, y consejos: y vete hermana, y haz llamar de mi parte à Periandro, que quiero saber de él alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, à quien debo tener respecto, y obediencia. Abrazòla Sinforosa, y dexòla por hacer venir à Periandro à que le viesse: el qual en este tiempo encerrado, y solo avia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borrò, y tornò à escribir, quitò, y añadió, en fin salió con uno, que se dice, decia de esta manera.

No he osado fiar de mi lengua, lo que de mi pluma, ni aun de ella fio algo, pues no puedo escribir cosa que sea de momento, el que por instantes està esperando la muerte. Ahora vengo à conocer, que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos: aquellos si que tienen experiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdoname, que no admito el tuyo, por parecerme, ò que no me conoces; ò que te has olvidado de ti misma. Buelve, señora, en ti, y no te haga una vana presuncion zelosa salir de los límites de la gravedad, y peso de tu raro entendimiento. Considera quien eres, y no se te olvide de quien yo soy, y verás en ti el termino del valor que puede desear-

se, y en mi el amor, y la firmeza que puede imaginarse: y firmandote en esta consideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines que à tu comparable virtud, y belleza otra alguna se anteponga. Sigamos nuestro viage, cumplamos nuestro voto, y quedense aparte zelos infructuosos, y mal nacidas sospechas. La partida de esta tierra solicitarè con toda diligencia, y brevedad, porque me parece, que en salir de ella, saldè del infierno de mi tormento à la gloria de verte sin zelos. Esto fue lo que escribiò Periandro, y lo que dexò en limpio, al cabo de aver hecho seis borradores, y doblando el papel se fue à ver à Auristela, de cuya parte ya le avian llamado.

CAPITULO VII.

Dividido en dos partes.

Rutilio enamorado de Policarpa, y Clodio de Auristela, las escriven, declarandolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento, y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.

Rutilio, y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca verguenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa, y el otro de Auristela. A

Rutilio le contentò mucho la voz, y el donayre de Policarpa, y à Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion como descubrir sus pensamientos, sin que les viniesse mal por declararlos: que es bien que tema un hombre baxo, y humilde, que se atreve à decir à una muger principal, lo que no avia de atreverse à pensarlo siquiera; pero tal vez acontece, que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, dà motivo à que un hombre humilde, y baxo ponga en ella los ojos, y le declare sus pensamientos. Ha de ser annexo à la muger principal el ser grave, el ser compuesta, y recatada, sin que por esto sea soberbia, defabrida, y descuydada. Tanto ha de parecer mas humilde, y mas grave una muger, quanto es mas señora. Pero en estos dos Cavalleros, y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas, y poca gravedad de sus señoras; pero nazcan de do nacieren. Rutilio, en fin, escribió un papel à Policarpa, y Clodio à Auristela, del tenor que se sigue.

Rutilio à Policarpa.

Señora, yo soy estrangero, aunque te diga grandeza de mi linage, como no tengo testigos que las confirmen, quizá no ha-

llaràn credito en tu pecho; aunque para confirmacion de que soy Ilustre en linage, basta que he tenido atrevimiento de decirte, que te adoro. Mira que pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que à ti estará el pedir las, y à mi el hacerlas: y pues te quiero para esposa, imagina, que deseo, como quien soy, y que merezco, como deseo, que de altos espíritus es, aspirar à las cosas altas. Dame, siquiera, con los ojos respuesta de este papel, que en la blandura, ò rigor de tu vista verè la sentencia de mi muerte, ò de mi vida. Cerrò el papel Rutilio con intencion de darle à Policarpa, arrimandose al parecer de los que dicen: Díselo tu una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento. Mostròselo primero à Clodio, y Clodio le mostrò à él, otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue.

Clodio à Auristela.

UNos entran en la red amorosa con el cevo de la hermosura, otros con los del donayre, y gentileza, otros con los del valor que se consideran en la persona, à quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta à su yugo, mi cerviz à su coyunda, mi voluntad à sus fuegos, y mis pies à sus grillos, que

ha

ha sido por la de la lastima: que qual es el corazon de piedra, que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida, y comprada, y en tan estrechos passos puesta, que has llegado al ultimo de la vida por momentos? El hierro, y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida, y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mejillas: y finalmente, el agua te ha forbido, y vomitado, y estos trabajos no se con que fuerzas los llevas, que no te las pueden dar las pocas de un Rey vagamundo, y que te sigue por solo el interès de gozarte: ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te pueden alentar en tus miserias. No fies, señora, de promesas remotas, arrimate à las esperanzas propinquas, y escoge un modo de vida, que te asegure la que el Cielo quisiere darte. Mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los mas ultimos rincones de la tierra: yo darè traza como sacarte de esta, y librar te de las importunaciones de Arnaldo, y sacandote de este Egipto, te llevarè à la tierra de promission, que es España, ò Francia, ò Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce, y amada Patria mia: y sobre todo, me ofrezco à ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.

Aviendo oído Rutilio el papel de Clodio, dixo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir, que podemos subir al Cielo sin alas, pues las que nos dà nuestra pretension, son las de la hormiga. Mira, Clodio, yo soy de parecer, que rasguèmos estos papeles, pues no nos ha forzado à escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa, y valida voluntad: porque el amor, ni nace, ni puede crecer, sino es al arrimo de la esperanza, y faltando ella, falta el de todo punto: pues por que queremos aventurarnos à perder, y no à ganar en esta empresa, que el declararla, y el ver à nuestras gargantas arrimado el cordel, ò el cuchillo, ha de ser todo uno? demàs, que por mostrarnos enamorados, avremos de parecer, sobre desagracedidos, traydores. Tu no ves la distancia que hay de un Maestro de danzar, que enmendò su oficio con aprender el de Platero, à una hija de un Rey? Y la que hay de un deserrado murmurador, à la que desecha, y menosprecia Reynos? Mordamos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento à do ha llegado vuestra necedad: à lo menos este mi papel se darà primero al fuego, ò al viento, que à Policarpa. Haz tu lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le de à Auristela, le pienso guardar por honra de mi

in-

ingenio, aunque temo, que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de aver tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña. Estas razones passaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos, y necios de veras. Llegóse, en fin, el punto de hablar à solas Periandro con Auristela, y entrò à verla con intencion de darle el papel que avia escrito; pero assi como la viò, olvidandose de todos los discursos, y disculpas que llevaba prevenidas, le dixo: Señora, mirame bien, que yo soy Periandro, que fui el que fue Perfiles, y soy el que tu quieres que sea Periandro. El ruido con que están atadas nuestras voluntades, nadie le puede defatar fino la muerte; y siendo esto assi, de que te sirve darme consejos tan contrarios à esta verdad? Por todos los Cielos, y por ti misma mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas à Sinforosa, ni imagines que su belleza, ni sus thesoros han de ser parte à que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, assi del cuerpo, como del alma. Esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofreci la vez primera que mis ojos le vieron, porque no hay clausula que añadir à la obligacion en que quedè de servirte, el punto que en

mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procurarè la salida de esta tierra, y dispondrè, lo mejor que pudiere, nuestro viage; que aunque Roma es el Cielo de la tierra, no està puesta en el Cielo, y no avrà trabajos, ni peligros que nos nieguen del todo el llegar à ella, puesto que los aya para dilatar el camino. Tente al tronco, y à las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de aver en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estava mirando Auristela con ojos tiernos, y con lagrimas de zelos, y compasion nacidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, diò lugar à la verdad, que en ellas venia encerrada, y respondiòle seis, ò ocho palabras, que fueron: Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo: confiada te pido, que con brevedad salgamos de esta tierra, que en otra quizá convalecerè de la enfermedad zelosa, que en este lecho me tiene. Si yo huviera dado, señora, respondiò Periandro, alguna ocasion à tu enfermedad, llevara en paciencia tus quejas, y en mis disculpas hallaras tu el remedio de tus lastimas; pero como no te he ofendido, no tengo de que disculparme. Por quien eres, te suplico, que alegres los corazones de los que te

conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para que nos mates con ella. Pondrè en efecto lo que me mandas, saldremos de esta tierra con la brevedad posible. Sabes quanto te importa, Periandro, respondiò Auristela, pues has de saber que me van lisonjeando promesas, y apretando dadas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este Reyno. Policarpo el Rey, quiere ser mi esposo, hamelo embiado à decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mi, siendo su Madrastra, quiere que seas su esposo. Si esto puede ser, tu lo sabes, y si estamos en peligro, confideralo, y conforme à esto, aconsejate con tu discrecion, y busca el remedio que nuestra necesidad pide: y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado à ofenderte; pero estos yerros facilmente los perdona el amor. De èl se dice, replicò Periandro, que no puede estar sin zelos, los quales, quando de debiles, y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, si rviendo de espuelas à la voluntad, que de puro confiada se entibia, ò à lo menos parece que se desmaya: y por lo que debes à tu buen entendimiento, te ruego, que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede aver en el mundo tales como los tu-

vos, fino con voluntad mas llana, y menos puntuosa, no levantando algun descuydo mio mas pequeño que un grano de mostaza à ser monte, que llegue à los Cielos, llegando à los zelos: y en lo demàs con tu buen juicio entretèn al Rey, y à Sinforosa, que no la ofenderàs, en fingir palabras que se encaminan à conseguir buenos deseos: y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga platica. Con esto la dexò Periandro, y al salir de la estancia encontró con Clodio, y Rutilio: Rutilio acabando de romper el papel que avia escrito à Policarpo, y Clodio doblando el suyo, para ponerfelo en el seno. Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad, y ufano de su atrevimiento; pero andarà el tiempo, y llegarà el punto, donde diera el por no averle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

SEGUNDA PARTE del Capitulo septimo.

De lo que passò entre Sinforosa, y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la Isla.

ANdaba el Rey Policarpo atorozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso ade-

más de haber la resolución de Auristela, tan confiado, y tan seguro, que avia de corresponder à lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aún hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio; pero entre todos estos disignios no tomaba el pulso à su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años à setenta, y quando fueran sesenta, es tambien grande la distancia. Así halagan, y lisonjean los lascivos deseos las voluntades: así engañan los gustos imaginados à los grandes entendimientos: así tiran, y llevan tras sí las blandas imaginaciones à los que no se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural; que quien mucho desea, mucho teme, y las cosas que podian poner alas à su esperanza, como eran su valor, su linage, y hermosura, essas mismas se las cortaban, por ser proprio de los amantes rendidos, pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren. Andan el amor, y el temor tan apareados, que à do quierà que bolvais la cara, los vereis juntos: y no es sobervio el amor, como algunos dicen; sino humilde, agradable, y manso; y tanto, que suele per-

der de su derecho, por no dar à quien bien quiere pesadumbre: y mas que como todo amante tiene en sumo precio, y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla. Todo esto con mejores discursos que su Padre, consideraba la bella Sinforosa, y entre temor, y esperanza puesta, fue à ver à Auristela, y à haber de ella lo que esperaba, y temia. En fin, se viò Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas deseaba, y era tanto el deseo que tenia de haber las nuevas de su buena, ò mala andanza, que así como entrò à verla, sin que la hablasse palabra, se la puso à mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida, ò muerte. Entendiòla Auristela, y à media risa (quiere decir con muestras alegres) le dixo: Llegaos, señora, que à la raíz del arbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar: bien es verdad, que vuestro bien, y el mio se han de dilatar algun tanto; pero en fin llegaràn, porque aunque hay inconvenientes, que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por esso ha de tener la desesperación fuerzas para no esperarle. Mi hermano dice, que el conocimiento que tiene de tu valor, y hermosura, no solamente le obliga, pero que le fuerza à quererte, y tiene à bien, y à

mer-

merced particular la que le haces en querer ser suya; pero antes que venga à tan dichosa posesion, ha menester defraudar las esperanzas que el Principe Arnaldo tiene, de que yo he de ser su esposa: y sin duda lo fuera yo, si el serlo tu de mi hermano no lo estorvára: que has de saber, hermana mia, que así puedo yo vivir sin Periandro, como puede vivir un cuerpo sin alma: allí tengo de vivir donde él viviere: él es el espíritu que me mueve, y el alma que me anima: y siendo esto así, y él se casa en esta tierra contigo, como podrè yo vivir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para excusar este desmán, que me amenaza, ordena que nos vamos con él à su Reyno, desde el qual le pediremos licencia para ir à Roma à cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacò de nuestra tierra: y està claro (como la experiencia me lo ha mostrado) que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos, pues, en nuestra libertad, facil cosa serà dar la buelta à esta Isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casandome con tu Padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa: No sé, hermana, con que palabras podrè encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho: y así la dexaré en su punto, porque no sé como explicarlo; pero

esto que ahora decirte quiero, recíbelo antes por advertimiento, que por consejo. Ahora estás en esta tierra, y en poder de mi Padre, que te podrá, y querrà defender de todo el mundo, y no serà bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu posesion. No le ha de ser posible à Arnaldo llevaros por fuerza à ti, y à tu hermano, y hale de ser forzoso, si no querer, à lo menos consentir lo que mi Padre quisiere, que le tiene en su Reyno, y en su casa. Asegurame tu, ò hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi Padre, y que tu hermano no se ha de desdenar de ser mi señor, y esposo, que yo te darè llanas todas las dificultades, è inconvenientes, que para llegar à este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: Los Varones prudentes, por los casos passados, y por los presentes, juzgan los que están por venir. A hacernos fuerza publica, ò secreta tu Padre en nuestra detencion, ha de irritar, y despertar la colera de Arnaldo, que en fin es Rey poderoso, à lo menos lo es mas que tu Padre: y los Reyes burlados, y engañados facilmente se acomodan à vengarse: y así, en lugar de aver recibido con nuestro parentesco gusto, recibiríades daño, trayendoos la guerra à vuestras mismas casas. Y si dixeres, que este temor se ha de

tener siempre, hora nos quedemos aquí, hora bolvamos despues, considerando, que nunca los Cielos aprietan tanto los males, que no dexen alguna luz con que se descubra la de su remedio: soy de parecer, que nos vamos con Arnaldo, y que tu misma, con tu discrecion, y aviso solicites nuestra partida, que en esto solicitaràs, y abreviaràs nuestra buelta: y aquí, si no en Reynos tan grandes como los de Arnaldo, à lo menos en paz mas segura gozarè yo de la prudencia de tu Padre, y tu de la gentileza, y bondad de mi hermano, sin que se dividan, y aparten nuestras almas. Oyendo las quales razones Sinforosa, loca de contento se abalanzò à Auristela, y le echò los brazos al cuello, mediendole la boca, y los ojos con sus hermosos labios. En esto vieron entrar por la sala à los dos, al parecer barbaros, Padre, è hijo, y à Riela, y Constanza: y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao, y Tranfila, deseosos de ver, y hablar à Auristela, y saber en que punto estaba su enfermedad, que los tenia à ellos sin salud. Despidiòse Sinforosa mas alegre, y mas engañada que quando avia entrado: que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto. El anciano Mauricio, despues de aver passado con Auristela las ordinarias preguntas, y respuestas

que suelen passar entre los enfermos, y los que los visitan, dixo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados, ò ausentes de su Patria, donde no dexaron sino los terrones, que los sustentaban, què sentiràn los ausentes, que dexaron en su tierra los bienes, que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad que con presurosos pasos me va acercando al ultimo fin, me hace desear verme en mi Patria, adonde mis amigos, mis parientes, y mis hijos me cierran los ojos, y me den el ultimo vale. Este bien, y merced conseguiremos todos quantos aqui estamos, pues todos somos extranjeros, y ausentes, y todos, à lo que creo, tenemos en nuestras Patrias lo que no hallarèmos en las ajenas. Si tu, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ò à lo menos, teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no serà posible el dexarte, porque tu generosa condicion, y rara hermosura, acompañada de la discrecion, que admira, es la piedra imàn de nuestras voluntades. A lo menos, dixo à esta fazon Antonio el Padre, de la mia, y de las de mi muger, è hijos lo es de suerte, que primero dexarè la vida, que dexar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdèña de la nuestra. Yo os agradezco,

dezco, señores, respondiò Auristela, el deseo que me aveis mostrado; y aunque no està en mi mano corresponder à èl como debia, todavia harè que le pongan en efecto el Principe Arnaldo, y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, à impedirle. En tanto, pues, que llega el felice dia, y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no deis lugar que reyne en ellos la melancolia, ni penseis en peligros venideros, que pues el Cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará à nuestras dulces Patrias; que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia. Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubriò su corazon piadoso, y su discrecion admirable. Entrò en este instante el Rey Policarpo alegre sobre manera, porque ya avia sabido de Sinforosa su hija las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos, y lascivos deseos: que los impetus amorosos que suelen parecer en los ancianos, se cubren, y disfrazan con la capa de la hypocresia, que no hay hypocrita, si no es conocido por tal, que dañe à nadie, sino à si mismo: y los viejos con la sombra del matrimonio dissimulan sus depravados apetitos. Entraron con el Rey Arnaldo, y Periandro, y dandole

el parabien à Auristela de la mejoría, mandò el Rey, que aquella noche, en señal de la merced que del Cielo todos en la mejoría de Auristela avian recibido, se hiciesen luminarias en la Ciudad, y fiestas, y regocijos ocho dias continuos. Periandro lo agradeciò como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijabase Policarpo allà entre si mismo, en considerar quan suavemente se iba engañando Arnaldo: el qual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los disignios de Policarpo, buscaba modos de salir de su Ciudad, pues tanto quanto mas se dilatava su partida, tanto mas, à su parecer, se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien deseoso de volver à su Patria, acudiò à su ciencia, y hallò en ella, que grandes dificultades avian de impedir su partida: comunicòlas con Arnaldo, y Periandro, que ya avian sabido los intentos de Sinforosa, y Policarpo, que les puso en mucho cuydado, por saber cierto, quando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, fuele romper por qualquiera dificultad, y hasta llegar al fin de ellos, no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones: y assi no avia para que fiarse en las pocas, ò ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion, queda-

ron los tres de acuerdo, que Mauricio buscasse un baxel, de muchos de los que en el Puerto estaban, que los llevasse à Inglaterra secretamente: que para embarcarse no faltaria modo conveniente: y que en este entretanto no mostrasse ninguno señales, de que tenían noticia de los disignios de Policarpo. Todo esto se comunicò con Auristela, la qual aprobò su parecer, y entrò en nuevos cuydados de mirar por su salud, y por la de todos.

CAPITULO VIII.

*Dà Clodio el papel à Auristela,
Antonio el barbaro le mata
por yerro.*

Dice la historia, que llegó à tanto la insolencia, ò por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergüenza papel, que le avia escrito, engañada con que la dixo, que eran unos versos devotos, dignos de ser leídos, y estimados. Abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no diò lugar al enojo, para dexarle leer hasta el cabo: leyòle en fin, y bolviendole a cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas veces solia, sino centellas

de rabioso fuego, le dixo: Quitateme de delante, hombre maldito, y desvergüenza; que si la culpa de este tu atrevido disparate entendiera que avia nacido de algun descuydo mio, que menoscabara mi credito, y mi honra, en mi misma castigara tu atrevimiento, el qual no ha de quedar sin castigo; si ya entre tu locura, y mi paciencia no se pone el tenerte lastima: quedò atonito Clodio, y diera el por no averse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho. Rodearonle luego al alma mil temores, y no se daba mas termino de vida, que lo que tardassen en saber su bellaqueria Arnaldo, ò Periandro: y sin replicar palabra baxò los ojos, bolviò las espaldas, y dexò sola à Auristela, cuya imaginacion ocupò un temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado avia de dar en traydor, aprovechandose de los intentos de Policarpo, si acaso à su noticia viniesse: y determinò darla de aquel caso à Periandro, y à Arnaldo. Sucedió en este tiempo, que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entrò à deshora una muger en el, de hasta quarenta años de edad, que con el brio, y donayre debia de encubrir otros diez, vestida, no al uso de aquella tierra, sino al de España: y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que avia visto en

los

los de la barbara Isla, donde se avia criado, y nacido, bien conociò ser estrangera de aquella tierra. Levantòse Antonio à recibirla cortesmente, porque no era tan barbaro, que no fuesse bien criado. Sentaronse, y la Dama (si en tantos años de edad es justo se le de este nombre) despues de aver estado atenta, mirando el rostro de Antonio, dixo: Parecerete ha novedad (ò mancebo!) esta mi venida à verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mugeres, aviendote criado, segun he sabido, en la Isla barbara, y no entre barbaros, sino entre riscos, y peñas: de las quales, si como facaste la belleza, y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho. No te desvies, fosiégate, y no te alborotes, que no està hablando contigo algun monstruo, ni persona que quiera decirte, ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana. Mira que te hablo español, que es la lengua que tu sabes, cuya conformidad fuele engendrar amistad entre los que no se conocen. Mi nombre es Zenòtia, soy natural de España, nacida, y criada en Alhama, Ciudad del Reyno de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aún entre otros muchos; porque mi habilidad no consiente que mi nombre

se encubra, haciendome conocidas mis obras. Salí de mi Patria avrà quatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel Reyno tienen del Catholico rebaño: mi estirpe es Agarèna, mis exercicios los de Zoroaites, y en ellos soy unica. Ves este Sol, que nos alumbra? Pues si para señal de lo que puesto, quieres que le quite los rayos, y le assombre con nubes, pidemelo, que harè que à esta claridad suceda en un punto obscura noche; ò ya si quieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ò otras espantosas señales, que nos representen la confusion del caos primero, pidelo, que tu quedaràs satisfecho, y yo acreditada. Has de saber asimismo, que en aquella Ciudad de Alhama siempre ha avido alguna muger de mi nombre, la qual con el apellido de Zenòtia hereda esta ciencia; que no nos enseña à ser hechizeras, como algunos nos llaman, sino à ser encantadoras, y magas, nombres que nos vienen mas al proprio. Las que son hechizeras, nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: exercitan sus burlerías con cosas, al parecer, de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecientes, ò menguantes de Luna. Usan de ca-

H 2

rac-

raçterès, que no entienden; y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya, que el demonio las engañe; pero nosotras, las que tenemos nombre de magas, y de encantadoras, somos gente de mayor quantia: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los Cielos, sabemos la virtud de las hierbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y juntando lo activo à lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos à hacer cosas tan estu- pendas, que causan admiracion à las gentes, de donde nace nuestra buena, ò mala fama: buena, si hacemos bien con nuestra habilidad: mala, si hacemos mal con ella; pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal, que al bien, no podemos tener tan à raya los deseos, que no se deslicen à procurar el mal ageno; que quien quitarà al ayrado, y ofendido que no se vengue? Quien al ante desdèñado, que no quiera, si puede, reducir à ser querido del que le aborrece? Puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto, es ir contra el libre alvedrio, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud de hierbas que lo alcancen. A todo esto que la Española Zenòtia decia, la estaba mirando Antonio, con deseo grande

de saber que suma tendria tan larga cuenta; pero la Zenòtia profiguiò, diciendo: Digote en fin, barbaro discreto, que la perfeccion de los que llaman Inquisidores en España, me arrancò de mi Patria: que quando se sale por fuerza de ella, antes se puede llamar arrancada, que salida. Vine à esta Isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, bolviendo la cabeza atràs, pensando que me mordian las faldas los perros, que àun hasta aqui temo. Dime presto à conocer al Rey antecessor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dexè maravillado al Pueblo: procurè hacer vendible mi ciencia, tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro: y estando atenta à esta ganancia, he vivido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procuràra, si mi buena, ò mi mala fortuna no te huvieran trahido à esta tierra, que en tu mano està darme la fuerte que quisieres: si te parezco fea, yo harè de modo que me juzgues por hermosa, si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia, y los fenos, y comienza desde luego à contar quantos dineros acertàres à desear. Para tu servicio sacarè las perlas que encubren las conchas del mar: rendirè, y traerè à

tus manos las aves, que rompen el ayre: harè que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra: harè que brote del abyfimo lo mas precioso que en èl se encierra: harète invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra. En fin enmendarè tu suerte de manera, que seas siempre embidia- do, y no embidioso: y en cambio de estos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava, no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa, y como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea, vivire contenta. Comienza, pues, ò generoso mancebo, à mostrarte prudente, mostrandote agradecido. Mostrarte has prudente, si antes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras, y en señal de que así lo haràs, alegrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dandome à tocar tu valerosa mano: y diciendo esto se levantò para ir à abrazarle. Antonio viendo lo qual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso à defenderle: y levantandose, fue à tomar su arco, que siempre, ò le trahia consigo, ò le tenia junto à sí, y poniendo en èl una flecha, hasta veinte passos desviado de la Ze-

nòtia le encarò la flecha. No le contentò mucho à la enamorada Dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desviò el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto à la garganta (en esto mas barbaro Antonio de lo que parecia en su traje) pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque à este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirviò de blanco, y le pasó la boca, y la lengua, y le dexò la vida en perpetuo silencio: castigo merecido à sus muchas culpas. Bolviò la Zenòtia la cabeza, viò el mortal golpe que avia hecho la flecha, temiò la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion, y de miedo, tropezando aqui, y cayendo alli, saliò del aposento, con intencion de vengarse del cruel, y desamorado mozo.

CAPITULO IX.

De la enfermedad que sobrevino à Antonio el mozo.

NO le quedò sabrosa la mano à Antonio del golpe que avia hecho; que aunque acertò errando, como no sabia las culpas de Clodio, y avia visto la de la Zenòtia, quisiera aver sido mejor certero. Llegòse à Clodio, por ver si le quedaban algunas re-

liquias de vida, y vió que todas se las avia llevado la muerte. Cayó en la cuenta de su yerro, y tuvose verdaderamente por barbaro. Entró en esto su Padre, y viendo la sangre, y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe avia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntósele, y respondióle, que si quiso saber la causa, y tambien se la dixo. Admiróse el Padre, y lleno de imaginacion, le dixo: Ven acá, barbaro, si á los que te aman, y te quieren procuras quitar la vida, que harás á los que te aborrecen? Si tanto presumes de casto, y honesto, defiende tu castidad, y honestidad con el sufrimiento: que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huír de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo Hebreo, que dexó la capa en manos de la lasciva señora, que le solicitaba: dexaras tu, ignorante, essa tosca piel, que trahestes vestida, y esse arco, con que presumies vencer á la misma valentia, no le armaras contra la blandura de una muger rendida, que quando lo está, rompe por qualquier inconveniente que á su deseo se oponga. Si con esta condicion passas adelante en el discurso de tu vida, por barbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo, que ofendas á Dios en ningun modo,

sino que reprehendas, y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos: y aparejate para mas de una batalla, que la verdura de tus años, y el gallardo brio de tu persona, con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos, te alcanzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su Padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso, como arrepentido. Y lo que le respondió, fue: No mires, señor, lo que hice, y pesame de averlo hecho: procuraré enmendarme de aqui adelante, de modo, que no parezca barbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dese orden de enterrar á Clodio, y de hacerle la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto avia volado por el Palacio la muerte de Clodio, pero no la causa de ella, porque la encubrió la enamorada Zenotia, diciendo solo, que sin saber porque, el barbaro mozo le avia muerto. Llegó esta nueva á los oídos de Auristela, que aún se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrarle á Periandro, ó á Arnaldo, para que castigassen su atrevimiento; pero viendo que el Cielo avia tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudente, como Christia-

na: y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniendose por ofendido de que nadie en su casa vengasse sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitiósele al Principe Arnaldo, el qual á ruego de Auristela, y al de Transila, perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le avia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por barbaro. Pasó el rumor del caso, enterraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara genero de venganza alguna, así como albergaba en el de la Zenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando como vengarse del cruel flechero: el qual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los Medicos dixeron, que se le acababa la vida, sin conocer de que enfermedad. Lloraba Riela su Madre, y su Padre Antonio tenia de dolor el corazon consumido: no se podia alegrar Auristela; ni Mauricio, Ladislao, y Transila, que sentian la misma pesadumbre: viendo lo qual Policarpo, acudió á su consejera Zenotia, y le rogó procurasse algun remedio á la enfermedad de Antonio, la qual por no conocerla los Medicos, ellos no sabian hallarle. Ella le dió buenas

esperanzas, asegurandole, que de aquella enfermedad no moriria; pero que convenia dilatar algun tanto la cura: creyóla Policarpo, como si se lo dixera un Oraculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforosa, viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon, que puesto que deseaba que se partiese, pues no podia bolver si no se partia, tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazón, y coyuntura, donde Policarpo, y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro, y Auristela, Mauricio, Ladislao, Transila, y Rutilio, que despues que escribió el villete á Policarpo, aunque le avia roto, de arrepentido andaba triste, y pensativo, bien así como el culpado, que piensa que quantos le miran, son sabidores de su culpa. Digo, que la compañía de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, á quien todos fueron á visitar á pedimiento de Auristela, que así á él, como á sus Padres los estimaba, y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo barbaro le avia hecho, quando los sacó del fuego de la Isla, y la llevó al ferrallo de su Padre: y mas, que como en las comunes aventuras se reconcilian los animos, y se traban las amistades, por aver sido tantas las que en compañía de Riela, y de Constanza,

y de los dos Antonios avia pasado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccion, y destino los amaba. Estando, pues, juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogò encarecidamente à Periandro, les contasse algunos successos de su vida: especialmente se holgaria de saber de donde venia la primera vez que llegó à aquella Isla, quando ganó los premios de todos los juegos, y fiestas que aquel dia se hicieron en memoria de aver sido el de la eleccion de su Padre. A lo que Periandro respondió, que si haria, si se le permitiessse comenzar el cuento de su historia, y no del mismo principio, porque este no le podia decir, ni descubrir à nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana. Todos le dixeron, que hiciessse su gusto, que de qualquier cosa que él dixessse, le recibirian, y el que mas contento sintió fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dixessse, algo que descubriessse quien era. Con este salvoconducto Periandro dixo de esta manera.

CAPITULO X.

Cuenta Periandro el successo de su viage.

EL principio, y preambulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea este, que nos contempleis

à mi hermana, y à mi con una anciana ama fuya embarcados en una nave, cuyo dueño en lugar de parecer mercader, era un gran cofario. Las riberas de una Isla barriamos, quiero decir, que ibamos tan cerca de ella, que distintamente conociamos, no solamente los arboles, pero sus diferencias. Mi hermana cansada de aver andado algunos dias por el mar, deseò salir à recrearse à la tierra, pidióselo al Capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el Capitan en el de su ruego: y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echò en tierra à mi, y à mi hermana, y à Cloèlia, que este era el nombre de su ama. Al tomar tierra viò el marinero, que un pequeño rio por una pequeña boca entraba à dar al mar su tributo. Hacianle sombra por una, y otra ribera gran cantidad de verdes, y hojosos arboles, à quien servian de christalinos espejos sus transparentes aguas. Rogamosle se entrasse por el rio, pues la amenidad del sitio nos combidaba. Hizolo así, y comenzó à subir por el rio arriba, y aviendo perdido de vista la nave, foltando los remos, se detuvo, y dixo: Mirad señores del modo que aveis de hacer este viage, y haced cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es nuestro navio, porque no aveis de bolver mas al que en la mar os que-

queda aguardando: si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decís que sois su hermano, la vida. Dixome en fin, que el Capitan del navio queria deshonrar à mi hermana, y darme à mi la muerte, y que atendiesssemos à nuestro remedio, que él nos seguiria, y acompañaria en todo lugar, y en todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueva, juzguelo el que estuviere acostumbrado à recibir las malas de los bienes que espera. Agradecile el aviso, y ofrecile la recompensa, quando nos viessemos en mas felice estado. Aun bien, dixo Cloèlia, que traigo conmigo las joyas de mi señora, y aconsejandonos los quatro de lo que hacer debiamos, fue parecer del marinero, que nos entrassemos el rio adentro; quizá descubriamos algun lugar, que nos defendiessse, si acaso los de la nave viniessen à bufcarnos; mas no vendrán, dixo, porque no hay gente en todas estas Islas, que no piensen ser cofarios todos quantos surcan estas riberas, y en viendo la nave, ò naves, luego toman las armas para defenderse, y si no es con assaltos nocturnos, y secretos nunca falen medrados los cofarios. Pareciome bien su consejo, tomè yo el un remo, y ayudèle à llevar el trabajo: subimos por el rio arriba, y aviendo andado como dos millas, llegó à nuestros oídos el són de muchos, y varios instru-

mentos formado, y luego se nos ofreció à la vista una selva de arboles movibles, que de la una ribera à la otra ligeramente cruzaban. Llegamos mas cerca, y conocimos ser barcas enramadas, los que parecian arboles, y que el són le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban. Apenas nos huvieron descubierto, quando se vinieron à nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes. Levantòse en pie mi hermana, y echandose sus hermosos cabellos à las espaldas tomados por la frente con una cinta leonada, ò liston que le diò su ama, hizo de sí casi divina, è improvisa muestra, que como despues supe, por tal la tuvieron todos los que en las barcas venian, los quales à voces, como dixo el marinero, que las entendia, decian: Qué es esto? Qué Deidad es esta que viene à visitarnos, y à dar el parabien al pescador Carino, y à la fin par Selviana de sus felicissimas bodas? Luego dieron cabo à nuestra barca, y nos llevaron à desembarcar no lexos del lugar donde nos avian encontrado. Apenas pusimos los pies en la ribera, quando un esquadron de pescadores, que así lo mostraban ser en su trage, nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiracion, y reverencia, llegaron à besar las orillas del vestido de Auristela: la qual, à pesar del temor que la congoxaba, de las nuevas que la

avian dado, se mostrò à aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera vimos un thalamo en gruesos troncos de fabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores, que servian de alcatifas al suelo. Vimos asimismo levantarse de unos asientos dos mugeres, y dos hombres: ellas mozas, y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobre manera, y la otra fea sobre manera: el uno gallardo, y gentil hombre, y el otro no tanto: y todos quatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre, dixo: O tu quien quiera que seas, que no puedes ser cosa sino del Cielo, mi hermano, y yo, con el extremo à nuestras fuerzas posible, te agradecemos la merced que nos haces, honrando nuestras pobres, y ya de oymas ricas bocas. Ven, señora, y si en lugar de los Palacios de cristal, que en el profundo mar dexas, como una de sus habitadoras hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas, y los texados de mimbres, ò por mejor decir, las paredes de mimbres, y los texados de conchas, hallarás por lo menos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para fervirte, y hago esta comparacion, que parece impropria, porque no hallò cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Incl-

nòse à abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía, y hermosura, la opinion que de ella tenian. El pescador menos gallardo se apartò à dar orden à la demàs turba, à que levantassen las voces en alabanzas de la reciénvenida estrangera, y que tocassen todos los instrumentos en señal del regocijo. Las dos pescadoras fea, y hermosa, con sumision humilde besaron las manos à Auristela, y ella las abrazò cortés, y amigablemente. El marinero contentisimo del suceso, diò cuenta à los pescadores del navio, que en el mar quedaba, diciendoles, que era de cofarios, de quien se temia que avian de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de Reyes, que para mover los corazones à su defensa, le pareció ser necessario levantar este testimonio à mi hermana. Apenas entendieron esto, quando dexaron los instrumentos regocijados, y acudieron à los belicos, que tocaron, arma, arma por entrambas riberas. Llegò en esto la noche, recogimonos al mismo rancho de los desposados, pusieronse centinelas hasta la misma boca del rio, cevaronse las nasas, tendieronse las redes, y acomodaronse los anzuelos, todo con intencion de regalar, y servir à sus nuevos huéspedes: y por mas honrarlos, los dos recién desposados no quisieron aquella noche passarla con sus esposas, sino dexar los ranchos

chos solos à ellas, y à Auristela, y à Cloelia, y que à ellas con sus amigos, conmigo, y con el marinero se les hiciesen guarda, y centinela; y aunque sobra la claridad del Cielo, por la que ofrecia la de la creciente Luna, y en la tierra ardian las hogueras, que el nuevo regocijo avia encendido, quisieron los desposados que ceñásemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mugeres. Hizose assi, y fue la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar à la tierra, en ofrecer la una sus carnes, y la otra sus pescados. Acabada la cena, Carino me tomò por la mano, y paseandose conmigo por la ribera, despues de aver dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos, y con suspiros me dixo: Por tener milagrosa esta tu llegada à tal fazon, y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto, que mi mal ha de tener remedio, median- te tu consejo: y assi, aunque me tengas por loco, y por hombre de mal conocimiento, y de peor gusto, quiero que sepas, que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea, y la otra hermosa, à mi me ha cabido en fuerte, de que fea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé que te diga, ni sé que disculpar de la culpa que tengo, ni del hierro que hago. Yo adoro à Leon- uia, que es la fea, sin poder ser par-

te à hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla, que à los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo: y hay mas en esto, que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto, que muere por Selviana: de modo, que nuestras quatro voluntades estan trocadas, y esto ha sido por querer todos quatro obedecer à nuestros Padres, y à nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios: y no puedo yo pensar en que razon se consente, que la carga que ha de durar toda la vida, se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo, sino por el gusto ajeno. Y aunque esta tarde aviamos de dar el consentimiento, y el si del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del Cielo (que assi lo quiero creer) se estorvò con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pidò consejo, pues como estrangero; y no parcial de ninguno sabrás aconsejarme: porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda, que me lleve à mi remedio, de ausentarme de estas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida me durare, hora mis Padres se enojen, ò mis parientes me enojen, ò mis amigos se enfaden-

Atentamente le estuve escuchando, y de improvviso me vino à la memoria su remedio, y à la lengua estas mismas palabras. No hay para que te ausentes, amigo, à lo menos no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto: ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina. Con esto nos bolvímos à los ranchos, y yo conté à mi hermana todo lo que con el Pescador avia pasado, y ella hallò en su discreción el modo, como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos, y fue, que apartandose con Leoncia, y Selviana à una parte, les dixo: Sabed, amigas, que de oy mas lo aveis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el Cielo me ha dado, me dotò de un entendimiento perspicaz, y agudo, de tal modo, que viendo el rostro de una persona, le leo el alma, y le adivino los pensamientos. Para prueba de esta verdad, os presentarè à vosotras por testigos. Tu, Leoncia, mueres por Carino, y tu, Selviana, por Solercio, la virginal vergüenza os tiene mudas; pero por mi lengua se romperà vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna serà admitido, se igualaràn vuestros deseos: callad, y dexadme hacer, que, ò yo no tendré dif-

creción, ò vosotras tendreis felice fin en vuestros deseos. Ellas, sin responder palabra, fino con besarla infinitas veces las manos, y abrazandola estrechamente, confirmaron ser verdad quanto avia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Passòle la noche, vino el dia, cuya alborada fue regocijadísima, porque con nuevos, y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los Pescadores. Sonaron los instrumentos con nuevos, y alegres sonos, alzaron las voces todos, con que se aumentò la alegría: salieron los desposados para irse à poner en el thalamo, donde avian estado el dia de antes. Visitieronse Selviana, y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se aderezò, y compuso con los mismos vestidos que tenia, y con ponerse una Cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas (joyas de tanto valor, que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereis, quando os las enseñe) mostrò ser imagen sobre el mortal curso levantada. Llevaba asidas de las manos à Selviana, y à Leoncia, y puesta encima del theatro, donde el thalamo estaba, llamó, è hizo llegar junto à si à Carino, y à Solercio. Carino llegó temblando, y confuso de no saber lo que yo avia negociado: y estando ya el Sacerdote à punto para dar-

darles las manos, y hacer las Catholicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchassen. Luego se extendiò un mudo silencio por toda la gente, tan callando, que apenas los ayres se movian. Viendose prestar grato oido de todos, dixo en alta, y sonora voz: Esto quiere el Cielo: y tomando por la mano à Selviana, se la entregò à Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la diò à Carino. Esto, señoras, profiguiò mi hermana, es, como ya he dicho, ordenación del Cielo, y gusto, no accidental, sino proprio de estos venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros, y el si, que pronuncian sus lenguas. Abrazaronse los quatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su truco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento, y belleza de mi hermana; pues así avia trocado aquellos casi hechos casamientos, con solo mandarlo. Celebròse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio quatro despalmadas, vistosas por los diversos colores con que venian pintadas, y los remos que eran seis de cada banda, ni mas, ni menos, las banderetas, que venian muchas por los filaretos, así mismo eran de varios colores: los doce remeros de cada una venian vestidos de blanquísimo, y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine quan-

do entrè la vez primera en esta Isla. Luego conocì que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el arbol de otra barca desviada de las quatro como tres carreras de cavallo. Era el palio de tafetan verde, listado de oro, vistoso, y grande, pues alcanzaba à besar, y aún à passarse por las aguas. El rumor de la gente, y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dexaba entender lo que mandaba el Capitan del mar, que en otra pintada barca venia. Apartaronse las enramadas barcas à una, y otra parte del rio, dexando un espacio llano en medio, por donde las quatro competidoras barcas volassen, sin estorvar la vista à la infinita gente, que desde el thalamo, y desde ambas riberas estaba atenta à mirarlos: y estando ya los bogadores afidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas, y los torcidos musculos: atendian la señal de la partida, impacientes por la tardanza, y fogosos, bien así, como lo fuele estar el generoso can de Irlanda, quando su dueño no le quiere soltar de la trahilla à hacer la presa que à la vista se le muestra. Llegò en su la señal esperada, y à un mismo tiempo arrancaron todas quatro barcas, que no por el agua, sino por el viento, parecia que volaban. Una de ellas, que lleva-

ba por insignia un vendado Cupido, se adelantò de las demás casi tres cuerpos de la misma barca: cuya ventaja diò esperanza à todos quantos la miraban, de que ella sería la primera que llegasse à ganar el deseado premio. Otra que venia tras ella, iba alentando sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningún modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores; pero son diferentes los fines, y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina: porque aunque es ley de los combates, y contiendas, que ninguno de los que miran favorezca à ninguna de las partes con señales, con voces, ò con otro algun genero que parezca que pueda servir de aviso al combatiente: Viendo la gente de la ribera, que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto à las demás, sin mirar à leyes, creyendo que ya la victòria era suya, dixeron à voces muchos: Cupido vence, el amor es invencible; à cuyas voces, por escucharlas, parece que afloxaron un tanto los remeros del amor. Aprovechòse de esta ocasion la segunda barca, que detrás de la del amor venia, la qual trahia por insignia al Interès en figura de un gigante pequeño; pero muy ricamente aderezado, è impeliò los remos con tanta fuerza, que llegó à igualarse el interès con el amor, y arri-

mandosele à un costado le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, aviendo primero la del Interès recogido los suyos, y passado adelante, dexando burladas las esperanzas de los que primero avian cantado la victòria por el amor, y bolvieron à decir: El Interès vence, el Interès vence. La barca tercera trahia por insignia à la Diligencia, en figura de una muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que à traer trompeta en las manos, antes pareciera Fama, que Diligencia. Viendo el buen suceso del Interès, alentò su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo, que llegaron à igualar con el Interès; pero por el mal gobierno del Timonero se embarazò con las dos barcas primeras, de modo, que los unos, ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo qual la postrera, que trahia por insignia à la buena Fortuna, quando estaba desmayada, y casi para dexar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demás barcas, desviandose algun tanto de ellas, por no caer en el mismo embarazo, apretò (como decirse fuele) los puños, y deslizandose por un lado, pasó delante de todas. Cambiaronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento à sus bogadores, que embebidos en el gulto de verse mejorados, les parecia que si los que quedaban atrás entonces les lle-

vàran

vàran la misma ventaja, no dudàran de alcanzarlos, ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por ventura, que por ligereza. En fin la buena Fortuna fue la que la tuvo buena entonces, y la mia de ahora no lo sería, si yo adelante passasse con el cuento de mis muchos, y estraños sucesos. Y así os ruego, señores, dexemos esto en este punto, que esta noche le darè fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dixo Periandro, à tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo: viendo lo qual su Padre, casi como adivino de donde procedia, los dexò à todos, y se fue, como despues parecerà, à buscar à la Zenòtia, con la qual le sucediò lo que se dirà en el siguiente Capitulo.

CAPITULO XI.

De como Zenòtia deshizo los hechizos para que sañasse Antonio el mozo; pero aconseja al Rey Policarpo no dexe salir de su Reyno à Arnaldo, y los demás de su compañía.

Pareceme, que si no se arriàra la paciencia al gusto que tenían Arnaldo, y Policarpo de mirar à Auristela, y Sinforosa de ver à Periandro, ya la huvieran perdido, escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio, y Ladislao, que avia sido algo lar-

ga, y trahida no muy à proposito: pues para contar sus desgracias propias, no avia para que contar los placeres ajenos. Con todo esto les diò gusto, y quedaron con èl, esperando oír el fin de su historia, por el donayre, y buen estilo con que Periandro la contaba. Hallò Antonio el Padre à la Zenòtia, que buscaba en la Camara del Rey por lo menos, y en viendola, puesta una desembaynada daga en las manos, con colera Española, y discurso ciego arremetiò à ella, y asiendo del brazo izquierdo, y levantando la daga en alto, la dixo: Dame, ò hechizera! à mi hijo vivo, y sano, y luego: sino, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado: mira si tienes su vida embuelta en algun emboltorio de agujas sin ojos, ò de alfileres sin cabezas. Mira, ò perfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta, ò en alguna otra parte, que solo tu la sabes. Pasmòse Zenòtia, viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un Español colerico, y temblando le prometì de darle la vida, y salud de su hijo; y aún le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera: de tal manera se le avia entrado el temor en el alma; y así le dixo: Suelteame Español, y embayna tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al termino en que està: y pues sabes que las mugeres somos natu-

ral-

ralmente vengativas, y mas quando nos llama à la venganza el desdèn, y el menosprecio, no te maravilles, si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho. Aconsejale que se humane de aqui adelante con los rendidos, y no menosprecio à los que piedad le pidieren: y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno, y sano. Quando así no sea, respondió Antonio, ni à mi me faltará industria para hallarte, ni colera para quitarte la vida: y con esto la dexò, y ella quedò tan entregada al miedo, que olvidandose de todo agravio, sacò del quicio de una puerta los hechizos que avia preparado para consumir la vida poco à poco del riguroso mozo, que con los de su donayre, y gentileza la tenia rendida. Apenas hubo sacado la Zenòtia sus endemoniados preparamentos de la puerta, quando salió la salud perdida de Antonio à plaza, cobrando en su rostro los primeros colores, los ojos vista alegre, y las desmayadas fuerzas esforzado brio: de lo que recibieron general contento quantos le conocian; y estando con el à solas su Padre le dixo: En todo quanto quiero ahora decirte, ò hijo! quiero advertirte, que adviertas que se encaminan mis razones à aconsejarte, que no ofendas à Dios en ninguna manera, y bien avràs echado de ver esto en quince, ò diez y seis años que ha que te en-

seño la ley que mis Padres me enseñaron, que es la Catholica, la verdadera, y en la que se han de salvar, y se han salvado todos los que han entrado hasta aqui, y han de entrar de aqui adelante en el Reyno de los Cielos. Esta santa ley nos enseña, que no estamos obligados à castigar à los que nos ofenden, sino à aconsejarlos la enmienda de sus delitos: que el castigo toca al Juez, y la reprehension à todos, como sea con las condiciones, que despues te dirè. Quando te combidaren à hacer ofensas, que redunden en deservicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras; que con no recibir el consejo, y apartarte de la ocasion, quedaràs vencedor en la pelea, y libre, y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto. La Zenòtia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco à poco en menos de diez dias perdieras la vida, si Dios, y mi buena diligencia no lo huviera estorvado: y vente conmigo, porque alegres à todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucessos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche. Prometiòle Antonio à su Padre de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, à pesar de todas las persuasiones, y lazos, que contra su honestidad le armassen. La Zenòtia en esto, corrida, afrentada, y lastimada

de la sobervia desamorada del hijo, y de la temeridad, y colera del Padre, quiso por mano agena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado barbaro: y con este pensamiento, y resuelta determinacion se fue al Rey Policarpo, y le dixo: Ya sabes, señor, como despues que vine à tu casa, y à tu servicio siempre he procurado no apartarme en el con la sollicitud pòssible. Sabes tambien, fiado en la verdad que de mi tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos, y sabes, como prudente, que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos, que al parecer van mas acertados: y por esto querria que en el que ahora tienes hecho de dexar ir libremente à Arnaldo, y à toda su compañía vas fuera de toda razon, y de todo termino. Dime, si no puedes presente rendir à Auristela, como la rendiràs ausente? Y como querrà ella cumplir su palabra, bolviendo à tomar por esposo à un varon anciano, que en efecto lo eres, que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar: teniendose ella de su mano à Periandro, que podria ser que no fuesse su hermano, y à Arnaldo, Príncipe mozo, y que no la quiere para menos, que para ser su esposa.

No dexes, señor, que la ocasion que ahora se te ofrece, te buelva la calva en lugar de la guedeja: y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia, y atrevimiento que tuvo este monstruo barbaro, que viene en su compañía, de matar en tu misma casa à aquel que dicen que se llamaba Clodio, que si así lo haces, alcanzaràs fama, que alberga en tu pecho, no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentísimamente à la maliciosa Zenòtia, que con cada palabra que le decia, le atravesaba, como si fuera con agudos clavos el corazon, y luego quisiera correr à poner en efecto sus consejos. Ya le parecia ver à Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante: ya se la contemplaba con la Corona en la cabeza del Reyno de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos disignios. En fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderò del alma en tal manera, que estuvo por dar voces, y pedir venganza de quien en ninguna cosa le avia ofendido; pero viendo la Zenòtia quantazonado le tenia, y quantoprompto para executar todo aquello que mas le quisiesse aconsejar, le dixo que se fosegase.

se por entonces, y que esperasen, à que aquella noche acabasse de contar. Periandro su historia, porque el tiempo se le diese, de pensar lo que mas convenia. Agradeciòselo Policarpo, y ella cruel, y enamorada, daba trazas en su pensamiento, como cumpliesse el deseo del Rey, y el suyo. Llegòse en esto la noche, juntaronse à conversacion, como la vez passada, bolviò Periandro à repetir algunas palabras antes dichas, para que vinièssè con concierto à anudar el hilo de su historia, que la avia dexado en el certamen de las barcas.

CAPITULO XII.

Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela.

LA que con mas gusto escuchaba à Periandro, era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hercules: tal era la gracia, y donayre con que Periandro contaba sus sucessos. Finalmente los bolviò à anudar, como se ha dicho, profugiendo de esta manera: Al Amor, al Interès, y à la Diligencia dexò atrás la buena Fortuna, que sin ella vale poco la Diligencia; no es de provecho el Interès, ni el Amor puede usar de sus fuerzas. La

fiesta de mis Pescadores, tan regocijada, como pobre, excediò à la de los triunfos Romanos: que tal vez en la llaneza, y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero como las venturas humanas estèn por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza facilmente se quiebran, y desbaratan, como se quebraron las de mis Pescadores, y se retorcieron, y fortificaron mis desgracias: aquella noche la passamos todos en una Isla pequeña, que en la mitad del rio se hacia, combidados del verde sitio, y apacible lugar. Holgabanse los desprecios, que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad, y diligencia de dar gusto à quien se le avia dado tan grande, poniendolos en aquel deseado, y venturoso estado: y asi ordenaron, que en aquella Isla del rio se renovassen las fiestas, y se continuassen por tres dias. La fazon del tiempo, que era la del Verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la Luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los arboles, el olor de las flores, cada cosa de estas de por sí, y todas juntas combidaban à tener por acertado el parecer, de que allí estuviessemos el tiempo que las fiestas durassen. Pero apenas nos aviamos reducido à la Isla, quando de entre un pedazo de bosque, que en ella estaba, salieron hasta cinquenta salteadores, armados

à la ligera, bien como aquellos que quieren robar, y huír todo à un mismo punto; y como los descuydados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuydo, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos à mirar, que à acometer à los ladrones, los quales como hambrientos lobos arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron, si no en la boca, en los brazos à mi hermana Auristela, à Cloelia su ama, y à Selviana, y à Leoncia, como si solamente vinieran à ofenderlas, porque se dexaron muchas otras mugeres, à quien la naturaleza avia dotado de singular hermosura. Yo, à quien el estrafño caso, mas colerico, que suspenso me puso, me arrojà tras los salteadores, los seguí con los ojos, y con las voces, afrentandolos, como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos à que mis injurias les moviessem à bolver à tomar venganza de ellas; pero ellos atentos à salir con su intento, ò no oyeron, ò no quisieron vengarse, y asi se desaparecieron, y luego los desposados, y yo, con algunos de los principales Pescadores, nos juntamos, como suele decirse, à consejo, sobre que haríamos para enmendar nuestro yerro, y cobrar nuestras prendas. Uno dixo, no es posible sino que alguna nave de salteadores està en

la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizà sabidores de nuestra junta, y de nuestras fiestas: si esto es asi, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es, que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el tanto mas quanto: que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo ferè, dixè entonces, el que harè esta diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana, como si fuera la vida de todos los del mundo. Lo mismo dixeron Carino, y Solercio, ellos llorando en publico, y yo muriendo en secreto. Quando tomamos esta resolucion, comenzaba à anohecer; pero con todo esto nos entramos en un barco los desposados, y yo, con seis remeros; pero quando salimos al mar descubierta, avia acabado de cerrar la noche, por cuya obscuridad no vimos baxel alguno. Determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubriamos algun navio: y quiso la suerte, que descubrièssèmos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia à tomarla. Conociè, que el que dexaba la tierra, era el mismo de quien aviamos salido à la Isla, asi en las banderas, como en las velas que venian cruzadas con una

Cruz roja: los que venian de fuera las trahian verdes, y los unos, y los otros eran cofarios. Pues como yo imaginè, que el navio que salia de la Isla, era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro, vine arriando al costado del navio, para tratar del rescate, llevando cuydado de que no me prendiesse. Assomòse el Capitan al borde, y quando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbò, y suspendiò, y cortò en la mitad del camino un espantoso trueno, que formò el disparar de un tiro de artilleria de la nave de fuera, en señal que desafiaba à la batalla al navio de tierra. Al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso, y en un instante se comenzaron à cañonear las dos naves, como si fueran de dos conocidos, è irritados enemigos. Desviòse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lexos estuvimos mirando la batalla; y aviendo jugado la artilleria casi una hora, se aferraron los dos navios con una no vista furia. Los del navio de fuera, ò mas venturosos, ò por mejor decir, mas valientes, saltaron en el navio de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta, quitando la vida à sus enemigos, sin dexar à ninguno con ella. Vienen, pues, libres de sus ofenso-

res, se dieron à saquear el navio de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de cofarios, no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras à mi hermana, à Selviana, à Leoncia, y à Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciendoles, que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso, y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca à hablar con el Capitan de los vencedores; pero como mi ventura andaba siempre en los ayres, uno de tierra soplò, è hizo apartar el navio. No pude llegar à èl, ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fue forzoso el bolvernos, sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida: y por no ser otra la derrota que el navio llevaba, que aquella que el viento le permitia, no pudimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diese à entender quienes fuesen los vencedores, para juzgar si quiera, sabiendo su Patria, las esperanzas de nuestro remedio. El volò en fin por el mar adelante, y nosotros desmayados, y tristes nos entramos en el río, donde todos los barcos de los Pescadores nos estaban esperando. No sè si os diga, señores, lo que es forzoso deciros: un cierto espíritu se entrò entonces en mi pecho, que

que sin mudarme el sér, me pareció que le tenia mas que de hombre: y así levantandome en pie sobre la barca hice que la rodeasen todas las demás, y estuviesen atentos à estas, ò otras semejantes razones, que les dixe: La baxa fortuna jamás se enmendò con la ociosidad, ni con la pereza: en los animos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha: nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse à su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo (ò amigos míos!) para moveros, è incitaros à que mejoreis vuestra fortuna, y à que dexéis el pobre ajuar de unas redes, y de unos estrechos barcos, y busqueis los thesoros, que tiene en sí encerrados el generoso trabajo: llamo generoso al trabajo de el que se ocupa en cosas grandes. Si sunda el cavador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que un dia, sin ganar fama alguna; por que no tomarà en lugar de la azada una lanza, y sin temor del Sol, ni de todas las inclemencias del Cielo, procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demás hombres? La guerra, así como es Madrastra de los cobardes, es Madre de los valientes, y los premios que por

ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea, pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navio, que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en este otro, que en la ribera nos dexaron casi, à lo que creo, por ordenacion del Cielo. Vamos tras èl, y hagámonos piratas, no codiciosos, como son los demás, sino justicieros, como lo seremos nosotros. A todos se nos entienda el arte de la marineria, bastimentos halláremos en el navio con todo lo necesario à la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres: y si es grande el agravio que hemos recibido, grandissima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece. Sigame, pues, el que quisiere, que yo os suplico, y Carrino, y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dexar en esta valerosa empresa. Apenas huve acabado de decir estas razones, quando se oyò un murmuréo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian; y entre todos salió una voz, que dixo: Embarcate, generoso huesped, y sé nuestro Capitan, y nuestra guia, que todos te seguiremos. Esta tan improvisa resolucion de todos me sirviò de felice auspicio, y por temer que la dilacion de po-

ner en obra mi buen pensamiento, no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelantè con mi barco, al qual siguieron otros casi quarenta. Lleguè à reconocer el navio, entrè dentro, escudriñè todo, mirè lo que tenia, y lo que le faltaba, y hallè todo lo que me pudo pedir el deseo, que fuesse necesario para el viage. Aconsejeles, que ninguno bolvièssè à tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mugeres, y el de los queridos hijos no fuesse parte para dexar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hicieron asì, y desde alli se despidieron con la imaginacion de sus Padres, hijos, y mugeres: caso extraño, y que ha menester que la cortesia ayude à darle credito! Ninguno bolviò à tierra, ni se acomodò de mas vestidos de aquellos con que avia entrado en el navio: en el qual, sin repartir los officios, todos servian de Marineros, y de Pilotos, exceptò yo, que fui nombrado por Capitan por gusto de todos; y encomendandome à Dios, comencè luego à exercer mi officio: y lo primero que mandè, fue, desembarazar el navio de los muertos que avian sido en la passada refriega, y limpiarle de la sangre de que estava lleno. Ordenè que se buscassen todas las armas, asì ofensivas, como defensivas, que en el avia, y repar-

tiendolas entre todos, di à cada uno la que à mi parecer mejor le estava. Requerì los baltimentos, y conforme à la gente tantè para quantos dias serian bastantes, y poco mas, ò menos. Hecho esto, y hecha oracion al Cielo, suplicandole encaminasse nuestro viage, y favoreciesse nuestros tan honrados pensamientos, mandè hizar las velas, que àun se estaban atadas à las entenas, y que las dieramos al viento, que como se ha dicho, soplabá de la tierra: y tan alegres, como atrevidos, y tan atrevidos, como confiados, comenzamos à navegar por la misma derrota, que nos pareciò que llevaba el navio de la presa. Veime aqui, señores, que me estais escuchando, hecho pescador, y casamentero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de Capitan contra ellos, que las bueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni terminos que las encierren. No mas, dixo à esta fazon Arnaldo, no mas, Periandro amigo, que puestto que tu no te canses de contar tus desgracias, à nosotros nos fatiga el oirlas, por ser tantas. A lo que respondiò Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama Lugar, que es donde todas las cosas caen, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mi le tienen todas,

las

las que son desgraciadas; aunque por aver hallado à mi hermana Auristela, las juzgo por dichas, que el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es. A esto dixo Transila: Yo por mi digo, Periandro, que no entiendo esta razon, solo entiendo, que lo serà muy grande, si no complis el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me vâ pareciendo ser tales, que han de dar ocasion à muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escrivan. Suspenso me tiene el veros Capitan de salteadores, juzguè merecer este nombre vuestros Pescadores valientes, y estarè esperando tambien suspenso, qual fue la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondiò Periandro, darè fin, si fuere posible, al cuento, que àun hasta ahora se està en sus principios: quedando todos de acuerdo, que aquella noche bolvièssen à la misma platica, y por entonces diò fin Periandro à la fuya.

CAPITULO XIII.

Dà cuenta Periandro de un notable caso que le sucediò en el mar.

LA salud del hechizado Antonio bolviò su gallardia à

su primera entereza; y con ella se bolvieron à renovar en Zenotia sus mal nacidos deseos, los quales tambien renovaron en su corazon los temores de verse de el ausente: que los defauciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de defengañarse que lo està, en tanto que ven presente la causa de donde nacen: y asì procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesse de la Ciudad ninguno de aquellos huespedes: y asì bolviò à aconsejar à Policarpo, que en ninguna manera dexasse sin castigo el atrevimiento del barbaro homicida, y que por lo menos, ya que no le dièssè la pena conforme al delito, le debia prender, y castigarle siquiera con amenazas: dando lugar que el favor se opusiesse por entonces à la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo, en la que este consejo le ofrecia, diciendo à la Zenotia, que era agraviar la autoridad del Principe Arnaldo, que debaxo de su amparo le trahia, y enfadar à su querida Auristela, que como à su hermano le trataba: y mas que aquel delito fue accidental, y forzoso, y nacido, mas de desgracia, que de malicia: y mas que no tenia parte que le pidiesse, y que todos quantos le conocian, afirmaban que aquella pena era condigna de su

culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. Como es esto, señor, replicò la Zenòtia, que aviendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomasses de detener à Auristela, ahora està tan lexos de tomarle? Ellos se te iràn, ella no bolverà, tu lloraràs entonces tu perplexidad, y tu mal discurso, à tiempo, quando ni te aprovechen las lagrimas, ni enmendàren la imaginacion, lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cumplir su deseo, no lo son en razon de que no es suyo, ni es el el que las comete, sino el amor que manda su voluntad. Rey eres, y de los Reyes las injusticias, y rigores son bautizadas con nombre de feveridad. Si prendes à este mozo, daràs lugar à la justicia, y soltandole, à la misericordia: y en lo uno, y en lo otro confirmars el nombre que tienes de bueno. De esta manera aconsejaba la Zenòtia à Policarpo, el qual à solas, y en todo lugar iba, y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de que modo podia detener à Auristela, sin ofender à Arnaldo, de cuyo valor, y poder era razon temieffe. Pero en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada, ni tan cruel como la Zenòtia, deseaba la partida de Periandro

por entrar en la esperanza de la buelta: se llegó el termino de que Periandro bolviessè à proseguir su historia, que la siguiò en esta manera.

Ligera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiesse à su camino la voluntad de ninguno de los que ibamos en ella; dexando todos en el alvedrio de la fortuna nuestro viage, quando desde lo alto de la gavia vimos caer à un marinero, que antes que llegasse à la cubierta del navio, quedò suspenso de un cordel que trahia anudado à la garganta: lleguè con priessa, y cortesele, con que estorvè no se le acortasse la vida. Quedò como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las quales bolviò en sí, y preguntandole la causa de su desesperacion, dixo: Dos hijos tengo, el uno de tres, y el otro de quatro años, cuya Madre no passa de los veinte y dos, y cuya pobreza passa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo de estas manos: y estando yo ahora encima de aquella gavia, bolvi los ojos al lugar donde los dexaba, y casi como si alcanzara à verlos, los vi hincados de rodillas, las manos levantadas al Cielo, rogando à Dios por la vida de su Padre, y llamandome con palabras tiernas: vi asimismo llorar à su Madre, dandome nombres de cruel sobre todos los hombres.

Esto

Esto imaginè con tan grande vehemencia, que me fuerza à decir que lo vi, para no poner nada en ello, y el ver que esta nave vuela, y me aparta de ellos, y que no sé donde vamos, y la poca, ò ninguna obligacion que me obligò à entrar en ella, me trastornò el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le di à mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso moviò à lastima à quantos le escuchabamos, y aviendole consolado, y casi assegurado que presto daríamos la buelta contentos, y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estorvassen bolver à poner en execucion su mal intento, y así le dexamos. Y yo, porque este suceso no despertasse en la imaginacion de alguno de los demás, el querer imitarle, les dixè, que la mayor cobardia del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo, es señal que le falta el animo para sufrir los males que teme; y que mayor mal puede venir à un hombre, que la muerte? Y siendo esto así, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan, y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada, no solo no se acaban, y se mejoran; pero se empeoran, y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros míos, porque no os affombre el suceso que aveis visto de este nuestro

desesperado, que aún oy comenzamos à navegar, y el animo me està diciendo, que nos aguardan, y esperan mil felices sucesos. Todos dieron la voz à uno para responder por todos, el qual de esta manera dixo: Valeroso Capitan, en las cosas que mucho se confideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar à la razon, y muchas à la ventura: y en la buena, que hemos tenido en averte elegido por nuestro Capitan, vamos seguros, y confiados de alcanzar los buenos sucesos que dices. Quedense nuestras mugeres, quedense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos Padres, visite la pobreza à todos, que los Cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuydado de sustentan los hombres de la tierra. Manda, señor, hizar las velas, pon centinelas en las gavias, por ver si descubren en que podamos mostrar que no temerarios, sino atrevidos son los que aqui vamos à servirte. Agradécites la respuesta, hice hizar todas las velas, y aviendo navegado aquel dia, al amanecer del siguiente la centinela de la gavia mayor dixo à grandes voces: Navio, navio. Preguntaronle, que derrota llevaba, y que de que tamaño parecia. Respondiò, que era tan grande como el nuestro, y que le teníamos por la proa. Alto, pues, dixè, ami-

amigos, tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son cofarios, el valor que os ha hecho dexar vuestras redes. Hice luego cargar las velas, y en poco mas de dos horas descubrimos, y alcanzamos el navio, al qual embestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna, saltaron en el mas de quarenta de mis Soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente trahia algunos Marineros, y gente de servicio: y mirandolo bien todo, hallaron en un apartamiento, puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, à un hombre de muy buen parecer, y à una muger mas que medianamente hermosa: y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho à un venerable anciano, de tanta autoridad, que obligò su presencia à que todos le tuviésemos respeto. No se movió del lecho, porque no podia; pero levantandose un poco, alzò la cabeza, y dixo: Embaynad, señores, vuestras espadas, que en este navio no hallaréis ofensores en quien exercitarlas: y si la necesidad os hace, y fuerza à usar este oficio, de buscar vuestra ventura à costa de las agenas, à parte aveis llegado, que os harà dichosos; no porque en este navio haya riquezas, ni alhajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en el, que foy Leopoldio, el Rey

de los Dánaos. Este nombre de Rey me avivò el deseo de saber que sucesos avian trahido à un Rey à estar tan solo, y tan sin defensa alguna. Llegueme à el, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba, hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el anciano, que esta gente se fosiégue, y escuchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sosslegaronse mis compañeros, y ellos, y yo estuvimos atentos à lo que decir queria, que fue esto: El Cielo me hizo Rey del Reyno de Dànea, que heredé de mis Padres, que tambien fueron Reyes, y lo heredaron de sus antepassados, sin averles introducido à serlo la tyrania, ni otra negociacion alguna. Caséme en mi mocedad con una muger mi igual, murióse sin dexarme sucesion alguna, corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los limites de una honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen, nadie ha de echar la culpa à otro, sino à sí mismo: digo que por culpa mia tropeçé, y caí en la de enamorarme de una Dama de mi muger, que à ser ella la que debia, oy fuera el dia que fuera Reyna, y no se viera atada, y puesta en un cepo, como ya debeis de aver visto. Esta, pues, pareciendole ser injusto antepo-
ner

ner los rizos de un criado mio à mis canas, se embolvió con el, y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procurò junto con ella quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas trazas, con tales embustes, y rodeos, que à no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del Reyno de Dànea. Finalmente, yo descubrí sus intentos à tiempo quando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabia. Una noche en un pequeño navio, que estaba con las velas en alto para partiirse, por huir del castigo de su culpa, y de la indignacion de mi furia, se embarcaron: supelo, volé à la marina en las alas de mi colera, y hallé, que avria veinte horas que avian dado las suyas al viento: y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navio, y los seguí, no con autoridad, y aparato de Rey, sino como particular enemigo. Hallélos à cabo de diez dias en una Isla que llaman del Fuego, cogilos descuydados, y puestos en esse cepo, que avreis visto, los llevaba à Dànea, para darles por justicia, y processos fulminados la debida pena à su delito. Esta es pura verdad, los delinquentes ahí están, que aunque no quieran, la acreditan. Yo

foy el Rey de Dànea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las trayga aqui, sino porque os doy mi palabra de ponerlas, y embiaroslas donde quisieredes; para cuya seguridad, si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navio, y dexad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los míos à Dànea, y trayga este dinero donde le ordenaredes, y no tengo mas que deciros. Mirabanse mis compañeros unos à otros, y dieronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como Capitan lo podia, y debia hacer. Con todo esso quise tomar parecer con Carino, y con Solercio, y con algunos de los demás, porque no entendiesen que me queria alzar de hecho con el mando, que de su voluntad ellos me tenían dado: y así, la respuesta que di al Rey, fue decirle: Señor, à los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ningun otro deseo, que de ambiciosos tenga semejanza: buscando vamos ladrones, à castigar vamos falteadores, y à destruir piratas: y pues tu estás tan lexos de ser persona de este genero, segura está tu vida de nuestras armas, antes si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa avrá que nos lo impida: y aunque agradeceamos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que
pues

pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento de ella. Sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones à tus ofensores, que la grandeza del Rey algun tanto respalde mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisierase humillar Leopoldio à mis pies, pero no lo consentió, ni mi cortesía, ni su enfermedad: pedile me diese alguna polvora, si llevaba, y repartiessse con nosotros de sus bastimentos, lo qual se hizo al punto. Aconsejele asimismo, que si no perdonaba à sus dos enemigos, los dexasse en mi navio, que yo los pondria en parte donde no la tuviessen mas de ofenderle. Dixo, que si haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido. Ordenè, que luego nos bolviesssemos à nuestro navio con la polvora, y bastimentos, que el Rey partió con nosotros: y queriendo passar à los dos prisioneros, ya sueltos, y libres del pesado cepo, no diò lugar un recio viento, que de improvise se levantò, de modo, que apartò los dos navios, sin dexar que otra vez se juntassen. Desde el borde de mi nave me despedì del Rey à voces, y èl en los brazos de los suyos faliò de su lecho, y se despidió de nosotros, y yo me despedí ahora, porque la segunda hazaña me fuerza à descansar para entrar en ella.

CAPITULO XIV.

Refiere lo que le passò con Sulpicia, sobrina de Cratilo, Rey de Bituania.

A Todos diò general gusto de oír el modo con que Periandro contaba su estraña peregrinacion, sino fue à Mauricio, que llegandose al oído de Tránfila su hija, le dixo: Pareceme, Tránfila, que con menos palabras, y mas succintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no avia para que detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aún los casamientos de los Pescadores: porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia: pero yo sin duda creo, que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio, y la elegancia de sus palabras. Así debe de ser, respondió Tránfila; pero lo que yo sé decir, es, que hora se dilate, ò se succinte en lo que dice, todo es bueno, y todo dà gusto; pero ninguno le recibia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, así le regalaba el alma, que la facaba de sí misma. Los rebueltos pensamientos de Policarpo no le dexaban estar muy atento à los ra-

zona-

zonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara mas que decir, porque le dexara à èl mas que hacer: que las esperanzas propinquas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas, y apartadas: y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oír el fin de la historia de Periandro, que solicitò el bolverse à juntar otro dia, en el qual Periandro prosiguiò su cuento en esta forma: Contemplad, señores, à mis marineros, compañeros, y soldados mas ricos de fama, que de oro, y à mi con algunas sospechas de que no les huviesse parecido bien mi liberalidad; y puesto que nació tan de su voluntad, como de la mia en la libertad de Leopoldio, como no son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviessen todos contentos, y que les pareciesse que seria difícil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate: y esta consideracion me movió à decirles: Amigos míos, nadie esté triste por la pérdida ocasion de alcanzar el gran thesoro, que nos ofreció el Rey, porque os hago saber, que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber, sino el que comienza à gustar de la gloria que dà el tener buen nombre. El pobre à quien la virtud

enriquece, suele llegar à ser famoso, como el rico, si es vicioso, puede venir, y viene à ser infame. La liberalidad es una de las mas agradables virtudes, de quien se engendra la buena fama: y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro, que no lo sea. Mas iba à decir, pareciendome que me daban todos tan gratos oídos, como mostraban sus alegres semblantes, quando me quitò las palabras de la boca el descubrir un navio, que no lexos del nuestro à orza por delante de nosotros passaba. Hice tocar à arma, y diè caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse à tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amaynasse, lo hizo así, foltando las velas de alto à baxo. Llegando mas cerca, vi en el uno de los mas estraños espectaculos del mundo; vi que pendientes de las entenas, y de las jarcias venian mas de quarenta hombres ahorcados: admiròme el caso, y abordando con el navio, saltaron mis soldados en èl, sin que nadie se lo defendiesse: hallaron la cubierta llena de sangre, y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas, tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma, este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna. Esta mortandad,

y fracaso daba señales de aver sucedido sobre mesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino. En fin, pisando muertos, y hollando heridos, passaron los míos adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en esquadron hasta doce hermosísimas mugeres, y delante de ellas una que mostraba ser su Capitana, armada de un coselete blanco, y tan terço, y limpio, que pudiera servir de espejo, à querer mirarse en él. Trahia puesta la gola, pero no las escarcelas, ni los brazaletes: el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe, à quien adornaban infinitas, y diversas piedras de varios colores: tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abaxo con clavos de oro, con una gran cuchilla de agudo, y luciente acero forjada, con que se mostraba tan briosa, y tan gallarda, que bastò à detener su vista la furia de mis Soldados, que con admirada atención se pusieron à mirarla. Yo que de mi nave la estaba mirando, por verla mejor, passè à su navio à tiempo quando ella estaba diciendo: Bien creo, ò Soldados! que os pone mas admiracion, que miedo este pequeño esquadron de mugeres, que à la vista se os ofrece, el qual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar

en nosotras temor alguno. Embestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitandonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las daremos por bien empleadas. Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo, Rey de Bituania: casóme mi tio con el gran Lampidio tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza, y de los de la fortuna. Ibamos los dos à ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer, ir entre nuestros vassallos, y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hicimos, pero la hermosura, y el vino, que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borrò las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia. A noche bebieron de modo, que les sepultò en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron à poner las manos en mi esposo, y quitandole la vida, dieron principio à su abominable intento. Pero como es cosa natural defender cada uno su vida, nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechandonos del poco tiento, y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos, y con quatro criados, que libres del humo de Baco nos acudieron, hicimos en ellos lo que muestran effos muertos, que estàn sobre essa cubierta: y pasando

fando adelante con nuestra venganza, avemos hecho que effos arboles, y effas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente. Quarenta son los ahorcados, y si fueran quarenta mil, tambien murieran: porque su poca, ò ninguna defensa, y nuestra colera à toda esta crueldad, si por ventura lo es, se extendia. Riquezas traygo que poder repartir, aunque mejor diria, que vosotros podais tomar: solo puedo añadir, que os las entregarè de buena gana. Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas, antes quedarèis infames, que ricos. Parecieronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero cofario, me ablandàra. Uno de mis Pescadores dixo à este punto: Que me maten, si no se nos ofrece aqui oy otro Rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso Capitan nuestro fu general condicion: Ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de aver vencido nuestros naturales apetitos. Assi serà, respondi yo, pues vosotros amigos lo quereis, y entended, que obras tales nunca las dexa el Cielo sin buena paga, como à las que son malas sin castigo. Despojad effos arboles de tan mal fruto, y limpiad essa cubierta, y entregad à effas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servir las. Púfose en efecto mi mandamien-

to, y llena de admiracion, y de espanto se me humillò Sulpicia: la qual como persona que no acertaba à saber lo que le avia sucedido, tampoco acertaba à responderme: y lo que hizo fue, mandar à una de sus Damas, le hiciefse traer los cofres de sus joyas, y de sus dineros. Hizolo assi la Dama, y en un instante, como aparecidos, ò llovidos del Cielo, me pusieron delante quatro cofres llenos de joyas, y dineros: abriólos Sulpicia, è hizo muestra de aquel thesoro à los ojos de mis Pescadores, cuyo resplandor quizà, y aún sin quizà cegò en algunos la intencion, que de ser liberales tenian: porque hay mucha diferencia de dar lo que se posee, y se tiene en las manos, à dar lo que està en esperanzas de poseerfe. Sacò Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: Toma, Capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa, que por serlo la voluntad con que se ofrece: dadiva es de una pobre viuda, que ayer se viò en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y oy se ve sujeta à la discrecion de estos Soldados que te rodean, entre los quales puedes repartir estos thesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondi: Dadivas de tan gran señora se han de estimar

como si fuesen mercedes: y tomando el collar me bolví à mis Soldados, y les dixè: Esta joya es ya mia, Soldados, y amigos míos, y así puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser à mi parecer inestimable, no conviene que se de à uno solo: tomele, y guardele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos, y quedese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frifando con el Cielo. A lo que uno respondió: Quisieramos, ò buen Capitan, que no nos huvieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos à la tuya. Buelve el collar à Sulpicia, la fama que nos prometes, no hay collar que la ciña, ni limite que la contenga. Quedè contentissimo de la respuesta de mis Soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia. Finalmente, ella me pidió que la diese doce Soldados de los míos, que le sirviessen de guarda, y de marineros para llevar su nave à Bituania. Hizose así, contentissimos los doce que escogí solo por saber que iban à hacer bien. Proveyònos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conservas, de que careciamos. Soplabá el viento prospero para el viage de Sulpicia, y para el nuestro, que no llevaba determi-

nado paradero. Despedimonos de ella, supo mi nombre, y el de Carino, y Solercio, y dandonos à los tres sus brazos, con los ojos abrazò à todos los demás, ella llorando lagrimas de placer, y tristeza nacidas; de tristeza, por la muerte de su esposo; de alegría, por verse libre de las manos que pensò ser de falteadores, nos dividimos, y apartamos. Olvidaba de deciros como bolví el collar à Sulpicia, y ella le recibió à fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo à afrenta, que le estimasse yo en tan poco, que se le bolviessè. Entrè en consulta con los míos, sobre que derrota tomaríamos, y concluyòse, que la que el viento llevassè, pues por ella avian de caminar los demás navios, que por el mar navegassèn: ò por lo menos, si el viento no hiciessè à su proposito, harian bordos, hasta que les viniessè à cuento. Llegò en esto la noche clara, y serena, y yo llamando à un Pescador marinerò, que nos servia de Maestro, y Piloto, me sentè en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse à mirar el Cielo. Apostarè, dixo à esta fazon Mauricio à Transila su hija, que se pone ahora Periandro à descubrirnos toda la celeste esfera como si importasse mucho, à lo que và contando, el declararnos los movimientos del Cielo. Yo por mi deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir

de

de esta tierra no dà lugar à que me entretenga, ni ocupe en saber quales son fixas, ò quales erraticas estrellas; quanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que el me puede decir. En tanto que Mauricio, y Transila esto con sumissa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para proseguir su historia en esta forma.

CAPITULO XV.

Prosigue Periandro sus acaecimientos, y cuenta un extraño sueño.

Comenzaba à tomar possession el sueño, y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba à preguntar al que estaba conmigo muchas cosas necessarias para saber usar el arte de la marineria, quando de improvifo comenzaron à llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo, que no parecia sino que el mar todo se avia subido à la region del viento, y desde allí se dexaba descolgar sobre el navio. Alborotamonos todos, y puestos en pie, mirando à todas partes, por unas vimos el Cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso en miedo, y en admiracion. En esto el que estaba conmigo, dixo: Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas

que tienen mas abaxo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman Naufragos, y si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos: menester es disparar toda la artilleria, con cuyo ruido se espantan. En esto vi alzar, y poner en el navio un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un Marinero, se le engullò, y tragò de improvifo, sin tener necesidad de mascarle. Naufragos son, dixo el Piloto, con balas, ò sin ellas: que el ruido, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos: Trahia el miedo confusos, y agazapados los Marineros, que no osaban levantarse en pie, por no ser arrebatados de aquellos vestigios. Con todo esto se dieron priessa à disparar la artilleria, y à dar voces unos, y acudir otros à la bomba, para bolver el agua al agua. Tendimos todas las velas, y como si huieramos de alguna gruessa armada de enemigos, huíamos el sobreestante peligro, que fue el mayor en que hasta entonces nos aviamos visto. Otro dia al crepusculo de la noche nos hallamos en la ribera de una Isla no conocida por ninguno de nosotros: y con disignio de hacer agua en ella, quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera. Amaynamos las velas, arrojamos las anclas, y entregamos al reposo, y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomò possession blanda, y

K

fua-

suavemente. En fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenísima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro, y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofrecieron à la vista prados, cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas: en el qual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de liquidos diamantes formados, que cruzando por todo el prado sierpes de cristal parecian. Descubrimos luego una selva de arboles de diferentes generos, tan hermosos, que nos suspendieron las almas, y alegraron los sentidos. De algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, ò guindas, que parecian granos de rubies: de otros pendian camuefas, cuyas mexillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio: en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ambar, y cuyo color de los que se forman en el Cielo, quando el Sol se transpone. En resolucion, todas las frutas, de quien tenemos noticia, estaban alli en su fazon, sin que las diferencias de el año las estorvassen: todo alli era Primavera, todo Verano, todo Estio sin pesadumbre, y todo Otoño agradable con extremo increíble. Satisfacia à todos nuestros cinco sentidos lo que mirabamos: à los ojos, con la belleza,

y la hermosura: à los oidos, con el ruido manso de las fuentes, y arroyos, y con el són de los infinitos paxarillos, que con no aprendidas voces formado, los quales saltando de arbol en arbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su libertad, y que no querian, ni acertaban à cobrarla: al olfato, con el olor que de si despedian las yerbas, las flores, y los frutos: al gusto, con la prueba que hicimos de la suavidad de ellos: al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro de Tibar. Pesame, dixo à esta fazon Ladislao à su suegro Mauricio, que se aya muerto Clodio, que à fé que le avia dado bien que decir Periandro, en lo que và diciendo. Callad, señor, dixo Transila su esposa, que por mas que digais, no podreis decir que no profigue bien su cuento Periandro: el qual, como se ha dicho, quando algunas razones se entremetian de los circunstantes, èl tomaba aliento para proseguir en las suyas: que quando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan, que alegran. No es nada lo que hasta aqui he dicho, profiguò Periandro, porque à lo que resta por decir, falta entendimiento que lo perciba, y aun cortesias que lo crean. Bolved, señores, los ojos, y haced cuenta que veis salir

salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiesse enganar: digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavísimo són, que hirió nuestros oidos, y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de musica formado. Luego salió un carro, que no sabré decir de que materia, aunque dirè su forma, que era de una nave rota, que escapaba de alguna gran borrasca: tirabanla doce poderosísimos ximios animales lascivos. Sobre el carro venia una hermosísima Dama, vestida de una rozagante ropa de varios, y diversos colores adornada, coronada de amarillas, y amargas adelfas. Venia arrimada à un baston negro, y en èl fixa una tablachina, ò escudo, donde venian estas letras: S E N S U A L I D A D. Tras ella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos en las manos, formando una musica, ya alegre, y ya triste; pero todas singularmente regocijadas: Todos mis compañeros, y yo estabamos atonitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegòse à mi la Sensualidad, y con voz entre ayrada, y suave me dixo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, à lo menos el gusto: y diciendo esto pasó adelante, y las doncellas de la musica arrebataron,

que así se puede decir, siete, u ocho de mis Marineros, y se los llevaron consigo, y volvieron à entrarse, siguiendo à su señora por la abertura de la peña. Bolvíme yo entonces à los míos, para preguntarles, que les parecia de lo que avian visto; pero estorvòlo otra voz, ò voces, que llegaron à nuestros oidos, bien diferentes que las passadas, porque eran mas suaves, y regaladas, y formabanlas un escuadron de hermosísimas, al parecer, doncellas: y segun la guia que trahian, eranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que à no tocar me tanto, galtàra algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura. Què me pidieran à mí entonces, que no diera en albricias de tan rico hallazgo? Que à pedirme la vida no la negàra, si no fuera por no perder el bien, tan fin pensarlo, hallado. Trahia mi hermana à sus dos lados dos doncellas, de las quales la una me dixo: La continècia, y la pudicicia, amigas, y compañeras, acompañamos perpetuamente à la castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela oy ha querido disfrazarse: ni la dexarèmos, hasta que con dicho fin le dè à sus trabajos, y peregrinaciones en la alma Ciudad de Roma. Entonces yo à tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo, y extraño acontecimiento por su grandeza, y por su

novedad mal seguro, alcé la voz, para mostrar con la lengua la gloria que en el alma tenía, y queriendo decir: O unicas consoladoras de mi alma, ó ricas prendas, por mi bien halladas, dulces, y alegres en este, y en otro qualquier tiempo! Fue tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navio con todos los míos, sin que faltasse alguno de ellos. A lo que dixo Constanza: Luego, señor Periandro, dormiades? Si, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar à mi señora Auristela, adonde avia estado el tiempo que no avia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar si era verdad, ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: Essas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos, y demonstraciones con que Periandro contaba su historia: y de ninguno de ellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma avia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela, y Periandro

verdaderos hermanos. Con todo esto dixo, prosigue Periandro tu cuento, sin repetir sueños, porque los animos trabajados siempre los engendran muchos, y confusos, y porque la fin par Sinforosa está esperando que llegues à decir de donde venias la primera vez que à esta Isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su Padre cada año en ella se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir de quan poco fruto son las digresiones en qualquier narracion, quando ha de ser succinta, y no dilatada. Callaba Policarpo, ocupando la vista en mirar à Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y así para él importaba muy poco, ó nada que callasse, ó que hablasse Periandro: el qual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga platica, determinò de proseguirla, abreviandola, y siguiendola en las menos palabras que pudiesse: y así dixo.

CAPITULO XVI.

Prosigue Periandro su historia.

DEspertè del sueño, como he dicho, tomè consejo con mis compañeros, que derrota tomariamos, y salió decretado, que por donde el viento nos llevasse,

que

que pues ibamos en busca de cofarios, los cuales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos, y avia llegado à tanto mi simpleza, que preguntè à Carino, y à Solercio si avian visto à sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, quando yo la ví soñando. Rieronse de mi pregunta, y obligaronme, y aun forzaronme à que les contasse mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediesse cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos de mas de sesenta navios de cofarios, que por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos à nuestro navio, y le llenamos de innumerables despojos: con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de aver trocado el oficio de Pescadores en el de Piratas; porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaban sino lo robado. Sucedió, pues, que un porfiado viento nos saltó una noche, que sin dar lugar à que amaynassemos algun tanto, ó templassemos las velas, en aquel termino que las halló, las tendió, y acosó de modo, que como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota: tanto, que tomando mi Piloto el altura del polo, donde nos tomó el viento, y tanteando las leguas que haciamos por hora, y los dias que aviamos navegado, hallamos ser quatrocientas leguas,

poco mas, ó menos. Bolvió el Piloto à tomar la altura, y vió que estaba debaxo del Norte en el parage de Noruega, y con voz grande, y mayor tristeza dixo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede à dar la buelta para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado: y si aqui nos saltea el hielo, quedaremos empedrados en estas aguas. Apenas hubo dicho esto, quando sentimos que el navio tocaba por los lados, y por la quilla, como en movibles peñas, por donde se conoció, que ya el mar se comenzaba à helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban impedian el movimiento de el navio. Amaynamos de golpe, porque topaudo en ellos no se abriessse, y en todo aquel dia, y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente, y se apretaron de modo, que cogieron en medio, dexaron al navio engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo à entumecer los cuerpos, y à entristecer nuestras almas: y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifesto peligro, no nos dimos mas dias de vida, que los que pudiesse sustentar el bastimento que en el navio huviesse: en el

qual bastimento desde aquel punto se puso tassa, y se repartió por orden, tan miserable, y estrechamente, que desde luego comenzó à matarnos la hambre. Tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiesse alentar nuestra esperanza, sino fue con un bulto negro, que à nuestro parecer estaría de nosotros seis, ù ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navio, à quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado. Este peligro sobrepaja, y se adelanta à los infinitos en que de perder la vida me he visto: porque un miedo dilatado, y un temor no vencido fatiga mas el alma, que una repentina muerte, que en el acabar subito se ahorran los miedos, y los temores, que la muerte trahe consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta, pues, que nos amenazaba tan hambrienta, como larga, nos hizo tomar una resolucion, si no desesperada, temeraria por lo menos, y fue, que consideramos, que si los bastimentos se nos acababan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana: y assi determinamos de salirnos del navio, y caminar por encima del hielo, è ir à ver si en el que se parecia avria alguna cosa de que aprovecharnos, ò ya de grado, ò ya por fuerza. Púsose en obra nuestro

pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre si, formado con pies enjutos un esquadron pequeño, pero de valentísimos Soldados: y siendo yo la guía, resbalando, cayendo, y levantando, llegamos al otro navio, que lo era casi tan grande como el nuestro. Avia gente en el, que puesta sobre el bordo, adivinando la intencion de nuestra venida, à vocés comenzó uno à decirnos: A qué venís, gente desesperada? qué buscaís? Venís por ventura à apresurar nuestra muerte, y à morir con nosotros? Bolveos à vuestro navio, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias, y encerrad en vuestros estomagos los embreados leños, si es posible; porque pensar que os hemos de dar acogida, será pensamiento vano, y contra los preceptos de la charidad, que ha de comenzar de sí mismo. Dos meses dicen, que fuele durar este hielo que nos detiene: para quinze dias tenemos sustento, si es bien que le repartamos con vosotros, à vuestra consideracion lo dexo. A lo que yo le respondí: En los apretados peligros toda razon se atropella, no hay respecto que valga, ni buen termino que se guarde: acogednos en vuestro navio de grado, y juntaremos en el el bastimento que en el nuestro queda, y comamollo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas, y usar de la fuer-

za. Esto le respondí yo, creyendo no decían verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos, viendose superiores, y aventajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, antes arremetieron à las armas, y se pusieron en orden de defenderse. Los nuestros, à quien la desesperacion de valientes hizo valentísimos, añadiendo à la temeridad nuevos bríos, arremetieron al navio, y casi sin recibir herida le entraron, y le ganaron: y alzòse una voz entre nosotros, que à todos les quitásemos la vida, por ahorrar de balas, y de estomagos, por donde se fuesse el bastimento que en el navio hallásemos. Yo fui de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno, en esto nos focorrió el Cielo, como despues dirè; aunque primero quiero decir, que este navio era el de los cosarios, que avian robado à mi hermana, y à las dos recién desposadas pescadoras. Apenas le huve reconocido, quando dixè à voces: Adonde teneis, ladrones, nuestras almas? Adonde están las vidas que nos robasteis? Qué aveis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana, y Leoncia; partes mitades de los corazones de mis buenos amigos Carino, y Sòltercio? A lo que uno me respondió: Estas mugeres pescadoras, que dices, las vendió nuestro Ca-

pitán, que ya es muerto, à Arnaldo Principe de Dinamarca. Assi es la verdad, dixò à esta sazón Arnaldo, que yo comprè à Auristela, y à Cloelia su ama, y à otras dos hermosísimas doncellas de unos piratas, que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. Valgame Dios, dixò Rutilio en esto, y por que rodeos, y con que eslabones se viene à engazar la peregrina historia tuya, ò Periandro! Por lo que debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ò historiador tan verdadero, como gustoso! Si harè, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves terminos puedan encerrarse.

CAPITULO XVII.

Traición de Policarpo por consejo de Zenobia. Quitarle à el el Reyno sus vassallos, y à ella la vida. Salir de la Isla los huespedes, y van à parar à la Isla de las Hermitas.

TODA esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daba lugar à pensar maduramente lo que debia hacer, para quedarse con

Auristela, sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso, y de verdadero. Ponderaba la calidad de sus huéspedes, entre los quales se le ponía delante Arnaldo Príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia: descubría en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza, y brio algun gran personaje, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora. Quisiera buenamente lograr sus deseos à pie llano, sin rodeos, ni invenciones, cubriendo toda dificultad, y todo parecer contrario con el velo del matrimonio; que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavía podia disimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor casarse, que abrase. Acuciaba, y solicitaba sus pensamientos, los que solicitaban, y aquexaban à la embaydora Zenòtia, con la qual se concertò, que antes de dar otra audiencia à Periandro, se pudiesse en efecto su disignio: que fue, que de allí à dos noches tocassen un arma fingida en la Ciudad, y se pegasse fuego al Palacio por tres, ò quatro partes, de modo, que obligasse à los que en el asistían à ponerse en cobro: donde era forzoso que interviniesse la confusion, y el alboroto, en medio del qual previno gente, que robassen al barbaro mozo Antonio, y à la hermosa Auristela; y asimismo ordenò à Policarpa su hija, que commovida de

lastima Christiana aviasse à Arnaldo, y à Periandro el peligro que les amenazaba, sin descubrirles el robo, sino mostrandoles el modo de salvarse: que era, que acudiesen à la marina, donde en el Puerto hallarian una factia que los acogiesse. Llegòse la noche, y à las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion, y alboroto à toda la gente de la Ciudad. Comenzò à resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia. Acudiò su hija, no alborotada, sino con reposo à dar noticia à Arnaldo, y à Periandro de los disignios de su traydor, y enamorado Padre, que se extendían à quedarse con Auristela, y con el barbaro mozo, sin quedar con indicios que le infamassen. Oyendo lo qual Arnaldo, y Periandro, llamaron à Auristela, à Mauricio, Transila, Ladislao, à los barbaros Padre, è hijo, à Riela, à Constantza, y à Rutilio, y agradeciendo à Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton: y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron passo desembarazado hasta el Puerto, y segura embarcacion en la factia: cuyo Piloto, y Marineros estaban avisados, y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huía, se embarcasse, se hiciesen al mar, y no paraf-

fen con ella hasta Inglaterra, ò hasta otra parte mas lexos de aquella Isla. Entre la confusa griteria, y el continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos Palacios, para que los abrase, andaba encubierto Policarpo, mirando si salía cierto el robo de Auristela: y asimismo solicitaba el de Antonio la hechizera Zenòtia; pero viendo que se avian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudiò à mandar que todos los baluartes, y todos los navios que estaban en el Puerto disparassen la artilleria contra el navio, de los que en el huían: con lo qual de nuevo se aumentò el estruendo, y el miedo discurrió por los animos de todos los moradores de la Ciudad, que no sabian que enemigos los assaltaban, ò que intempestivos acontecimientos les acometían. En esto la enamorada Sinforosa ignorante del caso, puso el remedio en sus pies, y sus esperanzas en su inocencia: y con passos desconcertados, y temerosos se subió à una alta torre de Palacio, à su parecer parte segura del fuego, que lo demás del Palacio iba consumiendo. Acertò à encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contò, como si lo huviera visto, la huída de sus huéspedes: cuyas nuevas quitaron el

sentido à Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de averlas dado. Amanecía en esto el Alva risueña, para todos los que con ella esperaban descubrir la causa, ò causas de la presente calamidad: y en el pecho de Policarpo anochecía la noche de la mayor tristeza, que pudiesse imaginarse. Mordíase las manos Zenòtia, y maldecía su engañadora ciencia, y las promesas de sus malditos Maestros. Sola Sinforosa se estaba aún en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuydarse de hacerle los remedios que ella podia, para hacerla bolver en su acuerdo. Bolvió en fin, tendió la vista por el mar, viò volar la factia, donde iba la mitad de su alma, ò la mejor parte de ella; y como si fuera otra engañada, y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quexaba, embiando suspiros al Cielo, lagrimas à la tierra, y voces al ayre, dixo estas, ò otras semejantes razones: O hermoso huésped, venido por mi mal à estas riberas; no engañador por cierto, que aún no he sido yo tan dichosa, que me dixesses palabras amorosas para engañarme! amayna estas velas, ò templalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean esse navio, cuya vista solo porque vés en él, me consuela. Mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te ale-

xas de quien te busca, y dás muestras de que aborreces à quien te adora. Hija soy de un Rey, y me contento con ser esclava tuya; y si no tengo hermosura, que pueda satisfacer à tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacíos de los mejores que el amor tiene. No repares en que se abraze toda esta Ciudad, que si buelves, avrá servido este incendio de luminarias por la alegría de tu buelta. Riquezas tengo, acelerado fugitivo mio! y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el Cielo para ti solo. A esta fazon bolvió à hablar con su hermana, y le dixo: No te parece, hermana mía, que ha amaynado algun tanto las velas? no te parece que no camina tanto? ay Dios si se avrá arrepentido! ay Dios si la remora de mi voluntad le detiene el navio! Ay hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos, y los engaños suelen andar juntos: el navio buela, sin que le detenga la remora de tu voluntad, como tu dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros. Salteólas en esto el Rey su Padre, que quiso ver de la alta torre tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria. Los hombres que tomaron à su cargo encender el fuego del Palacio, le tuvieron tambien de apa-

garle. Supieron los Ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su Rey Policarpo, y los embustes, y consejos de la hechizera Zenòtia, y aquel mismo dia le depusieron del Reyno, y colgaron à Zenòtia de una entena. Sinforosa, y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron fue tal, que correspondió à sus merecimientos: pero no en modo que Sinforosa alcanzasse el fin felice de sus deseos: porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas. Los del navio viendose todos juntos, y todos libres, no se hartaban de dar gracias al Cielo de su buen suceso; de ellos supieron otra vez los traydores disignios de Policarpo, pero no les parecieron tan traydores, que no hallasse en ellos disculpa el aver sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que quando ocupa à un alma la pàssion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni razon que no atropelle. Haciales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo. Llevaban la mira de su viage puesto en Inglaterra, adonde pensaban tomar el disignio que mas les convinièsse: y con tanto sosiego navegaban, que no les sobrefaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso. Tres dias durò la apacibilidad del mar, y tres dias sopló prospero el viento, haf-

ta que al quarto à poner del Sol se comenzò à turbar el viento, y à desalfosfogarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca, comenzò à turbar à los Marineros: que la inconstancia de nuestras vidas, y la del mar simbolizan en no prometer seguridad, ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que quando les apretaba este temor, descubriessen cerca de si una Isla, que luego de los Marineros fue conocida, y dixeron, que se llamaba la de las Hermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navios: tales en fin, que pudieran servir de abrigados Puertos. Dixeron tambien, que en una de las Hermitas servia de Hermitaño un Cavallero principal Francès, llamado Renato, y en la otra Hermita servia de Hermitaña una señora Francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se huviesse visto. El deseo de saberla, y el de repararse de la tormenta, si vinièsse, hizo à todos que encaminassen allà la proa. Hizose assi, con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidièsse: y estando informado Arnaldo de que en la Isla no avia otra persona alguna, que la del Hermitaño, y Hermita-

ña referidos; por dar contento à Auristela, y à Transila (que fatigadas del mar venian) con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio, y Periandro, mandò echar el esquisse al agua, y que saliesse todos à tierra à passar la noche en sosiego, libres de los baybenes del mar: y aunque se hizo assi, fue parecer del barbaro Antonio, que el, y su hijo, y Ladislao, y Rutilio se quedassen en el navio, guardandole, pues la fé de sus Marineros poco experimentada, no les debia asegurar de modo, que se fiassen de ellos: y en efecto los que se quedaron en el navio fueron los dos Antonios Padre, è hijo con todos los Marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus navios: mejor les huele la pez, la brea, y la resina de sus navios, que à la demás gente las rosas, las flores, y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y à la claridad de mucha lumbre, que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio: y ya como acostumbrados à passar muchas veces calamidades semejantes, passaron la de esta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causò, con bolver por ruego de Transila à profeguir su historia, que puesto que el lo reñaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao, y Mauricio, ayudandoles

Auristela, la ocasion, y el tiempo, la huvo de proseguir en esta forma.

CAPITULO XVIII.

Del buen acogimiento que hallaron en la Isla de las Hermitas.

SI es verdad, como lo es, ser dulcissima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser à mi ahora contar mis trabajos en este sosiego; que puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos, todavia, segun han sido grandes, y muchos, puedo afirmar que eltoy en descanso, por ser condicion de la humana fuerte, que quando los bienes comienzan à crecer, parece que unos se van llamando à otros, y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente. Los trabajos que yo hasta aqui he padecido, imagino, que han llegado al ultimo paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen; que quando en el extremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el ultimo de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal à mal, sino de mal à bien, y de bien à mas bien: y este en que estoy, teniendo à mi hermana conmigo,

verdadera, y precisa causa de todos mis males, y mis bienes, me asegura, y promete, que tengo de llegar à la cumbre de los mas felices que acierte à desearme. Y así, con este dichoso pensamiento, digo, que quedè en la nave de mis contrarios ya rendidos: donde supe, como ya he dicho, la venta que avian hecho de mi hermana, y de las dos recién desposadas pescadoras, y de Cloelia al Principe Arnaldo, que aquí està presente. En tanto que los míos andaban escudriñando, y tanteando los bastimentos, que avia en el empedrado navio, à deshora, y de improviso: de la parte de tierra descubrimos, que sobre los hielos caminaba un escuadron de armada gente de mas de quatro mil personas formado. Dexónos mas helados que el mismo mar vista semejante, apresantando las armas, mas por muestra de ser hombres, que con pensamiento de defenderse. Caminaban sobre solo un pie, dandose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelían, y resvalaban sobre el mar grandissimo trecho, y luego bolviendo à reiterar el golpe, tornaban à resvalar otra gran pieza de camino: y de esta suerte en un instante fueron con nosotros, y nos rodearon por todas partes: y uno de ellos, que como despues supe, era el Capitan de todos, llegando cerca de nuestro navio

à

à trecho que pudo ser oído, asegurando la paz con un paño blanco, que volteaba sobre el brazo, en lengua Polaca, con voz clara dixo: Cratilo, Rey de Bituania, y señor de estos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los navios, que del yelo están detenidos, à lo menos la gente, y la mercancia que tuvieren: por cuyo beneficio se paga, con tomarla por suya. Si vosotros gustàredes de acetar este partido sin defensores, gozarèis de las vidas, y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y fino aparejaos à defensores de nuestras armas, continuo vencedoras. Contentòme la brevedad, y la resolucìon del que nos hablaba. Respondìle, que me dexasse tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis Pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos era el acabar la vida, la qual se avia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia: y que pues en los partidos, que nos ofrecian, no intervenia ninguna, y del perder la vida estabamos tan ciertos, como dudosos de la defensa: sería bien rendirnos, y dar lugar à la mala fortuna, que entonces nos perseguia, pues podría ser que nos guardasse para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al Capitan del esqua-

dron: y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navio, y en un instante le desbalijaron todo, y trasladaron quanto en el avia, hasta la misma artilleria, y jarcias à unos cueros de bueyes, que sobre el yelo tendieron: liandolos por encima aseguraron poderlos llevar, tirandolos con cuerdas, sin que se perdièse cosa alguna. Robaron asimismo lo que hallaron en el otro nuestro navio, y poniendonos à nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre voceria nos tiraron, y nos llevaron à tierra, que debia de estar desde el lugar del navio como veinte millas. Pareceme à mi que debia de ser cosa de ver, caminar tanta gente por cima de las aguas à pie enjuto, sin usar allí el Cielo alguno de sus milagros. En fin, aquella noche llegamos à la ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito numero de gente, que à ver la presa de los elados, y yertos avian venido. Venia entre ellos sobre un hermoso cavallo el Rey Cratilo, que por las insignias Reales, con que se adornaba, conocimos ser quien era. Venia à su lado asimismo à cavallo una hermosissima muger, armada de unas armas blancas, à quien no podia acabar de encubrir un velo negro, con que venian cubiertas. Levòme tras sí la vista, tanto su buen parecer,

recer, como la gallardia del Rey Cratilo, y mirandola con atencion, conoci ser la hermosa Sulpicia, à quien la cortesía de mis compañeros pocos días antes avia dado la libertad, que entonces gozaba. Acudiò el Rey à ver los rendidos, y llevandome el Capitán afido de la mano, le dixo: En este solo mancebo, ò valeroso Rey Cratilo! me parece que te presento la mas rica presa, que en razon de persona humana, hasta ahora humanos ojos han visto. Santos Cielos, dixo à esta fazon la hermosa Sulpicia, arrojandose del cavallo al suelo, ò yo no tengo vista en los ojos, ò es este mi libertador Periandro: y el decir esto, y añudarme el cuello con sus brazos fue todo uno: cuyas estrañas, y amorosas muestras obligaron también à Cratilo à que del cavallo se arrojasse, y con las mismas señales de alegría me recibiesse. Entonces la desinayada esperanza de algun buen suceso estaba lexos de los pechos de mis Pescadores; pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recibirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias, que dieron à Dios del no esperado beneficio, que ya le contaban, no por beneficio, sino por singular, y conocida merced. Sulpicia dixo à Cratilo: Este mancebo es un sugeto, donde tiene su asiento la suma cortesía, y su albergue

la misma liberalidad; y aunque yo tengo hecha esta experiencia, quiero que tu discrecion la acredite, facendo por su gallarda presencia (y en esto bien se ve, que hablaba como agradecida, y aún como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fue el que me diò libertad despues de la muerte de mi marido, este el que no despreciò mis thesoros, sino el que no los quiso: este fue el que despues de recibidas mis dadas me las bolviò mejoradas con el deseo de darmelas mayores, si pudiera: este fue en fin, el que acomodandose, ò por mejor decir, haciendo acomodarse à su gusto el de sus Soldados, dandome doce que me acompañassen, me tiene ahora en tu presencia. Yo entonces, à lo que creo, roxo el rostro con las alabanzas, ò ya aduladoras, ò demasiadas que de mi oíe, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiendole las manos, que no me las diò, para befarfelas, sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce Pescadores que avian venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demás gente, buscando à sus compañeros, abrazandose unos à otros, y llenos de contento, y regocijo se contaban sus buenas, y malas fuertes. Los del mar exageraban su yelo, y los de la tierra sus riquezas: à mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro:

oro: à mí, decia otro, esta joya, que vale por dos de estas cadenas: à mí, replicaba este, me diò tanto dinero: y aquel repetia, mas me ha dado à mí en este solo anillo de diamantes, que à todos vosotros juntos. A todas estas platicas puso silencio un gran rumor que se levantò entre la gente, causado del que hacia un poderosísimo cavallo barbaro, à quien dos valientes lacayos trahian del freno, sin poderse averiguar con él. Era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hacian hermoso. Venia en pelo, porque no consentia enfillarse del mismo Rey, pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes à detenerle mil montes de embarazos, que ante él se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una Ciudad à quien sus malos finiefros le quitara. Todo esto me comò el Rey, breve, y succintamente, y yo me resolví con mayor brevedad à hacer lo que ahora os dirè. Aquí llegaba Periandro con su platica, quando à un lado de la peña, donde estaban recogidos los del navio, oyò Arnaldo un ruido, como de passos de personas que àcia ellos se encaminaban; levantòse en pie, puso mano à su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Callò asimismo Periandro, y las mugeres con

miedo, y los varones con animo, especialmente Periandro, atendian lo que feria. Y à la escasa luz de la Luna, que cubierta de nubes no dexaba verse, vieron que àcia ellos venian dos bultos, que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dixera: No os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos à ferviros: esta estancia que teneis desierta, y sola, la podeis mejorar, si quisieredes, en la nuestra, que en la cima de esta montaña està puesta. Luz, y lumbré hallarèis en ella, y manjares, que si no delicados, y costosos, son por lo menos necesarios, y de gusto. Yo le respondi: Sois por ventura Renato, y Eusebia, los limpios, y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dexaredes los desdichados, respondiò el bulto, acertarades en ello; pero en fin, nosotros somos los que decís, y los que os ofrecemos con voluntad sincera el acogimiento, que puede daros nuestra estrechez. Arnaldo fue de parecer, que se tomasse el consejo que se les ofrecía, pues el rigor del tiempo que amenazaba, les obligaba à ello. Levantaronse todos, y siguiendo à Renato, y à Eusebia, que les sirvieron de guías, llegaron à la cumbre de una montañuela, donde vieron dos Hermitas mas com-

modas para passar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luces que de dos lamparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaba, que era un Altar con tres devotas Imagenes: la una del Autor de la Vida, ya muerto, y crucificado: la otra de la Reyna de los Cielos, y de la Señora de la alegría, triste, y puesta al pie del que tiene los pies sobre todo el mundo: y la otra del amado Discipulo, que vió mas estando durmiendo, que vieron quantos ojos tiene el Cielo en sus Estrellas. Hincaronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, los llevó Renato à una estancia que estaba junto à la Hermita, à quien se entraba por una puerta, que junto al Altar se hacia. Finalmente, pues las menudencias no piden, ni sufren relaciones largas, se dexaràn de contar las que allí passaron, assi de la pobre cena, como del estrecho regalo, que solo se alargaba en la bondad de los Hermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los margenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavia resplandecian las muestras de aver sido rara en todo extremo. Auristela, Transila, y Constanza se quedaron en aquella estancia, à quien sirvieron de cama secas es-

padañas, con otras yerbas, mas para dar gusto al olfato, que à otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la Hermita en diferentes puestos, tan frios, como duros, y tan duros, como frios. Corrió el tiempo como suele, volò la noche, y amaneciò el dia claro, y sereno: descubriòse la mar tan cortès, y bien criada, que parecia que estaba combiando à que la gozassen, bolviendose à embarcar: y sin duda alguna se hiciera assi, si el Piloto de la nave no subiera à decir, que no se fiasen de las muestras del tiempo; que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos avian de ser muy contrarios. Saliò con su parecer, pues todos se atuvieron à el: que en el arte de la marineria, mas sabe el mas simple Marinero, que el mayor Letrado del mundo. Dexaron sus herbosos lechos las Damas, y los Varones sus duras piedras, y salieron à ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña Isla, que solo podia bojar hasta doce millas; pero tan llena de arboles fructiferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes, y tan olorosa por las flores, que en un igual grado, y à un mismo tiempo podia satisfacer à todos cinco sentidos. Pocas horas se avia entrado por el dia, quando los dos venerables Hermitaños llamaron à sus huespedes, y tendiendo dentro

de

de la Hermita verdes, y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los Palacios de los Reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, assi verdes, como secas, y pan no tan reciente que no semejasse bizcocho, coronando la mesa assimismo de vasos de corcho con maestria labrados de frios, y liquidos cristales llenos. El adorno, las frutas, las puras, y limpias aguas, que à pesar de la parda color de los corchos mostraban su claridad, y la necesidad juntamente obligò à todos, y aun les forzó, por mejor decir, à que al rededor de la mesa se sentassen. Hicieronlo assi, y despues de la tan breve, como sabrosa comida, Arnaldo suplicò à Renato, que les contasse su historia, y la causa que à la estrechez de tan pobre vida le avia conducido: el qual, como era Cavallero, à quien es anexa siempre la cortesia, sin que segunda vez se lo pidieffen, de esta manera comenzò el cuento de su verdadera historia.

CAPITULO XIX.

Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse à la Isla de las Hermitas.

Quando los trabajos passados se cuentan en prosperi-

dades presentes suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibió en sufrirlos. Esto no podrè decir de los míos, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendraronme Padres Nobles, ricos, y bien intencionados: crième en los ejercicios de Cavallero, medi mis pensamientos con mi Estado; pero con todo esso me atrevi à ponerlos en la señora Eusebia, Dama de la Reyna de Francia, à quien solo con los ojos la di à entender, que la adoraba, y ella, ò ya descuydada, ò no advertida, ni con sus ojos, ni con su lengua me diò à entender que me entendia; y aunque el disfavor, y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltandole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mi fue al contrario: porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza, con que subir hasta el Cielo de merecerla; pero la embidia, ò la demasiada curiosidad de Libomiro, Cavallero, assimismo Francès, no menos rico que Noble, alcanzò à haber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que debia, me tuvo mas embidia que lastima, aviendo de ser al contrario: porque hay dos males en el amor, que llegan à todo extremo: el uno es querer, y no ser querido: el otro, querer, y ser aborrecido, y à este mal no se

igual a el de la ausencia, ni el de los zelos. En resolucion, sin aver yo ofendido à Libsomiros, un dia se fue al Rey, y le dixo, como yo tenia trato illicito con Eusebia, en ofensa de la Magestad Real, y contra la ley que debia guardar como Cavallero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la mostrasse la pluma, ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, à quien una, y mil veces acusaba de impudica, y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandò llamar, y me contò lo que Libsomiros de mi le avia contado: disculpè mi inocencia, bolví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude, desmentí à mi enemigo: remitiòse la prueba à las armas, no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su Reyno, por no ir contra la Ley Catholica, que lo prohibe; diònosle una de las Ciudades libres de Alemania: llegòse el dia de la batalla, pareció en el puesto con las armas que se avian señalado, que eran espada, y rodela, sin otro artificio alguno: hicieron los padrinos, y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbra, partieronnos el Sol, y dexaronnos. Entrè yo confiado, y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo, y la verdad de mi parte. De mi contrario bien sé yo que entrò animoso, y

mas soberbio, y arrogante, que seguro de su conciencia. O Soberanos Cielos! O juicios de Dios inescrutables! Yo hize lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios, y en la limpieza de mis no executados deseos: sobre mi no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos; y con todo esso, y no saber decir el como, me hallè tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazandome de presta, è inevitable muerte. Aprieta, dixè yo entonces, ò mas venturoso, que valiente vencedor mio! Essa punta de essa espada, y sacame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo. No esperes à que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo; pecados si tengo yo, que merecen mayores castigos; pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio à mi mismo: y assi mas quiero morir con honra, que vivir deshonorado. Si no te rindes Renato, respondiò mi contrario, esta punta llegará hasta el cerebro, y hará, que con tu sangre firmes, y confirmes mi verdad, y tu pecado. Llegaron en esto los Jueces, y tomaronme por muerto, y dieron à mi enemigo el lauro de la victoria. Sacaronle del campo en hombros de sus amigos, y à mi me dexaron solo, en poder

der del quebranto, y la confusion, con mas tristeza, que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba, pues no fue bastante à quitarme la vida, ya que no me la quitò la espada de mi enemigo. Recogieronme mis criados, bolvíme à la Patria: ni en el camino, ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al Cielo, que me parecia, que sobre sus parpados cargaba el peso de la deshonra, y la pesadumbre de la infamia. De los amigos que me hablaban, pensaba que me ofendian: el claro Cielo para mi estaba cubierto de obscuras tinieblas: ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del Pueblo, de quien no pensasse, que sus platicas no naciesen de mi deshonra. Finalmente, yo me hallè tan apretado de mis melancolias, pensamientos, y confusas imaginaciones, que por salir de ellas, ò à lo menos aliviarlas, ò acabar con la vida, determinè salir de mi Patria, y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo: en un navio, con algunos de mis criados, quise desterrarme, y venir à estas Septentrionales partes à buscar lugar donde no me alcanzasse la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultasse mi nombre. Hallè esta Isla acaso: contentòme el sitio, y con el ayuda de mis criados levantè esta Hermita, y encerrème en ella: despediles, diles orden, que cada un año viniessen à verme, para que enterrassen mis huesos. El amor que me tenian, las promesas que les hize, y los dones que les di, les obligaron à cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos. Fueronse, y dexaronme entregado à mi soledad, donde hallè tan buena compania en estos arboles, en estas yerbas, y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos, y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lastima à mi mismo de no aver sido vencido muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo huviera venido antes al descanso de gozarlos. O soledad alegre, compania de los tristes! O silencio, voz agradable à los oidos, donde llegas sin que la adulacion, ni la lisonja te acompañen! O que de cosas dixera, señores, en alabanza de la fantaseada soledad, y del sabroso silencio; pero estorvame lo el decirlo primero como dentro de un año bolvieron mis criados, y traxeron consigo à mi adorada Eusebia, que es esta señora Hermitaña que veis presente, à quien mis criados dixeron en el termino que yo quedaba: y ella agradecida à mis deseos, y condolidada de mi infamia quiso, ya que no en la culpa, ferme companera en la pena: y embarcandose con ellos, dexò su Patria, y Padres, sus regalos, y

sus riquezas; y lo mas que dexò fue la honra, pues la dexò al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado: pues con su huida confirmaba su yerro, y el mio. Recibila como ella esperaba, que yo la recibiesse, y la soledad, y la hermosura que avian de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efecto contrario, merced al Cielo, y à la honestidad fuya: Dimonos las manos de legitimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz, y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años, en los cuales no se ha pasado ninguno en que mis criados no buelvan à verme, proveyendome de algunas cosas, que en esta soledad es forzoso que me falten. Trahen alguna vez consigo algun Religioso, que nos confiesse. Tenemos en la Hermita suficientes ornamentos para celebrar los Divinos Oficios; dormimos à parte, comemos juntos, hablamos del Cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios esperamos la vida eterna. Con esto diò fin à su platica Renato, y con esto diò ocasion à que todos los circunstantes se admirassen de su suceso: no porque les pareciesse nuevo dar castigos el Cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe, que por una de dos causas vienen los que parecen males à las gen-

tes, à los malos por castigo, y à los buenos por mejora: y en el numero de los buenos pusieron à Renato, con el qual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas, ni menos con Eusebia, que se mostrò prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. O vida solitaria! Dixo à esta fazon Rutilio, que sepultado en silencio avia estado escuchando la hitoria de Renato: O vida solitaria: dixo santa, libre, y segura, que infunde el Cielo en las regaladas imaginaciones! Quien te amàra, quien te abrazàra, quien te escogiera, y quien, finalmente, te gozàra. Dices bien, dixo Mauricio, amigo Rutilio, pero essas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos, porque no nos ha de causar maravilla, que un rustico pastor se retire à la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre, que en la Ciudad muere de hambre, se recoja à la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad, y la pereza: y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque misericordiosas, manos. Si yo viera à un Annibal Cartaginès encerrado en una Hermita, como vi à un Carlos Quinto encerrado en un Monasterio, suspendierame, y admiràrame; pero que se retire un Plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira,

ni me suspende. Fuera vâ de este cuento Renato, que le truxeron à estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aqui tiene en la carestia abundancia, y en la soledad compania, y el no tener mas que perder le hace vivir mas seguro. A lo que añadió Periandro: Si como tengo pocos tuviera muchos años, en trances, y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad, que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultàre mi nombre; pero no me dexan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priessa que me dà el cavallo de Cratilo, en quien quedè de mi historia. Todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro bolver à su tantas veces comenzado, y no acabado cuento, que fue así.

CAPITULO XX.

Cuenta lo que le sucediò con el cavallo, tan estimado de Cratilo, como famoso.

LA grandeza, la ferocidad, y la hermosura del cavallo, que os he descrito, tenia tan enamorado à Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como à mi de mostrar que deseaba servirle, pareciendome que el Cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable à los ojos de quien por

señor tenia, y à poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mi al Rey avia dicho. Y así, no tan maduro como presuroso, fui donde estaba el cavallo, y subí en él, sin poner el pie en el estrivo, pues no le tenia, y arremetí con él, sin que el freno fuese parte para detenerlo, y llegué à la punta de una peña, que sobre la mar pendía: y apretandole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hize volar por el ayre, y dar con entrambos en la profundidad del mar: y en la mitad del buelo me acordè, que pues el mar estaba elado, me avia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte, y la fuya por cierta; pero no fue así, porque el Cielo, que para otras cosas que él sabe, me debe de tener guardado, hizo que las piernas, y brazos del poderoso cavallo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño, que averme sacudido de sí el cavallo, y echado à rodar, resvalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera, que no pensasse, y creyesse, que yo quedaba muerto; pero quando me vieron levantar en pie, aunque tuvieron el suceso à milagro, juzgaron à locura mi atrevimiento. Duro se le hizo à Mauricio el terrible salto del cavallo, tan sin lesion, que quisiera él, por lo menos, que se huviera quebrado tres, ò quatro piernas,

porque no dexara Periandro tan à la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el credito que todos tenían de Periandro les hizo no passar adelante con la duda del no creerle: que así como es pena del mentiroso, que quando diga verdad no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creído quando diga mentira; y como no pudieron estorvar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la fuya, diciendo: Bolví à la ribera con el cavallo, bolví así mismo à subir en él, y por los mismos passos que primero le incitè à saltar segunda vez; pero no fue posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojar-se, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedandose clavado en la tierra. Cubrióse luego de un sudor de pies à cabeza, tan lleno de miedo, que le bolví de leon en cordeiro, y de animal indomable en generoso cavallo, de manera, que los muchachos se atrevieron à manosearle, y los Cavallerizos del Rey, enjaezandole, subieron en él, y le corrieron con seguridad, y él mostrò su ligereza, y su bondad, hasta entonces jamás vista, de lo que el Rey quedò contentísimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras avian correspondido à sus pala-

bras. Tres meses estuvo en su rigor el yelo, y estos se tardaron en acabar un navio, que el Rey tenia comenzado, para correr en conveniente tiempo aquellos mares, limpiandolos de cofarios, enriqueciendose con sus robos. En este entretanto le hize algunos servicios en la caza, donde me mostrè sagaz, y experimentado, y gran sufridor de trabajos: porque ningun exercicio correspondia, así al de la guerra, como el de la caza, à quien es anexo el canfancio, la sed, y la hambre, y aún à veces la muerte. La liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostrò conmigo, y con los míos extremada, y la cortesía de Cratilo le corriò parejas. Los doce Pescadores, que traxo consigo Sulpicia, estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron, estaban ganados. Acabòse el navio, mandò el Rey aderezarle, y pertrecharle de todas las cosas necessarias largamente, y luego me hizo Capitan de él à toda mi voluntad, sin obligarme à que hiciesse cosa mas de aquella que fuesse de mi gusto: y despues de averle besado las manos por tan gran beneficio, le dixè que me diese licencia de ir à buscar à mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder de el Rey de Dinamarca. Cratilo me la diò para todo aquello que quisiesse hacer, diciendome que

à mas le tenia obligado mi buen termino, hablando como Rey, à quien es anexo, tanto el hacer mercedes, como la afabilidad: y si se puede decir la buena crianza. Esta tuvo Sulpicia en todo extremo, acompañandola con la liberalidad, con la qual ricos, y contentos, yo, y los míos nos embarcamos, sin que quedasse ninguno. La primera derrota que tomamos fue à Dinamarca, donde creí hallar à mi hermana, y lo que hallè fueron nuevas, de que à la ribera del mar à ella, y à otras doncellas las avian robado cofarios. Renovaronse mis trabajos, y comenzaron de nuevo mis lastimas, à quien acompañaron las de Carino, y Solercio, los quales creyeron que en la desgracia de mi hermana, y en su prision se debia de comprehender la de sus esposas. Sospecharon bien, dixo à esta fazon Arnaldo; y prosiguiendo Periandro, dixo: Barrimos todos los mares, rodeamos todas, ò las mas Islas de estos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana: pareciendome à mi (con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo) que la luz de su rostro no podia estar encubierta, por ser obscuro el lugar donde estuviessè, y que la suma discrecion suya avia de ser el hilo que la sacasse de qualquier labyrintho. Prendimos cofarios, soltamos prisioneros, reitui-

mos haciendas à sus dueños, alzamos con las mal ganadas de otros, y con esto, colmando nuestro navio de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los míos bolver à sus redes, y à sus casas, y à los brazos de sus hijos, imaginando Carino, y Solercio ser posible hallar à sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallaban. Antes de esto llegamos à aquella Isla, que à lo que creo se llama Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y à todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas. No pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario, y así en traje de Marineros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho. Allí ganè los premios, allí fui coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomò ocasion Simforosa de desear saber quien yo era, como se viò por las diligencias que para ello hizo. Buelto al navio, y resueltos los míos de dexarme, les roguè que me dexassen el barco, como en premio de los trabajos, que con ellos avia passado. Dexaronmele, y aún me dexaran el navio, si yo le quisiera, diciendome, que si me dexaban solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle como lo avia mostrado la experiencia en las diligencias, que aviamos hecho para conseguirle.

guirle. En resolución, con seis Pescadores que quisieron seguirme, llevados del premio que les di, y del que les ofrecí, abrazando à mis amigos me embarqué, y puse la piroa en la Isla Barbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre, y la falsa profecía que los tenia engañados: la qual no os refiero, porque sé que la sabeis. Di al través en aquella Isla, fui preso, y llevado donde estaban los vivos enterados: sacaronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbarataronse los leños que servian de barcas: falló al mar ancho en un pedazo de ellas, con cadenas que me rodeaban el cuello, y esposas que me ataban las manos: caí en las misericordiosas del Principe Arnaldo, que está presente, por cuya orden entré en la Isla, para ser espia que investigasse si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuesse hermano de Auristela; la qual vino otro dia en traje de varon à ser sacrificada: conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo avia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba: y el modo como allí las dos vinieron, ella lo dirá quando quisiere. Lo que en la Isla nos sucedió ya lo sabeis: y con esto, y con lo que à mi hermana le queda por decir, quedaréis satisfechos de casi todo aquello que acer-

tare à pedirnos el desseo en la certeza de nuestros successos.

CAPITULO XXI.

Llega Sinibaldo hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de bolver à aquel Reyno con Renato, y Eusebia. Llevan en su navio à Arnaldo, Mauricio, Transila, y Ladislao: y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Rucela, y Constanza: y Rutilio se queda allí por Hermitaño.

NO sé si tenga por cierto, de manera que ose firmar, que Mauricio, y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiesse fin en su practica: porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser defabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos; que puesto que avian sido pocos, desde que fue robada de poder de Arnaldo, hasta que Periandro la halló en la Isla Barbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura; ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorvára una nave que vieron venir por alta mar, encaminada à la Isla con todas las velas tendidas,

didas, de modo, que en breve rato llegó à una de las calas de la Isla, y luego fue de Renato conocida, el qual dixo: Esta es, señores, la nave donde mis criados, y mis amigos suelen visitarme algunas veces. Ya en esto echa la zaloma, y arrojado el esquiife al agua, le llenó de gente, que salió à la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato, y todos los que con él estaban. Hasta veinte serian los desembarcados, entre los quales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demás: el qual apenas vió à Renato, quando con los brazos abiertos se vino à él, diciendole: Abrazame hermano, en albricias de que te traygo las mejores nuevas que pudieras desear. Abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, à quien dixo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, (ò hermano mio!) que ver tu presencia; que puesto que en el finietro estado en que me veo ninguna alegría seria bien que me alegrasse el verte passar adelante, y tiene excepcion en la comun regia de mi desgracia. Sinibaldo se bolvió luego à abrazar à Eusebia, y le dixo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traygo: las quales no ferà bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra

pena. Sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que aviendo estado seis dias antes que muriesse sin habla, se la dió el Cielo seis horas antes que despidiesse el alma, en el qual espacio, con muestras de un grande arrepentimiento, confesó la culpa en que avia caído de averos acusado falsamente. Confesó su embidia, declaró su malicia; y finalmente hizo todas las demonstraciones bastantes à manifestar su pecado. Puso en los secretos juicios de Dios el aver salido vencedor su maldad contra la bondad vuestra; y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso que quedasse por instrumento publico esta verdad, la qual sabida por el Rey, tambien por publico instrumento, os bolvió vuestra honra, y os declaró à ti, ò hermano! por vencedor, y à Eusebia por honesta, y limpia: y ordenó, que fuessedes buscados, y que hallados os llevassen à su presencia, para recompensaros con su magnanimidad, y grandeza las estrechezas en que os deveis de aver visto. Si estas son nuevas dignas de que os den gusto, à vuestra buena consideracion lo dexo. Son tales, dixo entonces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni possession de no esperadas riquezas que las lleguen: porque la honra perdida, y buelta à cobrar

brar con extremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguala. Gozeisle luengos años, señor Renato, y gozele en vuestra compañía la sin par Eusebia, hiedra de vuestro muro, olmo de vuestra hiedra, espejo de vuestro gusto, y exemplo de bondad, y agradecimiento. Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego passaron à preguntarle por nuevas de lo que en Europa passaba, y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenían poca noticia. Sinibaldo respondió, que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto por el Rey de los Dánaos Leopoldio, el Rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que à Leopoldio favorecian. Contò asimismo como se murmuraba, que por la ausencia de Arnaldo, Principe heredero de Dinamarca, estaba su Padre tan à pique de perderse: del qual Principe decian, que qual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabia quien fuesen sus Padres. Contò con esto guerras del de Transilvania, movimientos del Turco, enemigo comun del genero humano: diò nuevas de la gloriosa muerte de Carlos Quinto, Rey de España, y Emperador

Romano, terror de los enemigos de la Iglesia, y assombro de los sequaces de Mahoma. Dixo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron, y otras suspendieron, y las unas, y las otras dieron gusto à todos; fino fue el pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyò la opresion de su Padre, puso los ojos en el suelo, y la mano en la mexilla, y al cabo de un buen espacio que asi estuvo, quitò los ojos de la tierra, y poniendolos en el Cielo, exclamando en voz alta, dixo: O amor, ò honra, ò compasion paterna, y como me apretais el alma! Perdona-me amor, que no porque me aparto te dexo: esperame, ò honra, que no porque tenga amor, dexarè de seguirte: consuelate, ò Padre, que ya buelvo: esperad-me vassallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor, y el mas bien enamorado del mundo. Para la sin par Auristela quiero ir à ganar lo que es mio, y para poder merecer por ser Rey, lo que no merezco por ser amante; que el amante pobre, si la ventura à manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue à felice fin su deseo. Rey la quiero pretender, Rey la he de servir, amante la he de adorar: y si con todo esto no la pudiere merecer, culparè mas à mi fuer-

te,

te, que à su conocimiento. Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedò de todos, fue Sinibaldo, à quien Mauricio avia dicho como aquel era el Principe de Dinamarca, y aquella, mostrandole à Auristela, la prisionera, que decian que le trahia rendido. Puso algo mas de proposito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgò à discrecion la que en Arnaldo parecia locura: porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de quantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es, pues, el caso, que aquel mismo dia se concertò, que Renato, y Eusebia se bolviessen à Francia, llevando en su navio à Arnaldo para dexarle en su Reyno: el qual quiso llevar consigo à Mauricio, y à Transila su hija, y à Ladislao su yerno, y que en el navio de la huída, prosiguiendo su viage, fuesen à España, Perianandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla, y la hermosa Constanza. Rutilio viendo este repartimiento, estuvo esperando à que parte le echarian; pero antes que la declarassen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicò le hiciesse heredero de sus alhajas, y le dexasse en aque-

lla Isla, siquiera, para que no faltasse en ella quien encendiese el farol, que guiasse à los perdidos navegantes: porque el queria acabar bien la vida, hasta entonces mala. Reforzaron todos su Christiana peticion, y el buen Renato, que era tan Christiano, como liberal, le concedió todo quanto pedia, diciendole, que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dexaba; puesto que eran todas las necessarias para cultivar la tierra, y passar la vida humana: à lo que añadió Arnaldo, que el le prometia, si se viesse pacifico en su Reyno, de embiarle cada un año un Baxel que le socorriese. A todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas de ellos lloraron de ver la fanta resolucion del nuevo Hermitaño; que aunque la nuestra no se enmienda, siempre dà gusto ver enmendar la agena vida, sino es que llega à tanto la protervidad nuestra, que querriamos ser el abyfmo que à otros abyfmos llamasse. Dos dias tardaron en disponerse, y acomodarse para seguir cada uno su viage, y al punto de la partida hubo cortesefes comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Perianandro, y Auristela: y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas, y comedidas, pues no alborotaron el pecho

cho de Periandro. Llorò Tranfila, no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao: Gimiò Riela, enterneciòse Constanza, y su Padre, y su hermano tambien se mostraron tiernos. Andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los habitos de Hermitaño de Renato, despidiendose de estos, y de aquellos, mezclando sollofos,

y lagrimas todos à un tiempo. Finalmente, combidandoles el fofsegado tiempo, y un viento, que podia servir à diferentes viages, se embarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las Hermitas. Y aqui diò fin à este segundo libro el Autor de esta peregrina historia.



LIBRO

LIBRO TERCERO,

DE LA
HISTORIA
DE
LOS TRABAJOS DE PERSILES,
Y SIGISMUNDA.
CAPITULO PRIMERO.

Llegan à Portugal, desembarcan en Belèn: passan por tierra à Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en trage de Peregrinos.



OMO están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar, ni fofegar, sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla, que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se dexa, uno se profiga, y otro se olvide: y el que mas cerca anduviere de su fofiego, esse será el mejor, quando no se mezcle con error de

entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dexar en un punto el deseo, que tanto tiempo avia mostrado de servir à Auristela; pero no se puede decir que le dexò, sino que le entretuvo en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderò de su alma: el qual deseo se le declarò Arnaldo à Periandro una noche antes de la partida, hablándole à parte en la Isla de las Hermitas. Allí le suplicò (que quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica) que mirasse por su hermana Auristela, y que la guardasse para Reyna de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrasse à èl buena en cobrar su Reyno, y en tan justa demanda perdiessse la vida, se estimasse Auristela por viuda de un Principe, y como tal supiessse escoger esposo; puesto que ya èl sabia, y muchas veces lo avia dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor Reyno del mundo, no que del de Dinamarca. Periandro le respondió, que le agradecia su buen deseo, y que èl tendria cuydado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaba, y que tan bien le venia. Ninguna de estas razones, dixo Periandro à Auristela, porque las alabanzas que se dan à la persona amada, hálas de decir el amante

como propias, y no como que se dicen de persona ajená. No ha de enamorar el amante con las gracias del otro, suyas han de ser las que mostràre à su Dama: si no canta bien, no le trayga quien la cante: si no es demasiado gentil-hombre, no se acompañe con Ganimedes: y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuvieren no las enmiende con ajenas sobras. Estos consejos no se dan à Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior à pocos. En esto iban las naves con un mismo viento, por diferentes caminos, que este es uno de los que parecen mysterios en el arte de la navegacion. Iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules: mostravase el mar colchado, porque el viento tratándole con respecto, no se atrevia à tocarle à mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dexaba resvalar por èl con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaba. De esta suerte, y con la misma tranquilidad, y sosiego navegaron diez y siete días, sin ser necesario subir, ni baxar, ni llegar à templar las velas: cuya felicidad en los que navegan, si no tuviesse por descuentos el temor de borrascas venideras, no avia gusto con que igualarle. Al cabo de estos, ò pocos mas días, al amanecer de uno, dixo un grumete, que

que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco, tierra, tierra, aunque mejor diria, Cielo, Cielo, porque sin duda estamos en el parage de la famosa Lisboa: cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas, y alegres lagrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Confianza: porque les pareció que ya avian llegado à la tierra de Promission que tanto deseaban. Echòle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: Ahora sabrás, barbará mia, del modo que has de servir à Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: ahora verás los ricos Templos en que es adorado; verás juntamente las Catholicas ceremonias con que se sirve: y notarás como la charidad Christiana està en su punto. Aquí en esta Ciudad verás como son verdugos de la enfermedad muchos Hospitales, que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, embuelto en la eficacia de infinitas Indulgencias, gana la del Cielo. Aquí el amor, y la honestidad se dan las manos, y se pasean juntos: la cortesía no dexa que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente, que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados, porque son

discretos. La Ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el Universo. Su Puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir à numero, sino de selvas movibles de arboles, que los de las naves forman. La hermosura de las mugeres admira, y enamora: la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen. Finalmente, esta es la tierra que dà al Cielo, santo, y copiosísimo tributo. No digas mas, dixo à esta fazon Periandro, dexa Antonio algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo, algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo: y así creciendo el gusto por puntos, vendrà à ser mayor en sus extremos. Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de Puerto en Puerto, y de Isla en Isla, sujeta à la inconstancia del mar, y à la movible voluntad de los vientos: y mas quando supo, que desde allí à Roma podía ir à pie enjuto, sin embarcarse otra vez, si no quisiessse. Medio día seria quando llegaron à San Gian, donde se registrò el navio, y donde el Castellano del Castillo, y los que con èl entraron en la nave, se admiraron de la hermosura de Auristela, de la gallardía de Periandro,

del traje barbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Ricla, y de la agradable belleza de Constanza. Supieron ser estrangeros, y que iban peregrinando à Roma. Satisfizo Periandro à los Marineros, que los avian trahido, magnificamente, con el oro que facò Ricla de la Isla Barbara, ya buelto en moneda corriente en la Isla de Policarpo. Los Marineros quisieron llegar à Lisboa à grangearlo con alguna mercancia. El Castellano de San Gian embiò al Governador de Lisboa, que entonces era el Arzobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaba en la Ciudad, nueva de la venida de los estrangeros, y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el traje de barbara, no solamente no la encubria, pero la realzaba. Exageròle asimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no Barbaros, sino Cortesanos parecian. Llegò el navio à la ribera de la Ciudad, y en la de Belèn se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada, y devota de la fama de aquel Santo Monasterio, visitarle primero, y adorar en el al verdadero Dios, libre, y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Avia salido à la marina infinita gente à ver los estrangeros desembarcados en Belèn: corrieron allà todos por ver

la novedad, que siempre se lleva tras si los deseos, y los ojos. Ya salia de Belèn el nuevo esquadron de la nueva hermosura, Ricla medianamente hermosa, pero extremadamente à lo barbaro vestida: Constanza hermosissima, y rodeada de pieles, Antonio el Padre, brazos, y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demàs del cuerpo. Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano, y la aljaba de las saetas à las espaldas. Periandro con casaca de terciopelo verde, y calzones de lo mismo à lo marinero: un bonete estrecho, y puntiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las fortijas de oro que sus cabellos formaban. Auristela trahia toda la gala del Septentrion en el vestido, la mas bizarra gallardia en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro. En efecto todos juntos, y cada uno de por si causaban espanto, y maravilla à quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela, y el gallardo Periandro. Llegaron por tierra à Lisboa, rodeados de Plebeya, y de Cortesana gente: llevaronlos al Governador, que despues de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quienes eran, de donde venian, y adonde iban: à lo que respondió Periandro, que ya trahia estudiada la respuesta que avia de dar à semejantes preguntas,

tas, viendo que se la avian de hacer muchas veces, quando queria, ò le parecia que convenia, relataba su historia à lo largo, encubriendo siempre sus Padres, de modo, que satisfaciendo à los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, à lo menos gran parte de su historia. Mandòlos el Visorrey alojar en uno de los mejores alojamientos de la Ciudad, que acertò à ser la casa de un magnifico Cavallero Portuguès, donde era tanta la gente que concurría para ver à Auristela, de quien solo avia salido la fama de lo que avia que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudasen los trages de barbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que trahian era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo: ademàs que para el viage que ellos llevaban de Roma, ninguno les venia mas à cuento. Hizose así, y de allí à dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeciò, pues, que al salir un dia de casa, un hombre Portuguès, se arrojò à los pies de Periandro, llamandole por su nombre, y abrazandole por las piernas, le dixo: Què ventura es esta, señor Periandro, que la dès à esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu

nombre, que uno foy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrafada Isla Barbara, donde tu la tenias perdida. Halleme à la muerte de Manuel de Sofa Coutiño, el Cavallero Portuguès; apartème de ti, y de los tuyos en el hospedage donde llegò Mauricio, y Ladislao en busca de Tranfila, esposa del uno, è hija del otro. Traxome la buena suerte à mi Patria, contè aqui à sus parientes la enamorada muerte: creyeronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los Portugueses. Un hermano suyo, que heredò su hacienda, ha hecho sus exequias, y en una Capilla de su linage, le puso en una piedra de marmol blanco, como si debaxo de ella estuviera enterrado, un epitaphio, que quiero que vengais à ver todos así como estais, porque creo que os ha de agradar por discreto, y por gracioso. Por las palabras bien conociò Periandro que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba averle visto en su vida. Con todo esso se fueron al Templo que decia, y vieron la Capilla, y la losa, sobre la qual estaba escrito en lengua Portuguesa este epitaphio, que leyò casi en Castellano Antonio el Padre, que decia así:

Aqui yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Coutiño, Cavallero Portuguès; que à no ser Portuguès àun fuera vivo. No murió à las manos de ningun Castellano, sino à las del amor, que todo lo puede. Procura saber su vida, y embidiarà su muerte, passagero.

Viò Periandro que avia tenido razon el Portuguès de alabarle el epitaphio, en el escrivir, de los quales tiene gran primor la Nacion Portuguesa. Preguntò Auristela al Portuguès, que sentimiento avia hecho la Monja, Dama del muerto, por la muerte de su amante: el qual la respondió, que dentro de pocos dias que la supo pasó de esta à mejor vida: ò ya por la estrechez de la que hacia siempre, ò ya por el sentimiento del no pensado suceso. Desde allí se fueron en casa de un famoso Pintor, donde ordenò Periandro, que en un lienzo grande le pintasse todos los mas principales casos de su historia. A un lado pintò la Isla Barbara, ardiendo en llamas, y allí junto la Isla de la prision, y un poco mas desviado la balsa, ò enmadeamiento, donde le hallò Arnaldo quando le llevó à su navio. En otra parte estaba la Isla nevada, donde el enamorado Portuguès perdió la vida: luego la nave que los Soldados de Arnaldo tala-

draron. Allí junto pintò la division del esquife, y de la barca: allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa, y su muerte: acà estaban serrando por la quilla la nave que avia servido de sepultura à Auristela, y à los que con ella venian: acullà estaba la agradable Isla donde viò en sueños Periandro los dos esquadrones de virtudes, y vicios: y allí junto la nave donde los peces Naufragos pescaron à los dos Marineros, y les dieron en su vientre sepultura. No se olvidò de que pintasse verse empedrados en el mar elado el asfalto, y combate del navio, ni el entregarse à Cratilo. Pintò asimismo la temeraria carrera de el poderoso cavallo, cuyo espanto de leon le hizo cordero, que los tales con un asombro se amansan. Pintò como en rasguño, y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronandose à si mismo por vencedor en ellas. Resolutamente no quedó passo principal en que no hiciese labor en su historia que allí

no pintasse, hasta poner la Ciudad de Lisboa, y su desembarcacion en el mismo traje en que avian venido. Tambien se viò en el mismo lienzo arder la Isla de Policarpo, à Clodio traspasado con la saeta de Antonio, y à Zenobia colgada de una entena. Pintose tambien la Isla de las Hermitas, y à Rutilio con apariencias de Santo. Este lienzo se hacia de una recopilación que les excusaba de contar su historia por menudo: porque Antonio el mozo declaraba las pinturas, y los sucesos quando le apretaban à que los dixesse; pero en lo que mas se aventajò el Pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien decian se avia mostrado à saber pintar una hermosa figura; puesto que la dexaba agravada, pues à la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento Divino, no avia pincel humano que alcanzasse. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los quales gastaron en visitar los Templos, y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion; al cabo de los quales, con licencia del Visorrey, y con patentes verdaderas, y firmes de quienes eran, y adonde iban, se despidieron de el Cavallero Portuguès su huésped, y del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grandes caricias, y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla: y esta partida fue menester ha-

cerla de noche, temerosos, que si de dia la hicieran, la gente que les seguiria la estorvára; puesto que la mudanza del traje avia hecho ya que amaynasse la admiracion.

CAPITULO II.

Peregrinos, su viage por España: sucesos nuevos, y extraños casos.

PEdian los tiernos años de Auristela, y los mas tiernos de Constanza con los entreverados de Ricla, coches, estruendo, y aparato para el largo viage en que se ponian; pero la devocion de Auristela que avia prometido de ir à pie hasta Roma, desde la parte do llegasse en tierra firme, llevó tras si las demás devociones: y todos de un parecer, así varones, como hembras votaron el viage à pie, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta. Con esto cerrò la del dar Ricla, y Periandro se excusò de no disponer de la Cruz de diamantes que Auristela trahia, guardandola con las inestimables perlas para mejor ocasion. Solamente compraron un bagage, que sobre llevasse las cargas que no pudieran sufrir las espaldas. Acomodaronse de bordones, que servian de arrimo, y defensa, y de vaynas de unos agudos estoques. Con este Christiano, y

humilde aparato salieron de Lisboa, dexandola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del extremo de discrecion, y belleza de los Peregrinos estrangeiros. De esta manera acomodandose à sufrir el trabajo de hasta dos, ò tres leguas de camino cada dia llegaron à Badajoz, donde ya tenia el Corregidor Castellano nuevas de Lisboa como por allí avian de passar los nuevos Peregrinos: los quales entrando en la Ciudad acertaron à alojarse en un Meson donde se alojaba una Compañia de famosos Recitantes, los quales aquella misma noche avian de dar la muestra, para alcanzar la licencia de representar en publico en casa del Corregidor; pero apenas vieron el rostro de Auristela, y el de Constanza, quando les sobrefaltò lo que solia sobrefaltar à todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion, y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse como fue el ingenio de un Poeta, que de proposito con los Recitantes venia, asì para enmendar, y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo: exercicio mas ingenioso, que honrado, y mas de trabajo, que de provecho; pero la excelencia de la poèsia es tan

limpia como el agua clara, que à todo lo no limpio aprovecha: es como el Sol, que passa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada: es habilidad, que tanto vale, quanto se estima: es un rayo, que suele salir de donde està encerrado, no abrafando, sino alumbrando: es instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos, y al passo del deleyte lleva consigo la honestidad, y el provecho. Digo en fin, que este Poeta, à quien la necesidad avia hecho trocar los Parnafos con los Mesones, y las Castalias, y las Aganipes con los charcos, y arroyos de los caminos, y ventas, fue el que mas se admirò de la belleza de Auristela, y al momento la marcò en su imaginacion, y la tuvo por mas que buena para ser Comedianta, sin reparar si sabia, ò no la lengua Castellana. Contentòle el talle, diòle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en habito corto de varon, desnudòla luego, y vistióla de Ninfa, y casi al mismo punto la envistió de la Magestad de Reyna, sin dexar trage de rifa, ò de gravedad de que no la vistieffe: y en todos se le representò grave, alegre, discreta, aguda, y sobre manera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa. Valgame Dios, y con quantà facilidad discurre el ingenio de un Poeta, y se arroja à romper por mil impossibles, sobre

quan

quan flacos cimientos levanta grandes quimeras, todo se lo halla hecho, todo facil, todo llano, y esto de manera, que las esperanzas le sobran, quando la ventura le falta! Como lo mostrò este nuestro moderno Poeta, quando viò descoger acafo el lienzo donde venian pintados los trabajos de Periandro. Allí se viò el en el mayor que en su vida se avia visto, por venirle à la imaginacion un grandissimo deseo de componer de todos ellos una comedia; pero no acertaba en que nombre le pondria, si la llamaria comedia, ò tragedia, ò tragicomedia; porque si sabia el principio, ignoraba el medio, y el fin, pues aun todavia iban corriendo las vidas de Periandro, y de Auristela: cuyos fines avian de poner nombre à lo que de ellos se representasse. Pero lo que mas le fatigaba, era pensar como podria encaxar un Lacayo consejero, y gracioso en el mar, y entre tantas Islas, fuego, y nieves: y con todo esto no se desesperò de hacer la comedia, y de encaxar el tal Lacayo, à pesar de todas las reglas de la poèsia, y à despecho del arte comico. Y en tanto, que en esto iba, y venia, tuvo lugar de hablar à Auristela, y de proponerle su deseo, y de aconsejarla quan bien la estaria si se hiciesse recitanta. Dixole, que à dos salidas al teatro le lloverian minas de oro acuestas; porque los Prin-

cipes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre; pero que por la mayor parte rendian su voluntad à las ninfas de los theatros, à las diosas enteras, y à las semideas, à las Reynas de estudio, y à las fregonas de apariencia. Dixole, que si alguna fiesta Real acertasse à hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas, ò las mas libreas de los Cavalleros avian de venir à su casa rendidas à besarle los pies. Representòle el gusto de los viages, y el llevarse tras sí dos, ò tres disfrazados Cavalleros, que la servirian, tan de criados, como de amantes: y sobre todo encarecia, y puso sobre las nubes la excelencia, y la honra que le darian en encargarle las primeras figuras. En fin, le dixo, que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran Castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra, y provecho cabian en un saco. Auristela le respondió, que no avia entendido palabra de quantas le avia dicho, porque bien se veia que ignoraba la lengua Castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros exercicios, si no tan agradables, à lo menos mas convenientes. Desesperòse el Poeta con la resoluta respuesta de Auristela: miròse à los

M 3

pies

pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad, y locura. Aquella noche fueron à dar muestra en casa del Corregidor, el qual como huviesse sabido que la hermosa junta peregrina estava en la Ciudad, los embió à buscar, y à combidar viniessen à su casa à ver la comedia, y à recibir en ella muestras del deseo que tenia de servirles, por las que de su valor le avian escrito de Lisboa. Aceptò Periandro con parecer de Auristela, y de Antonio el Padre, à quien obedecian como à su mayor. Juntas estaban muchas Damas de la Ciudad con la Corregidora quando entraron Auristela, Ricla, y Constanza con Periandro, y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que à sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos Peregrinos: los quales acrecentando con su humildad, y buen parecer la benevolencia de los que los recibieron, dieron lugar à que les diesse casi el mas honrado en la fiesta, que fue la representacion de la fabula de Zefalo, y de Pocris, quando ella zelosa mas de lo que debia, y èl con menos discurso que fuera necesario, disparò el dardo, que à ella le quitò la vida, y à èl gusto para siempre. El verso tocò los extremos de bondad posibles, como compuestos, segun se dixo, por Juan de Herrera de Gamboa,

à quien por mal nombre llamaron el Maganto: cuyo ingenio tocò asimismo las mas altas rayas de la poética esfera. Acabada la comedia, desmenuzaron las Damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas un todo, à quien dieron por nombre Perfeccion sin tacha: y los Varones dixeron lo mismo de la gallardía de Periandro: y de recudida se alabò tambien la belleza de Constanza, y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuvieron en la Ciudad, donde en ellos mostrò el Corregidor ser Cavallero liberal, y tener la Corregidora condicion de Reyna, segun fueran las dadas, y presentes que hizo à Auristela, y à los demás Peregrinos: los quales mostrandose agradecidos, y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos de donde quiera que estuviesen. Partidos, pues, de Badajoz, se encaminaron à Nuestra Señora de Guadalupe, y aviendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomò la noche en un monte poblado de infinitas encinas, y de otros rusticos arboles. Tenia suspenso el Cielo el curso, y fazon del tiempo en la balanza, igual de los dos Equinoccios, ni el calor fatigaba, ni el frio ofendia, y à necesidad tambien se podia passar la noche en el campo, como en la aldea: y à esta causa, y por estar lexos un Pueblo

blo quiso Auristela que se quedassen en unas majadas de Pastores boyeros, que à los ojos se les ofrecieron. Hizose lo que Auristela quiso, y apenas avian entrado por el bosque doscientos passos, quando se cerrò la noche con tanta obscuridad, que los detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbré de los boyeros, porque su resplandor les sirviesse de norte para no errar el camino. Las tinieblas de la noche, y un ruido que sintieron les detuvo el passo, è hizo que Antonio el mozo se apercibiesse de su arco, perpetuo compañero suyo. Llegò en esto un hombre à cavallo, cuyo rostro no vieron, el qual les dixo: Sois de esta tierra, buena gente? No por cierto, respondiò Periandro, sino de bien lexos de ella: Peregrinos estrangeros somos, que vamos à Roma, y primero à Guadalupe: Si, que tambien, dixo el de à cavallo, hay en las estrangeras tierras charidad, y cortesía, tambien hay almas compasivas donde quiera. Pues no, respondiò Antonio: Mirad, señor, quien quiera que seais, si aveis menester algo de nosotros, y vereis como sale verdadera vuestra imaginacion. Tomad, dixo pues, el Cavallero, tomad señores, esta cadena de oro, que debe de valer mas de doscientos escudos, y tomad asimismo esta prenda, que no debe de tener precio, à lo

menos yo no se le hallo, y darle heis en la Ciudad de Truxillo à uno de dos Cavalleros, que en ella, y en todo el mundo son bien conocidos: llamase el uno Don Francisco Pizarro, y el otro Don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos, y ambos en todo extremo: y en esto puso en las manos de Ricla (que como muger compasiva se adelantò à tomarlo) una criatura, que ya comenzaba à llorar, embuelta; ni se supo por entonces si en ricos, ò en pobres paños: y direis à qualquiera de ellos que la guarden, que presto sabrán quien es, y las desdichas que à ser dichoso le avrán llevado si llega à su presencia: y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los quales, si aqui llegaren, y preguntaren si me aveis visto, direis que no, pues os importa poco el decir esto; ò si ya os pareciere mejor, decid, que por aqui passaron tres, ò quatro hombres de à cavallo, que iban diciendo: A Portugal, à Portugal, y à Dios quedad, que no puedo detenerme: que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra: y arimando las que trahia al cavallo, se apartò como un rayo de ellos; pero casi al mismo punto bolviò el Cavallero, y dixo: No està baptizado, y tornò à seguir su viage. Veis aqui à nuestros Peregrinos, à Ricla con la criatura en

los brazos, à Periandro con la cadena al cuello, à Antonio el mozo, sin dexar de tener flechado el arco, y al Padre en postura de defembaynar el estoque, que de bordon le servia, y à Auristela confusa, y atonita del extraño suceso, y à todos juntos admirados del extraño acontecimiento: cuya salida fue por entonces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiesen, llegassen à la majada de los boyeros, donde podria ser hallassen remedios para sustententar aquella recién nacida criatura, que por su pequeñez, y la debilidad de su llanto, mostraba ser de pocas horas nacida. Hizose así, y apenas llegaron à la majada de los Pastores, à costa de muchos tropiezos, y caídas, quando antes que los Peregrinos les preguntassen si eran fervidos de darles alojamiento aquella noche, llegó à la majada una muger llorando triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos, que se esforzaba à no dexar salir la voz del pecho. Venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica, y principal persona. La lumbre, y luz de las hogueras, à pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa; puesto que Ricla que fabia mas de edades, la juzgó por de diez y seis à diez y siete años. Preguntaronla los Pastores

si la seguia alguien, ò si tenia otra necesidad, que pidiesse presto remedio: à lo que respondió la dolorosa muger: Lo primero, señores, que aveis de hacer, es ponerme debaxo de la tierra: quiero decir, que me encubrais de modo, que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque defmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dixo un Pastor viejo, mostrarà que tenemos charidad: y aguijando con presteza à un hueco de un arbol, que en una valiente encina se hacia, puso en el algunas pieles blandas de ovejas, y cabras, que entre el ganado muerto se criaban: hizo un modo de lecho, bastante por entonces à suplir aquella necesidad precisa: tomó luego à la muger en los brazos, y encerròla en el hueco, adonde le dió lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo. Colgó luego delante del hueco otras pieles como para enjugarse. Ricla viendo hecho esto, aviendo conjeturado, que aquella sin duda debia de ser la Madre de la criatura que ella tenia, se llegó al Pastor charitativo, diciendole: No pongais, buen señor, termino à vuestra charidad, y usadla con esta criatura que tengo en los brazos, antes que perezca de hambre, y en breves razones le contó como se le avian dado. Respondiòla el

Pastor à la intencion, y no à sus razones, llamando à uno de los demás Pastores, à quien mandò, que tomando aquella criatura, la llevassen al aprisco de las cabras, è hiciesse de modo como de alguna de ellas tomasse el pecho. Apenas hubo hecho esto, y tan apenas, que casi se oían los ultimos acentos del llanto de la criatura, quando llegaron à la majada un tropel de hombres à cavallo, preguntando por la muger desmayada, y por el Cavallero de la criatura; pero como no les dieron nuevas, ni noticia de lo que pedian, passaron con extraña pricssa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores; y aquella noche passaron con mas comodidad que los Peregrinos pensaron, y con mas alegría de los Ganaderos por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el arbol de quien era.

PREñada estaba la encina (dígamoslo así) preñadas estaban las nubes, cuya obscuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del arbol preguntaron; pero al compasivo Pastor, que era Mayoral del hatu, ninguna cosa le pudo turbar para que dexasse de acudir à proveer lo que fuesse necessario al recibimiento de

sus huespedes. La criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rustico sustento, y los Peregrinos el nuevo, y agradable hospedage. Quisieron todos saber luego que causas avian trahido allí à la lastimada, y al parecer fugitiva, y à la desamparada criatura; pero fue parecer de Auristela, que no le preguntassen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no fuelen dar licencia à la lengua, aún à que cuente venturas alegres, quanto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano Pastor visitaba à menudo el arbol, no preguntaba nada al deposito que tenia, sino solamente por su salud, y fuere respondido, que aunque tenia mucha ocasion para no tenerla, le sobraria, como ella se viesse libre de los que la buscaban, que eran su Padre, y hermanos. Cubriòla, y encubriòla el Pastor, y dexòla, y bolvióse à los Peregrinos que aquella noche la passaron con mas claridad de las hogueras, y fuegos de los Pastores, que con aquella que ella les concedia, y antes que el canancio les obligasse à entregar los sentidos al sueño, quedò concertado, que el Pastor que avia llevado la criatura, à procurar que las cabras fuessen sus amas, la llevasse, y entregasse à una hermana de el anciano Ganadero, que casi dos leguas de allí en una pequeña aldea vivia. Dieronle que llevasse la cadena, con orden de darla à criar

en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguraron, y apercibieron à desmentir las espías, si acaso bolviessen, ò viniessen otras de nuevo à buscar los perdidos, à lo menos los que perdidos parecían. En tratar de esto, y en satisfacer la hambre, y en un breve rato que se apoderò de sus ojos el sueño, y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y se vino, à mas andar el día, alegre para todos, sino para la temerosa, que encerrada en el arbol, apenas osaba ver del Sol la claridad hermosa. Con todo esso, aviendo puesto primero cerca, y lexos del rebaño, de trecho en trecho centinelas que avisassen si alguna gente venia, la facaron del arbol, para que le diessen el ayre, y para saber de ella lo que deseaban: y con la luz del día vieron que la de su rostro era admirable, de modo, que puso en duda à qual darian, de ella, y de Constanza, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, à quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas la hicieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados à que su suceso les contasse, y ella de puro cortès, y agradecida, pidiendo licencia à su flaqueza con aliento debilitado, así comenzó à decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero, tengo de descubrir faltas, que me han de hacer perder el credito de honrada, todavía quiero mas parecer cortès por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi Patria una Villa no lexos de este lugar. Mis Padres son Nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura en tanto que no ha estado tan marchita como ahora, ha sido de algunos estimada, y celebrada. Junto à la Villa, que me diò el Cielo por Patria, vivia un Hidalgo riquísimo, cuyo trato, y cuyas muchas virtudes le hacian ser Cavallero en la opinion de las gentes: este tiene un hijo, que desde ahora muestra ser tan heredero de las virtudes de su Padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita. Vivia así mismo en la misma aldea un Cavallero con otro hijo suyo, mas Nobles que ricos en una tan honrada mediania, que ni los humillaba, ni los ensobervecia. Con este segundo mancebo Noble, ordenaron mi Padre, y dos hermanos que tengo, de casarme, echando à las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico Hidalgo; pero yo, à quien los Cielos guardaban para esta desventura, en que me veo, y para otras en que pienso verme, me diò por esposo al rico, y yo me le entregué por suya à hurto de mi Padre, y

de

de mis hermanos, que Madre no la tengo por mayor desgracia mia. Vivimos muchas veces solos, y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion buelve las espaldas; antes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja. De estas juntas, y de estos hurtos amorosos se acortò mi vestido, y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes. En este tiempo, sin hacerme sabidora, concertaron mis Padres, y hermanos de casarme con el mozo Noble, con tanto deseo de efectuarlo, que à noche le traxeron à casa, acompañado de dos cercanos parientes suyos, con proposito de que luego, luego nos diessemos las manos. Sobresaltème quando vi entrar à Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo Noble: y mas me admirè quando mi Padre me dixo que me entrasse en mi aposento, y me aderezasse algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto avia de dar la mano de esposa à Luis Antonio. Dos dias avia que avia entrado en los terminos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto, y no esperada nueva quedè como muerta: y diciendo entraba à aderezarme à mi aposento, me arrojè en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, à quien dixè, hechos fuentes mis ojos: Ay Leonora, y como creo que es llegado el fin de mis dias!

Luis Antonio està en essa antefala, esperando que yo salga à darle la mano de esposa: mira si es este trance riguroso, y la mas apretada ocasion en que pueda verse una muger desdichada. Passame, hermana mia, si tienes con que, este pecho, salga primero mi alma destas carnes que no la desvergüenza de mi atrevimiento: ay amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto, y dando un gran suspiro, arrojè una criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendiò à mi doncella, y à mi me cegò el discurso de manera, que sin saber que hacer, estuve esperando à que mi Padre, ò mis hermanos entrassen, y en lugar de facarme à desposar, me facassen à la sepultura. Aquí llegaba Feliciana de su cuento, quando vieron que las centinelas que avian puesto para asegurarse hacian señal de que venia gente; y con diligencia no vista el Pastor anciano querria bolver à depositar à Feliciana en el arbol, seguro asylo de su desgracia; pero aviendo buuelto las centinelas à decir que se asegurassen, porque un tropel de gente que avian visto cruzaba por otro camino: todos se aseguraron, y Felicianana de la Voz bolviò à su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi à noche, el desposado en la sala esperandome, y el adultero, si se puede así decir, en un jardin de mi casa, atendiendome para hablarme,

igno-

ignorando el estrecho en que yo estaba, y la venida de Luis Antonio: yo sin sentido por el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi Padre, y hermanos dandome priesa que saliese à los desdichados desפורios: aprieto fue este que pudiera derribar à mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse à toda buena razon. No sé que os diga mas, sino que senti, estando sin sentido, que entrò mi Padre, diciendo: Acaba muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirà tu desnudez, y te servirà de riquisimas galas. Diòle, à lo que creo, en esto à los oídos el llanto de la criatura, que mi doncella, à lo que imagino, debia de ir à poner en cobro, ò à darsela à Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotòse mi Padre, y con una vela en la mano me mirò el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto, y mi desmayo. Bolvióle à herir en los oídos el eco del llanto de la criatura, y echando mano à la espada, fue siguiendo adonde la voz le llevaba: el resplandor del cuchillo me diò en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma: y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla, salí en mi el animo de remediarla: y apenas hubo mi Padre buelto las espaldas, quando yo assi

como estaba baxè por un caracol à unos aposentos baxos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé que camino: y finalmente, aguijada del miedo, y sollicitada del temor, como si tuviera alas en los pies, caminè mas de lo que prometia mi flaqueza. Mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabàra, con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme, ò tenderme en el suelo, y dexarme hallar de quien me buscasse; pero alentandome la luz de vuestras cabañas, procurè llegar à ellas à buscar descanso à mi cansancio, y si no remedio, algun alivio à mi desdicha: y assi lleguè como me visteis, y assi me hallo como me veo, merced à vuestra charidad, y cortesía. Esto es, señores míos, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al Cielo, y le remito en la tierra à vuestros buenos consejos. Aquí diò fin à su plática la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion, y lastima en un mismo grado. Perianandro contò luego el hallazgo de la criatura, la dadiua de la cadena, con todo aquello que le avia sucedido con el Cavallero que se la diò. Ay! dixo Feliciana, si es por ventura essa prenda mia? Y si es Rosanio el que la traxo? Y si yo la viesse, sino por el rostro, pues nunca le he

visto,

visto, quizá por los paños en que viene embuelta, facaria à luz la verdad de las tinieblas de mi confusion: porque mi doncella no apercebida en que la podia embolver, sino en paños que estuviesen en el aposento, que fuesen de mi conocidos? Y quando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le darà à entender lo que me toca. A lo que respondió el Pastor: La criatura està ya en mi aldea en poder de una hermana, y de una sobrina mia: yo harè que ellas mismas nos la traygan oy aqui, donde podràs, hermosa Feliciana, hacer las experiencias que deseas: en tanto, sossiega, señora, el espiritu, que mis Pastores, y este arbol serviràn de nubes que se opongàn à los ojos que te buscarèn.

CAPITULO IV.

Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion; llegan à Guadalupe, aviendoles acontecido en el camino un notable peligro.

Pareceme, hermano mio, dixo Auristela à Perianandro, que los trabajos, y los peligros no solamente tienen jurisdiccion en el mar, sino en toda la tierra: que las desgracias, è infortunios assi se encuentran sobre los levantados sobre los montes, co-

mo con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna, de quien yo he oído hablar algunas veces, de la qual se dice, que quita, y dà los bienes, quando, como, y à quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega, y antojadiza, pues à nuestro parecer levanta los que avian de estar por el suelo, y derriba los que estàn sobre los montes de la Luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos admire ver à esta señora, que dice que se llama Feliciana de la Voz, que apenas la tiene para contar sus desgracias: contemplola yo pocas horas ha en su casa acompañada de su Padre, hermanos, y criados, esperando poner con segacidad remedio à sus arrojados deseos; y ahora puedo decir, que la veo escondida en lo hueco de un arbol, temiendo los mosquitos del ayre, y aún las lombrices de la tierra: bien es verdad, que la fuya no es caída de Príncipes, pero es un caso que puede servir de exemplo à las recogidas doncellas, que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve à suplicarte, ò hermano! mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi Padre, y del de tu Madre, la depositè en tus manos: y aunque la experiencia con certidumbre grandissima tiene acreditada tu bondad,

dad, así en la soledad de los desiertos, como en la compañía de las Ciudadales, todavía temo que la mudanza de las horas no mu- de los que de suyo son fáciles pen- samientos. A ti te va: mi honra es la tuya, un solo deseo nos go- vierna, y una misma esperanza nos sustenta: el camino en que nos hemos puesto es largo; pe- ro no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pe- reza, y la ociosidad. Ya los Cielos, à quien doy mil gracias por ello, nos han trahido à Es- paña sin la compañía peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los passos seguros de naufragios, de tormentas, y de salteadores: porque segun la fama, que sobre todas las regiones del mundo de pacífica, y de santa tiene gana- da España, bien nos podemos prometer seguro viage. O her- mana! Respondió Periandro, y como por puntos vâs mostrando los extremados de tu discrecion: bien veo que temes como muger, y que te ànimas como discreta. Yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos recelos, buscar nue- vas esperanzas que me accredi- tassen contigo; que puesto, que las hechas puedan convertir el temor en esperanza, y la espe- ranza, en firme seguridad, y desde luego en possession alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran. En el rancho de es- tos Pastores no nos queda que

hacer, ni en el caso de Felicia- na podemos servir mas, que de compadecernos de ella: procure- mos llevar esta criatura à Truxillo, como nos lo encargò el que con ella nos diò la cadena, al pa- recer por paga. En esto estaban los dos, quando llegó el Pastor anciano con su hermana, y con la criatura, que avia embiado por ella à la aldea, por ver si Felicia- na la reconocia, como ella lo avia pedido. Llevaronla, miròla, y remiròla, quitòle las faxas, pero en ninguna cosa pudo co- nocer ser la que avia parido, ni àun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos à reconocer el ni- ño, que era varon el recién na- cido. No, no, decia Feliciano, no son estas las mantillas que mi don- cella tenia deputadas para embol- ver lo que de mí naciesse, ni es- ta cadena, que se la enseñaron, la vi yo jamás en poder de Ro- sanio: de otra debe ser esta pren- da, que no mía, que à serlo, no fuera yo tan venturosa, tenien- dola una vez perdida, tornar à co- brarla; aunque yo oí decir muchas veces à Rosanio, que tenia ami- gos en Truxillo, pero de niingu- no me acuerdo el nombre. Con todo esso, dixo el Pastor, que pues el que diò la criatura mandò que la llevassen à Truxillo, sos- pecho, que el que la diò à estos Peregrinos, fue Rosanio: y así soy de parecer, si es que en ello

os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura, y con otros dos de estos mis Pastores, se ponga en camino de Truxillo, à ver si la reciben alguno de esos Cavalleros à quien va diri- gida. A lo que Feliciano respon- diò con follozos, y con arrojarle à los pies del Pastor, abrazandolos estrechamente, señales que la die- ron de que aprobaba su parecer: todos los Peregrinos le aproba- ron asimismo, y con darle la ca- dena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se aco- modò la hermana del Pastor, que estaba recién parida, como se ha dicho, con orden que se passase por su aldea, y dexasse en cobro su criatura, y con la otra se par- tiesse à Truxillo, que los Peregri- nos que iban à Guadalupe con mas espacio la seguirian. Todo se hizo como lo pensaron, y lue- go: porque la necesidad del ca- so no admitia tardanza alguna. Feliciano callaba, y con silencio se mostraba agradecida à los que tan de veras sus cosas tomaban à su cargo. Añadiòse à todo esto, que Feliciano aviendo sabido co- mo los Peregrinos iban à Roma, aficionada à la hermosura, y dis- crecion de Auristela, à la cortesía de Periandro, à la amorosa con- versacion de Constanza, y de Ri- cca su Madre, y al agradable tra- to de los dos Antonios Padre, è hijo, que todo lo mirò, notò, y ponderò en aquel poco espacio

que los avia comunicado: y lo principal por bolver las espaldas à la tierra donde quedaba enter- rada su honra: pidió que consigo la llevassen como peregrina à Ro- ma, que pues avia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el Cielo se las con- cedia, en que con ellos la llevassen. Apenas descubrió su pensamien- to, quando Auristela acudiò à sa- tisfacer su deseo, compasiva, y deseosa de facer à Feliciano de en- tre los sobresaltos, y miedos que la perseguian, solo dificultò el ponerla en camino, estando tan recién parida, y así se lo dixo; pero el anciano Pastor dixo, que no avia mas diferencia del parto de una muger que del de una res, y que así como la res sin otro rega- lo alguno despues de su parto se quedaba à las inclemencias del Cielo, así la muger podia, sin otro regalo alguno, acudir à sus ejercicios; sino que el uso avia introducido entre las mugeres los regalos, y todas aquellas preven- ciones que suelen hacer con las recién paridas. Yo aseguro, di- xo mas, que quando Eva parió el primer hijo, que no se echò en el lecho, ni se guardò del ayre, ni usò de los melindres que ahora se usan en los partos. Esforzaos, se- ñora Feliciano, y seguid vuestro intento, que desde aqui le apruebo casi por santo, pues es tan Chris- tiano. A lo que añadió Auristela: No quedará por falta de habito

de peregrina, que mi cuydado me hizo hacer dos, quando hice este, el qual daré yo à la señora Feliciano de la Voz, con condicion, que me diga que mysterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondió Feliciano, mi linage, fino al ser comun opinion de todos quantos me han oido cantar, que tengo la mejor voz del mundo, tanto, que por excelencia me llaman comunmente Feliciano de la Voz: y à no estar en tiempo mas de gemir que de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiempos se mejoran, y dan lugar à que mis lagrimas se enjuguen, yo cantare, si no canciones alegres, à lo menos endechas tristes, que cantandolas encanten, y llorandolas alegren. Por esto que Feliciano dixo, naciò en todos un deseo de oirla cantar luego, luego; pero no osaron rogarfelo, porque, como ella avia dicho, los tiempos no lo permitian. Otro dia se despojò Feliciano de los vestidos no necesarios que trahia, y se cubriò con los que le diò Auristela de peregrina: quitòse un collar de perlas, y dos sortijas, que si los adornos son parte para acreditar calidades, estas piezas pudieran acreditarla de rica, y noble. Tomòlas Rica, como thesorera general de la hacienda de todos, y quedò Feliciano segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constan-

za, aunque este parecer se dividiò en pareceres, y algunos le dieron el segundo lugar à Constanza, que el primero no hubo hermosura en aquella edad, que à la de Auristela se le quitasse. Apenas se viò Feliciano en nuevo habito, quando le nacieron alientos nuevos, y deseos de ponerse en camino: conociò esto Auristela, y con contentimiento de todos, despidiendose del Pastor charitativo, y de los demàs de la majada, se encaminaron à Caceres, hurtando el cuerpo con su acostumbrado passo al cansancio: y si alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplía el bagage donde iba el repuesto, ò ya el margen de algun arroyuelo, ò fuente do se sentaban, ò la verdura de algun prado, que à dulce reposo las combidaba: y assi andaban à una con ellos el reposo, y el cansancio junto con la pereza, y la diligencia: la pereza en caminar poco: la diligencia en caminar siempre; pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan à fin dichoso sin estorvos que los impidan, quiso el Cielo que el de este hermoso escudron (que aunque dividido en todos, era solo uno en la intencion) fuesse impedido con el estorvo que ahora oireis. Dables assiento la verde yerba de un deleytoso pradecillo: refrescabales los rostros el agua clara, y dulce de un pequeño arroyue-

royuelo, que por entre las hierbas corria; servianle de muralla, y de reparo muchas zarzas, y cambroneras, que casi por todas partes los rodeaba, sitio agradable, y necessario para su descanso; quando de improvisò rompiendo por las intrincadas matas, vieron salir al verde sitio un mancobo vestido de camino, con una espada hincada por las espaldas, cuya punta le salía al pecho: cayò de ojos, y al caer dixo: Dios sea conmigo, y el fin de esta palabra, y el arrancarsele el alma, fue todo à un tiempo; y aunque todos con el extraño espectáculo se levantaron alborotados, el que primero llegó à socorrerle, fue Periandro, y por hallarle ya muerto, se atreviò à sacar la espada. Los dos Antonios saltaron las zarzas, por ver si verian quien huviesse sido el cruel, y alevoso homicida, que por ser la herida por las espaldas se mostraba que traydoras manos la avian hecho. No vieron à nadie, bolvieronse à los demàs, y la poca edad del muerto, y su gallardo talle, y parecer les acrecentò la lastima: miraronle todo, y hallaronle debaxo de una ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon, puesta una cadena de quatro bueltas de menudos eslabones de oro, de la qual pendia un devoto Crucifixo, assi mismo de oro; allà entre el jubon, y la camisa le hallaron dentro de una caja de evano, ri-

camente labrada, un hermosissimo retrato de muger, pintado en la lisa tabla, al rededor del qual de menudissima, y clara letra vieron que trahia escritos estos versos.

Hicla, enciende, mira, y habla,
Milagros de hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerza en una tabla.

Por estos versos conjeturò Periandro, que los leyò primero, que de causa amorosa debia de aver nacido su muerte. Miraronle las faltriqueras, y escudriñaronle todos, pero no hallaron cosa que les diessse indicio de quien era, y estando haciendo este escrutinio, parecieron, como si fueran llovidos, quatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conociò luego Antonio el Padre, que eran cuadrilleros de la santa Hermandad, uno de los quales dixo à voces: Tenèos, ladrones, homicidas, y falteadores, no le acabeis de despojar, que à tiempo fois venidos, en que os llevaremos, adonde pagueis vuestro pecado. Effeno no, bellacos, respondió Antonio el mozo, aqui no hay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicò el cuadrillero, el hombre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras ma-

nos, que sirve de testigos de vuestra maldad: ladrones fois, salteadores fois, homicidas fois, y como tales ladrones, salteadores, y homicidas, presto pagaréis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud Christiana, con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiendos de peregrinos. A esto le diò respuesta Antonio el mozo, con poner una flecha en su arco, y passarle con ella un brazo, puesto que quisiera passarle de parte à parte el pecho. Los demás quadrilleros, ò escarmentados del golpe, ò por hacer la prision mas al seguro, bolvieron las espaldas, y entre huyendo, y esperando, à grandes voces apellidaron: aqui de la santa Hermandad, favor à la santa Hermandad: y mostròse fer santa la Hermandad que apellidaban, porque en un instante, como por milagro, se juntaron mas de veinte quadrilleros, los quales encarando sus ballestas, y sus saetas à los que no se defendian, los prendieron, y aprisionaron sin respetar la belleza de Auristela, ni las demás peregrinas: y con el cuerpo del muerto las llevaron à Càcetes, cuyo Corregidor era un Cavallero del Habito de Santiago, el qual viendo el muerto, y el quadrillero herido, y la informacion de los demás quadrilleros, con el indicio de ver ensangrentado à Periandro, con el parecer de su Teniente, quisiera luego

ponerlos à question de tormento; puesto que Periandro se defendia con la verdad, mostrandole en su favor los papeles, que para seguridad de su viage, y licencia de su camino avia tomado en Lisboa. Mostròle asì mismo el lienzo de la pintura de su suceso, que la relatò, y declaró muy bien Antonio el mozo, cuyas pruebas hicieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla la theforera, que sabia muy poco, ò nada de la condicion de Escrivanos, y Procuradores, ofreciò à uno de secreto, que andaba allí en publico dando muestras de ayudarles, no sé que cantidad de dineros, porque tomasse à cargo su negocio: lo hechò à perder del todo, porque en oliendo los satrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso, y costumbre, hasta los huesos: y sin duda alguna fuera asì, si las fuerzas de la inocencia no permitiera el Cielo que sobrepujãran à las de la malicia. Fue el caso, pues, que un huesped, ò mesonero del Lugar, aviendo visto el cuerpo muerto que avian trahido, y reconociendole muy bien, se fue al Corregidor, y le dixo: Señor, este hombre que han trahido muerto los quadrilleros, ayer de mañana partiò de mi casa en compaña de otro, al parecer Cavallero: poco an-

tes que se partielle, se encerrò conmigo en mi aposento, y con recato me dixo: Señor huesped, por lo que debeis à fer Christiano, os ruego, que si yo no buelvo por aqui dentro de seis dias, abrais este papel, que os doy, delante de la Justicia: y diciendo esto, me diò este que entrego à vuestra merced, donde imagino que debe de venir alguna cosa que toque à este tan extraño suceso. Tomò el papel el Corregidor, y abriendole, viò que en el estaban escritas estas mismas razones.

Yo Don Diego de Parràces, salí de la Corte de su Magestad tal dia (y venia puesto el dia) en compaña de Don Sebastian de Soranzo mi pariente, que me pidió que le acompañasse en cierto viage, donde le iba la honra, y la vida: yo por no querer hacer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mi tenia, fiandome en mi inocencia, di lugar à su malicia, y acompañele, creo que me lleva à matar: si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sepase que me mataron à traicion, y que morí sin culpa. Y firmaba: Don Diego de Parràces.

Este papel à toda diligencia despachò el Corregidor à Madrid, donde con la Justicia se hicieron las diligencias posibles, buscando al matador: el qual llegó à su casa la misma noche que le buscaban, y entreoyendo el

caso, sin apearse de la cavalgadura bolviò las riendas, y nunca mas pareció. Quedòse el delito sin castigo, el muerto se quedó por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla, se deslabonò para gastos de Justicia: el retrato se quedó para gusto de los ojos del Corregidor, satisfizose la herida del quadrillero, bolviò Antonio el mozo à relatar el lienzo, y dexando admirado al Pueblo, y aviendo estado en el todo este tiempo de las averiguaciones Felicianas de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la buelta de Guadalupe, cuyo camino entreuvieron tratando del caso extraño, y deseando que sucediesse ocasion donde se cumpliesse el deseo que tenian de oír cantar à Felicianas, la qual si cantara, pues no hay dolor que no se mitigue con el tiempo, ò se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella à su desgracia el decoro que à sí misma debia, sus cantos eran lloros, y su voz gemidos. Estos se aplacaron un tanto con aver topado en el camino la hermana del compasivo Pastor, que bolvia de Truxillo, donde dixo, que dexaba el niño en poder de Don Francisco Pizarro, y de Don Juan de Orellana, los quales avian congeturado no poder ser de otro aquella criatura, sino de su amigo Rosanio, se-

gun el lugar donde le hallaron; pues por todos aquellos contornos no tenian ellos algun conocido que aventurasse à fiarse de ellos. Sea en fin lo que fuere, dixo la Labradora, y dixerón ellos, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos, el que se ha fiado de nosotros: así que, señores, el niño queda en Truxillo en poder de los que he dicho, si algo me queda que hacer por serviros, aquí estoy con la cadena, que aún no me he deshecho de ella, pues la que me pone à la voluntad el ser yo Christiana me enlaza, y me obliga à mas que la de oro. A lo que respondió Feliciano; que la gozasse muchos años, sin que se le ofreciese necesidad de deshacerla: pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, porque, ò se empeñan para no quitarse, ò se venden para nunca volverlas à comprar. La Labradora se despidió aquí, y dieron mil encomiendas para su hermano, y los demás Pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco à poco à las santísimas tierras de Guadalupe.



CAPITULO V.

Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciano, y se buelve contenta à su casa con su Esposo, Padre, y Hermano.

A Penas huvieron puesto los pies los devotos peregrinos en una de las dos entradas que guian al valle que forman, y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, quando con cada passo que daban, nacian en sus corazones nuevas ocasiones de admirarse; pero allí llegó la admiración à su punto, quando vieron el grande, y sumptuoso Monasterio, cuyas murallas encierran la Santísima Imagen de la Emperatriz de los Cielos: la Santísima Imagen otra vez, que es libertad de los cautivos, lima de sus yerros, y alivio de sus pasiones: la Santísima Imagen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, Madre de los huérfanos, y reparo de las desgracias. Entraron en su Templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las purpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milán, hallaron en lugar suyo muletas que dexaron los cojos, ojos de cera que dexaron los ciegos, brazos que

col-

colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de aver caído en el suelo de las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres, y ya contentos: merced à la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace campar à su Benditísimo Hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias. De tal manera hizo aprehension estos milagrosos adornos en los corazones de los devotos Peregrinos, que bolvieron los ojos à todas las partes del Templo, y les parecia ver venir por el ayre bolando los Cautivos, embueltos en sus cadenas à colgarlas de las santas murallas, y à los enfermos arrastran las muletas, y à los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el Sacro Templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupan. Esta novedad no vista hasta entonces de Periandro, ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constanza, ni de Antonio, los tenia como asombrados, y no se hartaban de mirar lo que veían, ni de admirar lo que imaginaban, y así con devotas, y Christianas muestras, hincados de rodillas, se pusieron à adorar à Dios Sacramento, y à suplicar à su Santísima Madre, que en credito, y honra de aquella Imagen fuese servida de mirar por ellos: pero lo que mas es de ponderar, fue,

que puesta de hinojos, y las manos puestas, y junto al pecho, la hermosa Feliciano de la Voz, llorando tiernas lagrimas con sofogado semblante, sin mover los labios, ni hacer otra demonstracion, ni movimiento que diese señal de ser viva criatura, soltó la voz à los vientos, y levantó el corazón al Cielo, y cantó unos versos que ella sabia de memoria, los quales dió despues por escrito, con que suspendió los sentidos de quantos la escuchaban, y acreditó las alabanzas, que ella misma de su voz avia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus Peregrinos tenian de escucharla. Quatro estancias avia cantado quando entraron por la puerta del Templo unos forasteros, à quien la devocion, y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciano, que todavia cantaba, puso tambien en admiracion; y uno de ellos, que de anciana edad parecia, bolviéndose à otro que estaba à su lado, dixole: O aquella voz es de algun Angel de los confirmados en gracia, ò es de mi hija Feliciano de la Voz. Quien lo duda, respondió el otro, ella es, y la que no será si no yerra el golpe mi brazo: y diciendo esto, echó mano à una daga, y con descompasados pasos, perdido el color, y turbado el sentido, se fue àcia donde Feliciano estaba. El Venerable Anciano se arrojó tras él, y le abra-

zò por las espaldas, diciendole: No es este, ò hijo! theatro de miserias, ni lugar de castigos: dà tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huir esta traydora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito, te echas sobre ti la pena de la culpa propria. Estas razones, y alboroto fellò la boca de Feliciana, y alborotò à los Peregrinos, y à todos quantos en el Templo estaban, los quales no fueron parte para que su Padre, y hermano de Feliciana no la sacasen del Templo à la calle, donde en un instante se juntò casi toda la gente del Pueblo con la Justicia, que se la quitò à los que parecian mas verdugos, que hermano, y Padre. Estando en esta confusion, el Padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la Justicia defendiendola hasta saber el caso: por una parte de la Plaza entraron hasta seis de à cavallo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el uno Don Francisco Pizarro, y el otro Don Juan de Orellana: los quales llegando al tumulto de la gente, y con ellos otro Cavallero, que con un velo de tafetan negro trahia cubierto el rostro; preguntaron la causa de aquellas voces: fueles respondido, que no se sabia otra cosa, sino que la Justicia queria defender aquella Peregrina, à quien querian matar dos hombres, que decian ser su hermano, y su Padre. Esto esta-

ban oyendo Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana, quando el Cavallero embozado, arrojandose del cavallo abaxo sobre quien venia, poniendo mano à su espada, y descubriendose el rostro, se puso al lado de Felicianana, y à grandes voces dixo: En mi, en mi deveis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse una doncella contra la voluntad de sus Padres. Felicianana es mi Esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad, que no merezca que me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria. Noble soy, de cuya nobleza os podrè presentar por testigos: riquezas tengo que la sustenten, y no serà bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto. Y si os parece que os he hecho ofensa de aver llegado à este punto de teneros por señores sin sabiduria vuestra, perdonadme, que las fuerzas poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos: y el veros yo tan inclinados à Luis Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os devia, de lo qual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto decia, Felicianana estaba pegada con el, teniendole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda

triste,

triste, y toda hermosa juntamente; pero antes que fu Padre, y hermano respondiessen palabra, Don Francisco Pizarro se abrazò con su Padre, y Don Juan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dixo al Padre: Donde està vuestra discrecion señor Don Pedro Tendrìo? Como, y es posible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? No veis que estos agravios antes que la pena trahen las disculpas consigo? Què tiene Rosanio, que no merezca à Felicianana; ò que le quedará à Felicianana de aqui adelante si pierde à Rosanio? Casi estas mismas, ò semejantes razones decia Don Juan de Orellana à su hermano, añadiendo mas, porque le dixo: Señor Don Sancho, nunca la colera prometìo buen fin de sus impetus: ella es passion del animo, y el animo apasionado pocas veces acierta en lo que emprende. Vuestra hermana supo escoger buen marido: tomar venganza de que no se guardaron las devidas ceremonias, y respectos no serà bien hecho: porque os pondreis à peligro de derribar, y echar por tierra todo el edificio de vuestro fofsiego. Mirad, señor Don Sancho, que tengo una prenda vuestra en mi casa: un sobrino os tengo, que no le podreis negar, si no os negais à vos mismo, tanto es lo que os parece: La respuesta que diò el Padre à Don Francisco, fue llegarle à su

hijo Don Sancho, y quitarle la daga de las manos, y luego fue à abrazar à Rosanio: el qual dexandose derribar à los pies de el, que ya conociò ser su suegro, se los besò mil veces: arrodillòse tambien ante su Padre Felicianana, derramò lagrimas, embiò suspiros, vinieron desmayos. La alegria discurriò por todos los circuntantes, ganò fama de prudente el Padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos, y bien hablados. Llevòlos el Corregidor à su casa, regalòlos el Prior del Santo Monasterio abundantissimamente, visitaron las Reliquias los Peregrinos, que son muchas, santissimas, y ricas, confessaron sus culpas, recibieron los Sacramentos, y en este tiempo, que fue el de tres dias, embiò Don Francisco por el niño que le avia llevado la Labradora, que era el mismo que Rosanio diò à Periandro la noche que le diò la cadena: el qual era tan lindo, que el Abuelo, puesta en olvido toda injuria, dixo viendole: Que mil bienes aya la Madre que te pariò, y el Padre que te engendrò: y tomandole en sus brazos, tiernamente le bañò el rostro con lagrimas, y se las enjugò con besos, y las limpiò con sus canas. Pidiò Auristela à Felicianana le diese el traslado de los versos, que avia cantado delante de la Santissima Imagen, la qual respondió, que solamente avia canta-

do quatro estancias, y que todas la memoria, y así las escribió, eran doce, dignas de ponerse en que eran estas.

Antes que de la mente eterna fuera
Saliesen los espíritus alados,
Y antes que la veloz, ó tarda esfera
Tuviese movimientos señalados:
Y antes que aquella obscuridad primera
Los cabellos del Sol viesse dorados,
Fabricò para sí Dios una casa
De fantísimas, y limpia, y pura massa.

Los altos, y fortísimos cimientos
Sobre humildad profunda se fundaron,
Y mientras mas à la humildad atentos,
Mas la fabrica Regia levantaron:
Pafsò la tierra, pafsò el mar, los vientos
Atràs, como mas baxos, se quedaron,
El fuego passa, y con igual fortuna
Debaxo de sus pies tiene la Luna.

De Fè son los pilares, de Esperanza
Los muros de esta fabrica bendita,
Cíene la Charidad, por quien se alcanza
Duracion, como Dios, siempre infinita:
Su recreo se aumenta en su Templanza,
Su Prudencia los grados facilita,
Del bien que ha de gozar por la grandeza
De su mucha Justicia, y Fortaleza.

Adornan este Alcazar Soberano
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados, cuyo fruto sano
Es bendicion, y gloria de las gentes:
Estàn à la siniestra, y diestra mano
Ciprèses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarísimos espejos,
Que dàn lumbré de gracia cerca, y lexos.

El cinamòmo, el platano, y la rosa
De Jericò se halla en sus jardines
Con aquella color, y aún mas hermosa,
De los mas abrasados Cherubines:
Del pecado la sombra tenebrosa,
Ni llega, ni se acerca à sus confines:
Todo es luz, todo es gloria, todo es Cielo
Este edificio que oy se muestra al suelo.

De Salomòn el Templo se nos muestra
Oy con la perfeccion à Dios posible,
Donde no se oyò golpe, que la diestra
Mano dièsse à la obra conveniente:
Oy haciendo de sí gloriosa muestra,
Saliò la luz del Sol inaccesible:
Oy nuevo resplandor ha dado al dia
La clarísimas Estrella de Maria.

Antes que el Sol, la Estrella oy dà su lumbré,
Prodigiosa señal, pero tan buena,
Que sin guardar de agujeros la costumbre,
Dexa el alma de gozo, y bienes llena:
Oy la humildad se viò puesta en la cumbre;
Oy comenzò à romperse la cadena
Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
Prudentísimas Èster, que el Sol mas bella.

Niña de Dios, por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente
En soberbia maldad endurecida,
Quebrantasteis de la infernal serpiente:
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues Vos fuisteis el medio conveniente,
Que reduxo à pacífica concordia
De Dios, y el hombre la mortal discordia.

La justicia, y la paz oy se han juntado
En Vos, Virgen Santísimas, y con gusto
El dulce beso de la paz se han dado
Arra, y señal del venidero Augusto:

Del claro amanecer del Sol sagrado
Sois la primera Aurora, sois del Justo
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonanza.

Sois la paloma, que ab eterno fuisteis
Llamada desde el Cielo, sois la Esposa,
Que al sacro Verbo limpia carne disteis,
Por quien de Adán la culpa fue dichosa:
Sois el brazo de Dios, que detuvisteis
De Abraham la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos disteis el mansísimo Cordero.

Creced hermosa planta, y dad el fruto
Presto en sazón, por quien el alma espera
Cambiar en ropa rozagante el luto,
Que la gran culpa le vistió primera:
De aquel inmenso, y general tributo
La paga conveniente, y verdadera,
En Vos se ha de fraguar, creced, Señora,
Que sois universal remediadora.

Ya en las Empíreas sacrosantas salas
El Parainpho aligero se apresta,
O casi mueve las doradas alas,
Para venir con la embaxada honesta:
Que el olor de virtud que de ti exalas,
Virgen bendita, sirve de requesta.
Y apremio, à que se vea en ti muy presto,
Del gran poder de Dios echado el resto.

Estos fueron los versos, que comenzó à cantar Feliciano, y los que dió por escrito, despues que fueron de Auristela mas estimados, que entendidos. En resolucion, las paces de los desavenidos se hicieron. Feliciano, esposo, Padre, y hermano se

volvieron à su lugar, dexando orden à Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana les embiassen el niño; pero no quiso Feliciano passar el disgusto, que dà el esperar, y asì se le llevó consigo: con cuyo suceso quedaron todos alegres.

CAPITULO VI.

Prosiguen su viage: encuentran una vieja Peregrina, y un Polaco, que les cuenta su vida.

Quatro dias se estuvieron los Peregrinos en Guadalupe, en los quales comenzaron à ver las grandezas de aquel Santo Monasterio: digo comenzaron, porque acabarlas de ver es imposible. Desde allí se fueron à Truxillo, adonde asimismo fueron agafados de los dos Nobles Cavalleros Don Francisco Pizarro, y Don Juan de Orellana, y allí de nuevo refirieron el suceso de Feliciano, y ponderaron al par de su voz, su discrecion, y el buen proceder de su hermano, y de su Padre, exagerando Auristela los corteses ofrecimientos que Feliciano le avia hecho al tiempo de su partida. La ida de Truxillo fue de allí à dos dias la buelta de Talavera, donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años antes que Christo naciesse, reducida por los Christianos à tan buen punto, y termino, que si entonces se celebraba en honra de la Diosa Venus por la Gentilidad, ahora se celebra en honra, y alabanza de la Virgen de las Virgenes. Quisieran esperar à verla, pero por no

dar mas espacio à su espacio, pasaron adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo. Seis leguas se avrian alongado de Talavera, quando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y escusóles el darla voces à que se detuviesse, el averse ella sentado sobre la verde hierba de un pradecillo, ò ya combidada del ameno sitio, ò ya obligada del cansancio. Llegaron à ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga à describirle; la edad, al parecer, salia de los terminos de la mocedad, y tocaba en las margenes de la vejez: el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara à verle las narices, porque no las tenia sino tan chetas, y llanas, que con unas pinzas no le pudieran afir una brizna de ellas los ojos les hacian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella: el vestido era una esclavina rota, que le besaba los calcañares; sobre la qual trahia una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto, y despedazado no se podia distinguir, si de cordován, ò si de badajoz fuesse: ceñíase con un cordón de esparto, tan abultado, y poderoso, que mas parecia gúmena de galera, que cordón de peregrina: las tocas eran bastas, pero limpias, y blancas: cubriale la cabeza un sombrero viejo sin cordón, ni toquilla, y los pies unas alpargatas rotas; y ocupabale la

mano un bordon hecho à manera de cayado, con una punta de acero al fin: pendíale del lado izquierdo una calabaza de mas que de mediana estatura, y apefígabale el cuello un rosario, cuyos Padrenuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efecto, toda ella era rota, y toda penitente, y como despues se echò de ver, toda de mala condicion. Saludaronla en llegando, y ella les bolverio las saludes con la voz, que podia prometer la cathedra de sus narices, que fue mas gangosa que suave. Preguntaronla, adonde iba, y que peregrinacion era la suya, y diciendo, y haciendo, combidados como ella del ameno sitio, se le sentaron à la redonda. Dixeran pacer el bagage que les servia de recamara, de despensa, y botilleria, y satisfaciendo à la hambre, alegremente la combidaron, y ella respondiendò à la pregunta que la avian hecho, dixo: Mi peregrinacion es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que mas cerca les viene à cuento para disculpar su ociosidad, y asi me parece que serà bien deciros, que por ahora voy à la gran Ciudad de Toledo à visitar à la devota Imagen del Sagrario, y desde allí me irè al Niño de la Guardia, y dando una punta como alcón Noruego, me entretendrè con la Santa Veronica de Jaén, hasta

hacer tiempo de que llegue el ultimo Domingo de Abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la Ciudad de Andujar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra: tal es, segun he oido decir, que ni las passadas fiestas de la Gentilidad, à quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho, ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fixa, y pintarosla con palabras, y ponerosla delante de la vista, para que comprendiendola, vierades la mucha razon que tengo de alabarosla; pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mio. En el rico Palacio de Madrid, morada de los Reyes, en una galeria està retratada esta fiesta con la puntualidad posible: allí està el monte, ò por mejor decir peñasco, en cuya cima està el Monasterio que deposita en sí una Santa Imagen, llamada de la Cabeza, que tomò el nombre de la Peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre, y desembarazado, solo, y señero de otros montes, ni peñas que le rodeen: cuya altura serà de hasta un quarto de legua, y cuyo circuito debe de ser de poco mas de media. En este espa-

cioso,

cioso, y ameno sitio tiene su asfiento siempre verde, y apacible, por el humor que se comunican las aguas del rio Xandula, que de passo, como en reverencia, le besa las faldas. El lugar, la peña, la Imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca, y lexos, el solemne dia que he dicho, le hacen famoso en el Mundo, y celebre en España sobre quantos lugares las mas extendidas memorias se acuerdan. Suspensos quedaron los Peregrinos de la relacion de la nueva, aunque vieja, peregrina, y casi les comenzò à bullir en el alma la gana de irse con ella à ver tantas maravillas; pero la que llevaban de acabar su camino, no diò lugar à que nuevos deseos la impidiesen. Desde allí prosiguiò la peregrina: No sé que viage serà el mio, aunque sé que no me ha de faltar donde ocupe la ociosidad, y entretenga el tiempo, como lo hacen, como ya he dicho, algunos Peregrinos que se usan. A lo que dixo Antonio el Padre: Pareceme, señora Peregrina, que os dà en el rostro la peregrinacion. Eisso no, respondiò ella, que bien sé que es justa, santa, y loable, y que siempre la ha havido, y la ha de haver en el Mundo; pero estoy mal con los malos Peregrinos, como son los que hacen grangeria de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos digo, que saltean la limosna de los ver-

daderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto por el camino Real, que junto à ellos estava, vieron venir un hombre à cavallo, que llegando à igualar con ellos, al quitarles el sombrero para saludarles, y hacerles cortesia, aviendo puesto la cavalgadura, como despues pareciò, la mano en un oyo, diò consigo, y con su dueño al través una gran caída: acudieron todos luego à focorrer al caminante que pensaron hallar muy mal parado. Arrendò Antonio el mozo la cavalgadura, que era un poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor que pudieron, y le focorrieron con el remedio mas ordinario, que en tales casos se usa, que fue darle à beber un golpe de agua; y hallando que su mal no era tanto como pensaban, le dixeron, que bien podia bolver à subir, y à seguir su camino; el qual hombre les dixo: Quizà, señores Peregrinos, ha permitido la suerte que yo aya caido en este llano, para poder levantarme de los riscos donde la imaginacion me tiene puesta el alma. Yo, señores, aunque no querais saberlo, quiero que sepais que soy extranjero, y de nacion Polaco. Muchacho salí de mi tierra, y vine à España como à centro de los extranjeros, y à Madre comun de las Naciones: serví à Españoles, aprendí la lengua Castellana de la manera que veis que la hablo, y llevado del generoso deseo que

todos tienen de ver tierras, vine à ver à Portugal à ver la gran Ciudad de Lisboa, y la misma noche que entrè en ella me sucediò un caso, que si le creyèdes harèis mucho, y si no, no importa nada; puesto que la verdad ha de tener siempre su asiento, aunque sea en si misma. Admirados quedaron Periandro, y Auristela, y los demàs compañeros de la improvisa, y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escucharle, le dixo Periandro que prosiguiesse en lo que decir queria, que todos le darian credito, porque todos eran corteses, y en las cosas del mundo experimentados. Alentado con esto el caminante, prosiguiò, diciendo: Digo, que la primera noche que entrè en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, ò ruas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me avia parecido bien una donde me avia apeado: al passar de un lugar estrecho, y no muy limpio, un embozado Portuguès con quien encontrè, me desviò de si con tanta fuerza, que tuve necesidad de arrimarme al suelo. Despertò el agravio la colera, remitì mi venganza à mi espada, puse mano, pufola el Portuguès con gallardo brio, y desemboltura, y la ciega noche, y la fortuna mas ciega à la luz de mi mejor fuerte, sin saber yo à donde encaminò la punta de mi espada à

la vista de mi contrario: el qual dando de espaldas, diò el cuerpo al suelo, y el alma à donde Dios se sabe. Luego me representò el temor lo que avia hecho: pasmè-me, puse en el huir mi remedio; quise huir, pero no sabia à donde; mas el rumor de la gente que me pareciò que acudia, me puso alas en los pies, y con passos desconcertados bolvi la calle abaxo, buscando donde esconderme, ò à donde tener lugar de limpiar mi espada, porpue si la Justicia me cogiesse no me hallasse con manifestos indicios de mi delito. Yendo, pues, asi ya del temor desfmayado, vi una luz en una casa principal, y arrojè-me à ella sin saber con que designio: hallè una sala baxa abierta, y muy bien aderezada, alarguè el passo, y entrè en otra quadra tambien aderezada, y llevado de la luz que en otra quadra parecia, hallè en un rico lecho echada una señora, que alborotada, sentandose en èl, me preguntò quien era, que buscaba, y à donde iba, y quien me avia dado licencia de entrar hasta allí con tan poco respeto? Yo le respondì: Señora, à tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deciros, que soy un hombre estrangero, que à lo que creo dexo muerto à otro en esta calle, mas por su desgracia, y su foverbia, que por mi culpa: suplicoos por Dios, y por quien sois, que me escapeis del rigor de la

Justi-

Justicia, que pienso que me viene siguiendo. Sois Castellano, me preguntò en su lengua Portuguesa? No señora, le respondì yo, sino forastero, y bien lexos de esta tierra. Pues aunque fuerades mil veces Castellano, replicò ella, os librà yo si pudiera, y os librarè si puedo. Subid por encima de este lecho, y entraos de baxo de este tapiz, y entraos en un hueco que aqui hallarèis, y no os movais, que si la Justicia viniere, me tendrà respeto, y creerà lo que yo quisiere decirles. Hice luego lo que me mandò, alcè el tapiz, hallè el hueco, estrechè-me en èl, recogì el aliento, y comencè à encomendarme à Dios lo mejor que pude: y estando en esta confusa asiccion, entrò un criado de casa, diciendo casi à gritos: Señora, à mi señor Don Duarte han muerto, aqui le trahen passado de una estocada de parte à parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la qual apenas se oyeron los golpes de las espadas: solamente hay un muchacho, que dice que viò entrar un hombre huyendo en esta casa. Esse debe de ser el matador sin duda, respondiò la señora, y no podrá escaparse: quantas veces temia yo, ay desdichada! ver que trahian à mi hijo sin vida; porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias. En esto en hombros de otros quatro en-

traron al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida Madre, la qual con voz lamentable comenzò à decir: Ay venganza, y como estàs llamando à las puertas del Alma; pero no consiente que responda à tu gusto el que yo tenga de guardar mi palabra! Ay con todo esto dolor, que me aprietas mucho! Considerad, señores, qual estaria mi corazon oyendo las apretadas razones de la Madre, à quien la presencia del muerto hijo me parecia à mi que le ponìa en las manos mil generos de muertes con que de mi se vengasse: que bien estaba claro que avia de imaginar que yo era el matador de su hijo. Pero que podia yo hacer entonces sino callar, y esperar en la misma desesperacion? Y mas quando entrò en el aposento la Justicia, que con comedimiento dixo à la señora: Guiados por la voz de un muchacho, que dice que se entrò en esta casa el homicida de este Cavallero, nos hemos atrevido à entrar en ella. Entonces yo abri los oidos, y estuve atento à las respuestas que daria la afligida Madre, la qual respondiò llena el alma de generoso animo, y de piedad Christiana: Si esse tal hombre ha entrado en esta casa, no à lo menos en esta estancia: por allà le pueden buscar, aunque plegue à Dios que no le hallen, porque mal se remedia una muerte con

otra,

otra, y mas quando las injurias no proceden de malicia. Bolvióse la Justicia à buscar la casa, y bolvieron en mí los espiritus, que me avian desamparado. Mandò la señora quitar delante de sí el cuerpo muerto del hijo, y que le amotajassen; y desde luego diessen orden en su sepultura: mandò assi mismo que la dexassen sola, porque no estaba para recibir consuelos, y pesames de infinitos que venian à darfe los, assi de parientes, como de amigos, y conocidos. Hecho esto, llamó à una doncella suya, que à lo que pareció debió de ser de la que mas se fiaba: y aviendola hablado al oído, la despidió, mandandole cerrasse trás sí la puerta. Ella lo hizo assi, y la señora sentandose en el lecho, tentò el tapiz, y à lo que pienso, me puso las manos sobre el corazon, el qual palpitando apriessa, daba indicios del temor que le cercaba; ella viendo lo qual, me dixo con baxa, y lastimada voz: Hombre, quien quiera que seas, ya ves que me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente, la vida que me sustentaba; pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero que se oponga mi palabra à mi venganza: y assi en cumplimiento de la promesa que te hice de librarte quando aqui entraste, has de hacer lo que ahora te dire. Ponte las manos en el rostro, porque si yo me

descuydo en abrir los ojos, no me obligues à que te conozca, y sal de esse encerramiento, y figue à una mi doncella que ahora vendrà aqui: la qual te pondrà en la calle, y te darà cien escudos de oro con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio que te manifieste, folsiega el pecho, que el alboroto demasiado fuele descubrir el delincuente. En esto bolvió la doncella, yo salí detrás del paño cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas besè el pié de la cama muchas veces, y luego seguí los de la doncella, que assi mismo callando me asió del brazo, y por la puerta falsa de un jardin à obscuras me puso en la calle. En viendome en ella, lo primero que hice, fue, limpiar la espada, y con sossegado passo salí acafo à una calle principal, de donde reconocí mi posada, y me entrè en ella, como si por mí no hubiera pasado, ni prospero suceso, ni adverso. Contóme el huesped la desgracia del recién muerto Cavallero, y assi exagerò la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la qual se creia le avria grangeado algun enemigo secreto, que à semejante termino le huviesse conducido. Passè aquella noche dando gracias à Dios de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroso, y nunca vinto animo Christiano, y admirable

ble proceder de Doña Guiomar de Sofa, que assi supe se llamaba mi bienhechora. Salí por la mañana al rio, y hallè en el un barco lleno de gente, que se iba à embarcar en una gran nave, que en San Gian estaba de partida para las Islas Orientales. Bolvíme à mi posada, vendí à mi huesped la calvaladura, y cerrando todos mis discursos en el puño, bolví al rio, y al barco, y otro dia me hallè en el gran Navio fuera del Puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se deseaba. Quince años he estado en las Indias, en los quales firviendo de Soldado con valentísimos Portugueses, me han sucedido cosas, de que quizá pudieran hacer una gustosa, y verdadera historia; especialmente de las hazañas de la en aquellas partes invencible Nacion Portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes, y venideros siglos. Allí grangeè algun oro, y algunas perlas, y cosas mas de valor, que de bulto: con las quales, y con la ocasion de bolverse mi General à Lisboa, bolví à ella, y de allí me puse en camino para bolverme à mi Patria, determinando ver primero todas las mejores, y mas principales Ciudades de España. Reducí à dineros mis riquezas, y à polizas los que me pareció ser necessario para mi camino, que fue el que primero intentè venir à Madrid, donde estaba recién venida la Corte del

Gran Felipe Tercero; pero ya mi fuerte cansada de llevar la nave de mi ventura con prospero viento, por el mar de la vida humana, quiso que dieffe en un baxio que la destrozasse toda: y assi hizo, que en llegando una noche à Talavera, un Lugar que no está lexos de aqui, me apeè en un meson, que no me sirvió de meson, sino de sepultura, pues en el hallè la de mi honra. O fuerzas poderosas de amor, de amor digo inconsiderado, presuroso, y lascivo, y mal intencionado, y con quanta facilidad atropellas designios buenos, intentos castos, y proposiciones discretas! Digo, pues, que estando en este meson, entrò en el acafo una doncella de hasta diez y seis años; à lo menos à mí no me pareció de mas, puesto que despues supe que tenia veinte y dos: venia en cuerpo, y entrazado, vestida de paño, pero limpieissima: y al passar junto à mí, me pareció, que olia à un prado lleno de flores por el mes de Mayo, cuyo olor en mis sentidos dexò atrás las aromas de Arabia: llegòse la qual à un mozo del meson, y hablándole al oído, alzò una gran rifa, y bolviendo las espaldas salió del meson, y se entrò en una casa frontera. El mozo mesonero corrió trás ella, y no la pudo alcanzar, sino fue con vna cox que le diò en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa.

Esto viò otro moza del mismo meson, y llena de colera, dixo al mozo: Por Dios, Alonso, que lo haces mal, que no merece Luisa que la fantigues à coces. Como essas le darè yo si vivo: respondió el Alonso: calla Martina amiga, que à estas mozitas sobrefalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies, y todo, y con esto nos dexò solos à mi, y à Martina, à la qual le preguntè, que, que Luisa era aquella, y si era casada, ò no. No es casada, respondió Martina, pero serálo presto con este mozo Alonso que aveis visto, y en fé de los tratos que andan entre los Padres de ella, y los de él, se atreve Alonso à molerla à coces todas las veces que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca: porque si vâ à decir la verdad, señor huesped, la tal Luisa es algo atrevidilla, y algun tanto libre, y descompuesta. Harto se lo he dicho yo, mas no aprovecha: no dexará de seguir su gusto, si la facan los ojos, pues en verdad, que una de las mejores dotes, que puede llevar una doncella, es la honestidad: que buen siglo aya la Madre que me parió, que fue persona, que no me dexò ver la calle, ni aun por un agujero, quanto mas salir al umbral de la puerta. Sabia bien, como ella decia, que la muger, y la gallina, &c. Digame señora Martina, le repliqué yo, como

de la estrechez de esse noviciado vino hacer profesion en la anchura de un meson? Hay mucho que decir en esso, dixo Martina. Y aun yo tuviera mas que decir de estas menudencias, si el tiempo lo pidiera, ò el dolor que traygo en el alma lo permitiera.

CAPITULO VII.

Donde el Polaco dà fin à la narracion de su Historia.

CON atencion escuchaban los Peregrinos el peregrino cuento del Polaco, ya deseaban saber que dolor trahia en el alma, como sabian el que debia de tener en el cuerpo, à quien dixo Periandro: Contad, señor, lo que quisieredes, y con las menudencias que quisieredes, que muchas veces el contarlas fuele acrecentar gravedad al cuento: que no parece mal estar en la mesa de un banquete junto à un fayfán bien aderezado, un plato de una fresca, verde, y sabrosa ensalada. La salsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje en qualquiera cosa que se diga: así que, señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso, y de Martina, acocead à vuestro gusto à Luisa: casadla, ò no la caseis, seafe ella libre, y desembuelta como un cernicalo, que el toque no està en sus desembolturas, sino en sus sucesos, segun los hallo yo en mi Astrologia. Digo, pues, seño-

res, respondió el Polaco, que usando de essa buena licencia, no me quedará cosa en el tintero, que no la ponga en la plana de vuestro juicio. Con todo, el que entonces tenia, que no debia de ser mucho, fui, y vine una, y muchas veces aquella noche à pensar en el donayre, en la gracia, y en la desemboltura de la fin par, à mi parecer, ni sé si la llame vecina moza, ò conocida de mi huespeda: hice mil designios, fabrique mil torres de viento, caséme, tuve hijos, y di dos higas al que dirán, y finalmente me resolví de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talavera, casado con la Diosa Venus: que no menos hermosa me pareció la muchacha, aunque acoceada por el mozo del mesonero. Passose aquella noche, tomè el pulso à mi gusto, y halléle tal, que à no casarme con ella, en poco espacio de tiempo avia de perder, perdiendo el gusto, la vida que ya avia depositado en los ojos de mi Labradora: y atropellando por todo genero de inconvenientes, determinè de hablar à su Padre, pidiendosela por muger. Enseñele mis perlas, manifestele mis dineros, díxele alabanzas de mi ingenio, y de mi industria, no solo para conservarlos, sino para aumentarlos: y con estas razones, y con el alarde que le avia hecho de mis bienes, vino mas blando que un guante à conceder con mi deseo: y mas quando viò que yo

no reparaba en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento, y satisfecho de este concierto. Quedò Alonso despachado, Luisa mi esposa rostituerta, como lo dieron à entender los sucesos que de allí à quinze dias acontecieron con dolor mio, y verguenza suya: que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas, y dineros míos, con los quales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad, y en los pies, desapareció de Talavera, dexandome burlado, y arrepentido, y dando ocasion al Pueblo à que de su inconstancia, y bellaqueria en corrillos hablassen. Hizome el agravio acudir à la venganza, pero no hallè en quien tomarla, sino en mi proprio, que con un lazo estuve mil veces por ahorcarme; pero la fuerte, que quizá para satisfacerme de los agravios que me tiene hechos, me guarda, ha ordenado, que mis enemigos ayan parecido presos en la carcel de Madrid, de donde he sido aviado que vaya à ponerles la demanda, y à seguir mi justicia: y así voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi honra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis hombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado, y consumido. Vive Dios que han de morir: vive Dios que me he de vengar: vive Dios que ha de

haber el mundo, que no sé disimular agravios, y mas los que son tan dañosos, que se entran hasta las médulas del alma. A Madrid voy, ya estoy mejor de mi caída, no hay sino ponerme à cavallo, y guardense de mi hasta los mosquitos del ayre, y no me lleguen à los oídos, ni ruegos de Frayles, ni llantos de personas devotas, ni promesas de bien intencionados corazones, ni dadivas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de Grandes, ni toda la caterva que suele proceder à semejantes acciones: que mi honra ha de andar sobre su delito, como el azeyte sobre el agua. Y diciendo esto, se iba à levantar muy ligero para volver à subir, y à seguir su viage. Viendo lo qual Periandro, asiendole del brazo le detuvo, y dixo: Vos, señor, ciego de vuestra colera no echais de ver que vais à dilatar, y à estender vuestra deshonra. Hasta ahora no estais mas deshonrado de entre los que os conocen en Talavera, que deben de ser bien pocos, y ahora vais à serlo de los que os conoceràn en Madrid. Quereis ser como el Labrador que criò la vivora serpiente en el seno todo el Invierno, y por merced del Cielo quando llegò el Verano, donde ella pudiera aprovecharse de su ponzoña, no la hallò, porque se avia ido; el qual, sin agradecer esta merced al Cielo, quiso ir

à buscar, y bolverla à anidar en su casa, y en su seno, no mirando ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le està bien hallar; y à lo que comunmente se dice, que al enemigo que huye, la puente de plata: y el mayor que el hombre tiene, suele decirse que es la muger propia; pero esto debe de ser en otras Religiones que en la Christiana, entre las quales los Matrimonios son una manera de concierto, y conveniencia, como lo es el de alquilar una casa, ú otra alguna heredad; pero en la Religion Catholica el casamiento es Sacramento, que solo se defata con la muerte, ò con otras cosas, que son mas duras que la misma muerte, las quales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshacer el nudo con que ligados fueron. Què pensais que os sucederà quando la Justicia os entregue à vuestros enemigos arados, y rendidos encima de un teatro publico, à la vista de infinitas gentes, y à vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos decís, vuestra honra? Que os puede suceder, como digo, sino hacer mas publico vuestro agravio: porque las venganzas castigan, pero no quitan las culpas, y las que en estos casos se cometen, como

la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se están en pie, y siempre están vivas en las memorias de las gentes, à lo menos en tanto que vive el agraviado. Así que, señor, bolved en vos, y dando lugar à la misericordia, no corrais tras la justicia; y no os aconsejo por esto à que perdoneis à vuestra muger para bolverla à vuestra casa, que à esto no ay ley que os obligue: lo que os aconsejo, es, que la dexéis, que es el mayor castigo que podréis darle. Vivid lexos de ella, y viviréis, lo que no haréis estando juntos, porque moriréis continuo. La ley del repudio fue muy usada entre los Romanos; y puesto que sería mayor charidad perdonarla, recogerla, sufrirla, y aconsejarla, es menester tomar el pulso à la paciencia, y poner en un punto extremado à la discrecion, de la qual pocos se pueden fiar en esta vida: y mas quando la contrastan inconvenientes tantos, y tan pesados. Y finalmente quiero que considereis, que vais à hacer un pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca. Atento estuvo à estas razones de Periandro el colerico Polaco, y mirandole de hito en hito, respondió: Tu, señor, has hablado sobre tus años, tu discrecion se adelanta à tus días, y la madurez de tu ingenio à tu

verde edad: un Angel te ha movido la lengua: con la qual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo, sino es la de bolverme à mi tierra à dar gracias al Cielo por la merced que me has hecho: ayudame à levantar, que si la colera me boviò las fuerzas, no es bien que me las quite mi bien considerada paciencia. Esto harèm todos de muy buena gana, dixo Antonio el Padre: y ayudandole à subir en el macho, abrazandoles à todos primero, dixo, que queria volver à Talavera à cosas, que à su hacienda tocaban: y que desde Lisboa volvería por la mar à su Patria. Dioxes su nombre, que se llamaba Ortel Banedre, que respondia en Castellano, Martin Banedre, y ofreciendoseles de nuevo à su servicio, bolviò las riendas àcia Talavera, dexando à todos admirados de sus sucesos, y del buen donayre con que los avia contado. Aquella noche la passaron los Peregrinos en aquèl mismo lugar: y de allí à dos dias, en compañía de la antigua Peregrina, llegaron à la Sagra de Toledo, y à vista del celebrado Tajo, famoso por sus arenas, y claro por sus liquidos cristales.



CAPITULO VIII.

De como los Peregrinos llegaron á la Villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino.

NO es la fama del Tajo tal, que la cierren limites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo; que à todos se estiende, y à todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle: y como es uso de los Septentrionales fer la gente principal versada en la lengua Latina, y en los antiguos Poetas, eralo así mismo Periandro, como uno de los mas principales de aquella Nacion: y así por esto, como por aver mostradose à la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamàs alabado, como se debe, Poeta Garcilaso de la Vega, y averlas èl visto, leído, mirado, y admirado; así como viò al claro rio, dixo, no diremos: *Aquí diò fin à su cantar Salicio*, sino: *Aquí diò principio à su cantar Salicio*: aquí sobrepujo en sus eglogas à sí mismo: aquí resonò su zampona, à cuyo són se detuvieron las aguas de este rio, no se movieron las hojas de los arboles, y parandose los vientos, dieron lugar à que la admiracion de su canto fuesse de lengua en lengua, y de gentes en gentes por todas las de la tierra. O venturo-

fas, pues, cristalinas aguas, por todas las de la tierra! O venturofas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas; què digo yo doradas, antes de puro oro nacidas! Recoged à este pobre Peregrino, que como desde lexos os adora, os piensa reverenciar desde cerca: y poniendo la vista en la gran Ciudad de Toledo, fue esto lo que dixo: O peñascosa pesadumbre, gloria de España, y luz de sus Ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes Godos, para bolver à resucitar su muerta gloria, y à fer claro espejo, y deposito de Catholicas ceremonias! Salve, pues, ò Ciudad santa, y dà lugar, que en ti le tengan estos que venimos à verte. Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor Antonio el Padre, si tan bien como èl lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas veces hacen mas cierta experiencia de las cosas que no la tienen los mismos que las han visto, à causa, que el que lee con atencion, repara una, y muchas veces en lo que và leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede la leccion à la vista. Casi en este mismo instante resonò en sus oídos el són de infinitos, y alegres instrumentos, que por los valles que la Ciudad rodean, se estendian, y vieron venir àcia donde ellos estaban, esquadrones, no arma-

dos de infanteria, sino montones de doncellas, sobre el mismo Sol hermosas, vestidas à lo villano, llenas de faldas, y patenas los pechos, en quien los corales, y la plata tenian su lugar, y asfiento, con mas gala, que las perlas, y el oro, que aquella vez se hurtò de los pechos, y se acogió à los cabellos, que todos eran luegros, y rubios como el mismo oro. Venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores. Campeò aquel dia, y en ellas antes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milàn, y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba à las mas ricas de la Corte, porque si en ellas se mostraba la honesta mediania, se descubria así mismo la extremada limpieza: todas eran flores, todas rosas, todas donayre, y todas juntas componian un honesto movimiento, aunque de diferentes bayles formado: el qual movimiento era incitado del són de los diferentes instrumentos ya referidos. Al rededor de cada esquadron andaban por defuera, de blanquissimo lienzo vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, ò ya sus parientes, ò ya sus conocidos, ò ya vecinos de sus mismos lugares: uno tocaba el tamboril, y la flauta, otro el psalterio: este las sonajas, y aquèl

los albugues: y de todos estos sonos redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la musica: y al passar uno de estos esquadrones, ò junta de bayladoras doncellas por delante de los Peregrinos; uno, que à lo que despues pareció era el Alcalde del Pueblo, asió à una de aquellas doncellas del brazo, y mirandola muy bien de arriba abaxo, con voz alterada, y de mal talante, la dixo: A Tozuelo, Tozuelo, y que de poca verguenza os acompaña! Bayles son estos para fer profanados, fiestas son estas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? No sé yo como consienten los cielos semejantes maldades: si esto ha sido con sabiduria de mi hija Clementa Cobeña, por Dios que nos han de oír los sordos. Apenas acabò de decir esta palabra el Alcalde, quando llegó otro Alcalde, y le dixo: Pedro Cobeño, si os oyessen los sordos, sería hacer milagros: contentaos con que nosotros nos oygamos à nosotros, y sepamos en que os ha ofendido mi hijo Tozuelo: que si èl ha delinquido contra vos, julticia soy yo, que lo podrè, y sabrè castigar? A lo que respondió Cobeño: El delinquimiento ya se ve, pues siendo varon, và vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de doncella de su Magestad, en sus fiestas, porque veais, Alcalde

Tozuelo, si es mocosa la culpa: temome que mi hija Cobeña anda por aqui, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos: y no querria que el Diablo hiciesse de las suyas, y sin nuestra sabiduria los juntaffe sin las bendiciones de la Iglesia: que ya sabeis que estos casorios hechos à hurradillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer à los de la Audiencia Clerical, que es muy carera. A esto respondió por Tozuelo una doncella Labradoradora, de muchas que se pararon à oír la plática: Si và à decir la verdad, señores Alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo, y el marido de ella, como lo es mi Madre de mi Padre, y mi Padre de mi Madre: ella està en cinta, y no està para danzar, ni baylar: casenlos, y vayase el Diablo para malo, y à quien Dios se la diere San Pedro se la bendiga. Por Dios, respondió Tozuelo, vos decís muy bien: entrambos son iguales, no es mas Cristiano viejo el uno, que el otro, las riquezas se pueden medir con una misma vara. Ahora bien, replicò Cobeño, llamen aqui à mi hija, que ella los deslindará todo, que no es nada muda. Vino Cobeña, que no estava lexos, y lo primero que dixo, fue: Ni yo he sido la primera, ni ferè la postrera que aya tropezado, y caído en estos barrancos: Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdonenos Dios

à entrambos, quando nuestros Padres no quisieren. Esto si, hija, dixo su Padre, la verguenza por los cerros de Ubeda antes que en la cara; pero pues esto està ya hecho, bien serà que el Alcalde Tozuelo se sirva de que este caso passe adelante, pues vosotros no le aveis querido dexar atrás. Par diez, dixo la doncella primera, que el señor Alcalde Cobeño ha hablado como un viejo: dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta ahora, y queden para en uno, como lo manda la Santa Iglesia nuestra Madre: y vamos con nuestro bayle al olmo, que no se ha de estorvar nuestra fiesta por niñerías. Vino Tozuelo con el parecer de la moza, dieronse las manos los donceles, acabòse el pleyto, y passò el bayle adelante; que si con esta verdad se acabàran todos los pleytos, fecas, y peladas estuvieran las folicitas plumas de los Escrivanos. Quedaron Periandro, y Auristela, y los demás peregrinos contentísimos de aver visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las Labradoradoras doncellas, que parecian todas à una mano, que eran principio, medio, y fin de la humana belleza. No quiso Periandro que entrassen en Toledo, porque afsi se lo pidió Antonio el Padre, à quien aguijaba el deseo que tenia de ver à su Patria, y à sus Padres, que no estaban lexos, diciendo, que para ver las

gran-

grandezas de aquella Ciudad, convenia mas tiempo, que el que su priessa les ofrecia. Por esta misma razon tampoco quisieron pasar por Madrid, donde à la sazón estava la Corte, temiendo algun estorvo, que su camino les impidiesse. Confirmlés en este parecer la antigua peregrina, diciendoles, que andaban en la Corte ciertos pequeños, que tenían fama de ser hijos de Grandes, que aunque paxaros novelles, se abatían al señuelo de qualquiera muger hermosa, de qualquiera calidad que fuesse; que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura. A lo que añadió Antonio el Padre: De essa manera, serà menester que usemos de la industria que usan las grullas, quando mudando regiones passan por el monte Limavo, en el qual las està aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas previniendo este peligro, passan de noche, y llevan una piedra cada una en la boca, para que les impida el canto, y escusen de ser sentidas: quanto mas, que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera de este famoso rio, y dexando la Ciudad à mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos à Ocaña, y desde alli al Quintanar de la Orden, que es mi Patria. Viendo la peregrina el designio del viage que avia hecho

Antonio, dixo, que ella queria seguir el suyo, que le venia mas à cuento. La hermosa Ricla le diò dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos cortes, y agradecida. Nuestros peregrinos passaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de Primavera, en un mismo punto les puso la admiracion, y la alegria. Vieron iguales, y estendidas calles, à quien servian de espaldas, y arrimos los verdes, e infinitos arboles, tan verdes, que las hacian parecer de finísimas esmeraldas: vieron la junta, los besos, y abrazos que se daban los dos famosos rios Henares, y Tajo: contemplaron sus sierras de agua, admiraron el concierto de sus jardines, y de la diversidad de sus flores: vieron sus estanques, con mas peces, que arenas, y sus esquisitos frutales, que por aliviar el peso à los arboles, tendian las ramas por el suelo. Finalmente Periandro tuvo por verdadera la fama que de este sitio por todo el mundo se esparcia. Desde alli fueron à la Villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus Padres vivian, y se informò de otras cosas, que le alegraron, como luego se dirà.

* * *
* * *

CAPITULO IX.

Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el Barbaro à sus Padres: quedanse con ellos èl, y Riela su muger; pero Antonio el mozo, y Constanza prosiguen la peregrinacion en compañía de Periandro, y Auristela.

Con los ayres de su Patria se regozijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar à Nuestra Señora de Esperanza, à todos se les alegrò el alma. Riela, y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que avian de ver presto, ella à los suegros, y ellos à sus Abuelos, de quien ya se avia informado Antonio, que vivian, à pesar del sentimiento, que la ausencia de su hijo les avia causado. Supo así mismo como su contrario avia heredado el Estado de su Padre, y que avia muerto en amistad de su Padre de Antonio, à causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada secta del duelo, se avia averiguado que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza à las palabras: y las que se dicen con las espadas desnudas, no afrentan, puesto que agravian:

y así el que quiere tomar venganza de ellas, no se ha de entender que satisface su afrenta, sino que castiga su agravio, como se mostrarà en este exemplo. Presupon-gamos que yo digo una verdad manifiesta: respondeme un desalumbado, que miento, y mentirè todas las veces que lo dixere, y poniendo mano à la espada, sustentà aquella desmentida; yo que soy el desmentido no tengo necesidad de bolver por la verdad que dixere, la qual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necesidad de castigar el poco respecto que se me tuvo: de modo, que el desmentido de esta fuerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objecion, que està afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga: porque, como tengo dichò, es grande la diferencia que hay entre agravio, y afrenta. En efecto digo, que supo Antonio la amistad de su Padre, y de su contrario, y que pues ellos avian sido amigos, se avria bien mirado su causa. Con estas buenas nuevas, con mas sosiego, y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, à quien contò todo aquello que de su negocio sabia, y que un hermano del que pensò ser su enemigo, le avia heredado, y quedado en la misma amistad con su Padre, que su hermano el muerto. Fue parecer de Antonio, que ninguno

falièsse de su orden, porque pensaba darse à conocer à su Padre, no de improvisò, sino por algun rodeo, que le aumentasse el contento de hacerle conocido; advirtièndo, que tal vez mata una subita alegria, como fuele matar un improvisò pesar. De allí à tres dias llegaron al crepusculo de la noche à su lugar, y à la casa de su Padre, el qual con su Madre, segun despues pareciò, estava sentada à la puerta de la calle, tomando, como dicen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del Verano. Llegaron todos juntos, y el primero que hablò fue Antonio à su mismo Padre. Hay por ventura, señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es Christiana la gente que la habita, respondiò su Padre, todas las casas de èl son hospital de peregrinos; y quando otra no huviera, esta mia, segun su capacidad, sirviera por todas. Prendas tengo yo por estos mundos adelante, que no sé si andaràn ahora buscando quien las acoja. Por ventura, señor, replicò Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en èl no viven un apellido de unos Hidalgos, que se llaman Villaseñores? Digolo, porque he conocido yo un tal Villaseñor bien lexos de esta tierra, que si èl estuviera en esta, no nos faltàrà posada à mi, ni à mis camaradas. Y como se llamaba, hijo, dixo su Madre, esse Villaseñor que decís,

llamabase Antonio, replicò Antonio; y su Padre, segun me acuerdo, me dixo se llamaba Diego de Villaseñor. Ay señor! dixo la Madre, levantandose de donde estava, que esse Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia ha al pie de diez y seis años que falta de esta tierra, comprado le tengo à lagrimas, pesado à suspiros, y grangeado con oraciones: plegue à Dios que mis ojos le vean antes que descubra la noche de la eterna sombra. Decidme, dixo, ha mucho que le vistès, ha mucho que le dexastes, tiene salud, piensa bolver à su Patria, acuerdase de sus Padres, à quien podrà venir à ver, pues no hay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hicieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaba el anciano Padre de Antonio, y llamando à grandes voces à sus criados, les mandò encender luces, y que metiessen dentro de casa à aquellos honrados peregrinos: y llegandose à su no conocido hijo, le abrazò estrechamente, diciendole: Por vos solo, señor, sin que otras nuevas os hiciessen el apofento, os le dièra yo en mi casa, llevado de la costumbre que tengo de agafajar en ella à todos quantos peregrinos por aqui pasan; pero ahora con las regozijadas nuevas, que me aveis dado, ensancharè la voluntad, y sobrepujaràn los servicios que os hiciere à mis mismas fuer-

zas. En esto ya los sirvientes avian encendido luces, y guiando los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenia salieron dos hermosas, y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que avian nacido despues de su ausencia: las quales, viendo la hermosura de Auristela, y la gallardia de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartaban de besarlas, y de bendecirlas; y quando esperaban que sus padres entrassen dentro de casa con el nuevo huesped, vieron entrar con ellos un confuso monton de gente que trahian en hombros sobre una silla sentado un hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde, que avia heredado al enemigo que solia ser de su hermano. El alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuydado de recibir los nuevos huespedes, les turbò de manera, que no sabian à quien acudir, ni à quien preguntar la causa de aquel alboroto. Los padres de Antonio acudieron al Conde, herido de una bala por las espaldas, que en una rebuelta de dos Compañias de Soldados que estaban en el pueblo alojadas, avian tenido con los del lugar, y le avian pasado por las espaldas el pecho: el qual, viendose herido, mandò à sus criados que le truxessen en casa de Diego de Villaseñor su amigo, y el traerle fue à tiempo, que comenzaba à hospedar à su

hijo, à su nuera, y à sus dos nietos, y à Periandro, y à Auristela: la qual asiendo de las manos à las hermanas de Antonio, les pidió que la quitassen de aquella confusion, y la llevassen à algun aposento donde nadie la viesse. Hicieronlo ellas asì, siempre admirandose de nuevo de la sin par belleza de Auristela. Constanza, à quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de una misma edad, y casi de una igual hermosura. Lo mismo le aconteció al mancebo Antonio, el qual olvidado de los respetos de la buena crianza, y de la obligacion del hospedage, se atrevió honesto, y regozijado à abrazar à una de sus tias; viendo lo qual un criado de casa, le dixo: Por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor de esta casa no es hombre de burlas; sino à fé que se las haga tener quedas à despecho de su desvergonzado atrevimiento. Por Dios, hermano, respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hacer, si el Cielo favorece mis deseos, que no son otros que servir à estas señoras, y à todos los de esta casa. Ya en esto avian acomodado al Conde herido en un rico lecho, y llamado à dos Cirujanos que le tomassen la sangre, y mirassen la herida, los quales declararon ser mortal, sin

que

que por via humana tuviesse remedio alguno. Estaba todo el Pueblo puesto en arma contra los Soldados, que en esquadron formado se avian salido al campo, y esperaban, si fueren acometidos del Pueblo, dandoles la batalla. Valia poco para ponerlos en paz la solicitud, y la prudencia de los Capitanes, ni la diligencia Christiana de los Sacerdotes, y Religiosos de aquel Pueblo, el qual por la mayor parte se alborota de livianas ocasiones, y crece, bien asì como van creciendo las olas del mar, de blando viento movidas, hasta que tomando el Regaño el blando soplo del Zefiro, le mezcla con su Huracán, y las levanta al Cielo: el qual dandose priessa à entrar el día, la prudencia de los Capitanes hizo marchar à sus Soldados à otra parte, y los del Pueblo se quedaron en sus limites à pesar del rigor, y mal animo, que contra los Soldados tenian concebido. En fin, por terminos, y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco à poco vino Antonio à descubrirse à sus Padres, haciendoles presente de sus nietos, y de su nuera, cuya presencia sacò lagrimas de los ojos de los viejos: y la belleza de Auristela, y la gallardia de Periandro les sacò el pasmo al rostro, y la admiracion à todos los sentidos. Este placer tan grande, como improviso: esta llegada de sus hijos tan no esperada se la

aguò, turbò, y casi deshizo la desgracia del Conde, que por momentos iba empeorando: con todo esso le hizo presente de sus hijos, y de nuevo le hizo ofrecimiento de su casa, y de quanto en ella avia, que para su salud fuesse conveniente; porque aunque quisiera moverse, y llevarle à la de su Estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanzas que se tenian de su salud. No se quitaban de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion, Auristela, y Constanza, que con la compasion Christiana, y solicitud posible eran sus enfermeras; puesto que iban contra el parecer de los Cirujanos, que ordenaban le dexassen solo, ò à lo menos no acompañado de mugeres; pero la disposicion del Cielo, que con causas à nosotros secretas ordena, y dispone las cosas de la tierra, ordenò, y quiso, que el Conde llegasse al ultimo de su vida, y un día antes que de ella se despidiesse, cierto ya de que no podia vivir, llamó à Diego de Villaseñor, y quedandose con el solo, le dixo de esta manera: Yo salí de mi casa con intencion de ir à Roma este año, en el qual el Summo Pontifice ha abierto las arcas del Theforo de la Iglesia, y comunicadonos como en año Santo las infinitas gracias, que en el suelen ganarse. Iba à la ligera, mas como peregrino pobre, que como Cavallero rico:

entrè en este Pueblo, hallè travada una pendencia, como ya, señor, aveis visto, entre los Soldados que en èl estaban alojados, y entre los vecinos de ella: mezclème en ella, y por reparar las agenas vidas, he venido à perder la mía, porque esta herida, que à traición, si así se puede decir, me dieron, me la và quitando por momentos: no sé quien me la diò, porque las pencias del vulgo trahen consigo à la misma confusion. No me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia, ò por venganza quisiere castigarse: con todo esto, por hacer lo que en mí es, y todo aquello que de mi parte puedo, como Cavallero, y Christiano, digo, que perdono à mi matador, y à todos aquellos que con èl tuvieron culpa: y es mi voluntad asimismo de mostrar que soy agradecido al bien que en vuestra casa me aveis hecho: y la muestra que he de dar de este agradecimiento, no será así como quiera, sino con el mas alto extremo que pueda imaginarse. En estos dos baules que ahí están, donde llevaba recogida mi camarara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro, y en joyas, que no ocupan mucho lugar: y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierran las entrañas de Potosí, hiciera de ella lo mismo, que de esta hacer quiero. Tomadla, señor, en vi-

da, ò haced que la tome la señora Doña Constanza vuestra nieta: que yo se lo doy en arras, y para su dote, y mas que le pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradissima, juntamente con quedar doncella honrada. Llamadla aqui, y trahed quien me despose con ella, que su valor, su Christianidad, y su hermosura merecian hacerla señora del Universo. No os admire, señor, lo que ois: creed lo que os digo, que no será novedad disparatada casarse un Titulo con una doncella Hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hacer à una muger famosa. Esto quiere el Cielo, à esto me inclina mi voluntad: por lo que debeis al ser discreto que no lo estorve la vuestra. Id luego, y sin replicar palabra, trahed quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, así de la entrega de estas joyas, y dineros, y de la mano, que de esposo la he de dar, que no aya calumnia que la deshaga. Pasmòse à estas razones Villaseñor, y creyò sin duda alguna, que el Conde avia perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada: pues en tal punto por la mayor parte, ò se dicen grandes sentencias, ò se hacen grandes disparates; y así lo que le respondió, fue: Señor, yo espero en Dios, que tendreis sa-

lud,

lud, y entonces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podreis ver las riquezas que dais, y la muger que escogeis. Mi nieta no es vuestra igual, ò à lo menos no està en potencia propinqua, sino muy remota de merecer ser vuestra esposa: y yo no soy tan codicioso, que quiera comprar esta honra que quereis hacerme con lo que dirà el vulgo, casi siempre mal intencionado: del qual ya me parece que dice que os tuve en mi casa, que os trastornè el sentido, y que por vias de la solitud codiciosa os hice hacer esto. Diga lo que quisiere, dixo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedará engañado en lo que de vos pensare. Alto, pues, dixo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, que no quiera abrir à la buena fuerte que està llamando à las puertas de mi casa: y con esto se salió del aposento, y comunicò lo que el Conde le avia dicho con su muger, con sus nietos, y con Periandro, y Auristela: los quales fueron de parecer, que sin perder punto asiesen à la ocasion por los cabellos, que les ofrecia, y traxessen quien llevase al cabo aquel negocio. Hizose así, y en menos de dos horas ya estava Constanza desposada con el Conde, y los dineros, y joyas en su possession, con todas las circunstancias, y revalidaciones que fueron posible hacerse. No hubo

musicas en el desposorio, sino llantos, y gemidos, porque la vida del Conde se iba acabando por momentos. Finalmente, otro dia despues del desposorio, recibidos todos los Sacramentos, murió el Conde en los brazos de su esposa la Condesa Constanza: la qual cubriendose la cabeza con un velo negro, hincada de rodillas, y levantando los ojos al Cielo, comenzò à decir: Yo hago voto, pero apenas dixo esta palabra, quando Auristela le dixo: Qué voto quereis hacer, señora? De ser Monja, respondió la Condesa. Sedlo, y no le hagais, replicò Auristela, que las obras de servir à Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcan que las mueven accidentes: y este de la muerte de vuestro esposo, quizá os hará prometer lo que despues, ò no podreis, ò no quereis cumplir. Dexad en las manos de Dios, y en las vuestras vuestra voluntad; que así vuestra discrecion, como la de vuestros Padres, y hermanos os sabrà aconsejar, y encaminar en lo que mejor os estuviere: y dese ahora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo Condesa tan sin pensarlo, os sabrà, y querrà dar otro Titulo, que os honre, y os engrandezca con mas duracion que el presente. Rindiòse à este parecer la Condesa, y dando trazas al entierro del Conde, llegó un su her-

hermano menor, à quien ya avian ido las nuevas à Salamanca, donde estudiaba: llorò la muerte de su hermano; pero enjugòle presto las lagrimas el gusto de la herencia del Estado. Supo el hecho, abrazò à su cuñada, no contradixo à ninguna cosa, depositò à su hermano para llevarle despues à su lugar. Partióse à la Corte para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleyto, degollaron à los Capitanes, y castigaron à muchos de los del Pueblo. Quedòse Constanza con las arras, y el Titulo de Condesa: apercibióse Periandro para seguir su viage, à quien no quisieron acompañar Antonio el Padre, ni Ricla su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron à Antonio el hijo, ni à la nueva Condesa, que no fue posible dexar la compañía de Auristela, ni de Periandro. A todo esto nunca avia mostrado à su Abuelo el lienzo donde venia pintada su historia: enseñòsele un dia Antonio, y dixo, que faltaba allí de pintar los passos por donde Auristela avia venido à la Isla Barbara, quando se vieron ella, y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y el en el de hembra, metamorfosis bien extraño; à lo que Auristela dixo, que en pocas razones lo diria, que fue, que quando la robaron los Piratas de las riberas de Dinamarca à ella, Cloèlia, y à las

dos Pescadoras, vinieron à una Isla despoblada à reparar la presa entre ellos: y no pudiendose hacer el repartimiento con igualdad, uno de los mas principales se contentò con que por su parte le diessen mi persona, y aun añadió dadas para igualar la demasia. Entrè en su poder sola, sin tener quien en mi desventura me acompañasse, que de las miserias suele fer alivio la compañía. Este me vistió en habitos de varon temeroso, que en los de muger no me solicitasse el viento. Muchos dias anduve con el peregrinando por diversas partes, y sirviendole en todo aquello que à mi honestidad no ofendia. Finalmente, un dia llegamos à la Isla Barbara, donde de improviso fuimos presos de los Barbaros, y el quedò muerto en la refriega de mi prision, y yo fui trahida à la cueva de los prisioneros, donde hallè à mi amada Cloèlia, que por otros no menos desventurados passos allí avia sido trahida: la qual me contò la condicion de los Barbaros, la vana supersticion que guardaban, y el assumpto ridiculo, y falso de su profecia. Dixome así mismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro avia estado en aquella cima, à quien no avia podido hablar, por la priessa que los Barbaros se daban à facarle para ponerle en el sacrificio: y que avia querido acompañarle para certificarse de

la verdad, pues se hallaba en habitos de hombre, y que así rompiendo por las persuaciones de Cloèlia, que se lo estorbaban, fallò con su intento, y se entregò de toda su voluntad para ser sacrificada de los Barbaros, persuadiendose fer bien de una vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traherla à peligro de perderla por momentos: y que no tenia mas que decir, pues sabian lo que desde aquel punto le avia sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienzo; pero todos fueron de parecer, que no solamente se añadiesse, sino que aun lo pintado se borrasse, porque tan grandes, y tan no vistas cosas, no eran para andar en lienzos debiles, sino en laminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes gravadas. Con todo esto quiso Villaseñor quedarse con el lienzo, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos, y à la fin por hermosura, y gallardia de Auristela, y Periandro. Algunos dias se pasaron, poniendo en orden su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promessa. Quedòse Antonio el Padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueva Condesa, que como queda dicho, la aficion que à Auristela tenia, la llevara, no solamente à Roma, sino al otro mundo, si para allà

se pudiera hacer viage en compañía. Llegòse el dia de la partida, donde hubo tiernas lagrimas, y apretados abrazos, y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir à sus hijos se le partia el alma. Echòles su bendicion su Abuelo à todos: que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerrogativa de mejorar los sucesos. Llevaron consigo à uno de los criados de casa para que los sirvièse en el camino, y puestos en el, dexaron soledades en su casa, y Padres, y en compañía entre alegre, y triste siguieron su viage.

CAPITULO X.

De lo que passò con unos Cautivos fingidos que encontraron.

Las peregrinaciones largas siempre trahen consigo diversos acontecimientos: y como la diversidad se compone de cosas diferentes, es forzoso que los casos lo sean. Bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniendonos en duda donde será bien anudarle: porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas, y podrian passar sin serlo, y sin quedar menoscabada la historia. Acciones hay, que por grandes deben callarse; y otras, que por baxas no deben decirse; puesto que es

excelencia de la Historia, que qualquiera cosa que en ella se escriba, pueda pasar al favor de la verdad que trahe consigo; lo que no tiene la fabula, à quien conviene guisar sus acciones con tanta puntualidad, y gusto, y con tanta verosimilitud, que à despecho, y pesar de la mentira, que hace dissonancia en el entendimiento, forme una verdadera harmonia. Aprovechandome, pues, de esta verdad, digo, que el hermoso esquadron de los Peregrinos, prosiguiendo su viaje, llegó à un Lugar no muy pequeño, ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza de él, por quien forzosamente avian de Pafar, vieron mucha gente junta, todos atentos, mirando, y escuchando à dos mancebos, que en traje de recién rescatados Cautivos, estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenian en el fuelo. Parecía que se avian descargado de dos pesadas cadenas que tenian junto à sí, insignias, y relatoras de su pesada desventura: y uno de ellos, que debia de ser de hasta veinte y quatro años, con voz clara, y en todo extremo experta lengua, crugiendo de quando en quando un corbacho, ò por mejor decir azote, que en la mano tenia, le facudia de manera, que penetraba los oídos, y ponía los estallidos en el Cielo: bien así co-

mo hace el cochero, que castigando, ò amenazando sus cavallos, hace resonar su latigo por los ayres. Entre los que la larga platica escuchaban, estaban los dos Alcaldes del Pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno, como el otro. Por donde comenzó su arenga el libre Cautivo, fue diciendo: Esta, señores, que aqui veis pintada, es la Ciudad de Argel, gomía, y tarasca de todas las riberas del Mar Mediterraneo, Puerto universal de cofaríos, y amparo, y refugio de ladrones, que de este pequenuelo Puerto que aqui va pintado, salen con sus Baxeles à inquietar el mundo, pues se atreven à pasar el Plus Ultra de las columnas de Hercules, y acometer, y robar las apartadas Islas, que por estar rodeadas del inmenso Mar Oceano, pensaban estar seguras à lo menos de los Baxeles Turquescos. Este Baxel que aqui veis reducido à pequeño, porque lo pide así la pintura, es una Galeota de veinte y dos bancos, cuyo dueño, y Capitan es el Turco, que en la crugia va en pie con un brazo en la mano, que cortò à aquel Christiano que alli veis, para que le sirva de rebenque, y azote à los demás Christianos que van amarrados à sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro Galeras que aqui veis, que le van entrando, y dando caza. Aquel Cautivo primero del primer ban-

co, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, yo soy, que servia de espaldar en esta Galeota; y el otro que está junto à mi, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue ménos apaleado. Escuchad, señores, y estad atentos, quizá la aprehension de este lastimoso cuento, os llevará à los oídos las amenazadoras, y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el Arraz de la Galeota, cofario tan famoso, como cruel, y tan cruel, como Falaris, ò Buliris tiranos de Sicilia: à lo menos à mi me suena ahora el rospenì, el manahora, y el denimaniyoc, que con corage endiablado va diciendo: que todas estas son palabras, y razones Turquescas, encaminadas à la deshonor, y vituperio de los Cautivos Christianos. Lllamanlos de Judios, hombres de poco valor, de fé negra, y de pensamientos viles, y para mayor horror, y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos. Parece ser, que uno de los dos Alcaldes avia estado cautivo en Argel mucho tiempo, el qual con baxa voz dixo à su compañero: Este Cautivo hasta ahora parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es Cautivo falso; pero yo le examinaré en lo particular, y veremos como dà la cuerda, porque quiero

que sepais que yo iba dentro de esta Galeota, y no me acuerdo de averle conocido por espaldar de ella, sino fue à un Alonso Moclin, natural de Velezmalaga. Y volviendose al Cautivo, le dixo: Decidme, amigo, cuyas eran las Galeras que os daban caza, y si conseguistes por ellas la libertad deseada? Las Galeras, respondió el Cautivo, eran de Don Sancho de Leyva, la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron: tuvimosla despues, porque nos alzamos con una Galeota, que desde Sargel iba à Argel cargada de trigo: venimos à Orán con ella, y desde allí à Malaga, de donde mi compañero, y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de servir à su Magestad (que Dios guarde) en el exercicio de la guerra. Decidme, amigos, replicò el Alcalde, cautivasteis juntos, llevaronlos à Argel del primer voleo, ò à otra parte de Berberia? No cautivamos juntos, respondió el otro Cautivo, porque yo cautivé junto à Alicante en un Navio de lanas, que passaba à Genova: mi compañero en los Percheles de Malaga, à donde era pescador: conocimonos en Tetuán, dentro de una mazmorra hemos sido amigos, y corrido una misma fortuna mucho tiempo: y para diez, ò doce quartos, que apenas nos han ofrecido de limos-

na sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor Alcalde. No mucho, señor galan, replicò el Alcalde, que aún no están dadas todas las bueltas de la mancuera. Escucheme, y dígame: quantas puertas tiene Argel, y quantas fuentes, y quantos pozos de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer Cautivo: Tantas puertas tiene, como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las sé, y tantos pozos, que yo no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado, me han quitado la memoria de mí mismo: y si el señor Alcalde quiere ir contra la charidad Christiana, recogeremos los quartos, y alzaremos la tienda, y à Dios aho, que tan buen pan hacen aquí, como en Francia. Entonces el Alcalde llamó à un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servía de pregonero en el Lugar, y tal vez de verdugo quando se ofrecia, y dixole: Gil Berrueco, id à la plaza, y trahedme aquí luego los primeros dos años que toparedes, que por vida del Rey nuestro Señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores Cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contandonos mentiras, y embelecocos, estando sanos como una manzana, y con mas fuerzas para tomar una aza-

da en la mano, que no un corbacho para dar estallidos en seco. Yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas de él en ninguna cosa de quantas aveis dicho. Cuerpo del mundo, respondió el Cautivo, es posible, que ha de querer el señor Alcalde, que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por una niñería, que no importa tres ardites, quiera quitar la honra à dos tan insignes Estudiantes como nosotros: y juntamente quitar à su Magestad dos valientes Soldados, que ibamos à essas Italías, y à esos Flandes à romper, à destrozár, à herir, y à matar los enemigos de la Santa Fè Catholica que topáramos; porque si vâ à decir verdad, que en fin es hija de Dios, quiera que sepa el señor Alcalde, que nosotros no somos Cautivos, sino Estudiantes de Salamanca, y en la mitad, y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo, y de saber à que sabía la vida de la guerra, como sabíamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar, y poner en obra este deseo, acertaron à passar por allí unos Cautivos, que tambien lo debian de ser falsos como nosotros ahora; les comparamos este lienzo, y nos informamos de algunas cosas de las de Argel, que nos pareció ser bastantes, y necessarias. Para acreditar

nuef-

nuestro embeleco, vendimos nuestros libros, y nuestras alhajas à menos precio, y cargados con esta mercaderia, hemos llegado hasta aquí: pensamos passar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hacer, es, replicò el Alcalde, daros à cada uno cien azotes, y en lugar de la pica que vais à arrastrar en Flandes, poneros un remo en las manos, que le cimbreis en el agua en las galeras, con quien quizá haréis mas servicio à su Magestad, que con la pica. Querráse, replicò el mozo hablador, mostrar ahora el señor Alcalde ser un Legislador de Athenas, y que la riguridad de su oficio llegue à los oídos de los señores del Consejo, donde acreditándole con ellos, le tengan por severo, y justiciero, y le cometan negocios de importancia donde muestre su severidad, y su justicia: pues sepa el señor Alcalde, que *summum jus summa injuria*. Mirad como habláis, hermano, replicò el segundo Alcalde, que aquí no hay justicia con luxuria, que todos los Alcaldes de este Lugar han sido, son, y serán limpios, y castos como el pelo de la massa, y hablad menos, que os será sano. Bolvió en esto el pregonero, y dixo: Señor Alcalde, yo no he topado en la plaza años ningunos, sino à los dos Regidores Berrueco, y Crespo, que andan en ella paseandose.

Por años os embiè yo, majadero, que no por Regidores; pero bolved, y trahedlos acá, por sí, ò por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar de esta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de años, que gracias sean dadas al Cielo, hartos hay en este Lugar. No le tendrá vuestra merced, señor Alcalde en el Cielo, replicò el mozo, si passa adelante con essa riguridad. Por quien Dios es, que vuestra merced confidere, que no hemos robado tanto, que podemos dar à censo, ni fundar ningun mayorazgo: apenas grangeamos el misero sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es, la de los oficiales, y jornaleros. Mis Padres no nos enseñaron oficio alguno, y así nos es forzoso, que remitamos à la industria lo que aviamos de remitir à las manos, si tuvieramos oficio. Castiguense los que cohechan, los escaldadores de casas, los falteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la Republica, los ociosos, y valdíos en ella, que no firven de otra cosa que de acrecentar el numero de los perdidos: y dexen à los miseros, que vâ en su camino derecho à servir à su Magestad con la fuerza de sus brazos, y con la agudeza de sus ingenios: porque no hay mejores Soldados que los que se transf-

plantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra. Ninguno salió de Estudiante para Soldado, que no lo fuese por extremo: porque quando se avienen, y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la Republica se engrandece. Admirado estaba Periandro, y todos los mas de los circunstantes, así de las razones del mozo, como de la velocidad con que hablaba, el qual prosiguiendo, dixo: Espulguenos el señor Alcalde, mirenos, y remirenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de azotes. Veamos, pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interés merece ser castigada con afrentas, y martyrizada con gateras: y así otra vez digo, que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje, y precipite apasionadamente à hacer lo que despues de hecho quizá le causará pesadumbre. Los Jueces discretos castigan, pero no toman venganza de los delitos: los prudentes, y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor, y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dixo el segundo Alcalde, que este mancebo há hablado bien,

aunque ha hablado mucho: y que no solamente no tengo de consentir que los azoten, sino que los tengo de llevar à mi casa, y ayudarles para su camino, con condicion, que le lleven derecho, sin andar surcando la tierra de una en otras partes: porque si así lo hiciesen, mas parecerian viciosos, que necesitados. Ya el primer Alcalde manso, y piadoso, blando, y compasivo, dixo: No quiero que vayan à vuestra casa, sino à la mia, donde les quiero dar una lición de las cosas de Argel, tal, que de aqui adelante ninguno les coja en mal Latin, en quanto à su fingida historia. Los cautivos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los Peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Bolvióse el primer Alcalde à Periandro, y dixo: Vosotros, señores Peregrinos traheis algun lienzo que enseñarnos? Traheis otra historia que hacernos creer por verdadera, aunque la aya compuesto la misma mentira? No respondió nada Periandro; porque vió que Antonio sacaba del seno las patentes, licencias, y despachos que llevaban para seguir su viage: el qual los puso en manos del Alcalde, diciendole: Por estos papeles podrá ver vuestra merced quien somos, y à donde vamos, los quales no era menester presentarlos, porque ni pedimos li-

mosna,

mosna, ni tenemos necesidad de pedirla: y así como à caminantes libres nos podian dexar passar libremente. Tomó el Alcalde los papeles, y porque no sabia leer, se los dió à su compañero, que tampoco lo sabia, y así pararon en manos del Escrivano, que passando los ojos por ellos brevemente, se los bolvió à Antonio, diciendole: Aquí, señores Alcaldes, tanto valor hay en la bondad de estos Peregrinos, como hay grandeza en su hermosura. Si aqui quisieren hacer noche, mi casa les servirá de meson, y mi voluntad de alcázar, donde se recojan. Bolvióle las gracias Periandro: quedaronse alli aquella noche, por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del Escrivano con amor, con abundancia, y con limpieza.

CAPITULO XI.

Donde se cuenta lo que les passó en un lugar poblado de Moriscos.

Legóse el dia, y con él los agradecimientos del hospedage: y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los Cautivos falsos, que dixeron, que iban indultriados del Alcalde, de modo, que de alli adelante no los podian coger en mentira acerca de las cosas de Argel, que tal vez dixo el uno, digo el que

hablaba mas que el otro, tal vez dixo, se hurta con authoridad, y aprobacion de la justicia: quiero decir, que alguna vez los malos Ministros de ella se hacen à una con los delinquentes, para que todos coman. Llegaron todos juntos donde un camino se dividia en dos: los Cautivos tomaron el de Cartagena, y los Peregrinos el de Valencia, los quales otro dia al salir de la Aurora, que por los balcones del Oriente se asomaba, barriendo el Cielo de las Estrellas, y aderezando el camino por donde el Sol avia de hacer su acostumbrada carrera: Bartholomé, que así creo se llamaba el guiador del bagage, viendo salir el Sol tan alegre, y regozijado, bordando las nubes de los Cielos con diversos colores, de manera, que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre, y mas hermosa à la vista, y con rustica discrecion, dixo: Verdad debió de decir el Predicador, que predicaba los dias pasados en nuestro Pueblo, quando dixo, que los Cielos, y la tierra anunciaban, y declaraban las grandezas del Señor. Par diez, que si yo no conociera à Dios, por lo que me han enseñado mis Padres, y los Sacerdotes, y ancianos de mi Lugar, le viniera à rastrear, y conocer, viendo la immensa grandeza de estos Cielos, que me dicen que son muchos, ò à lo menos que llegan

à onze: y por la grandeza de este Sol que nos alumbra, que con no parecer mayor que una rodela, es muchas veces mayor que toda la tierra: y mas, que con ser tan grande, afirman, que es tan ligero, que camina en veinte y quatro horas mas de trecientas mil leguas. La verdad que sea, yo no creo nada de esto, pero dicento tantos hombres de bien, que aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo; pero de lo que mas me admiro, es, que debaxo de nosotros hay otras gentes, à quien llaman Antipodas, sobre cuyas cabezas, los que andamos acà arriba trahemos puestos los pies: cosa que me parece imposible, que para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuvieran ellos las cabezas de bronce. Riòse Periandro de la rustica Astrologia del mozo, y dixole: Buscar querria razones acomodadas, ò Bartholomè! para darte à entender el error en que estàs, y la verdadera postura del mundo: para lo qual era menester tomar muy de atrás sus principios; pero acomodandome con tu ingenio, havrè de cohartar el mio, y decirte sola una cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad infalible, que la tierra es centro del Cielo: llamo centro un punto indivisible, à quien todas las lineas de su circunferencia vãn à parar. Tampoco me parece que has de enten-

der esto; y asì dexando estos terminos, quiero que te contentes con saber, que toda la tierra tiene por alto el Cielo, y en qualquier parte de ella, donde los hombres estèn, han de estar cubiertos con el Cielo: asì que, como à nosotros el Cielo que vès nos cubre, asì mismo cubre à los Antipodas que dicen, sin estorvo alguno, y como naturalmente lo ordenò la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, Criador del Cielo, y de la Tierra. No se descontentò el mozo de oir las razones de Periandro, que tambien dieron gusto à Auristela, à la Condesa, y à su hermano. Con estas, y otras cosas iba enseñando, y entreteniendo el camino Periandro, quando à sus espaldas llegó un carro acompañado de seis arcabuceros à piè, y uno que venia à caballo con una escopeta pendiente del arzon delantero, llegandose à Periandro, dixo: Si por ventura, señores Peregrinos, llevais en esse repuesto alguna conserva de regalo, que yo creo que si debeis de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de Cavalleros ricos, que de pobres Peregrinos os señala; si la llevais, dadmela, para socorrer con ella à un desmayado muchacho que vâ en aquel carro, condenado à galeras por dos años, con otros doce Soldados, que por haverse hallado en la muerte de un Conde los dias passados,

dos, vãn condenados al remo: y sus Capitanes por mas culpados creo que estàn sentenciados à degollar en la Corte. No pudo tener à esta razon las lagrimas la hermosa Constanza, porque en ella se le representò la muerte de su breve esposo; pero pudiendo mas su Christianidad, que el deseo de su venganza, acudiò al bagage, y sacò una caja de conserva, y acudiendo al carro, preguntò: Quien es aqui el desmayado? A lo que respondiò uno de los Soldados: allí vâ echado en aquel rincon, untado el rostro con el sebo del timon del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, quando èl se muera, que serà bien presto, segun està pertináz en no querer comer bocado. A estas razones alzò el rostro el untado mozo, y alzandose de la frente un roto sombrero, que toda se la cubria, se mostrò feo, y sucio à los ojos de Constanza; y alargando la mano para tomar la caja, la tomò, diciendo: Dios os lo pague, señora. Bolviò à encaxar el sombrero, y bolviò à su melancolla, y à arrinconarse en el rincon donde esperaba la muerte. Otras algunas razones passaron los Peregrinos con las Guardas del carro, que se acabaron con apartarse por diferentes caminos. De allí à algunos dias llegó nuestro hermoso esquadron à un Lugar de Moriscos, que estava puesto co-

mo una legua de la marina, en el Reyno de Valencia, hallaron en èl, no meson en que albergarse, sino todas las casas del Lugar, que con agradable hospicio los combidaban: viendo lo qual Antonio, dixo: Yo no sé quien dice mal de esta gente, que todos me parecen unos fantos. Con palmas, dixo Periandro, recibieron al Señor en Jerusalem los mismos que de allí à pocos dias le pusieron en una Cruz. Ahora bien, à Dios, y à la ventura, como decir se suele, acetèmos el combite que nos hace este buen viejo, que con su casa nos combida: y era asì verdad, que un anciano Morisco, casi por fuerza, asiendo los por las esclavinas los metiò en su casa, y diò muestras de agafarlos, no Morisca, sino Christianamente. Saliò à servirlos una hija suya, vestida en traje Morisco, y en èl tan hermosa, que las mas gallardas Christianas tuvieran à ventura el parecerla: que en las gracias que la naturaleza reparte, tambien suele favorecer à las barbaras de Scitia, como à las Ciudadanas de Toledo. Esta, pues, hermosa, y Mora, en lengua Aljamiada, asiendo à Constanza, y à Auristela de las manos, se encerrò con ellas en una sala baxa: y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente mirò à todas partes, temerosa de ser escuchada: y despues que hubo asegurado el miedo que

que mostraba, las dixo: Ay, señoras, y como aveis venido como manfas, y simples ovejas al matadero! Veis este viejo, que con verguenza digo, que es mi Padre? veisle tan agafajador vuestro? pues sabed que no pretende otra cosa, sino ser vuestro verdugo. Esta noche se han de llevar en peso, si así se puede decir, diez y seis Baxeles de cofarios Berberiscos à toda la gente de este lugar, con todas sus haciendas, sin dexar en él cosa que les mueva à bolver à buscarlas. Pienfan estos desventurados, que en Berberia està el gusto de sus cuerpos, y la salvacion de sus almas; sin advertir, que de muchos Pueblos que allà se han passado casi enteros, ninguno hay que de otras nuevas, sino de arrepentimiento, el qual, les viene juntamente con las quejas de su daño. Los Moros de Berberia pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las quales corren los Moriscos de esta, y dàn en los lazos de su desventura. Si quereis estorvar la vuestra, y conservar la libertad, en que vuestros Padres os engendraron, fald luego de esta casa, y acogeos à la Iglesia, que en ella hallaréis quien os ampare, que es el Cura, que solo él, y el Escrivano son en este lugar Christianos viejos. Hallaréis tambien allí al Xadraque Xarife, que es un tío mio, Moro solo en el nombre, y en las obras Christiano. Contadles

lo que passa, y decid que os lo dixo Rafala, que con esto fereis creídos, y amparados: y no lo echeis en burla, si no quereis que las veras os defengañen à vuestra costa: que no hay mayor engaño, que venir el defengaño tarde. El fulto, las acciones con que Rafala esto decia, se assentò en las almas de Auristela, y de Constanza, de manera, que fue creida, y no le respondieron otra cosa que fuesse mas que agradecimientos. Llamaron luego à Periandro, y à Antonio, y contandoles lo que passaba, sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa, con todo lo que tenian. Bartholomè, que quisiera mas descansar, que mudar de posada, pesòle de la mudanza; pero en efecto obedeciò à sus señores. Llegaron à la Iglesia, donde fueron bien recibidos del Cura, y del Xadraque, à quien contaron lo que Rafala les avia dicho. El Cura dixo: Muchos días ha, señores, que nos dàn sobrefalto con la venida de esos baxeles de Berberia; y aunque es costumbre suya hacer siempre estas entradas, la tardanza de esta me tenia ya algo descuydado. Entrad hijos, que para defendernos muy buena torre tenemos, y buenas, y ferradas las puertas de la Iglesia, que sino es muy de proposito, no pueden ser derribadas, ni abrasadas. Ay! Dixo à esta sazón el Xadraque, si han de ver mis ojos, antes que se cierren, libre

bre esta tierra de estas espinas, y malezas que la oprimen: ay quando llegará el tiempo que tiene profetizado un Abuelo mio, famoso en la Astrologia, donde se verá España de todas partes entera, y maciza en la Religion Christiana? Que ella sola es el rincón del mundo, donde està recogida, y venerada la verdadera verdad de Christo! Morisco soy, señores, y ojalà que negarlo pudiera; pero no por esto dexo de ser Christiano: que las divinas gracias las dà Dios à quien él es servido, el qual, tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeis, de hacer salir su Sol sobre los buenos, y los malos, y llover sobre los justos, y los injustos. Digo, pues, que este mi Abuelo dexò dicho, que cerca de estos tiempos reynaria en España un Rey de la Casa de Austria, en cuyo animo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los Moriscos de ella: bien así como el que arroja de su seno la serpiente, que le està royendo las entrañas, ò bien así como quien aparta la neguilla del trigo, ò escarda, ò arranca la mala hierba de los sembrados. Vén ya (ò venturoso mozo, y Rey prudente!) y pon en execucion el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor, que ha de quedar esta tierra desierta, y sin gente, y el de que no será bien, la que en efecto està en ella baptizada; que aunque estos sean temores de consideracion, el

efecto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos Christianos viejos que esta tierra se poblare, se bolverà à fertilizar, y à poner en mucho mejor punto que ahora tiene. Tendrán sus señores, si no tantos, y tan humildes vassallos, serán los que tuvieren Catholicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros, y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los falteadores se las lleven. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalecieronlas con los bancos de los asientos, subieronse à la torre, alzaron una escalera levadiza, llevòse el Cura consigo el Santissimo Sacramento en su relicario, proveyeronse de piedras, armaron dos escopetas, dexò el bagage mondo, y desnudo à la puerta de la Iglesia, Bartholomè el mozo, y encerrò con sus amos: y todos con ojo alerta, y manos listas, y con animos determinados estuvieron esperando el assalto, de quien avisados estaban por la hija del Morisco. Passò la media noche, que la midiò por las Estrellas el Cura: tendia los ojos por todo el mar, que desde allí se parecía, y no avia nube, que con la luz de la Luna se pareciese, que no pensasse sino que fuesen los Baxeles Turquescos: y aguijando à las campanas, comenzò à repicarlas tan aprietta, y tan recio, que todos aquellos Valles, y

todas aquellas riberas retumbaban: à cuyo són los atajadores de aquellas marinas se juntaron, y las corrieron todas; pero no aprovechò su diligencia, para que los baxeles no llegassen à la ribera, y echassen la gente en tierra. La del lugar que los esperaba, cargados con sus mas ricas, y mejores alhajas, à donde fueron recibidos de los Turcos con grande grita, y algazàra al són de muchas dulzaynas; y de otros instrumentos; que puesto que eran belicos, eran regozijados. Pegaron fuego al Lugar, y assi mismo à las puertas de la Iglesia, no para esperar à entrarla, sino por hacer el mal que pudiesen. Dexaron à Bartholomè à piè, porque le desjarretaron el bagage: derribaron una Cruz de piedra; que estava à la salida del Pueblo, llamando à grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron à los Turcos, ladrones pacificos, y deshonestos publicos. Desde la lengua del agua, como dicen, comenzaron à sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonor, en que ponian à sus mugeres, y à sus hijos. Muchas veces, y quizà algunas no en vano, dispararon Antonio, y Periandro las escopetas: muchas piedras arrojò Bartholomè; y todas à la parte donde avia dexado el bagage, y muchas flechas el Xadraque; pero muchas mas lagrimas echaron Auristela, y Constanza, pidiendo à

Dios, que presente tenían, que de tan manifesto peligro los librasse, y assi mismo, que no ofendiesse el fuego à su Templo: el qual no ardiò, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que se les aplicò. Poco faltaba para llegar el dia, quando los baxeles cargados con la presa, se hicieron al mar, alzando regozijados lilies, y tocando infinitos atabales, y dulzaynas: y en esto vieron venir dos Personas corriendo àcia la Iglesia, la una de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que llegando cerca conociò el Xadraque, que la una era su sobrina Rafala, que con una Cruz de caña en las manos, venia diciendo à voces: Christiana, Christiana, y libre, y libre, por la gracia, y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el Escrivano, que acafo aquella noche estava fuera del Lugar, y al són del arma de las campanas venia à ver el suceso, que llorò, no por la pèrdida de sus hijos, y de su muger, que alli no los tenia, sino por la de su casa, que hallò robada, y abrafada. Dexaron entrar el dia, y que los baxeles se alargassen, y que los atajadores tuviesse lugar de asegurar la costa: y entouces baxaron de la torre, y abrieron la Iglesia, donde entrò Rafala, bañado con alegres lagrimas el rostro, y acrecentando con su sobresfallo su hermosura. Hizo oracion

cion à las Imagenes, y luego se abrazò con su tio, besando primero las manos al Cura. El Escrivano ni adorò, ni besò las manos à nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la pèrdida de su hacienda. Passò el sobresfallo, bolvieron los espíritus de los retrahidos à su lugar, y el Xadraque cobrando aliento nuevo, bolviendo à pensar en la profecia de su Abuelo, casi como lleno de celestial espíritu, dixo: Ea, mancebo generoso, ea, Rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo genero de inconvenientes, y dexanos à España tersa, limpia, y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la assombra, y menoscaba. Ea, consejero tan prudente como illustre, nuevo Atlante del peso de esta Monarquía, ayuda, y facilita con tus consejos à esta necessaria transmigracion: llenense estos mares de tus galeras cargadas del inutil peso de la generacion Agarena: vayan arrojadas à las contrarias riberas las zarzas, las malezas, y las otras hierbas que estorvan el crecimiento de la fertilidad, y abundancia Christiana; que si los pocos Hebrèos que passaron à Egypto, multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, que se podrá temer de estos, que son mas, y viven mas holgadamente? No los esquilman las Religiones, no los entresacan

las Indias, no los quitan las guerras; todos se cafan, todos, ò mas engendran: de dò se sigue, y se infiere, que su multiplicacion, y aumento ha de ser innumerable. Ea, pues (buelvo à decir) vayan, vayan, señor, y dexa la raza de tu Reyno resplandeciente como el Sol, y hermosa como el Cielo. Dos dias estuvieron en aquel lugar los Peregrinos, bolviendo à enterarse en lo que les faltaba, y Bartholomè se acomodò de bagage. Los Peregrinos agradecieron al Cura su buen acogimiento, y alabaron los buenos pensamientos del Xadraque, y abrazando à Rafala, se despidieron de todos, y siguieron su camino.

CAPITULO XII.

En que se refiere un extraordinario suceso.

EN el qual se fueron entreteniendo en contar el passado peligro, el buen animo del Xadraque, la valentia del Cura, el zelo de Rafala: de la qual se les olvidò de saber como se avia escapado de poder de los Turcos que assaltaron la tierra; aunque bien consideraron, que con el alboroto ella se avria escondido en parte que tuviesse lugar despues de bolver à cumplir su deseo, que era de vivir, y morir Christiana. Cerca de Valencia llegaron; en

la qual no quisieron entrar, por escusar las ocasiones del detenerse; pero no faltò quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente, todo aquello que la hace hermosa, y rica sobre todas las Ciudades, no solo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres, y su extremada limpieza, y graciosa lengua, con quien sola la Portuguesa puede competir en ser dulce, y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuesse à costa de su cansancio, por llegar à Barcelona, à donde tenian noticia avian de tocar unas Galeras, en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genova. Y al salir de Villa-Real, hermosa, y amenissima Villa, de través de entre una espesura de arboles les salió al encuentro una Zagala, ò Pastora Valenciana, vestida á lo del campo, limpia como el Sol, y hermosa como él, y como la Luna: la qual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo: Señores, pedirlos he, ò darlos he? A lo que respondió Periandro: Hermosa Zagala, si son zelos, ni los pidas, ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu credito: y si es que el que te ama, tiene en-

tendimiento, conociendo tu valor, te estimará, y querrá bien; y si no le tiene, para que quieres que te quiera? Bien has dicho, respondió la villana, y diciendo à Dios: bolvió las espaldas, y se entrò en la espesura de los arboles, dexando à todos los circunstantes admirados con su pregunta; con su presteza, y con su hermosura. Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia, que merezcan escritura, sino fue el ver desde lexos las Santissimas Montañas de Monserrate, que adoraron con devocion Christiana, sin querer subir à ellas, por no detenerse. Llegaron à Barcelona à tiempo, quando llegaban à su Playa quatro Galeras Españolas, que disparando, y haciendo salva à la Ciudad con gruesa artilleria, arrojaron quatro Esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante, y cogines de carmesí: en qual venia, como despues pareció, una hermosa muger de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana, y dos doncellas, hermosas, y honestamente aderezadas. Saliò infinita gente de la Ciudad, como es costumbre, así à ver las Galeras, como à la gente que de ellas desembarcaba: y la curiosidad de nuestros Peregrinos llegó tan cerca de los Esquifes, que casi pudieran dar la mano à la Dama que de ellos desembarcaba:

caba: la qual poniendo los ojos en todos, especialmente en Constanza, despues de aver desembarcado, dixo: Llegaos acá, hermosa Peregrina, que os quiero llevar conmigo à la Ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que teneis poca noticia: vengan así mismo vuestros camaradas, porque no ha de aver cosa que obligue à dexar tan buena compañía. La vuestra, à lo que se vè, respondió Constanza, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento quien no la acetasse: vamos donde quisieredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados à dexarme. Asíò la señora de la mano à Constanza, y acompañada de muchos Cavalleros, que salieron de la Ciudad à recibirla, y de otra gente principal de las Galeras, se encaminaron à la Ciudad, en cuyo espacio de camino Constanza no quitaba los ojos de ella, sin poder reducir à la memoria averla visto en tiempo alguno. Apoyentaronla en una casa principal à ella, y à las que con ella desembarcaron, y no fue posible que dexasse ir à los Peregrinos à otra parte, con los quales así como tuvo comodidad para ello, pasó esta platica: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os debe tener, el ver que con particular cuydado procuró serviros: y así os digo, que

à mi me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en una Ciudad de Aragon, y cuyo hermano es Don Bernardo Agustín, Quadralvo de estas Galeras que están en la Playa. Contarino de Arbolanchez, Cavallero del Habito de Alcantara, en ausencia de mi hermano, y à hurto del recato de mis parientes se enamorò de mí; y yo llevada de mi estrellá; ò por mejor decir de mi facil condicion, viendo que no perdía nada en ello, con titulo de esposa le hice señor de mi persona, y de mis pensamientos: y el mismo dia que le di la mano, recibíò el de la de su Magestad una carta, en que le mandaba viniessse luego al punto à conducir un Tercio que baxaba de Lombardia à Genova, de infanteria Española, à la Isla de Malta, sobre la qual se pensaba baxaba el Turco. Obedeciò Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaba, que no quiso coger los frutos del Matrimonio con sobresalto: y sin tener cuenta con mis lagrimas, el recibir la carta, y el partirse todo fue uno: parecióme que el Cielo se avia caído sobre mí, y que entre él, y la tierra me avian apretado el corazon, y cogido el alma. Pocos dias pasaron, quando añadiendo yo imaginaciones à imaginaciones, y deseos à deseos, vine à poner en efecto uno, cuyo cumplimiento así como me quitò la honra por en-

penfa sería a la pena que me causa el ver así à mi hermana. A este punto, aviendo yo recobrado parte de mis perdidos espíritus, me acuerdo que dixè: Hermano mio, yo foy Ambrosia Agustina tu hermana, y foy así mismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez: el amor, y tu ausencia (ò hermano!) me le dieron por marido, el qual sin gozarme me dexò. Yo atrevida, arrojada, y mal considerada, en este trage que me veis, le vine à buscar: y con esto les contè toda la historia que de mi aveis oído; y mi suerte, que por puntos se iba à mas andar mejorando, hizo que me diessen credito, y me tuviesen lastima. Contaronme, como à mi esposo le avian cautivado Moros, con una de dos Chalupas, donde se avia embarcado para ir à Genova, y que el cobrar la libertad avia sido el dia antes al anochecer, sin que le diesse lugar el tiempo de averse visto con mi hermano, sino al punto que me hallò desfmayada: suceso, cuya novedad le podia quitar el credito, pero todo es así como lo he dicho. En estas Galeras passaba esta señora que viene conmigo, y con estas sus dos nietas à Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el patrimonio Real à su cargo. Vistieronme estos que traigo, que son sus vestidos: y mi marido, y mi hermano alegres, y contentos nos han saca-

do oy à tierra, para espaciarnos, y para que los muchos amigos que tienen en esta Ciudad, se alegren con ellos. Si vosotros, señores, vais à Roma, yo harè que mi hermano os ponga en el mas cercano Puerto de ella. La caxa de conserva os la pagarè con llevaros en la mia hasta donde mejor os estè: y quando yo no passare à Italia, en fé de mi ruego os llevarà mi hermano. Esta es, amigos míos, mi historia, si se os hiciere dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo: y pues que comunmente se dice, que el creer es cortesía, en la vuestra, que debe ser mucha, deposito mi credito. Aquí diò fin la hermosa Agustina à su razonamiento, y aquí comenzò la admiracion de los oyentes à subirse de punto: aquí comenzaron à desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abrazos de Constanza, y Auristela, que à la bella Ambrosia dieron: la qual por ser así voluntad de su marido, hubo de bolverse à su tierra, porque por hermosa que sea, es embarazosa la compañía de la muger en la guerra. Aquella noche se alterò el mar de modo, que fue forzoso alargarse las Galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura. Los corteses Cathalanes, gente enojada terrible, y pacífica su-

ve;

ve; gente que con facilidad dà la vida por la honra, y por defenderlas entrambas, se adelantaron à sí mismos, que es como adelantarse à todas las Naciones del mundo, visitaron, y regalaron todo lo posible à la señora Ambrosia Agustina, à quien dieron las gracias despues que bolvieron su hermano, y su esposo. Auristela escarmentada con tantas experiencias como avia hecho de las borrascas del mar, no quiso embarcarse en las Galeras, sino irse por Francia, pues estaba pacífica. Ambrosia se bolvió à Aragon: las Galeras siguieron su viage, y los Peregrinos el suyo, entrandose por Perpiñan en Francia.

CAPITULO XIII.

Entran en Francia: y dàse cuenta de lo que les sucedió con un criado del Duque de Nemurs.

POr la parte de Perpiñan, quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, à quien diò que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la qual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros: y juntamente hallò en el amor, que à su esposo tenia perdon de su atrevimiento. En fin, ella se bolvió, como queda dicho, à su Patria: las Galeras siguieron su viage, y el

suyo nuestros Peregrinos; los quales llegando à Perpiñan, pararon en un mesón, à cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y al rededor de ella mucha gente, mirando jugar à dos hombres à los dados, sin que otro alguno jugasse: parecióles à los Peregrinos ser novedad que mirassen tantos, y jugassen tan pocos. Preguntò Periandro la causa, y fuèle respondido, que de los que jugaban, el perdido se perdía la libertad, y se hacia prenda del Rey para bogar al reino seis meses, y el que ganaba, ganaba veinte ducados, que los Ministros del Rey avian dado al perdido, para que probasse en el juego su ventura. Uno de los dos que jugaba, la probò, y no le supo bien, porque la perdiò, y al momento le pusieron en una cadena, y al que la ganò le quitaron otra, que para seguridad de que no huíría si perdía, le tenían puesta: miserable juego, y miserable fuerte, donde no son iguales la pérdida, y la ganancia! Estando en esto, vieron llegar al mesón gran golpe de gente, entre la qual venia un hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco, ò seis criaturas de edad de quatro à siete años. Venia junto à él una muger amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la qual con lastimada voz venia diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y bolve-

vedme à mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad le hizo tomar este dinero; el no se ha jugado, sino vendido, porque quiere à costa de su trabajo sustentarme à mi, y à sus hijos: amargo sustento, y amarga comida para mi, y para ellos! Callad; señora, dixo el hombre, y gastad esse dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán antes à domeñar un remo, que un azadon. No quise ponerme en aventura de perderlos jugandolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dexaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida platica que entre marido, y muger passaba. Los Ministros que le trahian, les dixeron que enjugassen las lagrimas, que si lloraran quantas cabian en el mar, no serian bastantes à darle la libertad que avia perdido. Prevalcian en su llanto los muchachos, diciendo à su Padre: Señor, no nos dexé, porque nos moriremos todos si se vá. El nuevo, y extraño caso enterneciò las entrañas de nuestros Peregrinos, especialmente las de la thesorrera Constanza, y todos se movieron à rogar à los Ministros de aquel cargo fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta, que aquel hombre no avia sido en el mundo, y que les commoviesse à no dexar viuda à una muger, ni huerfanos

à tantos niños. En fin, tanto supieron decir, y tanto quisieron rogar, que el dinero bolvió à poder de sus dueños, y la muger cobró su marido, y los niños à su Padre. La hermosa Constanza, rica despues de Condesa, mas Christiana que barbara, con parecer de su hermano Antonio, diò à los pobres perdidos, con que se cobraron cinquenta escudos de oro, y así se volvieron tan contentos, como libres, agradeciendo al Cielo, y à los Peregrinos la tan no vista, como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y pasando por Lengadoch, entraron en la Provenza, donde en otro mesón hallaron tres Damas Francesas, de tan extremada hermosura, que à no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar à la palma de la belleza. Parecian señoras de grande Estado, segun el aparato con que se servian: las quales viendo los Peregrinos, así les admirò la gallardia de Periandro, y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela, y de Constanza. Llegaronlas à si, y hablaronlas con alegre rostro, y cortes comedimiento: preguntaronlas quien eran en lengua Castellana, porque conocieron ser Españolas las peregrinas, y en Francia, ni varon, ni muger dexa de aprender la lengua Castellana. En tanto que las señoras esperaban la respuesta de Auristela, à quien

quien se encaminaban sus preguntas, se desvió Periandro à hablar con un criado, que le pareció ser de las ilustres Francesas: preguntòle, quien eran, y à donde iban? Y el le respondiò, diciendo: El Duque de Nemurs, que es uno de los que llaman de la sangre en este Reyno, es un Cavallero bizarro, y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es recién heredado, y ha propuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de Estado, y de hacienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su Rey: porque dice, que los Reyes bien pueden dar la muger à quien quisieren de sus vassallos, pero no el gusto de recibirla. Con esta fantasia, locura, ò discrecion, ò como mejor debe llamarse, ha embiado à algunos criados suyos à diversas partes de Francia à buscar alguna muger, que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que reparen en hacienda, porque el se contenta con que la dote sea su calidad, y su hermosura. Supo la de estas tres Señoras, y embiòme à mi que le sirvo, para que las viesse, y las hiciesse retratar de un famoso Pintor, que embiò conmigo. Todas tres son libres, y todas de poca edad, como aveis visto: la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en extremo, pero pobre: la mediana, que Belarminia se

llama, es bizarra, y de gran donayre, y rica medianamente; la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, hace gran ventaja à las dos, en ser rica. Ellas tambien han sabido el deseo del Duque, y querrian, segun à mi se me ha traslucido, ser cada una la venturosa de alcanzarle por esposo: y con ocasion de ir à Roma à ganar el Jubileo de este año, que es como el centesimo que se usaba, han salido de su tierra, y quieren passar por Paris, y verse con el Duque, fiadas en el quizá, que trae consigo la buena esperanza; pero despues, señores Peregrinos, que aqui entrasteis, he determinado de llevar un presente à mi amo, que borre del pensamiento todas, y qualesquier esperanzas, que estas señoras en el suyo huvieren fabricado: porque le pienso llevar el retrato de esta vuestra Peregrina, unica, y general señora de la humana belleza: y si ella fuesse tan principal, como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hacer, ni el Duque mas que desear. Decidme por vida vuestra, señor, si es casada esta Peregrina, como se llama, y què Padres la engendraron? à lo que temblando respondiò Periandro: Su nombre es Auristela, su viaje à Roma, sus Padres nunca ella los ha dicho, y de que sea libre, os aseguro, porque lo sé sin duda alguna; pero hay otra

cosa en ellos, que es tan libre, y tan señora de su voluntad, que no la rendirá à ningun Principe de la tierra, porque dice que la tiene rendida al que lo es del Cielo. Y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos; así que no os servirá de nada el retratarla, sino de alborotar el animo de vuestro señor, si acaso quisiese atropellar por el inconveniente de la baxeza de mis Padres. Con todo esso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, siquiera por curiosidad, y porque se dilate por Francia este nuevo milagro de hermosura. Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel Lugar, para no darsele al Pintor para retratar à Auristela. Bartholomè bolvió luego à aderezar el bagage, y à no estar bien con Periandro, por la priessa que daba à la partida. El criado del Duque viendo que Periandro queria partirse luego, se llegó à él, y le dixo: Bien quisiera, señor, rogaros que os detuvierades un poco en este Lugar, siquiera hasta la noche, porque mi Pintor con comodidad, y de espacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana; pero bien os podeis ir à la paz de Dios, porque el Pintor me ha dicho, que de sola una vez que la ha visto, la tiene

tan aprehendida en la imaginacion, que la pintará à sus solas tan bien, como si siempre la estuviera mirando. Maldixo Periandro entre sí la rara habilidad del Pintor, pero no dexò por esto de partirse, despidiendose luego de las tres gallardas Francesas, que abrazaron à Auristela, y à Constanza estrechamente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañía; si de ello gustaban. Auristela se lo agradeció con las mas cortesas palabras que supo, diciendoles, que su voluntad obedecia à la de su hermano Periandro, y que así no podian detenerse ella, ni Constanza, pues Antonio, hermano de Constanza, y el suyo se iban: y con esto se partieron, y de allí à seis dias llegaron à un Lugar de la Provenza, donde les sucedió lo que se dirà en el siguiente Capitulo.

CAPITULO XIV.

De los nuevos, y nunca vistos peligros en que se vieron.

LA historia, la poesía, y la pintura symbolizan entre sí, y se parecen tanto, que quando escribes historia, pintas, y quando pintas, compones. No siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes, y magnificas, ni la poesía conversa siempre por los Cielos:

baxezas admite la historia, la pintura hierbas, y retamas en sus quadros, y la poesía tal vez se realza, cantando cosas humildes. Esta verdad nos lo muestra bien Bartholomè, bagagero del esquadron peregrino: él tal vez habla, y es escuchado en nuestra Historia. Este rebolviendo en su imaginacion el cuento del que vendió su libertad por sustentar à sus hijos, una vez dixo, hablando con Periandro: Grande debe de ser, señor, la fuerza que obliga à los padres à sustentar à sus hijos; sino digalo aquel hombre que no quiso jugarse por no perderse, sino empeñarse por sustentar à su pobre familia. La libertad, segun yo he oído decir, no debe de ser vendida por ningun dinero, y este la vendió por tan poco, que lo llevaba la muger en la mano. Acuerdome tambien de aver oído decir à mis mayores, que llevando à ahorcar à un hombre anciano, y ayudandole los Sacerdotes à bien morir, les dixo: Vuestras mercedes se fosienguen, y dexenme morir de espacio, que aunque es terrible este passo en que me veo, muchas veces me he visto en otros mas terribles. Preguntaronle, quales eran? Respondióles, que el amanecer Dios, y el rodearle seis hijos pequeños, pidiendole pan, y no teniendolo para darsele: la qual necesidad me puso la ganzúa en la mano, y fieltros en los pies, con que faci-

litè mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron à los oídos del Señor que le avia sentenciado al suplicio, que fueron parte para bolver la justicia en misericordia, y la culpa en gracia. A lo que respondió Periandro: El hacer el padre por su hijo, es hacer por sí mismo, porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata, y se continúa el ser del padre: y así como es cosa natural, y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es el hacer por sus hijos, lo que no es tan natural, ni tan forzoso hacer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene à su hijo desciende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el Padre asciende, y sube, que es caminar cuesta arriba: de donde ha nacido aquel refrán: Un Padre para cien hijos, antes que cien hijos para un Padre. Con estas platicas, y otras entretenian el camino por Francia: la qual es tan poblada, tan llana, y apacible, que à cada passo se hallan casas de placer, à donde los señores de ellas están casi todo el año, sin que se les de algo, por estar en las Villas, ni en las Ciudades. A una de estas llegaron nuestros viandantes, que estaba un poco desviada del camino Real. Era la hora de medio día: herian los rayos del Sol derechamente à la tierra, entraba el calor:

lor: y la sombra de una gran torre de la casa les combidò que allí esperassen à passar la fiesta, que con calor riguroso amenazaba. El folicito Bartholomè desembarazò el bagage, y tendiendo un tapete en el suelo, se sentaron todos à la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuydado de hacer Bartholomè su repuesto, satisficieron la hambre, que ya comenzaba à fatigarles; pero apenas avian alzado las manos para llevarlo à la boca, quando alzando Bartholomè los ojos, dixo à grandes voces: Apartaos, señores, que no sé quien baxa volando del Cielo, y no será bien que os coxa debaxo. Alzaron todos la vista, y vieron baxar por el ayre una figura, que antes que distinguessen lo que era, ya estaba en el suelo, junto casi à los pies de Periandro: la qual figura era de una muger hermosissima, que aviendo sido arrojada desde lo alto de la torre, firviendole de campana, y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies, y en el suelo sin daño alguno: cosa posible, sin ser milagro. Dexòla el suceso atonita, y espantada, como lo quedaron los que volar la avian visto. Oyeron en la torre gritos, que los daba otra muger, que abrazada con un hombre, parecia que pugnaban por derribarse el uno al otro: Socorro, focorro, decia la muger, focorro, señores, que este loco quiere des-

peñarme de aquí abaxo. La muger boladora, buelta algun tanto en sí, dixo: si hay alguno que se atreva à subir por aquella puerta, señalandoles una, que al pie de la torre estaba, librarà de peligro mortal à mis hijos, y à otras gentes flacas, que allí arriba están. Periandro impellido de la generosidad de su animo, se entrò por la puerta, y à poco rato le vieron en la cumbre de la torre abrazado con el hombre, que mostraba ser loco, del qual quitandole un cuchillo de las manos, procuraba defenderse; pero la fuerte, que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenò, que entrambos à dos viniessen al suelo, cayendo al pie de la torre, el loco passado el pecho con el cuchillo que Periandro en la mano trahia, y Periandro vertiendo por los ojos, narices, y boca cantidad de fangre; que como no tuvo vestidos anchos que le sustentassen, hizo el golpe su efecto, y dexòle casi sin vida. Auristela que así le viò, creyendo indubitablemente que estaba muerto, se arrojò sobre el, y sin respecto alguno, puesta la boca con la suya, esperaba à recoger en sí alguna reliquia, si del alma le huviesse quedado; pero aunque le huviera quedado, no pudiera recibirla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constanza dando lugar à la passion, no le pudo dar à mover el passo para ir

à focorrerla, y quedòse en el mismo sitio donde la hallò el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de raizes, ò como si ella fuera estatua de duro marmol formada. Antonio su hermano acudiò à apartar los semivivos, y à dividir los que ya pensaba ser cadaveres: solo Bartholomè fue el que mostrò con los ojos el grave dolor que en el alma sentia, llorando amargamente. Estando todos en la amarga afficcion, que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua huviesse publicado su sentimiento, vieron que àzia ellos venia un gran tropel de gente, la qual desde el camino Real avia visto el buelo de los caidos: venian à ver el suceso, y era el tropel que venia las hermosas Damas Francesas, Deleasir, Belarminia, y Feliz Flora. Luego como llegaron, concieron à Auristela, y à Periandro, como à aquellos que por su singular belleza quedaban impressos en la imaginacion del que una vez los miraba. Apenas la compasion les avia hecho apear para focorrer, si fue posible, la desventura que miraban, quando fueron assaltados de seis, ò ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este assalto puso en las manos de Antonio su arco, y sus flechas, que siempre las tenia à punto, ò ya para ofender, ó ya para defenderse. Uno de los armados, con descortès movimien-

to, asió à Feliz Flora del brazo, y la puso en el arzon delantero de su filla, y dixo, bolviendose à los demás compañeros: Esto es hecho, esta me basta; démos la buelta. Antonio que nunca se pagò de descortèsias, pospuesto todo temor, puso una flecha en el arco, tendió quanto pudo el brazo izquierdo, y con la derecha estirò la cuerda, hasta que llegó al diestro oído, de modo, que las dos puntas, y extremos del arco, casi se juntaron: y tomado por blanco al robador de Feliz Flora, disparò tan derechamente la flecha, que sin tocar à Feliz Flora, sino en una parte del velo con que se cubria la cabeza, passò al saltador el pecho de parte à parte. Acudiò à su venganza uno de sus compañeros, y sin dar lugar à que otra vez Antonio el arco armasse, le diò una herida en la cabeza, tal, que diò con el en el suelo, mas muerto, que vivo: visto lo qual de Constanza, dexò de ser estatua, y corriò à focorrer à su hermano, que el parentesco calienta la sangre, que fuele helarse en la mayor amistad: y lo uno, y lo otro son indicios, y señales de demasiado amor. Ya en esto avian salido de la casa gente armada: y los criados de las tres Damas apercebidos de piedras, digo los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora. Los saltadores que vieron muerto à su Capitan, y que

segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura aventurar las vidas por quien ya no podia premiarlas, bolvieron las espaldas, y dexaron el campo solo. Hasta aqui de esta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos bélicos han sonado: el sentimiento que por los muertos suelen hacer los vivos, no ha salido à romper los ayres, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas: solo algunos ayes entre roncós gemidos andan embueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela, y Constanza, cada qual abrazada con su hermano, sin poder aprovecharse de las quejas con que se alivian los lastimados corazones; pero en fin, el Cielo, que tenia determinado no dexarlas morir tan aprisa, y tan sin quejarse, les despegò las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorrumpiò en razones semejantes.

No sé yo, desdichada, como busco aliento en un muerto, ò como, ya que le tuviese, puedo sentirle, si estoy tan sin èl, que ni sé si hablo, ni si respiro. Ay, hermano, y que caída ha sido esta, que así ha derribado mis esperanzas! Como, que la grandeza de vuestro linage no se huviera opuesto à vuestra desventura: mas como podia ella ser grande, si

vos no lo fuerades? En los montes mas levantados caen los rayos, y à donde hallan mas resistencia, hacen mas daño. Monte erades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra industria, y de vuestra discrecion os encubriades à los ojos de las gentes. Ventura ibades à buscar en la mía, pero la muerte ha atacado el passo, encaminando el mio à la sepultura: quan cierta la tendrà la Reyna vuestra Madre, quando à sus oídos llegue vuestra no pensada muerte! Ay de mi otra vez sola, y en tierra agena, bien así como verde hiedra, à quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de Reyna, de montes, y grandezas, tenian atentos los oídos de los circunstantes que las escuchaban: y aumentòles la admiracion las que tambien decia Constanza, que en sus faldas tenia à su mal herido hermano, apretandole la herida, y tomandole la sangre la compasiva Feliz Flora, que con un lienzo suyo blandamente se la exprimia, obligada de averla el herido librado de su deshonra. Ay digo, decia, amparo mio, de que ha servido averme levantado la fortuna à titulo de señora, si me avia de derribar al de desdichada? Bolved, hermano, en vos, si quereis que yo vuelva en mi (ò sino haced, ò piadosos Cielos!) que una misma suerte nos cierre los ojos, y una misma sepultura nos

cubra los cuerpos; que el bien que sin pensar me avia venido, no podia traer otro descuento, que la presteza de acabarse. Con esto se quedò desmayada, y Auristela ni mas, ni menos, de modo, que tan muertas parecian ellas, y aún mas que los heridos. La Dama que cayò de la torre, causa principal de la caída de Periandro, mandò à sus criados, que ya avian venido muchos de la casa, que le llevassen al lecho del Conde Domicio su señor: mandò tambien llevar à Domicio su marido, para dar orden en sepultarle. Bartholomè tomò en brazos à su señor Antonio, à Constanza se los diò Feliz Flora, y à Auristela Belarminia, y Deleasir: y en esquadron doloroso, y con amargos passos se encaminaron à la casi Real casa.

CAPITULO XV.

Sanan de sus heridas Periandro, y Antonio: prosiguen todos su viaje en compañía de las tres Damas Francesas. Libra Antonio de un peligro à Feliz Flora.

Poco aprovechaban las discretas razones que las tres Damas Francesas daban à las dos lastimadas Constanza, y Auristela: porque en las recientes desventuras no hallan lugar consolatorias persuaciones. El dolor, y

el desfalte que de repente sucede, no de improvizo admite consolacion alguna, por discreta que sea; la apoltema duele mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse; y así mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante quien mueva al sentimiento à quejas, y à suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore, pues, algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanza, y cierren entrambas los oídos à toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fue, segun ella dixo à las Damas Francesas, que antes que Domicio con ella se desposasse, andaba enamorado de una parienta suya, la qual tuvo casi indubitables esperanzas de casarse con èl. Saliòle en blanco la suerte, para que ella, dixo Claricia, la tuviese siempre negra: porque disimulando Lorena, que así se llamaba la parienta de Domicio, el enojo que avia recibido del casamiento de mi esposo, diò en regalarle con muchos, y diversos presentes; puesto que mas bizarras, y de buen parecer, que costosos: entre los quales le embiò una vez, bien así como embiò la falsa Deyanira la camisa à Hercules. Digo que le embiò unas camisas, ricas por el lienzo, y

por la labor vistosas: apenas se puso una, quando perdió los sentidos, y estuvo dos días como muerto; puesto que luego se la quitaron, imaginando que una esclava de Lorena, que estaba en opinion de maga, la avría hechizado. Bolvió à la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados, y tan trocados, que ninguna acción hacia, que no fuese de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso, y desatinado, tanto, que era necesario tenerle en cadenas: y aquel día estando ella en aquella torre, se avía soltado el loco de las prisiones, y viniendo à la torre, la avía echado por las ventanas abaxo, à quien el Cielo socorrió con la anchura de sus vestidos, ò por mejor decir, con la acostumbra misericordia de Dios, que mira por los inocentes. Dixo como aquel Peregrino avía subido à la torre à librar à una doncella, à quien el loco queria derribar al suelo: tras la qual tambien despeñara à otros dos pequeños hijos, que en la torre estaban; pero el suceso fue tan contrario, que el Conde, y el Peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de una mortal herida, y el Peregrino con un cuchillo en la mano, que al parecer se le avía quitado à Domicio: cuya herida era tal, que no fuera menester servir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaba la calda. En esto

Periandro estaba sin sentido en el lecho, à donde acudieron Maestros à curarle, y à concertarle los deslocados huesos: dieronle bebidas apropiadas al caso: hallaronle pulsos, y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de sí tenia, especialmente de Auristela, à quien con voz desmayada, que apenas podía entenderse, dixo: Hermana, yo muero en la Fè Catholica Christiana, y en la de quererte bien: y no habló, ni pudo hablar mas palabra por entonces. Tomaron la sangre à Antonio, y tentandole los Cirujanos la herida, pidieron albricias à su hermana, de que era mas grande, que mortal, y de que presto tendria salud con ayuda del Cielo: dióselas Feliz Flora, adelantandose à Constanza, que se las iba à dar, y aún se las dió, y los Cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos. Un mes, ò poco mas estuvieron los enfermos curandose, sin querer dexarlos las señoras Francesas: tanta fue la amistad que travaron, y el gusto que sintieron de la discreta conversacion de Auristela, y de Constanza, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaba à quitarse de la cabecera de Antonio, amandole con un tan comedido amor, que no se extendia à mas que à ser benevolencia, y à ser como agradecimiento del bien que

que

que de él avía recibido quando su saceta la librò de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaba, era un Cavallero, señor de un Castillo, que cerca de otro fuyo ella tenia: el qual Rubertino, llevado no de perfecto, sino de vicioso amor, avía dado en seguirla, y perseguirla, y en rogarla le diese la mano de esposa; pero que ella por mil experiencias, y por la fama, que pocas veces miente, avía conocido ser Rubertino de aspera, y cruel condicion, y de mudable, y antojadiza voluntad, no avía querido condescender con su demanda, y que imaginaba, que acosado de sus desdenes, avía salido al camino à robarla, y à hacer de ella por fuerza lo que la voluntad no avía podido; pero que la flecha de Antonio avía cortado todos sus cruces, y mal fabricados designios, y esto le movia à mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dixo, passó así, sin faltar punto, y quando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerzas comenzaron à dar muestras de ella, bolvieron à renovar sus deseos, à lo menos los de bolver à su camino: y así lo pusieron por obra, acomodandose de todas las cosas necesarias, sin que, como està dicho, quisiesen las señoras Francesas dexar à los Peregrinos, à quien ya trataban con admiracion, y con respeto, porque las razones del llanto de

Auristela les avian hecho concebir en sus animos, que debian de ser grandes señores: que tal vez la Magestad suele cubrirse de burriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efecto con perplexos pensamientos los miraban: el pobre acompañamiento fuyo los hacia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas, y la belleza de sus rostros levantaba su calidad al Cielo, y así entre el sí, y el no, andaba dudosa. Ordenaron las Damas Francesas, que fuesen todos à cavallo, porque la caída de Periandro no consentia que se fiasse de sus pies. Feliz Flora agradecida al golpe de Antonio el Barbaro no sabia quitarle de su lado, y tratando del atrevimiento de Rubertino, à quien dexaban muerto, y enterado, y de la estraña historia del Conde Domicio, à quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juicio, le avian quitado la vida, y del buelo milagroso de su muger, mas para ser admirado, que creído. Llegaron à un río, que se vadeaba con algun trabajo: Periandro fue de parecer que se buscasse la puente, pero todos los demás no vinieron en él; y bien así como quando al repressado rebaño de mansas ovejas, puestas en lugar estrecho, hace camino la una, à quien las demás al momento siguen: Belarminia se arrojò al agua, à quien todos siguieron, sin quitarse

tarfe del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto à si à su hermana Constanza. Ordenò, pues, la fuerte, que no fuesse buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desvaneciò la cabeza, de modo que sin poder tenerse, diò consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalanzò con no creida presteza el cortès Antonio, y sobre sus hombros, como à otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella viendo el presto beneficio, le dixo muy cortès: Eres Español? A quien Antonio respondió: Si mis cortesias no nacieran de tus peligros, estimàralas en algo; pero como nacen de ellos, antes me descontentan, que alegran. Pafò en fin el (como he dicho otras veces) hermoso esquadron, y llegaron al anochecer à una caserìa, que junto con serlo, era mesòn, en el qual se alojaron à toda su voluntad: y lo que en el les sucediò, nuevo estilo, y nuevo capitulo pide.

CAPITULO XVI.

De como encontraron con Luisa la muger del Polaco: y lo que les contò un Escudero de la Condesa Ruperta.

Cosas, y casos suceden en el mundo, que si la imagina-

cion, antes de suceder, pudiera hacer que asì sucedieran, no acertara à trazarlos: y asì muchos por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apocrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son, y asì es menester que les ayuden juramentos, ò à lo menos el buen credito de quien los cuenta; aunque yo digo que mejor serìa no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos Castellanos, que dicen:

Las cosas de admiracion
No las digas, ni las cuentes,
Que no saben todas gentes,
Como son.

La primera persona con quien encontrò Constanza, fue con una moza de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida à la Española, limpia, y ascadamente, la qual llegando à Constanza, la dixo en lengua Castellana: Bendito sea Dios, que veo gente, si no de mi tierra, à lo menos de mi Nacion España! Bendito sea Dios, digo otra vez, que oirè decir vuefca merced, y no Señoria, hasta los mozos de cocina. De essa manera, respondió Constanza, vos, señora, Española debéis de ser? Y como si lo foy, respondió ella, y aún de la mejor tierra de Castilla. De qual, replicò Constanza? De Talavera de la Reyna, respondió ella. Apenas

huvo

huvo dicho esto, quando à Constanza le vinieron barruntos que debia de ser la esposa de Ortel Banèdre el Polaco, que por adultera quedaba presa en Madrid, cuyo marido persuadido de Periandro la avia dexado presa, è idose à su tierra: y en un instante fabricò en su imaginacion un monton de cosas, que puestas en efecto, le sucedieron casi como las avia pensado. Tomòla por la mano, y fuèse donde estava Auristela, y apartandola aparte con Periandro, les dixo: Señores, vosotros estais dudosos de si la ciencia que yo tengo de adivinar es falsa, ò verdadera, la qual ciencia no se acredita con decir las cosas que estàn por venir, porque solo Dios las sabe, y si algun humano las acierta, es acaso, ò por algunas premiffas, à quien la experiencia de otras semejantes tiene acreditadas. Si yo os dixesse cosas passadas, que no huviesen llegado, ni pudiesen llegar à mi noticia, que diríades? Quereislo ver? Esta buena hija que tenemos delante, es de Talavera de la Reyna, que casò con un estrangero Polaco, que se llamaba, si mal no me acuerdo, Ortel Banèdre, à quien ella ofendiò con alguna desemboltura con un mozo de mesòn, que vivia frontero de su casa: la qual llevada de sus ligeros pensamientos, y en los brazos de sus pocos años se saliò de casa de sus padres con el tal mo-

zo, y fue presa en Madrid con el adultero, donde debe de aver passado muchos trabajos, asì en la prission, como en el aver llegado hasta aqui, que quiero que ella nos lo cuente: porque aunque yo los adivine, ella nos los contarà con mas puntualidad, y con mas gracia. Ay Cielos Santos, dixo la moza, y quien es esta señora, que me ha leido mis pensamientos? Quien es esta adivina, que asì sabe la desvergonzada historia de mi vida? Yo, señora, foy essa adultera, foy essa presa, y foy la condenada à destierro de diez años, porque no tuve parte que me siguiesse: y foy la que aqui estoy en poder de un Soldado Español, que vò à Italia, comiendo el pan con dolor, y passando la vida, que por momentos me hace desear la muerte. Mi amigo el primero muriò en la carcel: esse, que no sé en que numero ponga, me socorriò en ella, de donde me sacò, y como he dicho, me lleva por esos mundos con gusto suyo, y con pesar mio; que no foy tan tonta, que no conozca el peligro en que traygo el alma en este vagamundo estado. Por quien Dios es, señores, pues sois Españoles, pues sois Chaitianos, y pues sois principales, segun lo dà à entender vuestra presencia, que me saqueis del poder de este Español, que serà como sacarme de las garras de los leones. Admirados quedaron Periandro, y Auristela

de

de la discrecion sagaz de Constanza; y concediendo con ella, la reforzaron, y acreditaron, y aun se movieron à favorecer con todas sus fuerzas à la perdida moza: la qual dixo, que el Español Soldado no iba siempre con ella, sino una jornada adelante, ò atrás, por deslumbrar à la Justicia. Todo esto està muy bien, dixo Periandro, y aqui daremos traza en vuestro remedio: que la que ha sabido adivinar vuestra vida pasada, tambien fabrà acomodaros en la venidera. Sed vos buena, que sin el cimiento de la bondad no se puede cargar ninguna cosa que lo parezca: no os desvíeis por ahora de nosotros, que vuestra edad, y vuestro rostro son los mayores contrarios que podeis tener en las tierras estrañas. Llorò la moza, enterneciòse Constanza, y Auristela mostrò los mismos sentimientos, con que obligò à Periandro à que el remedio de la moza buscasse. En esto estaban, quando llegò Bartholomè, y dixo: Señores, acudid à ver la mas estraña vision que avreis visto en vuestra vida; dixo esto tan asustado, y tan como espantado, que pensando ir à ver alguna maravilla estraña, le siguieron: y en un apartamiento algo desviado de aquel donde estaban alojados los Peregrinos, y Damas, vieron por entre unas esteras un aposento todo cubierto de luto, cuya lobreguza obscuridad no les dexò ver

particularmente lo que en él avia: y estandole asì mirando, llegó un hombre anciano, todo cubierto asì mismo de luto, el qual les dixo: Señores de aqui à dos horas, que avrà entrado una de la noche, si gustais de ver à la señora Ruperta, sin que ella os vea, yo harè que la veais: cuya vista os darà ocasion de que os admiréis, asì de su condicion, como de su hermosura. Señor, respondió Periandro, este nuestro criado que aqui està, nos combidò à que vinièsemos à ver una maravilla, y hasta aora no hemos visto otra, que la de este aposento cubierto de luto, que no es maravilla ninguna. Si bolveis à la hora que digo, respondió el eulutado, tendreis de que maravillaros; porque avreis de saber, que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger, que fue apenas hasta un año del Conde Lamberto de Escocia; cuyo Matrimonio à él le costò la vida, y à ella verse en terminos de perderla à cada passo, à causa que Claudino Rubicòn, Cavallero de los principales de Escocia, à quien las riquezas, y el linage hicieron foverbio, y la condicion algo enamorada, quiso bien à mi señora, siendo doncella: de la qual si no fue aborrecido, à lo menos fue desdenado, como lo mostrò el casarse con el Conde mi señor. Esta presta resolucion de mi señora la bautizó Rubicòn en deshonra, y menospre-

precio suyo, como si la hermosa Ruperta no huviera tenido Padres que se lo mandaran, y obligaciones precisas que la obligaran à ello: junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los que se casan: que si puede ser, siempre los años del esposo con el numero de diez han de llevar ventaja à los de la muger, ò con algunos mas, porque la vejez los alcance en un mismo tiempo. Era Rubicòn varon viudo, y que tenia hijo de casi veinte, y un años, gentil-hombre en extremo, y de mejores condiciones que el Padre: tanto, que si él se huviera opuesto à la cathedra de mi Señora, oy viviera mi señor el Conde, y mi Señora estuviera mas alegre. Sucedió, pues, que yendo mi Señora Ruperta à holgarse con su esposo à una Villa suya, acafo, y sin pensar, en un despoblado encontramos à Rubicòn con muchos criados suyos que le acompañaban. Viò à mi señora, y su vista despertò el agravio, que à su parecer se le avia hecho, y fue de suerte, que en lugar del amor nació la ira, y de la ira el deseo de hacer pesar à mi Señora: y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan à las ofensas hechas. Rubicòn despechado, impaciente, y atrevido, desembaynando la espada, corrió al Conde mi Señor, que estaba inocente de este caso, sin que tuviesse lugar de prevenirse del daño que no temia, y

embaynandofela en el pecho, dixo: Tu me pagaràs lo que no me debes, y si esta es crueldad, mayor la usò tu esposo para conmigo, pues no una vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes. A todo esto me hallè yo presente, oí las palabras, y vi con mis ojos, y tentè con las manos la herida: escuchè los llantos de mi Señora, que penetraron los Cielos. Bolvimos à dar sepultura al Conde: y al enterrarle, por orden de mi Señora se le cortò la cabeza, que en pocos dias con cosas que se le aplicaron, quedò descarnada, y en folamente los huesos: mandòla mi Señora poner en una caja de plata, sobre la qual, puestas sus manos, hizo este juramento; pero olvidaseme por decir, como el cruel Rubicòn, ò ya por menosprecio, ò ya por mas crueldad, ò quizá con la turbacion descuydado, se dexò la espada embaynada en el pecho de mi Señor, cuya sangre aun hasta ahora muestra estar casi reciente en ella: digo, pues, que dixo estas palabras: Yo la desdichada Ruperta, à quien han dado los Cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al Cielo, puestas las manos sobre estas doradas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder, y con mi industria, si bien aventurasse en ello una, y mil veces esta miserable vida que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me

falten ruegos, hechos à quien pueda favorecerme; y en tanto que no llegare à efecto este mi justo, si no Christiano deseo, juro que mi vestido serà negro, mis aposentos lobregos, mis manteles tristes, y mi compañía la misma soledad. A la mesa estarán presentes estas reliquias, que me atormenten el alma: esta cabeza, que me diga sin lengua, que vengue su agravio: esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo à la que alterando la mia no me dexé soflegar hasta vengarme. Esto dicho, parece que templò sus continuas lagrimas; y diò algun vado à sus dolientes suspiros. Håse puesto en camino de Roma, para pedir en Italia à sus Principes favor, y ayuda contra el matador de su esposo, que aún todavia la amenaza, quizá temeroso, que fuele ofender un mosquito mas de lo que puede favorecer un aguila. Esto, señores, vereis, como he dicho, de aquí à dos horas; y si no os dexare admirados, ò yo no avrè sabido contarlos, ò vosotros tendreis el corazon de marmol. Aquí diò fin à su platica el enlutado Escudero, y los Peregrinos, sin ver à Ruperta, desde luego se comen-

zaron à admirar

del caso.

CAPITULO XVII.

Del dichoso fin que tuvo el rencor de la Condesa Ruperta.

LA ira, segun se dice, es una revolucion de la sangre, que està cerca del corazon, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria. Tiene por ultimo fin, y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado sin razon, ò con ella, sofiega. Esto nos lo darà à entender la hermosa Ruperta, agraviada, y ayrada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilatava su colera por todos sus descendientes, sin querer dexar, si pudiera, ninguno de ellos: que la colera de la muger no tiene limite. Llegòse la hora de que la fueron à ver los Peregrinos sin que ella los viesse, y vieron la hermosa en todo extremo, con blanquissimas tocas, que desde la cabeza casi le llegaban à los pies, sentada delante de una mesa, sobre la qual tenia la cabeza de su esposo en la caja de plata, la espada con que le avian quitado la vida, y una camisa, que ella se imaginaba que aún no estaba enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la qual no tenia necesidad que nadie la despertasse,

pertasse, porque nunca dormia. Levantòse en pie, y puesta la mano derecha sobre la cabeza del marido, comenzò à hacer, y à revalidar el voto, y juramento que dixo el enlutado Escudero: llovian lagrimas de sus ojos bastantes à bañar las reliquias de su passion: arrancaba suspiros del pecho, que condensaban el ayre cerca, y lexos: añadia al ordinario juramento razones que le agradaban, y tal vez parecia que arrojaba por los ojos, no lagrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo: tan sujeta la tenia su passion, y el deseo de vengarse. Veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en sí, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada, y que rompe las palabras con follozos? Pues esperad no mas de hasta la mañana, y vereis cosas que os den sugeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuviesdes de vida. En mitad de la furia de su dolor estaba Ruperta, y casi en los umbrales de su gusto, porque mientras se amenaza, descansa el amenazador, quando se llegó à ella uno de sus criados, como si se llegara nna sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dixo: Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apaar ahora con algunos criados: mira si quieres encubrirte, ò si quie-

res que te conozca, ò lo que sería bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca, respondió Ruperta, y avísad à todos mis criados, que por descuydo no me nombren, ni por cuydado me descubran: y esto diciendo, recogió sus prendas, y mandò cerrar el aposento, y que ninguno entrasse à hablarla. Bolvieronse los Peregrinos al suyo, quedò ella sola, y pensativa, y no sé como se supo, que avia hablado à solas estas, u otras semejantes razones. Advierete, ò Ruperta, que los piadosos Cielos te han trahido à las manos, como simple victima al sacrificio, al alma de tu enemigo, que los hijos, y mas los unicos, pedazos del alma son de los Padres. Ea, Ruperta, olvidate de que eres muger; y si no quieres olvidarte de esto, mira que eres muger, y agraviada: la sangre de tu marido te està dando voces, y en aquella cabeza sin lengua te està diciendo: Venganza, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa; si, que no espantò la braveza de Holofernes à la humildad de Judith: verdad es, que la causa suya fue muy diferente de la mia: ella castigò à un enemigo de Dios, y yo quiero castigar à un enemigo, que no sé si lo es mio: à ella le puso el yerro en las manos el amor de su Patria, y à mi me le pone el de mi esposo. Pero, para que hago yo tan dispa-

ratadas comparaciones? Que tengo que hacer mas, fino cerrar los ojos, y embaynar el acero en el pecho de este mozo, que tanto ferà mi venganza mayor, quanto fuere menor su culpa? Alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deseos que se quieren cumplir, no reparan en inconvenientes, aunque sean mortales, cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte. Esto dicho, diò traza, y orden en como aquella noche se encerrasse en la estancia de Croriano, donde le diò facil entrada un criado suyo, traydor por dadivas, aunque èl no pensò sino que hacia un gran servicio à su amo, llevandole al lecho una tan hermosa muger como Ruperta: la qual puesta en parte donde no pudo ser vista, ni sentida, ofreciendo su fuerte al disponer del Cielo, sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano. Llevò para ser instrumento del cruel sacrificio, un agudo cuchillo, que por ser arma mañera, y no embarazosa, le pareciò ser mas à proposito: llevò asì mismo una linterna bien cerrada, en la qual ardía una vela de cera: recogió los espíritus de manera, que apenas osaba embiar la respiracion al ayre. Què no hace una muger enojada? Què montes de dificultades no atropella en sus de-

signios? Què enormes crueldades no le parecen blandas, y pacificas? No mas, porque lo que en este caso se podia decir, es tantò, que ferà mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarcelarlo. Llegòse en fin la hora, acostòse Croriano, durmiòse con el cansancio del camino, y entre-gòse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo. Con atentos oídos estaba escuchando Ruperta si daba algun señal Croriano de que durmiese, y aseguraronla que dormía, asì el tiempo que avia pasado desde que se acostò hasta entonces, como algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos: viendo lo qual, sin santiguarse, ni invocar ninguna Deidad que la ayudasse, abrió la linterna, con que quedò claro el aposento, y mirò donde pondria los pies, para que sin tropezar la llevassen al lecho. Ea, bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, executa tu ira, satisface tu enojo, borra, y quita del mundo tu agravio, que delante tienes en quien puedes hacerlo; pero mira, ò hermosa Ruperta! si quieres, que no mires à esse hermoso Cupido que vas à descubrir, que se desharà en un punto toda la maquina de tus pensamientos. Llegò en fin, y temblandole la mano, descubrió el rostro de Croriano, que profundamente dormía, y ha-

hallò en el la propiedad del escudo de Medusa, que la convirtió en marmol. Hallò tanta hermosura, que fue bastantè à hacerle caer el cuchillo de la mano, y à que diese lugar la consideracion del enorme caso que cometer queria. Viò que la belleza de Croriano, como hace el Sol à la niebla, ahuyentaba las sombras de la muerte que darle queria: y en un instante no le escogió para victima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto. Ay, dixo entre sí, generoso mancebo, y quan mejor eres tu para ser mi esposo, que para ser objeto de mi venganza! Què culpa tienes tu de la que cometió tu Padre? Y què pena se ha de dar à quien no tiene culpa? Gozate, gozate, joven ilustre, y quedese en mi pecho mi venganza, y mi crueldad encerrada; que quando se sepa, mejor nombre me darà el ser piadosa, que vengativa. Esto diciendo, ya turbada, y arrepentida, se le cayò la linterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertò con el ardor de la vela. Hallòse à obscuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertò por donde; diò voces Croriano, tomò su espada, y saltò del lecho, y andando por el aposento, topò con Ruperta, que toda temblando le dixo: No me mates, ò Croriano, puesto que soy una muger, que no ha una hora que quise, y pude

matarte, y ahora me veo en terminos de rogarte que no me quites la vida. En esto entraron sus criados al rumor con luces, y viò Croriano, y conociò à la bellisima viuda, como quien ve à la resplandeciente Luna de nubes blancas rodeada. Què es esto, señora Ruperta, le dixo, son los passos de la venganza los que hasta aqui os han trahido, ò quereis que os pague yo los desafueros que mi Padre os hizo, que este cuchillo que aqui veo, què otro señal es, fino de que aveis venido à ser verdugo de mi vida? Mi Padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfaccion de los agravios que dexan hechos, los vivos si que pueden recompensarlos: y asì yo, que represento ahora la persona de mi Padre, quiero recompensaros la ofensa que èl os hizo, lo mejor que pudiere, y supiere; pero dexadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma, que aqui ha venido, ò à matarme, ò à engañarme, ò à mejorar mi suerte. Empeòrese la mia, respondió Ruperta, si es que halla modo el Cielo como empeorarla, si entrè este dia pasado en este mesòn con alguna memoria tuya. Veniste tu à el, no te vi quando entraste, oí tu nombre, el qual despertò mi colera, y me movió à la venganza; concertè con un criado tuyo, que me encerrasse esta noche en este aposento: hicle que callasse,

sellandole la boca con algunas dardivas: entrè en el; apercibime de este cuchillo, y acrecentè el deseo de quitarte la vida: senti que dormías, sali de donde estaba, y à la luz de una linterna que conmigo trahia, te descubri, y vi tu rostro, que me movió à respecto, y à reverencia; de manera, que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi venganza se deshizo. Cayòseme la vela de las manos, despertòte su fuego, diste voces, quedè yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto. Yo no quiero mas venganza, ni mas memorias de agravios: vivè en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, y si ya son en el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi Padre quiso casarse contigo, tu no quisiste, el despechado matò à tu esposo: murióse, llevando al otro mundo esta ofensa, yo he quedado como parte tan fuya, para hacer bien por su alma: si quieres que te entregue la mia, recíbeme por tu esposo; si ya como heredito, no eres fantasma que me engañas, que las grandes venturas que vienen de improvise, siempre trahen consigo alguna sospecha. Dame estos brazos, respondió Ruperta, y verás, señor, como este mi cuerpo no es fantástico, y que el alma que en el te entrego es sencilla, pura, y verdadera. Testigos fueron de estos abrazos,

y de las manos, que por esposos se dieron, los criados de Croriano, que avian entrado con las luces. Triunfò aquella noche la blanda paz de esta dura guerra: bolvióse el campo de la batalla en thalamo de desposorio, nació la paz de la ira, de la muerte la vida, y del disgusto el contento. Amaneciò el dia, y hallò à los recién desposados cada uno en los brazos del otro: levantaronse los peregrinos con deseo de saber que avria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estaban ya bien informados: salió el rumor del nuevo desposorio, y haciendo de los cortesanos, entraron à dar los parabienes à los novios, y al entrar en el aposento vieron salir del de Ruperta el anciano Escudero que su historia les avia contado, cargado con la caja donde iba la calavera de su primero esposo, y con la camisa, y espada, que tantas veces avia renovado las lagrimas de Ruperta, y dixo quebò llevaba adonde no renovassen otra vez las lagrimas presentes, passadas desventuras: murmurò de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mugeres: y el menor vituperio que de ellas dixo, fue llamarlas antojadizas. Levantaronse los novios antes que entrassen los peregrinos: regozijaronse los criados, así de Ruperta, como de Croriano, y bolvióse aquel mesón en Alcazar

Real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro, y Aristela, Constanza, y Antonio su hermano, hablaron à los desposados, se dieron parte de sus vidas, à lo menos la que convenia que se diese.

CAPITULO XVIII.

Incendio en el mesón: saca de él à todos un Judicario llamado Soldino: lleválos à su cueva, donde de les pronostica felices sucesos.

EN esto estaban quando entrò por la puerta del mesón un hombre, cuya larga, y blanca barba mas de ochenta años le daba de edad: venia vestido, ni como peregrino, ni como Religioso, puesto que lo uno, y lo otro parecia: trahia la cabeza descubierta, rala, y calva emel medio, y por los lados largas, y blanquissimas canas le pendian: sustentaba el agoviado cuerpo sobre un retorcido cayado, que de baculo le servia. En efecto todo el, y todas las partes representaban un venerable anciano, digno de todo respecto: al qual apenas huvò visto la dueña del mesón, quando hincandose ante el de rodillas, le dixo: Contaré yo este dia, Padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa, que nunca vienes à ella sino para bien mio;

y bolviendose à los circunstantes, profugió diciendo: este monton de nieve, esta estatua de marmol blanco que se mueve, que aqui veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra se extiende. No me alabeis, buena señora, respondió el Anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira: no la entrada, sino la salida hace à los hombres venturosos. La virtud que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio, però con todo esto quiero acreditar me con vos en la opinion que de mi teneis: mirad oy por vuestra casa porque de estas bodas, y de estos regozijos que en ella se preparan, se ha de engendrar un fuego que casi toda la consuma. A lo que dixo Croriano, hablando con Ruperta su esposa: Este sin duda debe de ser Magico, ò Adivino, pues predice lo por venir. Entreo yo esta razon el anciano, y respondió: No soy Magico, ni Adivino, sino Judicario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña à adivinar: creedme, señores, por esta vez si quierais, y dexad esta estancia, y vamos à la mia, que es en una cercana selva, que aqui os dará, si no tan capaz, mas seguro alojamiento. Apenas huvò dicho esto, quando entrò Bartholomè, criado de Antonio, y dixo à voces: Señores las cozinazas se abrafan, porque en la

infinita leña que junto à ellas estaba se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar. Tràs esta voz acudieron las de otros criados, y comenzaron à acreditarlas los estallidos del fuego. La verdad tan manifiesta acreditò las palabras de Soldino, y afiendi en brazos Perianandro à Auristela, sin querer primero ir à averiguar si el fuego se podia atajar, ò no, dixo à Soldino: Señor guianos à tu estancia, que el peligro de esta ya està manifiesto. Lo mismo hizo Antonio con su hermana Constanza, y con Feliz Flora, la Dama Francesa, à quien figuieron Deleasir, y Belarminia; la moza arrepentida de Talavera se afiò del cinto de Bartholomé, y el del cabestro de su bagage, y todos juntos, con los desposados, y con la huespeda, que conocia bien las adivinanzas de Soldino, le siguieron, aunque con tardo passo los guiaba. La demás gente del mesón, que no avian estado presentes à las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les diò à entender que trabajaban en vano, ardiendo la casa todo aquel día: que à cogeres el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno que contara su furia. Llegaron en fin à la cueva, donde hallaron una Hermita no muy grande, dentro de la qual vieron una puerta, que parecia serlo de una

cueva obscura. Antes de entrar en la Hermita, dixo Soldino à todos los que le avian seguido: Estos arboles con su apacible sombra os serviràn de dorados techos, y la hierva de este amenissimo prado, si no de muy blancas, à lo menos de muy blandas camas, yo llevaré conmigo à mi cueva à estos señores, porque les conviene; y no porque los mejoré en la estancia: y luego llamó à Perianandro, à Auristela, à Constanza, à las tres Damas Francesas, à Rupertà, à Antonio, y à Croriano, y dexando otra mucha gente fuera, se encerrò con estos en la cueva, cerrando tràs si la puerta de la Hermita, y la de la cueva. Viendose, pues, Bartholomé, y la de Talavera no ser de los escogidos, ni llamados de Soldino, ò ya de despecho, ò ya llevados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo fer tan para en vano, de dexar Bartholomé à sus amos, y la moza à sus arrepentimientos: y así aliviaron el bagage de dos habitos de peregrinos, y la moza à cavallo, y el galán à pie, dieron cantonada, ella à sus compasivas señoras, y él à sus dueños, llevando en la intencion de ir también à Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que todas las acciones no verisimiles, ni probables se han de contar en las Historias, porque si no se les dà credito, pierden de su valor,

pero

pero al Historiador no le conviene mas de decir la verdad, parezcalo, ò no lo parezca. Con esta maxima, pues, el que escribió esta Historia, dice que Soldino con todo aquel esquadron de Damas, y Cavalleros baxò por las gradas de la obscura cueva, y à menos de ochenta gradas se discurrió el Cielo luciente, y claro, y se vieron unos amenos, y rendidos prados, que entretenian la vista, y alegraban las almas: y haciendo Soldino rueda de los que con él avian baxado, les dixo: Señores: esto no es encantamiento, y esta cueva por donde aqui hemos venido, no sirve sino de atajo para llegar desde allà arriba à este valle que veis, que una legua de aqui tiene mas facil, mas llana, y mas apacible entrada. Yo levantè aquella Hermita, y con mis brazos, y con mi continuo trabajo cavè la cueva, è hice mio este valle, cuyas aguas, y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan: aqui huyendo de la guerra hallè la paz: la hambre, que en esse mundo de allà arriba, si así se puede decir, tenía, hallò aqui à la hartura: aqui en lugar de los Principes, y Monarchas, que mandan el mundo, à quien yo servia, he hallado à estos arboles mudos, que aunque altos, y pomposos, son humildes: aqui no suena en mis oidos el desden de los Emperadores, el enfado de sus Ministros: aqui no veo Dama

que me desdeñe, ni criado que mal me sirva: aqui soy yo señor de mi mismo: aqui tengo mi alma en mi palma: y aqui por via recta encamino mis pensamientos, y mis deseos al Cielo: aqui he dado fin al estudio de las Mathematicas, he contemplado el curso de las Estrellas, y el movimiento de el Sol, y de la Luna: aqui he hallado causa para alegrarme, y causas para entristecerme, que aún están por venir, que serán tan ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad. Ahora ahora, como presente veo, quitar la cabeça à un valiente Pirata un valeroso mancebo, de la Casa de Austria nacido. O si le viesedes como yo le veo, arrastrando estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus lenguas colas de cavallos, abrazando Baxeles, despedazando cuerpos, y quitando vidas! Pero ay de mi! Que me hace entristecer otro coronado joven, tendido en la feca arena, de mil Moras lanzas atravesado, y el uno nieto, y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamás, como se debe, alabado, Carlos Quinto, à quien yo serví muchos años, y serviria hasta que la vida se me acabara, si no lo estorbara el querer mudar la milicia mortal en la Divina. Aqui estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo

de

de mi soledad, te digo, ò Cristiano (y en saber yo tu nombre, sin averte visto jamás, me acredite contigo) que gozarás de tu Ruperla largos años; y à ti, Perianandro, te assegurò buen suceso de tu peregrinacion: tu hermana Auristela no lo ferà presto, y no porque ha de perder la vida con brevedad: à ti, ò Constanza, subirás de Condesa à Duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece: estas señoras Francesas, aunque no consigán los deseos que ahora tienen, conseguirán otros que las honren, y contenten. El aver pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres, sin averos visto jamás, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podrán mover, si quereis, à creermé, y mas quando halleis ser verdad, que vuestro mozo Bartholomè con el bagage, y con la moza Castellana se ha ido, y os ha dexado à pie. No le seguais, porque no le alcanzaréis: la moza es mas del suelo, que del Cielo, y quiere seguir su inclinacion à despecho, y pesar de vuestros consejos. Español soy, que me obliga à ser cortés, y à ser verdadero: con la cortesía os ofrezco quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad à la experiencia de todo quanto os he dicho. Si os maravillàre de ver à un Español en esta agena tierra, advertid que hay sitios, y lugares en el mundo sa-

ludables mas que otros, y este en que estamos lo es para mi mas que ninguno. Las Alquerias, Caserías, y Lugares que hay por estos contornos, las habitan gentes Cathólicas, y santas: quando conviene, recibo los Sacramentos, y busco, lo que no pueden ofrecer los campos, para pasar la humana vida. Esta es la que tengo, de la qual pienso salir à la siempre duradera, y por aora no mas: sino vamos arriba, daremos sustento à los cuèrpos, como aqui abaxo le hemos dado à las almas.

CAPITULO XIX.

Salen de la cueva de Soldino: prosiguen su jornada passando por Milàn, y llegan à Luca.

ADerezòse la pobre, mas que limpia comida, aunque fue muy limpia cosa, no muy nueva para los quatro Peregrinos, que se acordaron entonces de la Isla Barbara, y de la de las Hermitas, donde quedò Rutilio, y à donde ellos comieron de los ya fazonados, y ya no, frutos de los arboles. Tambien se les vino à la memoria la profecia falsa de los Isleños, y las muchas de Mauricio, con las Moriscas del Xadraque: y ultimamente las del Español Soldino. Pareciales, que andaban rodeados de adivinanzas, y me-

metidos hasta el alma en la Judiciaria Astrologia, que à no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran credito. Acabòse la breve comida, salió Soldino con todos los que con él estaban al camino para despedirse de ellos, y en él echaron menos à la moza Castellana, y à Bartholomè el del bagage; cuya falta no diò poca pesadumbre à los quatro, porque les faltaba el dinero, y la reposteria. Mostrò congojarse Antonio, y quiso adelantarse à buscarle, porque bien se imaginò que la moza le llevaba, ò él llevaba à la moza, ò por mejor decir, el uno se llevaba al otro; pero Soldino le dixo que no tuviese pena, ni se moviesse à buscarlos, porque otro dia bolveria su criado arrepentido del hurto, y entregaria quanto avia llevado. Creyeronlo, y assi no curò Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreció à Antonio de prestarle quanto huviesse menester para su gasto, y el de sus compañeros desde allí à Roma: à cuya liberal oferta se mostrò Antonio agradecido lo posible, y aun se ofreció de darle prenda que cupiesse en el puño, y en el valor passasse de cinquenta mil ducados: y esto fue pensando de darle una de las dos perlas de Auristela, que con la Cruz de diamantes guardadas siempre consigo las trahia. No se atrevió Feliz Flora à creer la cantidad del valor de la prenda; pero atre-

viòse à bolver à hacer el ofrecimiento hecho. Estàndo en esto, vieron venir por el camino, y passar por delante de ellos hasta ocho personas à cavallo, entre las quales iba una muger sentada en un rico sillón; y sobre una mula vestida de camino, toda de verde, hasta el sombrero, que con ricas, y varias plumas azotaba el ayre, con un antifaz assi mismo verde, cubierto el rostro: passaron por delante de ellos, y con baxar las cabezas, sin hablar palabra alguna los saludaron, y passaron de largo: los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludaron. Quedabase atràs uno de los de la compañía, y llegando à ellos pidió por cortesía un poco de agua: dieronlela, y preguntaronle, que gente era la que iba allí delante, y que Dama la de lo verde? A lo que allí delante và, es el señor Alexandro Castrucho, gentil-hombre Capuano, y uno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el Reyno de Napoles. La Dama es una sobrina, la señora Isabela Castrucho, que nació en España, donde dexa enterrado à su Padre, por cuya muerte su tio la lleva à casar à Capua: y à lo que yo creo no muy contenta. Esto ferà, respondió el Escudero enlutado de Ruperla, no porque và à casarse, sino porque el camino es largo; que yo para mi ten-

tengo, que no hay muger que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sé esas filosofías, respondió el caminante, solo sé que va triste, y la causa, ella se la sabe: y à Dios quedad, que es mucha la ventaja que mis dueños me llevan: y picando aprieta, se les fue de la vista, y ellos despidiéndose de Soldino, le abrazaron, y le dexaron. Olvidabase de decir, como Soldino avia aconsejado à las Damas Francesas, que siguiesen el camino derecho de Roma sin torcerle para entrar en Paris, porque así les convenia: Este consejo fue para ellas como si se le dixera un Oraculo, y así con parecer de los Peregrinos, determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte, y el Estado de Milán, ver à Florencia, y luego à Roma. Tanteado, pues, este camino con proposito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta allí caminaron: y otro dia al romper del Alva, vieron venir àcia ellos al tenido por ladrón Bartholomé el bagagero detrás de su bagage, y el vestido como peregrino. Todos gritaron quando le conocieron, y los mas le preguntaron, que huida avia sido la suya, que trage aquel, y que buelta aquella? A lo que él, hincado de rodillas delante de Constanza, casi llorando, respondió à todos: Mi huida no sé como fue, mi

trage ya veis que es de peregrino, mi buelta es à restituir lo que quizá, y aún sin quizá en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladrón. Aquí, señora Constanza, viene el bagage con todo aquello que en él estaba, excepto dos vestidos de peregrinos: que el uno es este que yo traygo, y el otro queda haciendo romera à la ramera de Talavera, que doy yo al diablo al amor, y al bellaco que me lo enseñó: y es lo peor, que le conozco, y determino ser Soldado de baxo de su vandera, porque no siento fuerzas que se opongan à las que hace el gusto con los que poco saben. Echeme V. md. su bendición, y dexeme bolver, que me espera Luisa: y advierta, que vuelvo sin blanca, fiado en el donayre de mi moza, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juicio, si viviese mil siglos. Muchas razones le dixo Periandro para estorvarle su mal proposito, muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constanza, y Antonio; pero todo fue, como dicen, dar voces al viento, y predicar en desierto. Limpióse Bartholomé sus lagrimas, dexò su bagage, bolvió las espaldas, y partió en un buelo, dexando à todos admirados de su amor, y de su simpleza. Antonio viendo le partir tan de carrera, puso una flecha en su arco, que jamás la

dis-

disparò en vano, con intencion de atravesarle de parte à parte, y facarle del pecho el amor, y la locura: mas Feliz Flora, que pocas veces se le apartaba del lado, le travò del arco, diciendole: Dexale Antonio, que harta mala ventura lleva en ir à poder, y à sujetarse al yugo de una muger loca. Bien dices, señora, respondió Antonio; y pues tu le dás la vida, quien ha de ser poderoso à quitarfela. Finalmente, muchos dias caminaron sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milán, admiròles la grandeza de la Ciudad, su infinita riqueza, sus oros (que allí no solamente hay oro, sino oros) sus belicas herrerías, que no parece sino que allí ha pasado las fuyas Vulcano, la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus Templos, y finalmente, la agudeza del ingenio de sus moradores. Oyeron decir à un huesped suyo, que lo mas que avia que ver en aquella Ciudad, era la Academia de los entronados, que estaba adornada de eminentísimos Academicos, cuyos sutiles entendimientos daban que hacer à la fama à todas horas, y por todas las partes del mundo. Dixo tambien, que aquel dia era de Academia, y que se avia de disputar en ella, si podia aver amor sin zelos. Si puede, dixo Periandro, y para

probar esta verdad, no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicò Auristela, no sé que es amor, aunque sé lo que es querer bien. A lo que dixo Belarminia, no entiendo esse modo de hablar, ni la diferencia que hay entre amor, y querer bien. Esta: replicò Auristela, querer bien, puede ser sin causa vehemente, que os mueva la voluntad, como se puede querer à una criada que os sirve, ò à una estatua, ò pintura, que bien os parece, ò que mucho os agrada, y estas no dan zelos, ni los pueden dar; pero aquello que dicen que se llama amor, que es una vehemente pasión del animo, como dicen, ya que no dà zelos, puede dar temores que lleguen à quitar la vida: del qual temor à mi me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondió Periandro, porque no hay ningun amante que este en posesion de la cosa amada, que no tema el perderla: no hay ventura tan firme, que tal vez no dà baybenes: no hay clavo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la fortuna: y si el deseo que nos lleva à acabar presto nuestro camino, no lo estorvára, quizá mostràra yo oy en la Academia, que puede aver amor sin zelos; pero no sin temores. Cesò esta platica, estuvieron quatro dias

días en Milán, en los quales comenzaron à ver sus grandezas, porque à acabarlas de ver, no dieran tiempo quatro años. Partieronse de allí, y llegaron à Luca, Ciudad pequeña, pero hermosa, y libre, que debaxo de las alas del Imperio, y de España, se descueila, y mira estenta à las Ciudades de los Principes que la desean. Allí, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos, y recibidos los Españoles: y es la causa, que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de mas de un dia, no dan lugar à mostrar su condicion, tenida por arrogante. Aqui aconteció à nuestros pasajeros una de las mas estrañas aventuras que se han contado en todo el discurso de este Libro.

CAPITULO XX.

De lo que contó Isabela Castrucho acerca de averse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo.

Las posadas de Luca son capaces para alojar una compañía de Soldados: en una de las quales se alojò nuestro esquadron, siendo guiado de las guardas de las puertas de la Ciudad, que se los entregaron al huesped por

cuenta, porque à la mañana, ò quando se partiessen, la avia de dar de ellos. Al entrar, viò la señora Ruperta, que salia un Médico, que tal le pareció en el trage, diciendo à la huespeda de la casa, que tambien le pareció no podia ser otra. Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta doncella està loca, ò endemoniada, y por no entrar, digo, que està endemoniada, y loca, y con todo esso tengo esperanza de su salud, si es que su tio no se dà priessa à partirse. Ay Jesus! dixo Ruperta, y en casa de endemoniados, y locos nos apeamos, en verdad, en verdad, que si se toma mi parecer no hemos de poner los pies dentro. A lo que dixo la huespeda: sin escrupulo puede V. Señoria (que este es el merced de Italia) apearse, porque de cien leguas se podia venir à ver lo que està en esta posada. Apearonse todos, y Auristela, y Constanza, que avian oido las razones de la huespeda, le preguntaron, què avia en aquella posada, que tanto encarecía el verla? Vengase conmigo, respondió la huespeda, y veràn lo que veràn, y diràn lo que yo digo. Guiò, y siguiéronla, donde vieron echada en un lecho dorado à una hermosissima muchacha, de edad, al parecer de diez y seis, ò diez y siete años: tenia los brazos apados, y ata-

dos con unas vendas à los baultros de la cabecera del lecho, como que la querian estorvar el moverlos à ninguna parte: dos mugeres, que debian de servir-la de enfermeras, andaban buscandole las piernas para atarfelas tambien; à lo que la enferma dixo: Basta que se me aten los brazos, que todo lo demàs las ataduras de mi honestidad lo tiene ligado: y bolviendose à las Peregrinas, con levantada voz, dixo: Figuras del Cielo, Angeles de carne, sin duda creo que venis à darme salud, porque de tan hermosa presencia, y de tan Christiana visita, no se puede esperar otra cosa. Por lo que deveis à ser quien fois, que fois mucho, que mandeis que me desaten, que con quatro, ò cinco bocados que me de en el brazo, quedarè harta, y no me harè mas mal: porque no estoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta es tan cruel, que dexarà que me muera. Pobre de ti, sobrina, dixo un anciano, que avia entrado en el aposento, y qual te tiene esse que dices, que no ha de dexar que te muerdas! Encomiendate à Dios, Isabela, y procura comer, no de tus hermosas carnes, sino de lo que te diere esse tu tio, que bien te quiere. Lo que cria el ayre, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te traherè, que

tu mucha hacienda, y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moza respondió: Dexenme sola con estos Angeles, quizá mi enemigo el demonio huirà de mí, por no estar con ellos: y señalando con la cabeza que se quedassen con ella Auristela, Constanza, Ruperta, y Feliz Flora, dixo, que los demàs se saliessen, como se hizo con voluntad, y aún con ruegos de su anciano, y lastimado tio: del qual supieron ser aquella la gentil Dama de lo verde, que al salir de la cueva del sabio Español, avian visto passar por el camino, que el criado que se quedó atrás, les dixo se llamaba Isabela Castrucho, y que se iba à casar al Reyno de Napoles. Apenas se viò sola la enferma, quando mirando à todas partes, dixo, que mirassen si avia otra persona en el aposento, que aumentasse el numero de los que ella dixo que se quedassen: miròlo Ruperta, y escurdiòlo todo, y assegurò no aver otra persona que ellos. Con esta seguridad sentose Isabela como pudo en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de proposito, rompiò la voz con un tan grande suspiro, que pareció que con él se le arrancaba el alma: el fin del qual fue tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, con señales tan de muerte, que obli-

gò à los circunstancias à dar voces, pidiendo un poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que à mas andar se iba al otro mundo. Entrò el misero tio, llevando una Cruz en la una mano, y en la otra un hyfopo, bañado en agua bendita: Entraron así mismo con el dos Sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaba, pocas veces se apartaban de ella. Entrò así mismo la huespeda con el agua, rociaronle el rostro, y bolvió en sí, diciendo: Excusadas son por ahora estas prevenciones: yo faldre presto, pero no ha de ser quando vosotros quisieredes, sino quando à mi me parezca, que serà quando viniere à esta Ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, Cavallero de esta Ciudad: el qual Andrea ahora està estudiando en Salamanca, bien descuydado de estos sucesos. Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenian de estar Isabela endemoniada, porque no podian pensar como pudiesse saber ella Juan Bautista Marulo quien fuesse, y su hijo Andrea; y no faltò quien fuesse luego à decir al ya nombrado Juan Bautista Marulo, lo que la bella endemoniada de el, y de su hijo avia dicho. Tornò à pedir, que la dexassen sola con los que antes avia escogido: di-

xeronle los Sacerdotes los Evangelios, è hicieron su gusto; llevandole todos de la señal que avia dado, quedaria (quando el demonio la dexasse) libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada. Feliz Flora hizo de nuevo la pesquisa de la estañcia, y cerrando la puerta de ella, dixo à la enferma: Solos estamos, mira, señora, lo que quieres. Lo que quiero es, respondió Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blandas me fatigan, porque me impiden. Hicieronlo así con mucha diligencia, y sentandose Isabela en el lecho, asió de la una mano à Auristela, y de la otra à Ruperta, è hizo que Constantza, y Feliz Flora se sentassen junto à ella en el mismo lecho: y así apiñadas en un hermoso monton, con voz baxa, y lagrimas en los ojos, dixo: Yo, señoras, soy la infelice Isabela Castrecha, cuyos Padres me dieron nobleza, la fortuna hacienda, y los Cielos algun tanto de hermosura. Nacieron mis Padres en Capua, pero engendraronme en España, donde nací, y me criè en casa de este mi tio, que aqui està, que en la Corte del Emperador la tenia. Valame Dios, y para que tomo yo tan de atrás la corriente de mis desventuras! Estando, pues, yo en casa de este mi tio, ya huerfana de mis

Padres, que à el me dexaron encomendada, y por tutor mio: llegò à la Corte un mozo, à quien yo ví en una Iglesia, y le mirè tan de proposito (y no os parezca esto, señoras, desemboltura, que no parecerà, si consideràdes que soy muger) digo, que le mirè en la Iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedò su presencia tan impressa en mi alma, que no la podia apartar de mi memoria. Finalmente no me faltaron medios para entender quien el era, y la calidad de su persona, y que hacia en la Corte, ò à donde iba, y lo que saque en limpio, fue, que se llamaba Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, Cavallero de esta Ciudad, mas Noble, que rico, y que iba à estudiar à Salamanca: En seis dias que alli estubo, tuve orden de escribirle quien yo era, y la mucha hacienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar viendo en la Iglesia. Escribible así mismo, que entendia que este mi tio me queria casar con un primo mio, porque la hacienda se quedasse en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad: dixele así mismo, que la ocasion en mi le ofrecia sus cabellos, que los tomasse, y que no diese lugar en no hacerlo, al arrepentimiento, y

que no tomasse de mi facilidad ocasion para no estimarme. Respondió, despues de averme visto no sé quantas veces en la Iglesia, que por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza, y de la riqueza, me hiciera señora del mundo, si pudiera: y que me suplicaba durasse sieme algun tiempo en mi amorosa intencion, à lo menos hasta que el dexasse en Salamanca à un amigo suyo, que con el de esta Ciudad avia partido à seguir el estudio. Respondile, que si haria, porque en mi no era el amor importuno, ni indiscreto, que presto nace, y presto se muere. Dexòme entonces por honrado, pues no quiso faltar à su amigo, y con lagrimas, como enamorado: que yo se las ví verter passando por mi calle el dia que se partiò sin dexarme, y yo me fui con el sin partirme. Otro dia: quien podrá creer esto, que de rodeos tienen las desgracias, para alcanzar mas presto à los desdichados! Digo, que otro dia concertò mi tio que bolvièsemos à Italia, y sin poderme escusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso, y la color me hacian sana: mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscaba trazas para no partirme. En este tiempo le tuve, para escribir à Andrea de lo que me avia sucedido,

dido, y que era forzoso el partirme; pero que yo procuraria passar por esta Ciudad, donde pensaba fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traza à que èl le tuviesse de dexar à Salamanca, y venir à Luca, à donde à pesar de mi tío, y aún de todo el mundo, sería mi esposo: así que en su diligencia estaba mi ventura, y aún la fuya, si quería mostrarse agradecido. Si las cartas llegaron à sus manos (que si debieron de llegar, porque los portes las hacen ciertas) antes de tres dias ha de estar aqui, yo por mi parte he hecho lo que he podido: una legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener una onza de amor en el alma, quando la esperanza desde lexos la anda haciendo cocos. Esta es, señoras mías, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad: mis amorosos pensamientos son los demonios que me atormentan: passo hambre, porque espero hartura; pero con todo esso, la desconfianza me persigue; porque como dicen en Castilla: A los desdichados se les fuelen helar las migas entre la boca, y la mano. Haced, señoras, de modo, que acrediteis mi mentira, y fortalezcáis mis discursos, haciendo con mi tío, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quizá permitirá el Cielo

que llegue el de mi contento con la venida de Andrea. No avrá para que preguntar, si se admiraron, ò no los oyentes de la historia de Isabela: pues la historia misma se trahe consigo la admiracion, para ponerla en las almas de los que la escuchan. Ruperta, Aurifela, Constanza, y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus designios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin de ellos, pues à buena razon no podian tardar mucho.

CAPITULO XXI.

Llega Andrea Marulo: descubrese la ficcion de Isabela, y quedan casados.

PRiessa se daba la hermosa Isabela Castrucha à revalidar su demonio, y priessa se daban las quatro, ya sus amigas, à fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaba en su cuerpo: porque se vea quien es el amor, pues hace parecer endemoniados à los amantes. Estando en esto, que sería casi al anochecer, bolvió el Medico à hacer la segunda visita, y acaso truxo con èl à Juan Bautista Marulo, Padre de Andrea el enamorado: y al entrar del aposento de la enferma, dixo;

Vea

Vea vueſſa merced, señor Juan Bautista Marulo, la lastima de esta doncella, y si merece que en su cuerpo de Angel se ande espaciando el demonio; pero una esperanza nos consuela, y es, que nos ha dicho, que presto saldrà de aqui, y darà por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda. Así me lo han dicho, respondió el señor Juan Bautista, y holgariame yo, que cosas mías fueren parainfos de tan buenas nuevas. Gracias à Dios, y à mi diligencia, dixo Isabela, que si no fuera por mi, èl se estuviera ahora quedo en Salamanca, haciendo lo que Dios se sabe. Creame el señor Juan Bautista, que està presente, que tiene un hijo mas hermoso, que santo, y menos estudiante, que galán: que mal ayan las galas, y las atildaduras de los mancebos, que tanto dañan en la Republica, y mal ayan juntamente las espuelas que no son de rodaja, y los acicates, que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler, que no se aventajan à las postas. Con estas fue ensartando otras razones equívocas: conviene à saber de dos sentidos, que de una manera las entiendan sus secretarias, y de otra los demás circunstantes: ellas las interpretaban verdaderamente,

y los demás como desconcertados disparates. Donde visteis vos, señora, dixo Marulo, à mi hijo Andrea, fue en Madrid, ò en Salamanca? No fue fino en Illescas, dixo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba: mas si vè à decir la verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo, y siempre le tengo en el alma. Aún bien, replicò Marulo, que està mi hijo cogiendo guindas, y no espulgandose, que es mas proprio de los Estudiantes. Los Estudiantes que son Cavalleros, respondió Isabela, de pura fantasia pocas veces se espulgan, pero muchas se rascan, que estos animalejos, que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los Principes, como por las frazadas de los Hospitales. Todo lo sabes maligno, dixo el Medico, bien parece que eres viejo: y esto encaminando su razon al demonio, que pensaba que tenía Isabela en el cuerpo. Estando en esto, que no parece fino que el mismo Satanàs lo ordenaba, entrò el tío de Isabela con muestras de grandissima alegria, diciendo: Albricias sobrina mia, albricias hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista que està presente.

S 2

ſente.

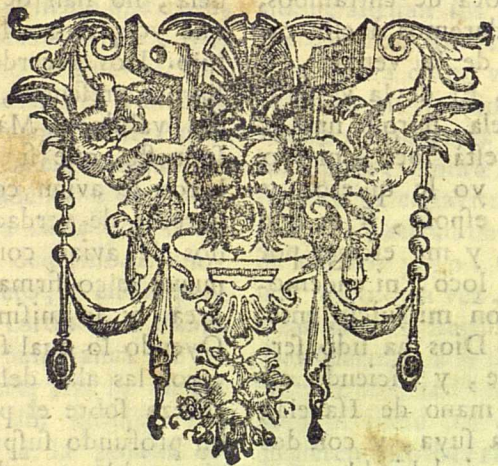
senté. Ea, dulce esperanza mia, cumplenos la que nos has dado, de que has de quedar libre en viéndole: Ea demonio maldito, *vade retro, exi foras*, sin que lleves pensamiento de bolver à esta estancia, por mas barrida, y escombrada que la veas. Venga, venga, replicò Isabela, esse putativo Ganymedes, esse contrahecho Adonis, y dème la mano de esposo, libre, sano, y sin cautela, que yo le he estado aqui aguardando, mas firme que roca, puesta à las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueven. Entrò de camino Andrea Marulo, à quien ya en casa de su Padre le avian dicho la enfermedad de la estrangera Isabela, y de como le esperaba para darle por señal de la salida del demonio. El mozo que era discreto, y estaba prevenido por las cartas que Isabela le embiò à Salamanca de lo que avia de hacer, si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudiò à la posada de Isabela, y entrò por su estancia como atontado, y loco, diciendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una esquadra. Con este alboroto, y voces casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso,

tanto, que dixo el Medico, y aún su mismo Padre: Tan demonio es este como el que tiene Isabela; y su tio dixo: Esperabamos à este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sossiegate hijo, sossiegate, dixo su Padre, que parece que estàs loco. No lo ha de estar, dixo Isabela, si me ve à mi? No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? No soy yo el blanco donde afeitan sus deseos? Si por cierto, dixo Andrea, si, que vos sois señora de mi voluntad, descanfo de mi trabajo, y vida de mi muerte. Dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sanadme de la esclavitud en que me veo, à la libertad de verme debaxo de vuestro yugo: dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, à la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho: vayan de aqui fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tu dices bien, señor Andrea, replicò Isabela, y sin que aqui intervengan trazas, maquinas, ni embellecos: dame essa mano de esposo, y recibeme por tuya. Tendiò la mano Andrea, y en aquel instante alzò la voz Anrístela, y dixo: Bien se la puede dar, que para en uno

uno son. Pasmado, y atonito, tendiò tambien la mano su tio de Isabela, y travò de la de Andrea, y dixo: Què es esto, señores, usafese en este Pueblo, que se case un diablo con otro? Que no, dixo el Medico, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya: porque no es posible que este caso que và sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo esso, dixo el tio de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos, que lugar le daremos à este casamiento, el de la verdad, ò el de la burla. El de la verdad, respondiò Isabela, porque ni Andrea Marulo està loco, ni yo endemoniada: yo le quiero, y escojo por mi esposo, si es que el me quiere, y me escoje por su esposa. No loco, ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal, qual Dios ha sido servido de darme, y diciendo esto, tomò la mano de Isabela, y ella le diò la suya, y con dos sies quedaron indubitavelmente casados. Què es esto, dixo Castrucho, otra vez? Aqui de Dios, como, y es posible que assi se deshonen las canas de este viejo? No las puede deshorrar, dixo el Padre de Andrea, ninguna cosa mia: yo soy Noble, y si no demasadamente rico; no tan pobre, que aya menester à nadie, no entro, ni salgo en es-

te negocio: sin mi fabiduria se han casado los muchachos, que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta à los años: y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y quando aciertan, aunque sea acafo, exceden con muchas ventajas à las mas consideradas. Pero mirese con todo esso, si lo que aqui ha passado puede passar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela, no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos Sacerdotes que se hallaron presentes, dixeron, que era valido el Matrimonio, presupuesto que si con parecer de locos le avian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le avian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dixo Andrea, y lo mismo dixo Isabela. Oyendo lo qual su tio, se le cayeron las alas del corazon, y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, bueltos los ojos en blanco, diò muestras de averle sobrevenido un mortal parafisimo. Llevaronle sus criados al lecho, levantòse del suyo Isabela, llevòla Andrea à casa de su Padre, como à su esposa, y de alli à dos dias entraron por la puerta de una Iglesia un niño, hermano de Andrea Marulo, à baptizar, Isabela, y Andrea à casarse, y à enterrar el

cuero de su tío: porque se vean quan estraños son los sucesos de esta vida: unos à un mismo punto se bautizan, otros se casan, y otros se entierran. Con todo esto se puso luto Isabela: porque esta que llaman muerte, mezcla los thalamos con las sepulturas, y las galas con los lutos.



Quatro dias estuvieron mas en Luca nuestros Peregrinos, y la esquadra de nuestros pasajeros, que fueron regalados de los depositados, y del Noble Juan Bautista Marulo. Y aqui dió fin nuestro Author al tercero Libro de esta notable Historia.

LIBRO
QUARTO,
DE LA
HISTORIA
DE
LOS TRABAJOS DE PERSILES,
Y SIGISMUNDA.
CAPITULO PRIMERO.

*Dáse cuenta del razonamiento que pasó entre Perian-
dro, y Auristela.*



Disputóse entre nuestra peregrina esquadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucha, con tantas maquinas fabricado, podia ser valedero; à lo que Perianandro muchas veces dixo que si:

quanto mas que no les tocaba à ellos la averiguacion de aquel caso; pero lo que à él le avia descontentado, era la junta del Baptismo, casamiento, y la sepultura, y la ignorancia del Medico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tío. Unas veces trataban en esto, y otras en referir

los peligros que por ellos avian pasado. Andaban Croriano, y Ruperla su esposa atentísimos, inquirendo quién fuesen Periandro, y Auristela, Antonio, y Constanza, lo que no hacian por saber quien fuesen las tres Damas Francesas, que desde el punto que las vieron, fueron de ellos conocidas. Con esto, à mas que medianas jornadas, llegaron à Aquapendente, Lugar cercano à Roma, à la entrada de la qual Villa, adelantandose un poco Periandro, y Auristela de los demás, sin temor que nadie los escuchasse, ni oyesse, Periandro habló à Auristela de esta manera: Bien sabes (ò señora!) que las causas que nos movieron à salir de nuestra Patria, y à dexar nuestro regalo, fueron tan justas, como necessarias: ya los ayres de Roma nos dan en el rostro: ya las esperanzas que nos sustentan, nos bullen en las almas: ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce possession esperada. Mira, señora, que será bien que des una buelta à tus pensamientos, y escudriñando tu voluntad, mires si estás en la entereza primera, ò si lo estarás despues de aver cumplido tu voto, de lo que yo no dudo; porque tu Real sangre no se engendró entre promessas mentirosas, ni entre dobladas trazas. De mi te sé decir, ò hermosa Sigismunda, que este Periandro que aqui ves, es el Perfiles que en la casa del Rey mi Padre vistió: aquel

digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los Alcazares de su Padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevasse. Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudasse de su fé, y así le dixo: Sola una voluntad, ò Perfiles he tenido en toda mi vida, y essa avrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre alvedrio, la qual tan entera, y firme está ahora como el primer día que te hice señor de ella: la qual si es posible que se aumente, se ha aumentado, y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado. De que tu estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en possession tus esperanzas; pero dime, que haremos despues que una misma coyunda nos ate, y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lexos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la hiedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falté el animo de sufrir todas las del mundo como este contigo; sino digolo, porque qualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aqui, ò poco menos de hasta aqui, padecia mi alma en sí sola; pero de aqui adelante padeceré en ella, y en la tuya; aunque he dicho

mal

mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, como no es posible que ninguno fañique su fortuna; puesto que dicen, que cada uno es el artifice de ella desde el principio hasta el cabo: así yo no puedo responderte ahora lo que haremos despues que la buena suerte nos junte: rompase ahora el inconveniente de nuestra division que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten, y chozas que nos recojan, y afos que nos encubran; que à gozarse dos almas, que son una, como tu has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen. No nos faltará medio para que mi Madre la Reyna sepa donde estamos, ni à ella le faltará industria para socorrernos: y en tanto essa Cruz de diamantes que tienes, y essas dos perlas inestimables: comenzarán à darnos ayudas; sino que temo, que al deshacernos de ellas se ha de deshacer nuestra maquina; porque como se ha de creer, que prendas de tanto valor se encubran debaxo de una esclavina? Y por venir dandoles alcance la demás compañía, cesó su platica, que fue la primera que avian hablado en cosas de su gusto: porque la mucha honestidad de Auristela jamás dió ocasion à Periandro à que en secreto la hablasse: y con este arti-

ficio, y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos quantos hasta allí los avian conocido; solamente en el desalmado, y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó à sospechar la verdad. Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma, y en un mesón, à donde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que así pueda llamarse. Estando todos sentados à una mesa, la qual la sollicitud del huesped, y la diligencia de sus criados, tenían abundantemente proveída: de un aposento del mesón salió un gallardo Peregrino con unas escrivánias sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano: y aviendo hecho à todos la devota cortesía en lengua Castellana, dixo: Este trage de Peregrino que visto, el qual trahe consigo la obligacion de que pida limosna el que lo trahe, me obliga, à que os la pida, y tan aventajada, y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me aveis de hacer rico. Yo, señores, soy un hombre curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio, y Apolo. Algunos años me he dado al exercicio de la guerra, y algunos otros, y los mas maduros en el de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre, y por los de las letras he sido al-

gun

gun tanto estimado. Algunos libros he impresso de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos: y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé que de fantastico, è inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina, y nueva: y es, que à colta agena quiero facar un libro à luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno, y el provecho mio: el libro se ha de llamar Flor de Aforismos peregrinos: conviene à saber, sentencias sacadas de la misma verdad. En esta forma, quando en el camino, ò en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio, y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ò alguna sentencia que lo parezca: y de esta manera tengo juntados mas de trecientos Aforismos, todos dignos de saberse, y de imprimirle, y no en nombre mio, sino de su mismo Author, que lo firmò de su nombre despues de averlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dádnos, señor Español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedis, por quien nos guémos, que en lo demás fereis servido, como nuestros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respondió el

Español, llegaron aqui, y passaron de largo un Peregrino, y una Peregrina Españoles, à los quales por ser Españoles declarè mi deseo, y ella me dixo, que pudiesse de mi mano, porque no sabia escribir, esta razon.

Mas quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con proposito de ser mala.

Y dixome, que firmasse la Peregrina de Talavera. Tampoco sabia escribir el Peregrino, y me dixo que escribiesse.

No hay carga mas pesada que la muger liviana.

Y firmè por èl: Bartholomè el Manchego. De este modo son los Aforismos que pido: y los que espero de esta gallarda compañía, serán tales, que realcen à los demás, y les firvan de adorno, y de esmalte. El caso està entendido, respondió Croriano, y por mi, tomando la pluma al Peregrino, y el cartapacio, quiero comenzar à salir de esta obligacion, y escribo.

Mas hermoso parece el Soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmò Croriano. Luego tomò la pluma Periandro, y escribió.

Dichoso es el Soldado, que quando està peleando, sabe que le està mirando su Principe.

Y firmò. Succidiòle el Barbaro Antonio, y escribió.

La honra que se alcanza por la guer-

guerra, como se grava en laminas de bronce, y con puntas de acero, es mas firme que las demás honras.

Y firmòse Antonio el Barbaro: y como alli no avia mas hombres, rogò el Peregrino, que tambien aquellas Damas escribiessen, y fue la primera que escribió Rupta, y dixo.

La hermosura, que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmò. Segundòla Auristela, y tomando la pluma, dixo.

La mejor dote que puede llevar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura, y la riqueza el tiempo la gasta, ò la fortuna la deshace.

Y firmò: à quien siguiò Constanza, escribiendo.

No por el fuyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger al marido.

Y firmò. Feliz Flora escribió tambien, y dixo.

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero à mucho mas las fuerzas del gusto.

Y firmò: y siguiendo Belarminio, dixo.

La muger ha de ser como el arriño, dexandose antes prender, que enlodarse.

Y firmò. La ultima que escribió, fue la hermosa Deleasir, y dixo.

Sobre todas las acciones de esta

vida tiene imperio la buena, ò la mala suerte; pero mas sobre los casamientos.

Esto fue lo que escribieron nuestras Damas, y nuestros Peregrinos: de lo que el Español quedó agradecido, y contento, y preguntandole Periandro si sabia algun Aforismo de memoria, de los que tenia allí escritos, le dixesse. A lo que respondió, que solo uno diria, que le avia dado gran gusto, por la firma del que lo avia escrito, que decia:

No desees, y seràs el mas rico hombre del mundo.

Y la firma decia: Diego de Ratos, corcobado, Zapatero de viejo en Tordeillas, Lugar en Castilla la Vieja, junto à Valladolid. Por Dios, dixo Antonio, que la firma està larga, y tendida, y que el Aforismo es el mas breve, y compendiofo que puede imaginarse; porque està claro, que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea, no tiene falta de nada, y así será el mas rico del mundo. Algunos otros Aforismos, dixo el Español, que hicieron sabrosa la conversacion, y la cena. Sentòse el Peregrino con ellos, y en el discurso de la cena, dixo: No darè el privilegio de este mi libro à ningun Librero en Madrid si me dà por èl dos mil ducados: que alli no hay ninguno que no quiera los privilegios de valde, ò à lo menos por tan poco precio,

cio, que no le luzca al Author del libro: verdad es, que tal vez suelen comprar un privilegio, è imprimir un libro, con quien piensan enriquecer, y pienden en el el trabajo, y la hacienda; pero el de estos Aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad, y la ganancia.

CAPITULO II.

Llegan à las cercanías de Roma, y en un bosque encuentran à Arnaldo, y al Duque de Nemurs heridos en desafío.

Bien podía intitular el libro el Peregrino Español, Historia peregrina, sacada de diversos Autores: y dixera verdad, segun avian sido, è iban siendo los que la componian: y no les dió poco que reir la firma de Diego de Ratos, Zapatero de viejo, y aún tambien les dió que pensar el dicho de Bartholomé el Manchego, que dixo, que no avia carga mas pesada, que la muger liviana; señal que le debia de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fueron hablando otro dia, que dexaron al Español, moderno, y nuevo Author de nuevos, y exquisitos libros: y aquel mismo dia vieron à Roma, alegrando las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos. Alborotaronse los corazones de

Periandro, y de Auristela viéndose tan cerca del fin de su deseo: los de Croriano, y Ruper-ta, y los de las tres Damas Francesas, así mismo, por el buen suceso que prometia el fin profepero de su viage: entrando à la parte de este gusto los de Constanza, y Antonio. Heriales el Sol por Zenit, à cuya causa; puesto que està mas apartado de la tierra, que en ninguna otra fazon del dia, hiere con mas calor, y vehemencia: y aviendoles combidado una cercana selva, que à su mano derecha se descubria, determinaron de passar en ella el rigor de la fiesta que les amenazaba, y aún quiza la noche, pues les quedaba lugar demasado para entrar el dia siguiente en Roma. Hicieronlo así, y mientras mas entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las hierbas salian, los arroyos que por ella cruzaban, les iban confirmando en su mismo proposito. Tanto avian entrado en ella, quanto bolviendo los ojos, vieron que estaban ya encubiertos à los que por el Real camino pasaban: y haciendoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion qual escogerian, segun eran todos buenos, y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauze un retrato del gran-dor de una quartilla de papel, pintado en una tabla no mas del

ref.

rostro de una hermosísima muger: y reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada, y suspensa, se le enseñó à Periandro: à este mismo instante dixo Croriano, que todas aquellas hierbas manaban sangre, y mostró los pies en caliente sangre teñidos. El retrato que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos à todos, y en deseo de buscar, así el dueño del retrato, como el de la sangre. No podia pensar Auristela quien, donde, è quando pudiesse aver sido sacado su rostro; ni se acordaba Periandro, que el criado del Duque de Nemurs le avia dicho, que el Pintor que sacaba los de las tres Damas Francesas, sacaria tambien el de Auristela, con no mas de averla visto: que si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba. El rostro que siguieron de la sangre, llevó à Croriano, y à Antonio, que le seguian, hasta ponerlos entre unos espesos arboles, que allí cerca estaban, donde vieron al pie de uno un gallardo Peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon, y todo lleno de sangre: vista que les turbó en gran manera: y mas quando llegando à él Croriano, le alzó el rostro, que sobre los pechos tenia derribado, y lleno de sangre, y limpiandose-

le con un lienzo, conoció sin duda alguna ser el herido el Duque de Nemurs, que no bastó el diferente trage en que se hallaba para dexar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenia. El Duque herido, è à lo menos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras, dixo: Bien huvieras hecho, è quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si huvieras alzado un poco mas la mano, y dadome en mitad del corazon: que allí si que hallaras el retrato mas vivo, y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho, y colgar en el arbol, porque no me sirviese de reliquias, y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna, y compasiva, acudió à mirarle la herida, y à tomarle la sangre, antes que a tener cuenta con las lastimosas palabras que decia. Casi otro tanto le sucedió à Periandro, y à Auristela, porque la misma sangre les hizo passar adelante à buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes, y crecidos juncos tendido otro Peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro que descubierta, y limpio tenia: y así, sin tener necesidad de limpiarsele, ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el

Prin-

Príncipe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida, fue probarse à levantar, diciendo: No le llevaràs, traydor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma, tu le has robado, y sin averte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida. Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo; y aunque las obligaciones que le tenia la impellan à que à él se llegasse, no osaba por la presencia de Periandro: el qual, tan obligado, como cortès, asió de las manos del Príncipe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el Príncipe querria que se callasse, le dixo: Bolved en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el Cielo, que no os podáis prometer mejora de vuestra suerte. Abrid los ojos, digo, y vereis à vuestro amigo Periandro, y à vuestra obligada Auristela tan deseosos de servirnos como siempre. Contadnos vuestra desgracia, y todos vuestros sucesos, y prometeos de nosotros todo quanto vuestra industria, y fuerzas alcanzaren: decidnos si estais herido, y quien os hirió, y en que parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo à los dos que delante tenia, como pudo, que fue con mucho trabajo,

se arrojò à los pies de Auristela; puesto que abrazado tambien à los de Periandro, que hasta en aquel punto guardò el decoro à la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos, dixo: No es posible que no seas tu, señora, la verdadera Auristela, y no imagen suya, porque no tendria ningun espiritu licencia, ni animo para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa. Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo, que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia. En el tiempo que esto passaba, ya avian dicho à Croriano, y à los demás el hallazgo del otro Peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido: oyendo lo qual Constanza, aviendo tomado ya la sangre al Duque, acudiò à ver lo que avia menester el segundo herido, y quando conoció ser Arnaldo, quedò atonita, y confusa: y suplicando su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dixo, le descubriessé sus heridas: à lo que Arnaldo respondió, con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudòle luego Constanza, y hallòsele por la parte superior atravesado de parte à parte: tomòle luego la sangre que àun corria, y dixo à Periandro,

dro, como el otro herido que allí estaba era el Duque de Nemurs, y que convenia llevarlos al Pueblo mas cercano, donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenían, era la falta de la sangre. Al oír Arnaldo el nombre del Duque, se estremeciò todo, y dió lugar à que los frios zelos se entrassen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre; y así dixo, sin mirar lo que decia: Alguna diferencia hay de un Duque à un Rey; pero en el estado del uno, ni del otro, ni àun en el de todos los Monarcas del mundo cabe el merecer à Auristela; y añadió, y dixo: No me lleven à donde llevaren al Duque, que la presencia de los agraviadores, no ayuda nada à las enfermedades de los agraviados. Dos criados trahia consigo Arnaldo, y otros dos el Duque, los quales, por orden de sus señores, los avian dexado allí solos, y ellos se avian adelantado à un Lugar allí cercano, para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque àun no se conocian. Miren tambien, dixo Arnaldo, si en un arbol de estos que están aqui à la redonda, està pendiente un retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla, que entre mi, y el Duque hemos pasado: quitese, deseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mio. Casi esto mismo estava diciendo el Duque à Ru-

perta, y à Croriano, y à los demás que con él estaban; pero à todos satisfizo Periandro, diciendo, que él le tenia en su poder como en deposito, y que le bolveria en mejor coyuntura à cuyo fuesse. Es posible, dixo Arnaldo, que se pueda poner en duda la verdad de que el retrato sea mio? No sabe ya el Cielo, que desde el punto que vi el original, le trasladè en mi alma; pero tengale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los zelos, las iras, y las soberbias de sus pretendores, y llevenme de aqui, que me desmayo. Luego acomodaron en que pudieffen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco à poco quitando la vida: y así los llevaron al Lugar donde sus criados les tenían el mejor alojamiento que pudieron: y hasta entonces no avia conocido el Duque ser el Príncipe Arnaldo su contrario.

CAPITULO III.

Entran en Roma, y alojanse en la casa de un Judío llamado Monafes.

EMbidiosas, y corridas estaban las tres Damas Francesas de ver que en la opinion del Duque estava estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos: que al criado

do que embió à retratarlas, como se ha dicho, les dixo, que consigo los trahia entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba: razones, y defengaños, que las lastimò las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras igualen à las suyas, ni aunque se les compare: porque la verdad que comunmente se dice, de que toda comparacion es ociosa, en la de las bellezas viene à ser odiosísima, sin que amistades, parentesco, calidades, y grandeza se opongan al rigor de esta maldita embidia, que así puede llamarse, la que encendia las comparadas hermosuras. Dixo así mismo, que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando à la Peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se avia sentado al pie de un arbol con el retrato en las manos (así hablaba con el muerto, como con el original vivo) y que estando así, avia llegado el otro Peregrino tan passo por las espaldas, que pudo bien oír lo que el Duque con el retrato hablaba, sin que yo, y otro compañero mio lo pudiésemos estorvar, porque estabamos algo desviados. En fin, corrimos à advertir al Duque, que le escuchaban: bolvió el Duque la cabeza, y vió al Peregrino, el qual sin hablar palabra, lo primero que

hizo, fue arremeter al retrato, y quitarse de las manos al Duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle, como él quisiera; y lo que le dixo, fue, à lo menos lo que yo pude entender: Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos la que en ellas tienes, dexa essa tabla, donde está pintada la hermosura del Cielo, así porque no la mereces, como por ser ella mia. Effeno, respondió el otro Peregrino; y si de esta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta à los filos de mi estoque, que en este bordon traygo oculto. Yo si que soy el verdadero poseedor de esta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos, la compré con mis thesoros, y la adoré con mi alma, y he servido à su original con mi sollicitud, y con mis trabajos. El Duque entonces bolviéndose à nosotros, nos mandó con imperiosas razones los dexásemos solos, y que viniésemos à este Lugar, donde le esperásemos, sin tener osadía de volver solamente el rostro à mirarles. Lo mismo mandó el otro Peregrino à los dos que con él llegaron, que segun parece, tambien son sus criados. Con todo esto hurté algun tanto la obediencia à su mandamiento: y la curiosidad me hizo volver los ojos, y vi, que el otro Peregrino colgaba el retra-

to del arbol, no porque puntualmente lo viesse, sino porque lo conjeturé, viendo que luego defembaynando del bordon que tenia un estoque, ó à lo menos una arma, que lo parecia, acometiò à mi señor, el qual le salió à recibir con otro estoque, que yo no sé que en el bordon trahia. Los criados de entrambos quisimos volver à despartir la contienda; pero yo fui de contrario parecer, diciendoles, que pues era igual, y entre dos solos, sin temor, ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dexásemos, y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerles no errabamos, y en el volver quizá si. Ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo, ó la cobardia nos emperezó los pies, y nos ató las manos, ó si la lumbre de los estoques, halta entonces aún no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertabamos à ver el camino que avia desde allí al lugar de la pendencia, sino el que avia al de este, adonde ahora estamos. Llegamos aquí, hicimos el alojamiento con priessa, y con mas animoso discurso bolvíamos à ver lo que avia hecho la fuerte de nuestros dueños: hallamoslos qual aveis vulto, donde si vuestra llegada no los socorriera bien sin provecho avia sido la nuestra. Esto dixo el criado, y esto escucharon las Damas, y esto sintieron de manera, como si fueran

amantes verdaderas del Duque: y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la quimera, y maquina, si alguna avia hecho, ó levantado, de casarse con el Duque: que ninguna cosa quita, ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: à la hambre, y al sueño se rinde la valentia, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga, y entera possession del alma, los desdenes, y defengaños le sirven de espuelas, para que con mas ligereza corra à poner en efecto sus pensamientos. Curaronse los heridos, y dentro de ocho dias estuvieron para ponerse en camino, y llegar à Roma, de donde avian venido Cirujanos à verlos. En este tiempo supo el Duque, como su contrario era Principe heredero del Reyno de Dinamarca, y supo asimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle, que la que era estimada para Reyna, lo podia ser para Duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos, è imaginaciones se mezclaban

ban los zelos de manera , que le amargaban el gusto , y le turbaban el sosiego. En fin se llegó el día de su partida , y el Duque , y Arnaldo cada uno por su parte , entrò en Roma , sin darse à conocer à nadie : y los demás Peregrinos de nuestra compañía , lle-

gando à la vista de ella desde un alto montecillo la descubrieron , y hincados de rodillas , como à cosa sacra la adoraron , quando de entre ellos salió una voz de un Peregrino que no conocieron , que con lagrimas en los ojos comenzó à decir de esta manera.

O grande , ò poderosa , ò sacrosanta
Alma Ciudad de Roma , à ti me inclino
Devoto , humillado , y nuevo Peregrino,
A quien admira ver belleza tanta.

Tu vista , que à tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende , aunque divino,
De aquel que à verte , y adorarte vino
Con tierno afecto , y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo que contemplo
Con la fangre de Martyres mezclada,
Es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en ti , que no sirva de exemplo
De fantidad , asì como trazada
De la Ciudad de Dios al gran modelo.

Quando acabò de decir este soneto el Peregrino , se bolvió à los circunstantes , diciendo : Avrà pocos años que llegó à esta fanta Ciudad un Poëta Español , enemigo mortal de sí mismo , y deshonor de su Nación , el qual hizo , y compuso un soneto en vituperio de esta insigne Ciudad , y de sus Ilustres habitantes ; pero la culpa de su lengua pagàra su garganta si le cogieran : yo no como Poëta , si-

no como Christiano , casi como en descuento de su cargo , he compuesto el que aveis oido. Rogòle Periandro que le repitiesse , hizolo asì , alabaronsele mucho , baxaron del recuesto , pasaron por los prados de Madama , entraron en Roma por la puerta del Populo , besando primero una , y muchas veces los umbrales , y margenes de la entrada de la Ciudad santa : antes de la qual llegaron dos Judios à uno de los

cria-

triados de Croriano , y le preguntaron , si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida , y preparada donde alojarse ; sino , que ellos se la darian tal , que pudiesen en ella alojarse Principes : porque aveis de saber señor , dixeron , que nosotros somos Judios , yo me llamo Zabulon , y mi compañero Abiud ; tenemos por oficio adornar casas de todo lo necessario , segun , y como es la calidad del que quiere habitarlas , y allí llega su adorno donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió : Otro compañero mio desde ayer està en Roma , con intencion que tenga preparado el alojamiento , conforme à la calidad de mi amo , y de todos aquellos que aqui vienen. Que me maten , dixo Abiud , sino es este el Francès que ayer se contentò con la casa de nuestro compañero Manafes , que la tiene aderezada como casa Real. Vamos , pues , adelante dixo el criado de Croriano , que mi compañero debe de estàr por aqui esperando à ser nuestra guia : y quando la casa que tuviere no fuere tal , nos encomendaremos à la que nos diere el señor Zabulon. Con esto passaron adelante , y à la entrada de la Ciudad vieron los Judios à Manafes su compañero , y con el al criado de Croriano , por donde vinieron en conocimiento que la posada

que los Judios avian pintado , era la rica de Manafes : y asì alegres , y contentos guiaron à nuestros Peregrinos , que estaban junto al arco de Portugal. Apenas entraron las Francesas Damas en la Ciudad , quando se llevaron tràs si los ojos de casi todo el Pueblo , que por ser día de estacion , estava llena aquella calle de Nuestra Señora del Populo de infinita gente ; pero la admiracion , que comenzó à entrar poco à poco en los que à las Damas Francesas miraban , se acabò de entrar mucho à mucho en los corazones de los que vieron à la fin par Auristela , y à la gallarda Constanza , que à su lado iba : bien asì como van por iguales paralelos dos lucientes Estrellas por el Cielo. Tales iban , que dixo un Romano (que à lo que se cree debia de ser Poëta :) Yo apostarè , que la Diosa Venus , como en los tiempos passados , buelve à esta Ciudad , à ver las reliquias de su querido Enèas. Por Dios que hace mal el señor Governador de no mandar que se cubra el rostro de esta movable imagen : quiere por ventura , que los discretos se admiren , que los tiernos se deshagan , y que los necios idolatren ? Con estas alabanzas : tan hyperboles , como no necessarias , passò adelante el gallardo esquadron , llegó al alojamiento de Manafes , bastante para alojar à un poderoso

Principes , y à un mediano exercito.

CAPITULO IV.

De lo que passò entre Arnaldo , y Periandro , y entre el Duque de Nemurs , y Croriano.

EXtendiòse aquel mismo dia la llegada de las Damas Francesas por toda la Ciudad , con el gallardo esquadron de los Peregrinos : especialmente se divulgò la desigual hermosura de Auristela , encareciendola , si no como ella era , à lo menos quanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios. Al momento se coronò la casa de los nuestrs de mucha gente , que los llevaba la curiosidad , y el deseo de ver tanta belleza junta , segun se avia publicado. Llegò esto à tanto extremo , que desde la calle pedian à voces se assomassen à las ventanas las Damas , y las Perigrinas: que reposando no querian dexar verse , especialmente clamaban por Auristela ; pero no fue posible que se dexasse ver ninguna de ellas. Entre la demás gente que llegò à la puerta , llegaron Arnaldo , y el Duque con sus habitos de Peregrinos : y apenas se huvò visto el uno al otro , quando à entrambos les temblaron las piernas , y les palpitaron los pechos. Conociòlos Periandro desde la ventana : dixòselo à Croriano,

y los dos juntos baxaron à la calle , para estorbar en quanto pudiesen la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amantes. Periandro se passò con Arnaldo , y Croriano con el Duque , y lo que Arnaldo dixo à Periandro , fue : Uno de los cargos mayores que Auristela me tiene , es el sufrimiento que tengo , consintiendo que este Cavallero Francès , que dicen ser el Duque de Nemurs , este como en posesion del retrato de Auristela que puesto que està en tu poder , parece que es con voluntad fuya , pues yo no le tengo en el mio. Mira , amigo Periandro , esta enfermedad , que los amantes llaman zelos (que la llamàran mejor desesperacion rabiosa) entran à la parte con ella la embidia , y el menosprecio : y quando una vez se apodera del alma enamorada , no hay consideracion que la folsiegue , ni remedio que la valga : y aunque son pequeñas las causas que la engendran , los efectos que hace son tan grandes , que por lo menos quitan el fesso , y por lo mas la vida : que mejor es al amante zeloso el morir desesperado , que vivir con zelos : y el que fuere amante verdadero , no ha de tener atrevimiento para pedir zelos à la cosa amada : y puesto que llegue à tanta perfeccion , que no los pida no puede dexarlos de pedir à si mismo , digo à su misma ventura,

tura , de la qual es imposible vivir seguro : porque las cosas de mucho precio , y valor tienen en continuo temor al que las posee , ò al que las ama , de perderlas : y esta es una passion , que no se aparta del alma enamorada , como accidente inseparable. Aconsejote (ò amigo Periandro !) si es que puede dar consejo quien no le tiene para si ; que consideres que soy Rey , y que quiero bien , y que por mil experiencias està satisfecho , y enterado de que cumplirè con las obras , quanto con palabras he prometido de recibir à la fin par Auristela tu hermana , sin otra dote , que la grande que ella tiene en su virtud , y hermosura : y que no quiero averiguar la nobleza de su linage , pues està claro , que no avia de negar naturaleza los bienes de la fortuna , à quien tantos diò de si misma. Nunca en humildes sugetos , ò pocas veces , hacen su asiento virtudes grandes : y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma : y para reducirme à un termino solo , te digo lo que otras veces te he dicho , que adoro à Auristela , ora sea de linage del Cielo ; ora de los infimos de la tierra : y pues ya està en Roma , adonde ella ha librado mis esperanzas , sé tu (ò hermano mio !) parte para que me las cumpla , que desde aqui parto mi Corona , y mi Reyno contigo : y no per-

mitas que yo muera escarnecido de este Duque , ni menospreado de la que adoro. A todas estas razones , ofrecimientos , y promesas , respondiò Periandro , diciendo : Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado à tu enojo si no la castigara , à lo menos la riñera , que para ella fuera un gran castigo ; pero como sé que no la tiene , no tengo que responderte. En esto de aver librado tus esperanzas en su venida à esta Ciudad , como no sé à dò llegan las que te ha dado , no sé que responderte. De los ofrecimientos que me haces , y me has hecho , estoy tan agradecido , como me obliga el ser tu el que los haces , y yo à quien se hacen : porque (con humildad sea dicho , ò valeroso Arnaldo !) quizá esta pobre muceta de Peregrino sirve de nube , que por pequeña que sea , suele quitar los rayos al Sol : y por ahora folsiegate , que ayer llegamos à Roma , y no es posible que en tan breve espacio se ayan fabricado discursos , dado trazas , y levantado quimeras , que reduzgan nuestras acciones à los felices fines que deseamos. Huye en quanto te fuere posible de encontrarte con el Duque , porque à un amante desdeñado , y flaco de esperanzas , suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas , aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometìo,

que así lo haria , y le ofreció prendas, y dineros para sustentar la autoridad, y el gasto, así el fuyo, como el de las Damas Francesas. Diferente fuè la platica que tuvo Croriano con el Duque: pues toda se resolvió en que avia de cobrar el retrato de Auristela, ò avia de confessar Arnaldo, no tener parte en èl. Pidió tambien à Croriano fuesse intercessor con Auristela le recibiesse por esposo: pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas Ilustres de Europa. En fin, èl se mostro algo arrogante, y algo zeloso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció así mismo, y quedó darle la respuesta que dixesse Auristela, al proponerle la ventura que se le ofrecia, de recibirle por esposo.

CAPITULO V.

De como por medio de Croriano fueron libres Bartholomé, y la Talaverana, que estaban sentenciados à muerte.

DE esta manera los dos contrarios zelosos, y amantes, cuyas esperanzas tenían fundadas en el ayre, se despidieron, el uno de Periandro, y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas de reprimir sus impetus, y disimular sus agravios, à

lo menos hasta tanto que Auristela se declarasse: de la qual cada uno esperaba que avia de ser en su favor, pues al ofrecimiento de un Reyno, y al de un Estado tan rico como el del Duque, bien se podia pensar que avia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el proposito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas, y apetecerse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mugeres. De todo esto estaba bien descuydada Auristela: pues todos sus pensamientos por entonces no se extendian à mas, que de enterarse en las verdades que à la salvacion de su alma convenian: que por aver nacido en partes tan remotas, y en tierras à donde la verdadera Fe Catholica no està en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegó à èl un hombre Español, y le dixo: Segun traygo las señas, si es que vuestra merced es Español, para vuestra merced viene esta carta. Pusole una en las manos cerrada, cuyo sobreescrito decia: Al Ilustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el Barbaro, Preguntòle Periandro que quien le avia dado aquella carta? Respondiòle el portador, que un Español, que estaba preso en la Carcel, que llaman Torre de

Nona, y por lo menos condenado à ahorcar por homicida el y otra su amiga, muger hermosa, llamada la Talaverana. Conociò Periandro los nombres, y casi adivinò sus culpas, y respondiò: Esta carta no es para mi, sino para este Peregrino, que àcia acá viene, y fuè, porque en aquel instante llegó Antonio, à quien Periandro diò la carta: y apartandose los dos à una parte, la abrió, y viò que así decia:

Quien en mal anda, en mal para; de dos pies, aunque el uno este sano, si el otro està cojo, tal vez cojea, que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres. La que yo travè con la Talaverana, que no debiera, me tiene à mi, y à ella sentenciados de remate para la horca. El hombre que la sacò de España, la hallò aqui en Roma en mi compañía: recibió pesadumbre de ello, assentòle la mano en mi presencia, y yo que no soy amigo de burlas, ni de recibir agravios, fino de quitarlos, bolvi por la moza, y à puros palos mate à su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegó otro Peregrino, que por el mismo estilo comenzò à tomarme la medida de las espaldas: dice la moza, que conociò, que el que me apalcaba era un su marido, de nacion Polaco, con quien se avia casado en Talavera: y temiendose, que en acabando conmigo, avia de co-

menzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano à un cuchillo, de dos que trahia consigo siempre en la bayna, y llegando à èl bonitamente, se le clavò por los riñones, haciendole tales heridas, que no tuvieron necesidad de Maestro. En efecto, el amigo à palos, y el marido à puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendieromos al mesmo punto, y traxeromos à esta Carcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad. Tomaronnos la confesion: confessamos nuestro delito, porque no lo podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento, que aqui llaman tortura. Sultanciòse el proceso, dandose mas priessa à ello de lo que quixeramos: ya està concluso, y nosotros sentenciados à destierro, fino que es de esta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados à ahorcar, de lo que està tan pesadosa la Talaverana, que no lo puede llevar en paciencia: la qual besa à vuestra merced las manos, y à mi señora Constanza, y del señor Periandro, y à mi señora Auristela: y dice, que ella se holgàra de estar libre para ir à besarlas à vuestras mercedes à sus casas. Dice tambien, que si la fin par Auristela pone aldas en cinta, y quiere tomar à su cargo nuestra libertad, que le serà facil: porque que pedirà su grande hermosura, que

no lo alcance, aunque la pida à la dureza misma? Y añade mas, y es, que si vuestras mercedes no pudieren alcanzar el perdon, à lo menos procuren alcanzar el lugar de la muerte, y que como ha de ser en Roma, sea en España: porque està informada la moza, que aqui no llevan los ahorcados con la autoridad conveniente, porque van à pie, y apenas los ve nadie, y así apenas hay quien les rece una Ave Maria, especialmente si son Españoles los que ahorcan: y ella querria, si fuese posible, morir en su tierra, y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente, que de compasión le cerrasse los ojos. Yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme à la razon: porque estoy tan mohino en esta Carcel, que à trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinchas en ella, tomaria por buen partido que me sacassen à ahorcar mañana. Y advierto à vuestra merced, señor mio, que los Juezes de esta tierra no desdixen nada de los de España: todos son corteses, y amigos de dar, y recibir cosas justas, y que quando no hay parte que solicite la justicia, no dexan de llegar à la misericordia: la qual si reyna en todos los valerosos pechos de vuestras mercedes (que si debe de reynar) sugeto hay en nosotros en que se muestra, pues estamos en tierra agena, presos en la Car-

cel, comidos de chinchas, y de otros animales inmundos, que son muchos por pequeños, y enfadan como si fuesen grandes: y sobre todo nos tienen ya en cueros, y en la quinta essencia de la necesidad solicitadores, Procuradores, y Escrivanos, de quien Dios Nuestro Señor nos libre por su infinita bondad. Amen. Aguardando la respuesta quedamos, con tanto deseo de recibirla buena, como lo tienen los zigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres; y firmaba: El desdichado Bartholomè Manchego.

En extremo diò la carta gusto à los dos que la avian leído, y en extremo les fatigò su afliccion: y luego diciendole al que la avia llevado, dixesse al presto, que se consolasse, y tuviesse esperanza de su remedio, porque Auristela, y todos ellos con todo aquello que dadivas, y promesas pudiesen, le procurarian: y al punto fabricaron las diligencias que avian de hacerse. La primera fue, que Croriano hablasse al Embaxador de Francia, que era su pariente, y amigo, para que no se executasse la pena tan presto, y diessè lugar el tiempo à que le tuviesen los ruegos, y las solicitudes. Determinò tambien Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya à Bartholomè, con que de nuevo se renovasse el gusto que les avia dado la suya; pero comunicando este

este pensamiento con Auristela, y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer que no se la escribiesse, porque à los afligidos no se ha de añadir afliccion: y podria ser que tomassen las bur-las por veras, y se afligiesen con ellas. Lo que hicieron, dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hombros, y diligencia de Croriano, y en las de Ruperta su esposa, que se lo rogò ahincadamente: y en seis dias ya estaban en la calle Bartholomè, y la Talaverana: que à donde interviene el favor, y las dadivas, se allanan los riscos, y se deshacen las dificultades. En este tiempo le tuvo Auristela, de informarse de todo aquello que à ella le parecia, que le faltaba por saber de la Fe Catholica: à lo menos de aquello que en su Patria obscuramente se platicaba. Hallò con quien comunicar su deseo por medio de los Penitenciarios, con quien hizo su confesion entera, verdadera, y llana, y quedò enseñada, y satisfecha de todo lo que quiso: porque los tales Penitenciarios en la mejor forma que pudieron le declararon todos los principales, y mas convenientes Mysterios de nuestra Fe. Comenzaron desde la embidia, y soberbia de Lucifer, y de su caída con la tercera parte de las Estrellas que cayeron con él en los abismos: caída que dexò vacas, y vacias las sillas del Cielo, que las perdieron los Angeles

malos por su necia culpa. Declararonle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los Angeles malos perdieron. Discurrieron por la verdad de la creacion del hombre, y del mundo, por el Mysterio Sagrado, y amoroso de la Encarnacion: y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundissimo Mysterio de la Santissima Trinidad: contaron, como convino que la Segunda Persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciesse Hombre, para que como Hombre, Dios pagasse por el hombre, y Dios pudiesse pagar como Dios: cuya union hypostatica solo podia ser bastante para dexar à Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se avia de satisfacer, y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer; pero juntos los dos llegó el caudal à ser infinito, y así lo fue la paga. Mostraronle la Muerte de Christo, los trabajos de su vida, desde que se mostrò en el Pesebre, hasta que se puso en la Cruz. Exageraronle la fuerza, y eficacia de los Sacramentos, y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia: sin la qual no hay abrir la senda del Cielo, que fuele ferrar el pecado. Mostraronle asimismo à Jesu-Christo Dios vivo, sen-

sentado à la diestra del Padre, estando tan vivo, y entero como en el Cielo, Sacramentado en la tierra: cuya santísima presencia no la puede dividir, ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios (que todos son iguales) es el estar en todo lugar, por potencia, por esencia, y por presencia. Asegurandole infaliblemente la venida de este Señor à juzgar el mundo sobre las nubes del Cielo: y asimismo la estabilidad, y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ò por mejor decir, las fuerzas del Infierno. Trataron del poder del Summo Pontífice, Visorrey de Dios en la tierra, y Llaverero del Cielo. Finalmente no les quedó por decir cosa que vieron que convenia, para darse à entender, y para que Auristela, y Periandro los entendiesen. Estas liciones asimismo, alegraron sus almas, que las sacò de sí mismas, y se las llevó à que pasassen los Cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITULO VI.

Contienda entre Arnaldo, y el Duque de Nemurs sobre la compra de un retrato de Auristela.

CON otros ojos se miraron de alli adelante Auriste-

la, y Periandro; à lo menos con otros ojos miraba Periandro à Auristela, pareciendole que ya ella avia cumplido el voto que la traxo à Roma, y que podia libre, y desembarazadamente recibirle por esposo; pero si medio gentil amaba Auristela la honestidad, despues de catechizada la adoraba: no porque viesse iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen antes, ò fuerzas, ò ruegos. Tambien estaba mirando, si por alguna parte le descubria el Cielo alguna luz, que le mostrasse lo que avia de hacer despues de casada: porque pensar bolver à su tierra, lo tenia por temeridad, y por disparate, à causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomaria en ella, y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos, y temores la trahian algo flaca, y algo pensativa. Las Damas Francesas visitaron los Templos, y anduvieron las estaciones con pompa, y magestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del Embaxador de Francia, y no les faltò cosa, que para mostrar illustre decoro, fuesse necessaria, llevando siempre consigo à Auristela, y à Constanza: y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad del

Pueblo de Roma: y sucedió, que passando un dia por una calle, que se llamaba Bancos, vieron en una pared un bello retrato entero de pies à cabeza de una muger, que tenia una corona en la cabeza, aunque partida por medio la corona, y à los pies un mundo, sobre el qual estaba puesta: y apenas la huvieron visto, quando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla. Preguntò Auristela admirada, cuyo era aquel retrato, y si se vendia acaso? Respondiòle el dueño (que segun despues se supo, era un famoso Pintor) que el vendia aquel retrato; pero no sabia de quien fuesse: solo sabia, que otro Pintor su amigo se le avia hecho copiar en Francia: el qual le avia dicho ser de una doncella estrangera, que en habitos de Peregrina passaba à Roma. Qué significa, respondiò Auristela, averla pintado con corona en la cabeza, y los pies sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? E esso, señora, dixo el dueño, son fantasias de Pintores, ò caprichos, como los llaman: quizá quieren decir, que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, que ella và hollando en aquel mundo; pero yo quiero decir, que dice, que vos, señora, sois su original, y que merecis co-

rona entera, y no mundo pintado, sino Real, y verdadero. Qué pedis por el retrato, preguntò Constanza? A lo que respondiò el dueño: Dos peregrinos están aqui, que el uno de ellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice, que no le dexará por ningun dinero: yo no he concluido la venta, por parecerme que se están burlando, porque la exorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo esteis, replicò Constanza, que esos dos Peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio, y pagaros à toda vuestra satisfaccion. Las Damas Francesas, Ruperta, Croriano, y Periandro, quedaron atonitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el retrato. Cayò la gente que el retrato miraban, en que parecia al de Auristela, y poco à poco comenzó à salir una voz, que todos, y cada uno de por sí afirmaba: Este retrato que se vende, es el mismo de esta Peregrina que và en este coche: para que queramos ver el traslado, sino el original? y así comenzaron à rodear el coche, que los cavallos no podian ir adelante, ni bolver atrás, por lo qual dixo Periandro: Auristela hermana cubrase el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos dexa ver por donde caminamos. Hizolo así Auristela, y passaron adelante.

lante; pero no por esto dexò de seguirlos mucha gente, que esperaban à que se quitasse el velo para verla como descaban. Apenas se hubo quitado de allí el coche, quando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus habitos de peregrino, y dixo: Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato, si le quereis dár, trahedle, y venios conmigo, que yo os los darè luego de oro en oro. A lo que otro Peregrino, que era el Duque de Nemurs, dixo: No reparéis hermano en precio, sino venios conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisieredes, que yo os lo darè luego de contado. Señores, respondió el Pintor, concertaos los dos en qual le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que antes me aveis de pagar con el deseo, que con la obra. A estas platicas estaba atenta mucha gente, esperando en que avia de parar esta compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados à dos, al parecer pobres Peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dixo el dueño: El que le quiere, dème señal, y guia, que yo ya le descuelgo para llevarsele: oyendo lo qual Arnaldo, puso la mano en el seno, y sacò una cadena de oro con una joya de diamantes, que de ella pendia, y dixo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y trahedme el retrato. Esta

vale diez mil; dixo el Duque, dándole una de diamantes al dueño del retrato, y trahedme à mi casa. Santo Dios, dixo uno de los circunstantes, què retrato puede ser este, què hombres estos, y què joyas estas; Cosa de encantamiento parece aquesta: por esso os avisó, hermano Pintor, que deis un toque à la cadena, y no hagais experiencia de la fineza de las piedras, antes que deis vuestra hacienda; que podria ser que la cadena, y las joyas fuesen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojaronse los Principes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas. Andaba rebuelta toda la gente de Bancos, unos admirando el retrato, otros preguntando, quien fuesen los Peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos, esperando quien avia de quedar con el retrato: porque les parecia que estaban de parecer los dos Peregrinos, de no dexarle por ningun precio: dèrale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian, si se le dexàran vender libremente. Passò en esto por Bancos el Governador de Roma, oyò el murmurio de la gente, preguntò la causa, viò el retrato, y viò las joyas: y pareciendole ser prendas de mas que de ordinarios Peregrinos, esperando des-

descubrir algun secreto, las hizo depositar, y llevar el retrato à su casa, y prender à los Peregrinos. Quedòse el Pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanzas, y su hacienda en poder de la justicia, donde jamàs entrò alguna, que si saliesse, fuesse con aquel lustre con que avia entrado. Acudiò el Pintor à buscar à Periandro, y à contarle todo el suceso de la venta, y del temor que tenia, no se quedasse el Governador con el retrato: el qual de un Pintor que le avia retratado en Portugal de su original, le avia èl comprado en Francia, cosa que le pareció à Periandro posible, por aver sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa: con todo esso le ofreció por el cien escudos, con que quedasse à su riesgo el cobrarle. Contentòse el Pintor; y aunque fue tan grande la baxa de ciento à mil, le tuvo por bien vendido, y mejor pagado. Aquella tarde, juntandose con otros Españoles Peregrinos, fue à andar las siete Iglesias, entre los quales Peregrinos acertò à encontrarse con el Poeta que dixo el soneto al descubrirse Roma. Conociéronse, y abrazaronse, y preguntaronse de sus vidas, y sucesos: el Poeta Peregrino le dixo, que el dia antes le avia sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fue, que aviendo tenido noticia de que un Monse-

ñor Clerigo de la Camara, curioso, y rico, tenia un museo el mas extraordinario que avia en el Mundo, porque no tenia figuras de personas que efectivamente huviesen sido, ni entonces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que avian de ser en los venideros siglos Poetas famosos: entre las quales tablas avia visto dos, que en el principio de ellas estava escrito en la una: Torquato Tasso; y mas abaxo un poco, decia: Jerusalem libertada: en la otra estava escrito: Zarate, y mas abaxo: Cruz, y Constantino. Preguntòle al que me las enseñaba, què significaban aquellos nombres? Respondiòme, que se esperaba, que presto se avia de descubrir en la tierra la luz de un Poeta, que se avia de llamar Torquato Tasso, el qual avia de cantar Jerusalem recuperada con el mas heroyco, y agradable plectro que hasta entonces ningun Poeta huviesse cantado; y que casi luego le avia de suceder un Español, llamado Francisco Lopez de Zarate, cuya voz avia de llenar las quatro partes de la tierra, y cuya harmonia avia de suspender los corazones de las gentes, cantando la invencion de la Cruz de Christo, con las guerras del Emperador Constantino; poema verdaderamente heroyco, y religioso, y digno del nombre

de poema. A lo que replicò Periandro: Duro se me hace de creer, que de tan atrás se tome el cargo de aderezar las tablas donde se ayán de pintar los que están por venir: que en efecto en esta Ciudad, cabeza del Mundo, están otras maravillas de mayor admiracion. Y avrá otras tablas aderezadas para mas Poetas venideros, preguntò Periandro? Si, respondió el Peregrino; pero no quise detenerme à leer los titulos, contentandome con los dos primeros; pero así à bulto mirè tantos, que me doy à entender, que la edad quando estos vengan (que segun me dixo el que me guiaba no puede tardar) ha de ser grandissima la cosecha de todo genero de Poetas: encaminelo Dios como èl fuere mas servido. Por lo menos, respondió Periandro, el año que es abundante de Poësia, suele serlo de hambre, porque damele Poëta, y dartele le pobre, si ya la naturaleza no se adelanta à hacer milagros; y siquiese la consequencia: hay muchos Poetas, luego hay muchos pobres: hay muchos pobres, luego caro es el año. En esto iban hablando el Peregrino, y Periandro, quando llegó à ellos Zabulon el Judío, y dixo à Periandro, que aquella tarde le queria llevar à ver à Hipolita Ferraressa, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma, y aún de toda Italia. Respondiòle Perian-

dro, que iria de muy buena gana, lo qual no le respondiera, si como le informò de la hermosura, le informàra de la calidad de su persona: porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalanzaba, ni abatia à cosas bajas, por hermosas que fuesen, que en esto la naturaleza avia hecho iguales, y formado de una misma turquessa à èl, y à Auristela: de la qual se recató para ir à ver à Hipolita, à quien el Judío le llevó mas por engaño, que por voluntad, que tal vez la curiosidad hace tropezar, y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITULO VII.

De un extraño caso, y notable peligro en que se viò Periandro por malicia de una Dama cortesana.

CON la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona, y con los aderezos, y pompa de la casa se cubren muchas faltas: porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenia Hipolita, Dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en corte-sia con la misma buena crianza; no era posible que fuesse estimada en poco, de quien la conocia, porque con la hermosura en-

cantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesia, si así se puede decir, se hacia adorar. Quando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de yerro, y rinde las voluntades de marmol: y mas si à estas tres cosas se les añade el engaño, y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar à la luz del mundo sus donayres. Hay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando una de estas hermosas que pinto, dexando à una parte las de su belleza, se ponga à discurrir las de su humilde trato? la hermosura en parte ciega, y en parte alumbra, tràs la que ciega corre el gusto: tràs la que alumbra, el pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas considerò Periandro al entrar en casa de Hipolita; pero como tal vez sobre descuydados cimientos suele levantar amor sus maquinas: esta sin pensamiento alguno se fabricò, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipolita: que con estas Damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho, para dar con ellas donde se arrepientan, sin arrepentirse. Ya avia visto Hipolita à Periandro en la calle, y ya le avia hecho movimientos en el alma su bizarría, su gentileza, y sobre todo el pensar que era Español, de cuya condicion se prometia dadivas imposibles, y

concertados gustos: y estos pensamientos los avia comunicado con Zabulon, y rogadole se le traxesse à casa, la qual tenia tan aderezada, tan limpia, y tan com-puesta, que mas parecia que esperaba ser thalamo de bodas, que acogimiento de Peregrinos. Tenia la señora Hipolita (que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera) un amigo, llamado Pirro Calabrès, hombre acuchillador, impaciente, facineroso; cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipolita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin rendirse à nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus pies, que lo estimaba en mas que en las manos: y de lo que èl mas se preciaba, era de traer siempre asombrada à Hipolita en qualquiera condicion que se le mostrasse, ora fuesse amorosa, ora fuesse aspera: que nunca les falta à estas palomas duendas milanos que las persigan, ni pajaros que las despedacen: miserable trato de esta mundana, y simple gentel. Digo, pues, que este Cavallero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se hallò en casa de Hipolita, al tiempo que entraron en ella el Judío, y Periandro. Apartòle aparte Hipolita, y dixole: Vete con Dios, amigo, y llevate esta cadena de oro de camino,

mino, que este Peregrino me embiò con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces, Hipolita, respondió Pirro, que à lo que se me trasluce, este Peregrino es Español, y soltar èl de su mano, sin aver tocado la tuya esta cadena, que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobrefaltan: llévate tu, ò Pirro, la cadena, y dexame à mí el cargo de sustentarla, y de no bolverla à pesar de todas sus Españolaerías. Tomò la cadena que le diò Hipolita, Pirro, que para el efecto la avia hecho comprar aquella mañana; y sellandole la boca con ella, mas que de passo le hizo salir de casa. Luego Hipolita libre, y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos se llegó à Periandro; y con defendado, y con donayre, lo primero que hizo, fue echarle los brazos al cuello, diciendole: En verdad que tengo de ver si son tan valientes los Españoles como tienen la fama. Quando Periandro viò aquella desemboltura, creyò que toda la casa se le avia caido acuestas; y poniendole la mano delante el pecho à Hipolita, la detuvo, y la apartò de sí, y le dixo: Estos habitos que visto, señora Hipolita, no permiten ser profanados, ò à la menos yo no lo permitirè en ninguna manera: y los Peregrinos, aunque sean Españoles, no estàn obligados à ser valientes, quando no les importa;

pero mirad vos, señora, en que quereis que muestre mi valor, sin que à los dos perjudique, y fereis obedecida, sin replicaros en nada. Pareceme, respondió Hipolita, señor Peregrino, que así lo fois en el alma, como en el cuerpo; pero pues, segun decis, que hareis lo que os dixere, como à ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta quadra, que os quiero enseñar una lonja, y un camarín mio. A lo que respondió Periandro: Aunque soy Español, soy algun tanto medroso, y mas os temo à vos sola, que à un exercito de enemigos: haced que nos haga otro la guia, y llevadme dò quisiereis. Llamò Hipolita à dos doncellas suyas, y à Zabulon el Judio, que à todo se hallò presente, y mandòlas que guiassen à la lonja. Abrieron la sala, y à lo que despues Periandro dixo, estaba la mas bien aderezada que pudiesse tener algun Principe, rico, y curioso en el mundo: Parrasio, Polignoto, Apeles, Ceuxis, y Timantes tenian alli lo perfecto de sus pinceles, comprado con los thesoros de Hipolita, acompañados de los del devoto Rafael de Urbino, y de los del divino Michael Angelo: riquezas donde las de un gran Principe deben, y pueden mostrarse en los edificios Reales. Los Alcazares soberbios, los Templos magnificos, y las pinturas valientes son propias

pias, y verdaderas señales de la magnanimidad, y riqueza de los Principes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas, y apresta su carrera, como à emulas suyos, que à su despecho estàn mostrando la magnificencia de los passados siglos. O Hipolita, solo buena por esto! si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato, y dexaras en el suyo à Periandro, que assombrado, atonito, y confuso andaba mirando en que avia de parar la abundancia que en la lonja veía en una limpiezissima mesa que de cabo à cabo la tomaba la musica, que de diversos generos de paxaros en riquissimas jaulas estaban haciendo una confusa, pero agradable harmonia. En fin à èl le pareció que todo quanto avia oído decir de los Huertos Esperidelos, de los de la Maga Falerina, de los Pensiles famosos, ni de todos los otros que por fama fueren conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala, y de aquella lonja; pero como èl andaba con el corazon sobrefaltado (que bien aya su honestidad, que se le aprensaba entre dos tablas) no se le mostraban las cosas como ellas eran, antes cansado de ver cosas de tanto deleyte, y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano à la cortesia, probò à salirse de la lonja: y se saliera, si Hipolita no se lo estorvára de ma-

nera que le fuè forzoso mostrar con las manos, asperas palabras algo descorteses: travò de la esclavina de Periandro, y abriendole el jubon le descubrió la Cruz de diamantes, que de tantos peligros hasta alli avia escapado: y así deslumbrò la vista à Hipolita, como el entendimiento: la qual viendo que se le iba, à despecho de su blanda fuerza, diò en un pensamiento, que si le supiera revalidar, y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello à Periandro: el qual dexando la esclavina en poder de la nueva Egypcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor, ni esclavina se puso en la calle, que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huír que en el esperar. Pusose ella asimismo à la ventana, y à muy grandes voces comenzo à apellidar la gente de la calle, diciendo: Tenganme à esse ladrón, que entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina, que vale una Ciudad. Acertaron à estar en la calle dos de la guarda del Pontifice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladrón, facilitaron su dudosa potestad, y prendieron à Periandro: echaronle mano al pecho, y quitandole la Cruz, se fatiguaron con poca decencia: paga que dà la justicia à los nuevos delinquentes, aunque no se les averigue el delito. Viendose, pues, Periandro puesto en Cruz,

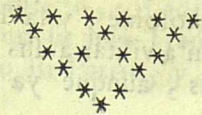
sin su Cruz, dixo à los Tudefcos en su misma lengua, que èl no era ladron, sino persona principal, y que aquella Cruz era suya, y que viesfen que su riqueza no la podia hacer de Hipolita, y que les rogaba le llevassen ante el Governador, que èl esperaba con brevedad averiguar la verdad de aquel caso. Ofreciòles dineros, y con esto, y con averles hablado en su lengua, con que se reconcilian los animos que no se conocen, los Tudefcos no hicieron caso de Hipolita, y asì llevaron à Periandro delante del Governador: viendo lo qual Hipolita, se quitò de la ventana, y casi arañandose el rostro, dixo à sus criadas: Ay hermanas, y que necia he andado! à quien pensaba regalar he lastimado: à quien pensaba servir he ofendido: preso và por ladron, el que lo ha sido de mi alma: mirad que caricias, mirad que halagos son hacer prender al libre, y disfamar al honrado: y luego les contò como llevaban preso al Peregrino, dos de la guarda del Papa. Mandò asimismo, que la aderezassen luego el coche, que queria ir en su seguimiento, y disculparle, porque no podia sufrir su corazon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera que cruel: que de la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio si, echando la culpa al amor, que por

mil disparates descubre, y manifiesta sus deseos, y hace mal à quien quiere. Quando ella llegó en casa del Governador, le hallò con la Cruz en las manos, examinando à Periandro el caso: el qual como viò à Hipolita, dixo al Governador: Esta señora, que aqui viene, ha dicho que essa Cruz que vueſſa merced tiene, yo se la he robado, y yo dirè que es verdad quando ella dixere de que es la Cruz, que valor tiene, y quantos diamantes la componen: porque si no es que se lo dicen los Angeles, ò algun otro espiritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y una vez sola, Que dice la señora Hipolita à esto? dixo el Governador, y este cubriendo la Cruz, porque no tomasse las señales de ella, la qual respondiò: Con decir que estoy enamorada, ciega, y loca quedará este Peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor Governador quisiere darme por mi amoroso delito, y le contò punto por punto lo que con Periandro le avia pasado, de que se admirò el Governador, antes del atrevimiento, que del amor de Hipolita: que de semejantes fugetos son propios los lascivos disparates. Afeòle el caso, pidió à Periandro la perdonasse, diòle por libre, y bolviòle la Cruz, sin que en aquella causa se escribiesse letra alguna, que

CAPITULO VIII.

Dà cuenta Arnaldo de todo lo que le avia sucedido desde que se apartò de Periandro, y Auristela en la Isla de las Hermitas.

no fuè ventura poca. Quisiera saber el Governador, quien eran los Peregrinos que avian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela; y asimismo quien era èl, y quien Auristela: à lo que respondiò Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana, los Peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas: esta Cruz es mia, y quando me dè el tiempo lugar, y la necesidad me fuerce, dirè quien soy, que el decirlo ahora no està en mi voluntad, sino en la de mi hermana: el retrato que vueſſa merced tiene, yà se le tengo comprado al Pintor por precio conveniente, sin que en la compra ayen intervenido pujas, que se fundan mas en rencor, en fantasia, que en razon. El Governador, dixo, que èl se queria quedar con èl por el tanto, por añadir con èl à Roma, cosa que aventajasse à las de los mas excelentes Pintores que la hacian famosa. Yo se lo doy à vueſſa merced, respondiò Periandro, por parecerme que en darle tal dueño, le doy la honra posible. Agradeciòselo el Governador, y aquel dia diò por libres à Arnaldo, y al Duque, y les bolviò sus joyas, y èl se quedò con el retrato porque estava puesto en razon que se avia de quedar con algo.



MAs confusa que arrepentida bolviò Hipolita à su casa, pensativa además, y además enamorada: que aunque es verdad que en los principios de los amores, los deseos suelen ser parte para acabarlos: los que usò con ella Periandro, la avivaron mas los deseos. Pareciale à ella que no avia de ser tan de bronce un Peregrino que no se ablandasse con los regalos que pensaba hacerle; pero hablando consigo, se dixo à sí misma: Si este Peregrino fuera pobre, no truxera consigo Cruz tan rica, cuyos muchos, y ricos diamantes sirven de claro sobreescrito de su riqueza: de modo, que la fuerza de esta roca no se ha de tomar por hambre: otros ardides, y mañas son menester para rendirla: no sería posible que este mozo tuviesse en otra parte ocupada el alma? no sería posible, que esta Auristela no fuesse su hermana? no sería posible que las finezas de los deseos que usa conmigo los quisiesse assentar, y poner en cargo à Auristela? Valgame Dios, que me parece que en este punto he llamado el de mi remedio: alto,

muera Auristela, descubrase este encantamiento; à lo menos veamos el sentimiento que este montaraz corazon hace: pongamos, siquiera, en plastica este designio, enferme Auristela, quitemos su Sol delante de los ojos de Periandro: veamos si faltando la hermosura, causa primera de donde el amor nace, falta tambien el mismo amor, que podria ser que dando yo lo que à este le quitare, quitandole à Auristela, viniessse à reducirse à tener mas blandos pensamientos: por lo menos probarlo tengo, ateniendome à lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho. Con estos pensamientos, algo consolada, llegó à su casa, donde hallò à Zabulòn, con quien comunicò todo su designio, confiada en que tenia una muger de la mayor fama de hechicera que avia en Roma, pidiendole (aviendo antes precedido dadas, y promesas) hiciesse con ella, no que mudasse la voluntad de Periandro, pues sabia que esto era imposible; sino que enfermase la salud de Auristela, y con limitado termino, si fuesse menester, le quitasse la vida. Esto dixo Zabulòn, ser cosa facil al poder, y sabiduria de su muger: recibió no se quanto por primera paga, y prometió que desde otro dia comenzaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipolita satisfizo à Za-

bulòn, sino amenazòle asimismo: y à un Judio dadivas, ò amenazas le hacen prometer, y àun hacer imposibles. Periandro contó à Croriano, Ruperta, Auristela, y à las tres Damas Francesas, à Antonio, y à Constanza su prision, los amores de Hipolita, y la dadiva que avia hecho del retrato de Auristela al Governador. No le contentò nada à Auristela los amores de la Cortesana, porque ya avia oido decir, que era una de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas, y mas discretas: y las mufarañas de los zelos, aunque no sea mas de una, y sea mas pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo: y quando la honestidad ata la lengua, de modo que no puede quejarse, dà tormento al alma con las ligaduras del silencio: de modo que à cada passo anda buscando salidas para dexar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los zelos, que oír disculpas; y quando estas no se admiten, no ay que hacer caso de la vida: la qual perdiera Auristela mil veces, antes que formar una queja de la fé de Periandro. Aquella noche fuè la primera vez que Bartholomè, y la Talaveraña fueron à visitar à sus señores, no libres, aunque ya lo esta-

ban

ban de la Carcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los del Matrimonio, pues se avian casado: que la muerte del Polaco puso en libertad à Luisa, y à el le truxo su destino à venir peregrino à Roma. Antes de llegar à su Patria, hallò en Roma à quien no trahia intencion de buscar, acordandosele de los consejos que en España le avia dado Periandro; pero no pudo estorvar su destino, aunque no le fabricò por su voluntad. Aquella noche asì mismo visitò Arnaldo à todas aquellas señoras, y diò cuenta de algunas cosas, que en el bolver à buscarles, despues que apaciguò la guerra de su Patria, le avian sucedido: contó como llegó à la Isla de las Hermitas, donde no avia hallado à Rutilio, sino à otro Hermitaño en su lugar, que le dixo, que Rutilio estaba en Roma. Dixo asì mismo, que avia tocado en la Isla de los Pescadores, y hallado en ella libres, sanas, y contentas à las desposadas, y à los demás que con Periandro, segun ellos dixeron, se avian embarcado. Contò, como supo de oídas, que Policarpa era muerta, y Sinforosa no avia querido casarse. Dixo como se tornaba à poblar la Isla Barbara, confirmandose sus Moradores en la creencia de su falsa profecia. Advirtió como Mauricio, y Ladislao su yerno, con su hija Transila, avian dexado su Patria, y passadose à

vivir mas pacificamente à Inglaterra. Dixo tambien, como avia estado con Leopoldo, Rey de los Danaos, despues de acabada la guerra, el qual se avia casado por dar sucesion à su Reyno, y que avia perdonado à los dos traydores que llevaba presos quando Periandro, y sus Pescadores le encontraron; de quien mostrò estar muy agradecido, por el buen termino, y cortesia que con él tuvieron: y entre los nombres, que le era forzoso nombrar en su discurso: tal vez tocaba con el de los Padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobrefaltaba los corazones, y les trahia à la memoria, asì grandezas, como desgracias. Dixo, que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos. Contò asì mismo la fama que dexaban en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras Damas Francesas. Dixo como Croriano avia grangeado opinion de generoso, y de discreto en aver escogido à la fin par Ruperta por esposa. Dixo asì mismo, como en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho, y en los breves amores de Andrea Marulo: à quien con el demonio fingido truxo el Cielo à vivir vida de Angeles. Contò como se tenia por milagro la caída de Periandro, y como dexaba en el camino à un

V 3

man-

mancebo Peregrino Poeta, que no quiso adelantarse con él, por venirse despacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro, y Auristela, que los sabía de memoria, por un lienzo que avia visto en Portugal, donde se avian pintado; y que trahia intencion firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese. Agradeciòle Auristela su buen proposito, y aún desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegasse roto, que un deseo de un buen Poeta toda buena paga merece. Dixo tambien, que avia estado en casa de la señora Constanza, y Antonio, y que sus Padres, y Abuelos estaban buenos, y solo fatigados de la pena que tenían de no saber de la salud de sus hijos: deseando bolviessè la señora Constanza à ser esposa del Conde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano: ò ya por no dar los veinte mil ducados, ò ya por el merecimiento de Constanza, que era lo mas cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro, y Auristela, que como à sus hermanos los querian. De esta platica de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro, y Auristela debían de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de Condes, y de millaradas de ducados, no podian nacer sino

sospechas ilustres, y grandes. Contò tambien como avia encontrado en Francia à Renato, el Cavallero Francès, vencido en la batalla contra derecho, y libre, y victorioso por la conciencia de su enemigo. En efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galán progreso de esta Historia se han contado, en quien él se huviesse hallado, que allí no las bolviessè à traher à la memoria; trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro, contra la voluntad del Duque, y contra la suya; puesto que dixo, que por no dar enojo à Periandro, disimularia su agravio. Ya le huviera yo deshecho, respondió Periandro, bolviendo, señor Arnaldo el retrato, si entendiera fuera vuestro: la ventura, y su diligencia se le dieron al Duque, vos se lo quitasteis por fuerza, y así no teneis de que quejaros. Los amantes están obligados à no juzgar sus causas por la medida de sus deseos; que tal vez no los han de satisfacer, por acomodarse con la razon, que otra cosa les manda; pero yo hare de manera, que quedando vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho, y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas fuyo, que de otro alguno. Satisfizole à Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas, ni menos à Auristela. Con esto

cesò

cesò la platica, y otro dia por la mañana comenzaron à obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos, y las malicias de la Julia, muger de Zabulon.

CAPITULO IX.

En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de Julia, la muger de Zabulon.

NO se atrevió la enfermedad à acometer rostro à rostro à la belleza de Auristela, temerosa no espantasse tanto la hermosura la fealdad suya; y así la acometiò por las espaldas, dándole en ella unos calosfrios al amanecer, que no la dexaron levantar aquel dia. Luego, luego se le quitò la gana de comer, y comenzò la viveza de sus ojos à amortiguarse, y el desmayo, que con el tiempo suele llegar à los enfermos, sembrò en un punto por todos los sentidos de Constanza, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron, y temieron todos los males posibles, especialmente lo que temen los poco venturosos: no avia dos horas que estaba enferma, y ya se le parecían cardenas las encarnadas rosas de sus mexillas, verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes: hasta los cabellos le pareció que avian

mudado color: estrecharonse las manos, y casi mudando el asfiento, y encaxe natural de su rostro: y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraba en el lecho que yacia, sino en el alma, donde la tenia retratada: llegaban à sus oídos (à lo menos llegaron de allí à dos dias) sus palabras, entre debiles acentos formadas, y pronunciadas con turbada lengua. Asustaronse las señoras Francesas, y el cuydado de atender à la salud de Auristela fue de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas. Llamaronse Medicos, escogieronse los mejores, à lo menos los de mejor fama, que la buena opinion califica la acertada medicina: y así suele aver Medicos venturosos, como Soldados bien afortunados: la buena fuerte, y la buena dicha, que todo es uno, tambien puede llegar à la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escapate de plata; pero ni en plata, ni en lana no llegaba ninguna à las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio, y Constanza. Esto era al revés en el Duque, que como el amor que tenia en el pecho se avia engendrado de la hermosura de Auristela: así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor: el qual muchas raíces ha de aver

echado en el alma, para tener fuerzas de llegar hasta el margen de la sepultura con la cosa amada. Feísima es la muerte, y quien mas à ella se llega, es la dolencia: y amar las cosas feas, parece cosa sobrenatural, y digna de tenerse por milagro. Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos, y quitando las esperanzas de su salud à quantos la conocian: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel que con intrepido pecho se oponia à la contraria fortuna, y à la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba. Quince días esperò el Duque de Nemurs à ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno, que à los Medicos no consultasse de la salud de Auristela, y ninguno se la assegurò, porque no sabian la causa precisa de su dolencia. Viendo lo qual el Duque, y que las Damas Francesas no hacian de el caso alguno: viendo tambien, que el Angel de luz de Auristela, se avia buuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas, que si no del todo, en parte le disculpaban: un dia llegando se à Auristela en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dixo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dexado conseguir el deseo que tenia de recibirte por mi legitima esposa, antes que la desespera-

cion me trayga à terminos de perder el alma, como me ha trahido en los de perder la vida: quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure: y assi sucediendome el mal que no procuro, vendré à perderme, y à morir desdichado, y no desesperado. Mi Madre me llama, tieneme prevenida esposa, obedecerla quiero, y entretener el tiempo del camino, tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura, y de tu enfermedad: y quiera Dios que no diga las de tu muerte: dieron sus ojos muestras de algunas lagrimas. No pudo responderle Auristela, ò no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo mas que hizo fue, poner la mano debaxo de su almohada, y sacar su retrato, y bolverse al Duque, el qual le besò las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se la tomó, y le dixo: Si de ello no disgustas, ò gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mio, si no lo cumplo. Bolviòsele el Duque con grandes ofrecimientos de poner por el la hacienda, la vida, y la honra, y mas, si mas pudiese:

y desde alli se dividió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma: discreto amante, y el primero quizá que aya sabido aprovecharse de las guedejas, que la ocasion le ofrecia! Todas estas cosas pudieran despertar à Arnaldo, para que considerara quan menoscabadas estaban sus esperanzas, y quan à pique de acabar con toda la maquina de sus peregrinaciones: pues como se ha dicho, la muerte casi avia pisado las ropas à Auristela: y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, si no en su camino, à lo menos en su proposito, bolviendose à Dinamarca; mas el amor, y su generoso pecho, no dieron lugar à que dexasse à Periandro sin consuelo, y à su hermana Auristela en los postreros limites de la vida, à quien visitò, y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinacion de aguardar à que el tiempo mejorasse los sucesos, à pesar de todas las sospechas que le sobrevengan.

CAPITULO X.

Cobra Auristela la salud, por haver Julia deshecho los hechizos: y propone à Periandro el intento de no casarse.

Contentísimas estaba Hipolita de ver que las artes de la cruel Julia, tan en daño de la sa-

lud de Auristela se mostraban, porque en ocho dias la pusieron tan otra de lo que ser solia, que ya no la conocian sino por el organo de la voz: cosa que tenia suspenso à los Medicos, y admirados à quantos la conocian. Las señoras Francesas atendian à su salud con tanto cuydado como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegò à tanto el mal de Auristela, que no contentiendose en los terminos de su jurisdiccion, passò à la de sus vecinos: y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fue con el; no porque el veneno, y maleficios de la perversa Judia obrassen en el derechamente, y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que el sentia de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en el el mismo efecto que en Auristela: y assi se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos à dudar de la vida suya, como de la de Auristela: viendo lo qual Hipolita, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de donde procedia el mal de Periandro, procurò darle remedio, dandosele à Auristela: la qual ya flaca, ya descolorida: parecia que estaba llamando su vida à las aldabas de las puertas de la muerte: y creyendo

yendo sin duda, que por momentos le abrian, quiso abrir, y preparar la salida à su alma, por la carrera de los Sacramentos, bien como ya instruida en la verdad Catholica: y así haciendo las diligencias necessarias, con la mayor devocion que pudo, diò muestras de sus buenos pensamientos, acreditò la integridad de sus costumbres, diò señales de aver aprendido bien lo que en Roma la avian enseñado, y resignandose en las manos de Dios, fofegò su espíritu; y puso en olvido Reynos, regalos, y grandezas. Hipolita, pues, aviendo visto, como està dicho, que muriendose Auristela, moria tambien Perianandro: acudiò à la Judia à pedirle que templasse el rigor de los hechizos que consumian à Auristela, ò los quitasse del todo, que no queria ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Perianandro, y muriendo Perianandro, ella tambien quedaria sin vida. Hizolo así la Judia, como si estuviera en su mano la salud, ò la enfermedad agena, ò como si no dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios obligandole, si así se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo de ellos permite que pueda quitar la salud agena, esta que llaman he-

chizeria, con que lo hacen las hechizeras, sin duda ha èl permitido, usando mezclas, y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida à la persona que quieren, sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efecto: así, que para guarecer de estos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina. Comenzò, pues, Auristela à dexar de empeorar, que fuè señal de su mejoría, comenzò el sol de su belleza à dar señales, y vislumbres de que bolvia à amanecer en el Cielo de su rostro: bolvieron à despuntar las rosas en sus mexillas, y la alegría en sus ojos: ahuyentaronse las sombras de su melancolia: bolvió à enterarse el organo suave de su voz; afinòse el carmin de sus labios; compitiò con el marfil la blancura de sus dientes, que bolvieron à ser perlas, como antes lo eran. En fin, en poco espacio de tiempo bolvió à ser toda hermosa, toda bellissima, toda agradable, y toda contenta: y estos mismos efectos redundaron en Perianandro, y en las Damas Francesas, y en los demás, Croriano, y Ruperta, Antonio, y su hermana Constanza; cuya alegría, ò tristeza caminaba al passo de la de Auristela: la qual dando gracias al Cielo por la merced, y regalos que le iba haciendo, así

así en la enfermedad, como en la salud: un dia llamò à Perianandro, y estando solos, por cuydado, y de industria, de esta manera le dixo. Hermano mio, pues ha querido el Cielo que con este nombre tan dulce, y tan honesto ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto, ò al descuydo, para que de otra fuerte te llamasse, que tan honesta, y tan agradable no fuesse: querria que esta felicidad passasse adelante, y que solo los terminos de la vida la pusiesen termino: que tanto es una ventura buena, quanto es duradera; y tanto es duradera, quanto es honesta. Nuestras almas, como tu bien sabes, y como aqui me han enseñado, siempre están en continuo movimiento, y no pueden parar sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan, y van formando una cadena, que tal vez llega al Cielo, y tal se fume en el Infierno. Si te pareciere, hermano, que este language no es mio, y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años, y mi remota crianza: advierte, que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia, y escrito mayores cosas: principalmente ha puesto, que en solo conocer, y ver à Dios està la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan son los

buenos, son los fantos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad, y el de la virginidad. Yo à lo menos así lo entiendo: y juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querràs lo que yo quisiere. Heredera soy de un Reyno, y ya tu sabes la causa porque mi querida Madre me enviò en casa de los Reyes-tus Padres, por asegurarme de la grande guerra de que se temia. De esta venida, se causò el de venirme yo contigo, tan sujeta à tu voluntad, que no he salido de ella un punto: tu has sido mi Padre, tu mi hermano, tu mi sombra, tu mi amparo: y finalmente tu mi Angel de guarda, y tu mi enseñador, y mi maestro, pues me has trahido à esta Ciudad, donde he llegado à ser Christiana como debo. Querria ahora, si fuesse posible, irme al Cielo sin rodeos, sin sobrefaltos, y sin cuydados; y esto no podrá ser si tu no me dexas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra, y la voluntad de ser tu esposa. Dexame, señor, la palabra, que yo procurarè dexar la voluntad, aunque sea por fuerza: que para alcanzar tan gran bien, como es el Cielo, todo quanto ay en la tierra se ha de dexar, hasta los Padres, y los esposos: yo no te quiero dexar por otro; por quien te dexo, es por Dios, que te darà à si mismo: cuya

cuya recompensa infinitamente excede à que me dexé por él. Una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza: con ella te podrás casar, y alcanzar el Reyno que à mi me toca: y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos. Qué inclinas la cabeza, hermano, à que pones los ojos en el suelo, desagradante estas razones, parecete descaminados mis deseos? dimelo, responde-me, por lo menos sepa yo tu voluntad, quizá templaré la mia, y buscaré alguna salida à tu gusto, que en algo con el mio se conforme? Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro à Auristela, y en un breve instante formò en su imaginacion millares de discursos, que todos vinieron à parar en el peor, que para él pudiera ser, porque imaginò, que Auristela le aborrecia: porque aquel mudar de vida, no era fino porque à él se le acabara la fuya; pues bien debia saber, que en dexando ella de ser su esposa, él no tenia para que vivir en el mundo: y fuè, y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra à Auristela, se levantò de donde estaba sentado, y con ocasion de salir à recibir à Feliz Flora, y à la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió de él, y

dexò à Auristela, no se si diga arrepentida; pero se que quedò pensativa, y confusa.

CAPITULO XI.

Sale Periandro de Roma despedido por la proposicion de Auristela.

LAs aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priessa se dan à salir, mas despaçio se derraman: porque las primeras impelidas de las segundas, se detienen, y unas à otras se niegan el passo, hasta que hace camino la corriente, y se desagua. Lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante: que acudiendo tal vez todas juntas à la lengua, las unas à las otras impiden, y no sabe el discurso con quales se dé primero à entender su imaginacion: y así muchas veces callando, dice mas de lo que querria. Mostròse esto en la poca cortesia que hizo Periandro à los que entraron à ver à Auristela: el qual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado, y desengañado, se salió del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna à las muchas que ella le avia dicho. Llegaron à ella Antonio, y su hermana, y hallaronla como persona que acababa de despertar

de

de un pesado sueño, y que entre si estaba diciendo con palabras distintas, y claras; Mal he hecho; pero que importa? No es mejor que mi hermano sepa mi intencion? No es mejor que yo dexé con tiempo los caminos torcidos, y las dudosas sendas, y tienda el passo por los atajos llanos, que con distincion clara nos estàn mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso, que la compania de Periandro no me ha de estorbar de ir al Cielo; pero tambien siento, que irè mas presto sin ella; si, que mas debo yo à mi, que no à otro, y al interese del Cielo, y de gloria se ha de posponer los del parentesco, quanto mas, que yo no tengo ninguno con Periandro. Advierte, dixo à esta sazón Constanza, hermana Auristela, que vàs descubriendo cosas que podrian ser parte, que deterrando nuestras sospechas, à ti te dexassen confusa. Sino es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes, y si lo es, no hay para que te estandalices de su compania. Acabò à esta fazon de bolver en si Auristela, y oyendo lo que Constanza le decia, quiso enmendar su descuydo; pero no acertò, pues para soldar una mentira, por muchas se atropellan, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha. No se, hermana, dixo Auristela, lo que me he

dicho ni se si Periandro es mi hermano, ò si no lo es; lo que te sabrè decir, es, que es mi alma por lo menos, por el vivo, por el respiro por el me muevo, y por el me sustento; conteniendome con todo esto en los terminos de la razon, sin dar ningun lugar à ningun vario pensamiento, ni à no guardar todo honesto decoro: bien así como le debe guardar una muger principal à un tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dixo à esta fazon Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro como si no lo fuesse: dinos ya quien es, y quien eres, si es que puedes decirlo; que ahora sea tu hermano, ò no lo sea, por lo menos no podeis negar ser principales: y en nosotros (digo en mi, y en mi hermana Constanza) no està tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos contàres; que puesto que ayer salimos de la Isla Barbara, los trabajos que has visto que hemos pasado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos de facamos el hilo de los mas arduos negocios: especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo trahen la declaracion. Que mucho que Periandro no sea tu hermano, y que mucho que tu seas su legitima esposa; y que mucho otra vez, que con honesto, y casto

casto decoro os ayais mostrado hasta aqui limpísimos al Cielo, y honestísimos à los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados, ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar à sus amadas, sino con las potencias de su alma: y siendo esto así, señora mia, otra vez te suplico, nos digas quien eres, y quien es Periandro, el qual segun le vi salir de aqui, el lleva un bolcàn en los ojos, y una mordaza en la lengua. Ay desdichada! replicò Auristela, y quan mejor me huviera sido, que me huviera entregado al silencio eterno, pues callando escusàra la mordaza que dices que lleva en su lengua. Indiscretas somos las mugeres mal sufridas, y peor calladas: mientras callè, en folsiego estuvo mi alma; hablé, y perdíle, y para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el Cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi esposo, ni mi amante: à lo menos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas. Hijo de Rey es, hija, y heredera de un Reyno soy: por la sangre somos iguales, por el Estado alguna ventaja le hago, por la voluntad ninguna; y con todo esto nuestras intenciones se

responden, y nuestros deseos con honestísimo efecto se estàn mirando: sola la ventura es la que turba, y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella. Y porque el nudo que lleva à la garganta Periandro, me aprieta la mia, no os quiero decir mas por ahora, señores, sino suplicaros me ayudeis à buscarle: que pues el tuvo licencia para irse sin la mia, no querrà bolver sin ser buscado. Levanta, pues, dixo Constanza, y vamos à buscarle: que los lazos con que amor liga à los amantes, no los dexan alexar de lo que bien quieren: ven, que presto le hallaremos, presto le veràs, y mas presto llegaràs à tu contento. Si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dàles de mano, y dà la de esposa à Periandro, que igualandole contigo, pondràs silencio à qualquiera murmuracion. Levantòse Auristela, y en compañía de Feliz Flora, Constanza, y Antonio, salieron à buscar à Periandro: y como ya en la opinion de ellos era Reyna, con otros ojos la miraban, y con otro respecto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alexarse de quien le buscaba: saliò de Roma à piè, y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes, y los continuos sollozos: que estos, y las varias imaginaciones, no le dexaban un punto.

Ay!

CAPITULO XII.

Donde se dice quien eran Periandro, y Auristela.

Ay! iba diciendo entre si, hermosísima Sigismunda, Reyna por naturalaza, bellísima por privilegio, y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo, y sobre manera agradable, y quan poco te coltaba, ò señora, el tenerme por hermano: pues mis tratos, y pensamientos jamás desmintieran la verdad de ferlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelàra. Si quieres que te lleven al Cielo sola, y señora, sin que tus acciones dependan de otro, que de Dios, y de ti misma, sea en buen hora; pero quisiera que advirtieras, que no sin escrupulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas: sin ser mi homicida, dexàras, ò señora, à cargo del silencio, y del engaño tus pensamientos, y no me los declararàs à tiempo, que avias de arrancar con las raizes de mi amor mi alma: la qual por ser tan tuya, te dexo à toda tu voluntad, y de la mia me destierro. Quedate en paz, bien mio, y conoce, que el mayor que te puedo hacer, es dexarte. Llegòse la noche en esto, y apartandose un poco del camino, que era el de Napoles, oyò el sonido de un arroyo, que por entre unos arboles corria: à la margen del qual, arrojandose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no diò treguas à sus suspiros.

PArece que el bien, y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos lineas concurrentes, que aunque partèn de apartados, y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyuelo, y de la clara luz de la noche: hacianle los arboles compañía, y un ayre blando, y fresco le enjugaba las lagrimas. Llevabale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento: quando llegò à sus oídos una voz estrangera, que escuchandola con atencion, viò, que en language de su Patria, sin poder distinguir si murmuraba, ò si cantaba; y la curiosidad le llevò cerca, y quando lo estuvo, oyò que eran dos personas las que no cantaban, ni murmuraban, sino que en platica corriente estaban razonando; pero lo que mas le admirò, fuè, que hablassen en lengua de Noruega, estando tan apartados de ella. Acomodòse detrás de un arbol de tal forma, que el, y el arbol hacian una misma sombra: recogì el aliento, y la primera razon que llegò à sus oídos, fuè: No tienes, señor, para que persuadirme, de que en dos

mí-

mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llevaron mis desgracias: y se que la mitad del año se lleva la noche, y la otra mitad el dia: el que sea esto asi, yo lo se, el porque sea asi, ignoro. A lo que respondiò: Si llegamos à Roma, con una esfera te harè tocar con la mano la causa de esse maravilloso efecto, tan natural

en aquel clima, como lo es en este ser el dia, y la noche de veinte y quatro horas. Tambien te he dicho, como en la ultima parte de Noruega, casi debaxo de el Polo Àrctico està la Isla, que se tiene por ultima en el mundo, à lo menos por aquella parte: cuyo nombre es Thyle, à quien Virgilio llamò Thule en aquellos versos que dicen en el libro 1. Georg.

ac tua nautæ.

Numina sola colant: tibi seruiat ultima Thule.

Que Thule en Griego, es lo mismo que Thyle en Latin. Esta Isla es tan grande, ò poco menos que Inglaterra, rica, y abundante de todas las cosas necessarias para la vida humana. Mas adelante, debaxo del mismo Norte, como trecientas leguas de Thyle, està la Isla llamada Frislanda, que avrà quatrocientos años que se descubrió à los ojos de las gentes: tan grande, que tiene nombre de Reyno, y no pequeño. De Thyle es Rey, y Señor Maximino, hijo de la Reyna Eustoquia, cuyo Padre no ha muchos meses que pasó de esta à mejor vida: el qual dexò dos hijos, que el uno es el Maximino que te he dicho que es el heredero del Reyno; y el otro un generoso mozo, llamado Perfiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo extremo, y querido de su Madre sobre todo

encarecimiento: y no se yo con qual poderte encarecer las virtudes de este Perfiles: y asi quedense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe; que puesto que el amor que le tengo, por aver sido su ayo, y criadole desde niño, me pudiera llevar à decir mucho, todavia será mejor callar por no quedar corto. Esto escuchaba Periendo, y luego cayó en la cuenta, que el que le alababa no podía ser otro que Serafido, un ayo suyo: y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, segun la voz, y las palabras, que de quando en quando respondia. Si se admirò, ò no, à la buena consideracion lo dexò, y mas quando Serafido, que era el mismo que avia imaginado Periendo, oyò que dixo: Eusebia Reyna de Frislanda, tenia dos hijas de extre-

ma-

mada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamabase Eusebia, como su Madre, donde naturaleza cifrò toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida: à la qual no se yo con que designio, tomando ocasion de que la querian hacer guerra ciertos enemigos suyos, la embió à Thyle en poder de Eustoquia, para que seguramente, y sin los sobrefaltos de la guerra, en su casa se criasse; puesto que yo para mí tengo, que no fuè esta la ocasion principal de embiarla, sino para que el Principe Maximino se enamorasse de ella, y la recibiesse por su esposa: que de las estremadas bellezas se puede esperar que buelvan en cera los corazones de marmol, y junten en uno los extremos que entre si están mas apartados; à lo menos si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque se que el Principe Maximino muere por Sigismunda: la qual à la fazon que llegó à Thyle, no estaba en la Isla Maximino, à quien su Madre la Reyna embió el retrato de la doncella, y la embaxada de su Madre: y él respondiò, que la regalassen, y la guardassen para su esposa: respuesta que sirvió de flecha que atravesò las entrañas de mi hijo Perfiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice. Des-

de que la oyò no supo oír cosas de su gusto: perdió los brios de su juventud; y finalmente encerrò en el honesto silencio todas las acciones que le hacian memorable, y bien querido de todos: y sobre todo vino à perder la salud, y à entregarse en los brazos de la desesperacion de ella. Visitaronle Medicos: como no sabian la causa de su mal, no acertaban con su remedio, que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso, y casi imposible entender la enfermedad que en ellas assiste. La Madre viendo morir à su hijo, sin saber quien le mataba, una, y muchas vezes le preguntò le descubriessse su dolencia, pues no era posible, sino que él supiesse la causa, pues sentia los efectos. Tanto pudieron estas persuasiones, tanto las solitudes de la doliente Madre, que vencida la pertinacia, ò la firmeza de Perfiles, le vino à decir, como él moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dexarse morir, antes que ir contra el decoro que à su hermano se le debia: cuya declaracion resucitó en la Reyna su muerta alegría, y diò esperanzas à Perfiles de remediarle, si bien se atropellasse el gusto de Maximino: pues por conservar la vida, mayores respectos se han de posponer, que el enojo de un hermano. Finalmente Eustoquia habló à Si-

X

gig-

gismunda, encareciendole lo que se perdía en perder la vida Perfíles: fugeto donde todas las gracias del mundo tenían su asiento, bien al revés del de Maximino, à quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacian aborrecible. Levantòle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto con los hyperboles, que pudo las bondades de Perfíles. Sigismunda muchacha, sola, y persuadida, lo que respondió, fuè, que ella no tenía voluntad alguna, ni tenía otra consejera que la aconsejasse, sino à su misma honestidad: que como esta se guardasse, dispusiesen à su voluntad de ella. Abrazòla la Reyna, contò su respuesta à Perfíles, y entre los dos concertaron, que se ausentasen de la Isla antes que su hermano viniesse: à quien darian por disculpa, quando no la hallasse, que avia hecho voto de ir à Roma, à enterarse en ella de la Fè Catholica, que en aquellas partes Septentrionales andaba algo de quiebra: jurandole primero de Perfíles, que en ninguna manera iria en dicho, ni en hecho contra su honestidad, y así colmandoles de joyas, y de consejos, los despidió la Reyna: la qual despues me contò todo lo que hasta aqui te he contado. Dos años, poco mas, tardò en venir el Principe Maximino à su Reyno, que anduvo ocupado en la

guerra que siempre tenía con sus enemigos. Preguntò por Sigismunda, y el no hallarla, fuè hallar su desaffossiego. Supo su viaje, y al momento se partiò en su busca; si bien confiado de la bondad de su hermano, temeroso pero, de los recelos, que por maravilla se apartan de los amantes. Como su Madre supo su determinacion, me llamò aparte, y me encargò la salud, la vida, y la honra de su hijo: y me mandò, me adelantasse à buscarle, y à darle noticia de que su hermano le buscaba. Partiòse el Principe Maximino en dos gruetsísimas naves, y entrando por el estrecho Herculeo, con diferentes tiempos, y diversas borrascas, llegó à la Isla de Trinacria, y desde allí à la gran Ciudad de Partenope, y ahora queda no lexos de aqui, en un Lugar llamado Terrachina, ultimo de los del Reyno de Napoles, y primero de los de Roma. Queda enfermo: porque le ha cogido esto que llaman mutacion, que le tiene à punto de muerte. Yo desde la Ciudad de Lisboa, donde me desembarquè, traygo noticia de Perfíles, y Sigismunda: porque no pueden ser otros, una Peregrina, y un Peregrino, de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si no son Perfíles, y Sigismunda, deben de

de ser Angeles humanos. Si como los nombras, respondió el que escuchaba à Serafido, Perfíles, y Sigismunda, los nombraras Periandro, y Auristela, pudiera darte nueva certísima de ellos, porque ha muchos días que los conozco; en cuya compañía he pasado muchos trabajos: y luego le comenzò à contar los de la Isla Barbara con otros algunos. En tanto que se venia el día, y en tanto que Periandro (porque allí no le hallassen) los dexò solos, y bolvió à buscar à Auristela, para contar la venida de su hermano, y tomar consejo de lo que debian de hacer para huir de su indignacion, teniendo à milagro aver sido informado en tan remoto lugar de aquel caso: y así lleno de nuevos pensamientos bolvió à los ojos de su contrita Auristela, ya las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPITULO XIII.

Buelve Periandro àcia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Serafido su Ayo en compañía de Rutilio.

Entretienense el dolor, y el sentimiento de las recien dadas heridas en la colera, y

en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera, que rinde la paciencia del que las sufre. Lo mismo acontece en las pasiones del alma: que en dando el tiempo lugar, y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dixo su voluntad Auristela à Periandro, cumplió con su deseo, y satisfecha de averle declarado, esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro: el qual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma, y le sucedió lo que se ha contado. Conociò à Rutilio, el qual contò à su Ayo Serafido toda la historia de la Isla Barbara, con las sospechas que tenía, de que Auristela, y Periandro fuesen Sigismunda, y Perfíles: dixole así mismo, que sin duda los hallarian en Roma, à quien desde que los conociò, venian encaminados, con la disimulacion, y cubierta de ser hermanos. Preguntò muchísimas veces à Serafido la condicion de las gentes de aquellas Islas remotas, de donde era Rey Maximino, y Reyna la sin par Auristela. Bolvió à repetir Serafido, como la Isla de Thyle, ò Thule, que ahora vulgarmente se llama Islanda, era la ultima de aquellos mares Septentrionales; puesto que un poco mas adelante està otra Isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolàs Te-

mo, Veneciano, el año de mil y treientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los Antiguos: de quien es Reyna Eusebia, Madre de Sigismunda, que yo busco. Hay otra Isla asimismo poderosa, y casi siempre llena de nieve, que se llama Groenlanda: à una punta de la qual està fundado un Monasterio debaxo del titulo de Santo Thomàs, en el qual hay Religiosos de quatro Naciones, Españoles, Franceses, Toscanos, y Latinos: enseñan sus lenguas à la gente principal de la Isla, para que en saliendo de ella sean entendidos por donde quiera que fueren. Està, como he dicho, la Isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela està una fuente, cosa maravillosa, y digna de que se sepa: la qual derrama, y vierte de sí tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro de él, no solamente le desnieva, pero le calienta de modo que se recogen en aquella parte increíble infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el Monasterio, y toda la Isla, que de allí saca sus rentas, y provechos. Esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinadas, de las quales se hace un betù pegajoso, con el qual se fabrican las casas, como si fuesen de duro marmol. Otras cosas te pudiera decir, dixo Serafido à Ru-

tilio, de estas Islas, que ponen en duda su credito; pero en efecto son verdaderas. Todo esto que no oyò Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noticia que de ellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian. Llegò en esto el dia, y hallòse Periandro junto à la Iglesia, y Templo magnifico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo: y viò venir àcia sí alguna gente en monton à cavallo, y à pié: llegando cerca conociò que los que venian eran Auristela, Feliz Flora, Constanza, y Antonio su hermano: y asimismo Hipolita, que aviendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dexar à que otra llevasse las albricias de su hallazgo: y así siguiò los passos de Auristela, encaminados por la noticia que de ellos diò la muger de Zabulon el Judío, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene con nadie. Llegò en fin Periandro al hermoso esquadron: saludò à Auristela, notòle el semblante del rostro, y hallò mas mansa su riguridad, y mas blandos sus ojos. Contò luego publicamente lo que aquella noche le avia passado con Serafido su Ayo, y con Rutilio: dixo como su hermano el Principe Maximino, quedaba en Terrachina enfermo de la mutacion, y con proposito de venirse à curar à Roma, y con autoridad

dad disfrazada, y nombre trocado à buscarlos. Pidiò consejo à Auristela, y à los demás de lo que haria: porque de la condicion de su hermano el Principe no podia esperar ningun blando acogimiento. Pasmòse Auristela con las no esperadas nuevas: desparecieronse en un punto, así las esperanzas de guardar su integridad, y buen proposito, como de alcanzar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demás circunstantes discurrieron en su imaginacion, que consejo darian à Periandro; y la primera que salió con el suyo, aunque no se le pidieron, fuè la rica, y enamorada Hipolita, que le ofreció de llevarle à Napoles con su hermana Auristela, y gastar con ellos cien mil, y mas ducados, que su hacienda valia. Oyò este ofrecimiento Pirro el Calabrès, que allí estava, que fuè lo mismo que oír la sentencia irremissible de su muerte; que en los rustianes no engendra zelos el desden, sino el interés; y como este se perdía con los cuydados de Hipolita, por momentos iba tomando la desesperacion possession de su alma: en la qual iba atesorando odio mortal contra Periandro; cuya gentileza, y gallardia, aunque eran grande, como se ha dicho, à él le parecia mucho mayor: porque es propria condicion del zeloso parecerle magnificas, y gran-

des las acciones de sus ribales. Agradeciò Periandro à Hipolita; pero no admitió su generoso ofrecimiento: los demás no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio, y Serafido: y entrambos à dos apenas huvieron visto à Periandro, quando corrieron à echarse à sus pies: porque la mudanza del habito no le pudo mudar la de su gentileza. Teniale abrazado Rutilio por la cintura, y Serafido por el cuello: l'oraba Rutilio de placer, y Serafido de alegría. Todos los circunstantes estaban atentos, mirando el extraño, y gozoso recibimiento; solo en el corazon de Pirro andaba la melancolla, atenazeabanle con tenazas, mas ardiendo que si fueran de fuego: y llegó à tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido, y honrado à Periandro, que sin mirar lo que hacia, ò quizá mirandolo muy bien, metió mano à su espada, y por entre los brazos de Serafido se la metió à Periandro por el ombro derecho, con tal furia, y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesandole, poco menos que al foslayo, de parte à parte. La primera que viò el golpe, fuè Hipolita, y la primera que gritò, fuè su voz, diciendo: Ay traydor, enemigo mortal mio, y como has quitado la vida à quien no merecia perderla para siempre! Abrió los brazos Serafido,

do, soltòle Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayó Periandro en los de Auristela: la qual faltandole la voz à la garganta, el aliento à los suspiros, y las lagrimas à los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho, y los brazos à una, y otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia, que en el efecto, suspendió los animos de los circunstantes, y les robò la color de los rostros, dibuxandoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre à mas andar se entraba por la vida de Periandro: cuya falta amenazaba à todos el ultimo fin de sus dias; à lo menos Auristela la tenia entre los dientes, y la queria escupir de los labios. Serafido, y Antonio arremetieron à Pirro, y à despecho de su fiereza, y fuerzas le asieron: y con gente que se llegó, le embiaron à la prision, y el Governador de allí à quatro dias le mandò llevar à la horca, por incorregible, y affesino: cuya muerte diò la vida à Hipolita que vivió desde allí adelante.

CAPITULO XIV.

Llega Maximino enfermo de la mutacion: muere dexando casados à Periandro, y Auristela, conocidos ya ser Perfles, y Sigismunda.

ES tan poca la seguridad con que se gozan los humanos

gozos, que nadie se puede prometer en ellos un minimo punto de firmeza. Auristela arrepentida de aver declarado su pensamiento à Periandro, bolvió à buscarle alegre, por pensar que en su mano, y en su arrepentimiento estaba el bolver à la parte que quisiesse la voluntad de Periandro: porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna, y la esfera del movimiento de sus deseos: y no estaba engañada, pues ya los trahia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna, Auristela en tan pequeño instante, como se ha visto, se vee otra de lo que antes era: pensaba reir, y està llorando: pensaba vivir, y ya se muere: creia gozar de la vista de Periandro, y ofrecesele à los ojos la del Principe Maximino su hermano, que con muchos coches, y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina: y llevandole la vista el esquadron de gente, que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche à verlo, y salió à recibirle Serafido, diciendole: O Principe Maximino, y que malas albricias espero de las nuevas que pienso darte: este herido que ves en los brazos de esta hermosa doncella, es tu hermano Perfles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia à tiempo tan aspero, y en sazón tan rigu-

rosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos à la sepultura. No iràn solos, respondió Maximino, que yo les hare compañía, segun vengo: y sacando la cabeza fuera del coche, conociò à su hermano, aunque tinto, y lleno de la sangre de la herida. Conociò asimismo à Sigismunda por entre la perdida color de su rostro: porque el sobresalto que le turbò sus colores, no le afeò sus facciones. Hermosa era Sigismunda antes de su desgracia; pero hermosissima estaba despues de aver caido en ella: que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza. Dexòse caer de el coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la Reyna de Frislanda, y en su imaginacion tambien Reyna de Thyle; que estas mudanzas tan estrañas, caen debaxo del poder de aquella que comunmente es llamada Fortuna, que no es otra cosa, sino un firme disponer del Cielo. Aviafe partido Maximino con intencion de llegar à Roma à curarse con mejores Medicos que los de Terrachina: los quales le pronosticaron, que antes que en Roma entrasse, le avia de saltar la muerte, en esto mas verdaderos, y experimentados, que en saber curarle: verdad es, que el mal que causa la mutacion, pocos le saben curar. En efecto, frontero del Templo de San Pa-

blo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Perfles, y le derribò en tierra, y enterrò à Maximino: el qual viendo à punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano, y se la llegó à los ojos, y con su izquierda le asió de la derecha, y se la juntò con la de Sigismunda, y con voz turbada, y aliento mortal, y cansado, dixo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos, y hermanos míos, creo que entre vosotros està por saber esto. Aprieta (ò hermano!) estos parpados, y cierrame estos ojos en perpetuo sueño, y con essa otra mano aprieta la de Sigismunda, y sellala con el sí, que quiero que le des de esposo, y sean testigos de este casamiento la sangre que està derramando, y los amigos que te rodean. El Reyno de tus Padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud, y gozaos años infinitos. Estas palabras tan tiernas, tan alegres, y tan tristes, avivaron los espíritus de Perfles, y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretandole la muerte la mano, le cerrò los ojos, y con la lengua, entre triste, y alegre pronunciò el sí, y le diò, de ser su esposo à Sigismunda. Hizo el sentimiento de la improvisa, y dolorosa muerte en los presentes, y començaron à ocupar los suspiros el ayre, y à regar las lagrimas el suelo.

Recogieron el cuerpo muerto de Maximino, y llevaronle à San Pablo, y el medio vivo de Perfíles, en el coche del muerto, le bolvieron à curar à Roma, donde no hallaron à Belarminia, ni à Deleasir, que se avian ya ido à Francia con el Duque. Mucho sintió Arnaldo el nuevo, y extraño castigamiento de Sigismunda: muchísimo le pesò de que se huviesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en orden à gozar pacífico de su fin igual belleza: y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no creídas razones del maldiciente Clodio, de quien èl à su despecho hacia tan manifiesta prueba. Confuso, atonito, y espantado estuvo por irse, sin hablar palabra à Perfíles, y Sigismunda; mas considerando ser Reyes, y la disculpa que tenian, y que sola esta ventura estaba guardada para èl, determinò ir à verles, y así lo hizo. Fué muy bien recibido, y para que del todo no pudiesse estar quejoso, le ofrecieron à la Infanta Eusebia para su esposa, hermana de Sigismunda, à quien èl acetò de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia à su Padre; que en los casa-

mientos graves, y en todos, es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los Padres. Afiliò à la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dexandole sano, se fué à ver à su Padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinò de casarse con Antonio el Barbaro, por no atreverse à vivir entre los parientes del que avia muerto Antonio. Croriano, y Ruperta, acabada su romeria, se bolvieron à Francia, llevando bien que contar del suceso de la fingida Auristela. Bartholomè el Manchego, y la Castellana Luisa se fueron à Napoles, donde se dice, que acabaron mal, porque no vivieron bien. Perfíles depositò à su hermano en San Pablo: recogió à todos sus criados, bolviò à visitar los Templos de Roma, acariciò à Constanza, à quien Sigismunda diò la Cruz de diamantes, y la acompañò, hasta dexarla casada con el Conde su cuñado: y aviendo besado los pies al Pontífice, fofegò su espíritu, y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Perfíles, hasta que biznietos le alargaron los dias, pues los viò en su larga, y felice posteridad.

FIN.

TABLA

TABLA

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

en la Historia de los Trabajos de Perfíles,
y Sigismunda.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

- S**acan à Periandro de la prisión: echanle al mar en una balsa: corre tormenta, y es focrorrido de un Navio. Pag. 1.
- CAP. II.** Dàse noticia de quien era el Capitàn del Navio. Cuenta Taurisa à Periandro el robo de Auristela: ofrece se èl para buscarla ser vendido à los Barbaros. pag. 4.
- CAP. III.** Vende Arnaldo à Periandro en la Isla Barbara vestido de muger. pag. 10.
- CAP. IV.** Trahen à Auristela de la prisión en traje de varon para sacrificarla: muevese guerra entre los Barbaros, y ponese fuego à la Isla. Lleva un Barbaro Español à su cueva à Periandro, Auristela, Cloelia, y la Interpretè. pag. 12.
- CAP. V.** De la cuenta que diò de sí el Barbaro Español à sus nuevos huéspedes. pag. 17.
- CAP. VI.** Donde el Barbaro Español prosigue su historia. pag. 23.
- CAP. VII.** Navegan desde la Isla Barbara à otra Isla que descubrieron. pag. 29.
- CAP. VIII.** Donde Rutilio dà cuenta de su vida. pag. 30.
- CAP. IX.** Donde Rutilio prosigue la historia de su vida. pag. 34.
- CAP. X.** De lo que contò el enamorado Portuguès. pag. 38.
- CAP. XI.** Llegan à otra Isla donde hallan buen acogimiento. p. 42.
- CAP. XII.** Donde se cuenta de que parte, y quien eran los que venian en el Navio. pag. 44.
- CAP. XIII.** Donde Transila prosigue la historia, à quien su Padre diò principio. pag. 48.
- CAP. XIV.** Donde se declara quien eran los que tan aherrojados venian. pag. 51.
- CAP. XV.** Llegan Arnaldo à la Isla donde estan Periandro, y Auristela. pag. 54.
- CAP. XVI.** Determinan todos salir

- lir de la Isla profugiendo su viage. pag. 56.
- CAP. XVII. Dà cuenta Arnaldo del suceso de Taurifa. pag. 58.
- CAP. XVIII. Donde Mauricio sabe por la Astrologia un mal suceso que les avino en el mar. p. 60.
- CAP. XIX. Donde se dà cuenta de lo que dos Soldados hicieron: y la division de Periandro, y Auristela. pag. 67.
- CAP. XX. De un notable caso que sucedió en la Isla Nevada. p. 71.

- CAP. XXI. Salen de la Isla Nevada en el Navio de los Confarios. pag. 74.
- CAP. XXII. Donde el Capitan dà cuenta de las grandes fiestas que acostumbra à hacer en su Reyno el Rey Policarpo. pag. 75.
- CAP. XXIII. De lo que sucedió à la zelosa Auristela, quando supo que su hermano Periandro era el que avia ganado los premios del certamen. pag. 79.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

- Donde se cuenta como el Navio se bolcò con todos los que dentro de èl iban. pag. 83.
- CAP. II. Donde se cuenta un extraño suceso. pag. 85.
- CAP. III. Sinforosa cuenta sus amores à Auristela. pag. 90.
- CAP. IV. Donde se profugue la historia, y amores de Sinforosa. pag. 94.
- CAP. V. De lo que pasó entre el Rey Policarpo, y su hija Sinforosa. pag. 97.
- CAP. VI. Declara Sinforosa à Auristela los amores de su Padre. pag. 102.
- CAP. VII. *Dividido en dos partes.* Rutilio enamorado de Policarpo, y Clodio de Auristela, las escriven declarandolas sus amo-

- res. Rutilio conoce ser atrevimiento, y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo. pag. 105.
- Segunda parte del Capitulo siete.* De lo que pasó entre Sinforosa, y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la Isla. pag. 109.
- CAP. VIII. Dà Clodio el papel à Auristela: Antonio el Barbaro le mata por yerro. pag. 114.
- CAP. IX. De la enfermedad que sobrevino à Antonio el mozo. pag. 117.
- CAP. X. Cuenta Periandro el suceso de su viage. pag. 120.
- CAP. XI. De como Zenotia deshizo los hechizos para que sanasse Antonio el mozo; pero aconseja

- seja al Rey Policarpo no dexé salir de su Reyno à Arnaldo, y los demás de su compañía. pag. 127.
- CAP. XII. Profugue Periandro su ag adable historia, y el robo de Auristela. pag. 130.
- CAP. XIII. Dà cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar. pag. 135.
- CAP. XIV. Refiere lo que le pasó con Sulpicia, sobrina de Cratilo, Rey de Bituania. pag. 140.
- CAP. XV. Profugue Periandro sus acaecimientos, y cuenta un extraño sueño. pag. 145.
- CAP. XVI. Profugue Periandro su hiltoria. pag. 148.
- CAP. XVII. Traicion de Policarpo por consejo de Zenotia. Quitante à el el Reyno sus vasallos, y à ella la vida. Salen de la Isla los Huespedes,

- y vãn à parar à la Isla de las Hermitas. pag. 151.
- CAP. XVIII. Del buen acogimiento que hallaron en la Isla de las Hermitas. pag. 156.
- CAP. XIX. Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse à la Isla de las Hermitas. pag. 161.
- CAP. XX. Cuenta lo que le sucedió con el cavallo, tan estimado de Cratilo, como famoso. p. 165.
- CAP. XXI. Llega Simbaldo hermano de Renato con noticias favorables de Francia. Trata de bolver à aquel Reyno con Renato, y Eusebia. Llevan en su Navio à Arnaldo, Mauricio, Transila, y Ladislao: y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Riela, y Constanza: y Rutilio se queda allí por Hermitaño. pag. 168.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

- Legan à Portugal, desembarcan en Belèn: pasan por tierra à Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en traje de Peregrinos. pag. 173.
- CAP. II. Peregrinos, su viage por España: sucedenle nuevos, y extraños casos. pag. 179.
- CAP. III. La Doncella encerrada en el arbol, de quien era. p. 185.

- CAP. IV. Quiere Feliciana acompañarlos en su peregrinacion: llegan à Guadalupe, habiendoles acontecido en el camino un notable peligro. pag. 189.
- CAP. V. Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciana, y se buelve contenta à su casa con su Esposo, Padre, y Hermano. pag. 196.
- CAP. VI.

- CAP. VI. Prosiguen su viage : encuentran una vieja Peregrina, y un Polaco que les cuenta su vida. pag. 203.
- CAP. VII. Donde el Polaco dà fin à la narracion de su historia. p. 210
- CAP. VIII. De como los Peregrinos llegaron à la Villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino. pag. 214.
- CAP. IX. Llegan al Quintanar de la Orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el Barbaro à sus Padres : quedan se con ellos el, y Ricla su Muger; pero Antonio el mozo, y Constantanza prosiguen la peregrinacion en compania de Periandro, y Auristela. pag. 218.
- CAP. X. De lo que pasó con unos Cautivos fingidos que encontraron. pag. 225.
- CAP. XI. Donde se cuenta lo que les pasó en un lugar poblado de Moriscos. pag. 231.
- CAP. XII. En que se refiere un extraordinario suceso. pag. 237.
- CAP. XIII. Entran en Francia: y dàse cuenta de lo que les sucedió con un criado del Duque de Nemurs. pag. 243.
- CAP. XIV. De los nuevos, y nunca vistos peligros en que se vieron. pag. 246.
- CAP. XV. Sanan de sus heridas Periandro, y Antonio : prosiguen todos su viage en compania de las tres Damas Francesas. Libra Antonio de un peligro à Feliz Flor. pag. 251.
- CAP. XVI. De como encontraron con Luisa la muger de Polaco: y lo que les contó un Escudero de la Condesa Ruperta. pag. 254.
- CAP. XVII. Del dichoso fin que tuvo el rencor de la Condesa Ruperta. pag. 258.
- CAP. XVIII. Incendio en el meson: saca de el à todos un Judicario llamado Soldino : llevalos à su cueva, donde les pronostica felices sucesos. pag. 263.
- CAP. XIX. Salen de la cueva de Soldino : prosiguen su jornada, passando por Milan, y llegan à Luca. pag. 270.
- CAP. XX. De lo que contó Isabela Castrucho acerca de averse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo. pag. 270.
- CAP. XXI. Llegan Andrea Marulo: descubrese la ficcion de Isabela, y quedan casados. pag. 274.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

- D**Ase cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro, y Auristela. pag. 279.
- CAP. II. Llegan à las cercanias de Roma, y en un bosque encuentran à Arnaldo, y al Duque de Nemurs heridos en desafio. pag. 284.
- CAP. III. Entran en Roma, y alojanse en la casa de un Judio llamado Manafes. pag. 287.
- CAP. IV. De lo que pasó entre Arnaldo, y Periandro, y entre el Duque de Nemurs, y Croriano. pag. 292.
- CAP. V. De como por medio de Croriano fueron libres Bartholomè, y la Talaverana, que estaban sentenciados à muerte. pag. 294.
- CAP. VI. Contienda entre Arnaldo, y el Duque de Nemurs sobre la compra de un retrato de Auristela. pag. 298.
- CAP. VII. De un extraño caso, y notable peligro en que se vió Periandro, por malicia de una Dama cortelana. pag. 302.
- CAP. VIII. Dà cuenta Arnaldo de todo lo que le avia sucedido desde que se apartò de Periandro, y Auristela en la Isla de las Hermitas. pag. 307.
- CAP. IX. En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de Julia, la muger de Zabulon. pag. 311.
- CAP. X. Cobra Auristela la salud por haver Julia deshecho los hechizos: y propone à Periandro el intento de no casarse. pag. 313.
- CAP. XI. Sale Periandro de Roma despachado por la proposicion de Auristela. pag. 316.
- CAP. XII. Donde se dice quien eran Periandro, y Auristela. pag. 319.
- CAP. XIII. Buelve Periandro àcia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Serafido su Ayo en compania de Rutilio. p. 323.
- CAP. XIV. Llegan Maximino enfermo de la mutacion: muere, dexando casados à Periandro, y Auristela, conocidos ya ser Perfiles, y Sigismunda. pag. 326.

LIBRO QUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

De la vida de los santos que se
 halla en el mundo, y de sus
 virtudes, y de la manera como
 se han de vivir, y de los
 castigos que se merecen por
 los pecados. Este libro es
 muy necesario para todos los
 cristianos, y para los que
 quieren ser santos. En este
 libro se trata de la vida de
 los santos, y de sus virtudes,
 y de la manera como se han
 de vivir, y de los castigos
 que se merecen por los
 pecados. Este libro es muy
 necesario para todos los
 cristianos, y para los que
 quieren ser santos.

FIN

